

ALEAGUARA



André Aciman

Variaciones Enigma

Narrativa Internacional Traducción de Inmaculada C. Pérez Parra





Variaciones enigma

André Aciman.

2019.

Título original: Enigma Variations

Traducción: Inmaculada C. Pérez Parra

Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de cubierta: Paul Paper / Gallery *Stock*

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

I. S.B. N.: 978-84-204-3767-5

Como un mismo tema musical (el del erotismo, los recuerdos y el cuerpo) tocado en sus diversas variaciones, así son los vínculos de Paul con las diferentes personas que han ido dando forma a lo que él entiende por amor. Hombres y mujeres con los que se ha encontrado desde su adolescencia en Italia hasta su madurez en Estados Unidos.

Todas estas conexiones, que trazan una constelación cargada de deseo a lo largo de la vida de su protagonista, señalan también los momentos culminantes de *Variaciones Enigma*, la nueva y magistral novela de André Aciman. Un relato sensual y repleto de destellos sobre la posibilidad de descubrirnos a través de los demás, de nuestros momentos compartidos y de la intimidad construida de manera conjunta.

Para Susan,

Amor che nella mente mi ragiona

Primer amor

He vuelto por él.

Escribí estas palabras en mi cuaderno cuando distinguí por fin San Giustiniano desde la cubierta del transbordador. Sólo por él. No por nuestra casa, ni por la isla, ni por mi padre ni por el continente visto desde la capilla normanda abandonada en la que me sentaba solo las últimas semanas de nuestro último verano allí a preguntarme por qué era la persona más infeliz del mundo.

Aquel verano viajaba solo, había empezado mi viaje de un mes largo a la costa volviendo al lugar en el que había pasado todos los veranos de mi infancia. Hacía mucho que deseaba emprender ese viaje y, ahora que acababa de licenciarme, no había momento mejor para hacerle una visita breve a la isla. Nuestra casa había salido ardiendo años antes y después nos habíamos mudado al norte; nadie de la familia quiso volver o vender el terreno o averiguar qué había pasado en realidad. La abandonamos sin más, sobre todo cuando supimos que, después del incendio, los lugareños habían saqueado lo que habían podido y habían arrasado con todo lo demás. Hubo quien sostenía incluso que el incendio no había sido un accidente, pero se trataba de meras especulaciones, decía mi padre, y la única forma de averiguar algo era ir allí. Así que prometí que lo primero que haría al desembarcar del transbordador sería girar a la derecha, bajar por el paseo marítimo que tan bien conocía, pasar por delante del imponente Grand Hotel y la casa de huéspedes que bordeaba el muelle y dirigirme directamente a nuestra casa para ver los daños por mí mismo. Es lo que le había prometido a mi padre. Él no tenía ninguna gana de volver a poner un pie en la isla. Yo ya era un hombre y me correspondía a mí ver qué había que hacer.

Pero quizá no volvía solo por Nanni. Volvía por el niño de doce años que había sido yo diez años antes, aunque sabía que no encontraría a ninguno de los dos. El niño ahora era alto y lucía una poblada barba rojiza y, en cuanto a Nanni, había desaparecido del todo y nunca más se había vuelto a saber de él.

Seguí recordando la isla. Me acordaba del aspecto que tenía la última vez que la había visto, nuestro último día, apenas una semana antes de que empezara el colegio, cuando mi padre nos llevó a la estación del transbordador y luego se quedó en el muelle a despedirnos; la cadena del ancla se lamentaba y el barco chirriaba al retroceder mientras él allí quieto fue empequeñeciéndose hasta que dejamos de verlo. Como era su costumbre todos los otoños, se quedaría entre una semana y diez días más para asegurarse de que la casa quedaba bien cerrada, de apagar la electricidad, el agua y el gas, de cubrir los muebles y pagarle a todo el servicio doméstico del pueblo. Estoy seguro de que no le desagradaba

ver que su suegra y la hermana de ésta se iban en el transbordador que las devolvía al continente.

Sin embargo, lo primero que hice en cuanto puse un pie en tierra firme, después de que el viejo *traghetto* zarpara con su sonido metálico del mismo sitio exacto una década después, fue girar a la izquierda en vez de a la derecha y dirigirme directamente al camino empedrado que llevaba a la ciudad vieja sobre la colina, San Giustiniano Alta. Me encantaban sus estrechos callejones, sus canales socavados y viejas callejuelas, me encantaba el aroma reconfortante del café del tostadero que parecía darme la bienvenida igual que cuando hacía recados con mi madre o cuando todas las tardes de aquel último verano, después de visitar a mi profesor particular de griego y latín, escogía el camino largo para volver a casa. A diferencia de San Giustiniano Bassa, más moderna, San Giustiniano Alta siempre quedaba en sombra, hasta cuando el sol se volvía insoportable a lo largo del muelle. Por las noches, muchas veces, cuando el calor y la humedad se hacían insoportables en el paseo marítimo, volvía a subir con mi padre a por un helado al Caffè dell'Ulivo, donde él se sentaba frente a mí con una copa de vino y charlaba con la gente del pueblo. Todo el mundo conocía y apreciaba a mi padre y lo consideraba *un uomo molto colto*, un hombre muy culto. Entreveraba su italiano renqueante con palabras españolas que intentaba que sonaran italianas, pero todos le entendían, y cuando no podían evitar corregirle y reírse de alguna de sus palabras extrañamente macarrónicas, a él le hacía feliz unirse a sus risas. Lo llamaban *dottore* y, aunque todo el mundo sabía que no era doctor en medicina, solían pedirle consejo, sobre todo porque confiaban en su opinión en asuntos de salud más que en el farmacéutico local, a quien le gustaba pasar por el galeno del pueblo. El *signor* Arnaldo, el dueño del *caffè*, tenía tos crónica, el barbero sufría de eczema, al *professore* Sermoneta, mi profesor particular, que por la noche solía terminar en el *caffè*, le daba miedo que tuviesen que quitarle la vesícula algún día; todos confiaban en mi padre, incluido el panadero, a quien le gustaba enseñarle los moretones que le hacía en los brazos y los hombros su mujer, que tenía mal carácter y que, según algunos, empezó a serle infiel la mismísima noche de bodas. A veces, mi padre hasta salía del *caffè* con alguien para dispensarle su opinión en privado; luego apartaba la cortina de cuentas, volvía a entrar y se sentaba en su silla, ponía los codos sobre la mesa y la copa de vino vacía en el medio y me miraba fijamente; siempre me decía que no había necesidad de que me diese prisa con el helado, que teníamos tiempo todavía para caminar hasta el castillo abandonado si yo quería. De noche, el castillo con vistas a las luces lejanas del continente era nuestro sitio favorito, y allí nos sentábamos los dos en silencio junto a las murallas en ruinas a observar las estrellas. Mi padre lo llamaba crear recuerdos.

—Para el día en que —decía.

—¿Qué día? —le preguntaba yo, para chincharle.

—Para el día en que sepas.

Mi madre decía que mi padre y yo habíamos salido del mismo molde. Mis pensamientos eran sus pensamientos y los suyos eran los míos. A veces me daba miedo que me pudiese leer la mente con sólo tocarme el hombro. Éramos la misma persona, decía mi madre. Gog y Magog, nuestros dos dóberman, nos querían sólo a mi padre y a mí y no a mi madre ni a mi hermano mayor, que había dejado de pasar los veranos con nosotros unos años antes. Los perros se apartaban de todos los demás y gruñían si alguien se les acercaba mucho. La gente del pueblo sabía mantener las distancias, aunque a los perros se les había enseñado a no molestar a nadie. Podíamos atarlos a la pata de una mesa de la terraza del Caffè dell'Ulivo y, mientras nos tuvieran a la vista, se quedaban tumbados dóciles como corderillos.

En ocasiones especiales, en vez de dirigirnos al puerto después de la parada en el castillo, mi padre y yo volvíamos al pueblo y, como pensábamos igual, nos quedábamos a tomarnos otro helado.

—Tu madre dirá que te estoy malcriando.

—Otro helado, otra copa de vino —decía yo.

Él asentía, sabía que no tenía ningún sentido negarse.

Nuestros paseos nocturnos, como los llamábamos, eran los únicos momentos en que estábamos solos. Pasaba días enteros sin él. Mi padre tenía la costumbre de ir a nadar muy temprano todas las mañanas, luego se iba al continente después de desayunar y volvía por la noche, a veces muy tarde, en el último transbordador. Aunque estuviese durmiendo, me encantaba oír sus pasos haciendo crujir la gravilla del camino que llevaba hasta la casa. Significaba que había vuelto y que el mundo estaba completo de nuevo.

Las malas notas que había sacado en latín y en griego aquella primavera habían abierto una brecha entre mi madre y yo. El boletín había llegado a final de mayo, pocos días antes de que embarcásemos en el transbordador a San Giustiniانو. Toda la travesía en barco fue una bronca escandalosa e interminable; la reprimenda llegaba en oleadas, mientras mi padre se apoyaba tranquilamente en la barandilla como esperando para intervenir en el momento apropiado, pero no había forma de detener a mi madre y, cuanto más gritaba, más errores encontraba en todo lo que tenía que ver conmigo, desde la manera en que me sentaba a leer un libro hasta mi caligrafía y mi incapacidad total para responder con claridad cuando me preguntaban mi opinión sobre esto o aquello —furtivo, siempre furtivo— y, ahora que se ponía a pensarlo, se preguntaba por qué no tenía ni un solo amigo, ni en el colegio, ni en la playa, ni en ninguna parte, no me interesaba nada ni nadie, por el amor de Dios; qué te pasa, me decía mientras seguía intentando rasparme de la camisa una mancha seca de helado de chocolate del cucurucho que me había comprado mi padre antes de subir al barco. Estaba convencido de que la desaprobación de mi madre

llevaba a la espera quién sabe cuánto tiempo y que mi examen chapucero de latín y griego la había hecho salir a la superficie.

Para calmarla, le prometí que me esforzaría más durante el verano. ¿Esforzarme? Tenía que esforzarme en todo, dijo. Su voz sonaba tan rabiosa que rayaba en un desprecio palpable, sobre todo cuando acompañó la furia con comentarios sarcásticos y al final estalló contra mi padre.

—¡Y tú que querías comprarle una pluma Pelikan!

Mi abuela y su hermana, que aquel día estaban con nosotros en el transbordador, se pusieron de parte de mi madre, por supuesto. Mi padre no dijo ni una palabra. Odiaba a las dos, a la arpía y a la *überarpía*, como las llamaba. Sabía que en el momento en que le pidiese a mi madre que bajara la voz o moderase la reprimenda, las otras dos meterían baza, lo que seguramente le sacaría de quicio y le haría perder los estribos con las dos, si no con las tres, y en ese momento ellas le harían saber con toda tranquilidad que preferían volverse derechas al continente en el transbordador que pasar el verano en nuestra casa. Lo había visto explotar una o dos veces a lo largo de los años y sabía que estaba intentando controlar la situación y no arruinar el viaje. Se limitó a asentir unas cuantas veces en señal de acuerdo cuando mi madre me criticó por perder tanto tiempo con mi estúpida colección de sellos, pero al final, al decirle mi padre que cambiase de tema y que me animase un poco, mi madre se volvió hacia él y le gritó que todavía no había acabado conmigo.

—Nos están empezando a mirar algunos pasajeros —terminó por decir él.

—Que miren todo lo que quieran, me callaré cuando me dé la gana.

No sé por qué, pero de repente se me ocurrió que, mientras mi madre me gritaba con tanta vehemencia, en realidad estaba desahogándose de la rabia contenida contra mi padre, aunque sin arrastrarlo hasta su línea de fuego. Como los dioses griegos que se enfrentaban constantemente unos a otros usando a los humanos como peones, me arengaba a mí para apalearlo a él. Él debió de darse cuenta de lo que estaba haciendo mi madre, por eso me sonrió cuando ella no miraba, como queriendo decir «Por ahora, aguántate. Esta noche, tú y yo iremos a por un helado y crearemos recuerdos al lado del castillo».

Aquel día, después de desembarcar, mi madre intentó resarcirme desesperada, me habló con tanta dulzura y cordialidad que no tardamos en hacer las paces. No obstante, el daño verdadero no estaba en las palabras hirientes que ella deseaba no haber dicho y que yo no olvidaría nunca. El daño fue para nuestro cariño: había perdido su calidez, su espontaneidad, y se había convertido en un amor forzado, consciente, atribulado. A ella le complacía ver que la seguía queriendo; a mí me complacía ver con qué facilidad nos engañábamos los dos. Ambos

éramos conscientes de nuestra complacencia, lo que reforzaba la tregua, pero de alguna forma sentimos que quedarnos convencidos de que todo iba bien con tanta facilidad no era sino la disolución de nuestro amor. Me abrazaba más a menudo y yo quería que me abrazara, pero no me fiaba de mi amor y sabía, por el modo en que me miraba ella cuando creía que yo no la miraba, que ella tampoco se fiaba.

Con mi padre era distinto. Durante nuestros largos paseos nocturnos hablábamos de todo. De los grandes poetas, de padres e hijos y de por qué el roce entre ellos era inevitable, de su padre, que había muerto en un accidente de coche semanas antes de que yo naciera y cuyo nombre yo llevaba, del amor, que llega sólo una vez en la vida y que después nunca es igual de espontáneo o impulsivo y, por último, como por milagro, porque no tenía que ver con el latín ni el griego ni con mi madre ni con la arpía y la *überarpía*, de las *Variaciones Diabelli* de Beethoven, que acababa de descubrir aquella primavera y compartía sólo conmigo. Mi padre ponía la grabación de Schnabel todas las noches, así que el piano resonaba por toda la casa y se convirtió en la banda sonora de aquel año. A mí me gustaba la variación 6, a él la 13, la 20 era muy cerebral y la 23, bueno, la 23 probablemente fuese lo más vívido y divertido que había compuesto Beethoven, decía mi padre. Poníamos tanto la vigésimo tercera que mi madre nos rogaba que parásemos. En vez de eso, yo la hacía rabiar y se la tarareaba, lo que nos hacía reír a mi padre y a mí, pero a ella no. Aquellas noches de verano, de camino al *caffè*, elegíamos un número al azar entre el uno y el treinta y cuatro y cada uno tenía que decir lo que pensaba de aquella variación, incluido el tema de Diabelli. A veces, mientras subíamos al castillo, cantábamos la letra de la variación 22 con una melodía de *Don Giovanni* que él me había enseñado hacía mucho tiempo, pero cuando llegábamos arriba y mirábamos las estrellas, nos quedábamos callados y coincidíamos siempre en que la variación treinta y uno era la más preciosa de todas.

Mientras subía por el callejón, iba pensando en Beethoven y en los gritos en el barco. No había cambiado nada. Reconocí de inmediato la vieja farmacia, la zapatería, la cerrajería y la barbería con sus dos sillas reclinables hechas jirones remendadas con correas de cuero que habían cosido quién sabe cuánto tiempo antes de que yo viniese al mundo. Aquella mañana, mientras seguía subiendo colina arriba y distinguía una franja del castillo abandonado, empecé a presentir con fuerza el aroma de la resina flotando hacia mí antes de llegar siquiera a la ebanistería a la vuelta de la esquina del *vicolo* Sant'Eusebio. Aquella sensación no había cambiado, nunca cambiaría. El taller, con su casa encima, se levantaba a dos pasos del bordillo de piedra desigual que sobresalía del edificio de la esquina. El recuerdo del olor despertó en mí un vestigio de temor y turbación que me pareció igual de emocionante que entonces, aunque seguía siendo incapaz de nombrar aquella inflexión inquietante de miedo, vergüenza y emoción diez años después. Nada había cambiado. Quizá fuese yo quien no había cambiado. No sabía si me decepcionaba o me gustaba no haber superado nada de aquello. El cierre metálico de la ebanistería estaba echado y, aunque me quedé intentando deducir cuánto se había perdido desde la última vez

que había estado allí, me vi incapaz de hilvanar un solo pensamiento. Únicamente podía concentrarme en los rumores que llevaba escuchando desde que la casa se incendió.

Volví a la barbería, asomé medio cuerpo a través de la cortina de cuentas y le pregunté a uno de los dos barberos si sabía qué le había pasado al ebanista de al lado.

El barbero calvo, que estaba sentado en una de las dos sillas enormes, bajó el periódico y dijo una palabra antes de volver a su lectura:

—*Sparito*. Desapareció.

Con eso lo dijo todo.

—¿Sabe dónde? ¿O cómo? ¿O por qué? —pregunté.

En respuesta se encogió de hombros de forma somera, como sugiriendo que no lo sabía, que no le podía dar más igual y que no se lo iba a contar a un chaval de veintitantos que se metía en su establecimiento a hacer demasiadas preguntas.

Se lo agradecí, me di la vuelta y empecé a subir la cuesta. Lo que me sorprendió fue que el *signor* Alessi no me hubiera ni saludado ni reconocido, aunque sabe Dios cuántas veces me había cortado el pelo los veranos que había pasado allí. Quizá no tuviese sentido decir nada. Tardé un rato en darme cuenta de que nadie en la isla parecía reconocerme. Era obvio que había cambiado mucho desde que tenía doce años, o quizá mi largo impermeable, la barba y el morral verde oscuro sujeto a la espalda me daban un aspecto totalmente distinto al del niño acicalado que todos recordaban. El tendero, los dueños de los dos *caffè* de la placita diminuta junto a la iglesia, el carnicero y sobre todo el panadero, cuyo olor a pan recién horneado flotaba como una bendición en el callejón lateral cada vez que dejaba a mi profesor particular de latín y griego por las tardes y era imposible estar más muerto de hambre: nadie me reconoció ni me prestó atención. Ni siquiera el viejo mendigo con una sola pierna —había perdido la otra en un accidente de barco en la guerra y estaba otra vez en su lugar habitual en la plaza, al lado de la fuente principal— supo quién era yo cuando le di limosna. Ni siquiera me lo agradeció, lo que no era nada propio de él. En parte sentí crecer en mí el desprecio por San Giustiniano y su gente, y por otro lado no me entristeció darme cuenta de que ya no me importaba. Quizá lo había superado sin darme cuenta. Quizá en eso fuese como mis padres y mi hermano. No tenía sentido volver.

Al bajar la cuesta, decidí ir hasta lo que supuse que sería la planta vacía de nuestra casa, averiguar lo que pudiera, hablar con los vecinos que me habían visto crecer y luego irme en el transbordador de la tarde. Tenía en mente pasar a ver a mi antiguo profesor particular, pero pospuse el encuentro. Lo recordaba todavía como a un tipo amargado y

quisquilloso que rara vez tenía una palabra amable para nadie y menos para sus alumnos. Mi padre me había sugerido que reservara una habitación en una pensión cerca del muelle por si acaso me apetecía quedarme por la noche, pero ya presentía, sólo por mi deambular apresurado arriba y abajo por la ciudad vieja, que mi visita no duraría más de un par de horas. La cuestión era dónde pasaría lo que quedaba de día hasta embarcar en el transbordador de regreso. Siempre me había gustado el sitio, desde las mañanas silenciosas en que te levantabas frente a un cielo despejado y sereno, que no había cambiado desde que se instalasen allí los griegos hasta el sonido de los pasos de mi padre cuando, en contra de su costumbre de los días entre semana, volvía del continente por la tarde, de pronto, sin avisar, y nos estallaba en el corazón una emoción festiva. En aquella época no había ninguna contrariedad. Desde mi cama se veían las colinas, desde el salón el mar, y cuando las persianas del comedor se abrían de golpe en los días más frescos, salías a la terraza y veías el valle y, más allá del valle, el perfil impreciso de las colinas del continente al otro lado del mar.

Al salir de la ciudad vieja, me alcanzó la luz cegadora que se derramaba por los campos y el paseo marítimo hasta el mar resplandeciente. Me encantaba el silencio. Hacía tanto que soñaba con venir. Todo me resultaba familiar, no había cambiado nada y, sin embargo, parecía distante, desgastado, inalcanzable, como si algo dentro de mí no percibiera que todo aquello era real, que gran parte de aquello una vez me había pertenecido. El camino hasta la casa, incluido el atajo que me había «inventado» cuando era niño y que no me iba a perder por nada del mundo aquel día, estaba exactamente igual que lo había dejado. Recordaba el paseo a través del bosquecillo de tilos, desierto y aromático, que allí llamaban *lumie*, seguido de un campo de amapolas y por último la antigua capilla normanda silenciosa, destrozada por dentro, en la que había más de mí que en ningún otro lugar del mundo, el enorme plinto tirado entre cardos y brotes tan reseco como entonces y los restos secos de excrementos de los perros salvajes y las palomas esparcidos por los alrededores como siempre.

Lo que me remordía era saber que nuestra casa ya no estaba allí, que los que habían vivido en ella se habían marchado, que allí la vida de principios de verano no volvería a ser igual. Me sentí como un fantasma que conocía muy bien el lugar pero a quien nadie busca ya ni presta atención. Mis padres no estarían esperándome, nadie me habría apartado cosas ricas para cuando volviese corriendo muerto de hambre después de nadar. Todos nuestros rituales se habían disuelto e invalidado. El verano de allí ya no me pertenecía.

Cuanto más me acercaba a la casa, más empezaba a temer la visión de lo que le habrían hecho. La idea del fuego y del pillaje, sobre todo del pillaje, bastaba para azucar los demonios de la pena, la rabia y el desprecio dirigidos no sólo contra todos los que vivían allí, sino también contra nosotros, como si la incapacidad de impedir el saqueo y el vandalismo de los supuestos amigos y vecinos recayera más en nuestra conciencia que en la de ellos.

—No saques conclusiones precipitadas —me había advertido mi padre— y, sobre todo, no discutas.

Ése era su estilo. A mí me traía todo sin cuidado. Me habría encantado llevarlos a todos a rastras ante los tribunales: ricos, pobres, huérfanos, viudas, lisiados y mutilados de guerra.

Y, sin embargo, sólo había una persona a la que deseaba ver de entre todas las que vivían allí y él se había ido, *sparito*. Ya lo sabía, así que ¿por qué molestarme en preguntar por él? ¿Para ver cómo reaccionaban? ¿Para recordarme a mí mismo que no me lo había inventado? ¿Que había vivido allí de verdad? ¿Que lo único que tenía que hacer era preguntar por él en la barbería, y después de que su nombre fuera de boca en boca a gritos por las calles estrechas y empedradas de San Giustiniano Alta terminaría por aparecer sólo porque lo habían llamado por su nombre?

¿Por qué tendría que acordarse de mí? Me había conocido cuando tenía doce años, ahora tenía veintidós y lucía barba, aunque los años no me habían hecho olvidar la ansiedad creciente que se adueñaba de mí cada vez que temía tanto como esperaba toparme con él en la playa o por el pueblo. ¿No era eso lo que realmente esperaba sentir cuando subí hasta su taller aquella mañana? El temor, el pánico, la antigua opresión en la garganta que sólo un sollozo podía liberar y que podía estallar únicamente cuando él se me quedaba mirando más de lo que yo era capaz de soportar. Él se te queda mirando y tú te alteras y lo único que quieres hacer es buscar un sitio tranquilo en cuanto te quedas solo para ponerte a llorar, porque nada, ni suspender un examen de latín y griego o que te griten de mala manera, te hace sentir tan derrotado y deshecho. Me acordaba de todo. De las ganas de llorar, sobre todo, y de las ganas de verle porque las ganas y la espera eran insoportables, del deseo de odiar todo lo que tuviera que ver con él porque con una sola mirada suya me entraba de pronto un desconsuelo total y no podía sonreír ni reírme ni disfrutar de nada.

Estaba con mi madre cuando lo conocí. No esperó a que ella me lo presentara, sino que directamente dijo mientras me despeinaba:

—Tú eres Paolo.

Lo miré sobresaltado, como preguntando que cómo lo sabía.

—Todo el mundo lo sabe —contestó con desenfado; y luego, como acordándose de algo, dijo—: A lo mejor de la playa.

Sabía que se llamaba Giovanni, igual que sabía que todo el mundo le llamaba Nanni. Lo había visto en la playa, en el cine al aire libre al lado de la iglesia y muchas noches en el Caffè dell'Ulivo. Tenía que controlar que no se me notara la emoción que me daba descubrir que el hombre

ante quien hubiese jurado que yo era un completo don nadie no sólo sabía mi nombre, sino que además era verdad que estaba bajo mi techo.

No obstante, al contrario que él, no dejé que se me notara que lo conocía. Mi madre me lo presentó con un deje de ironía en la voz, como asegurando que sí conocía al *signor* Giovanni.

Negué con la cabeza y hasta conseguí aparentar que me avergonzaba por la grosería de no saber su nombre.

—Pero si todo el mundo conoce al *signor* Giovanni —insistió mi madre, como instándome a que me esforzara por ser educado, pero no cedí.

Él alargó la mano. Se la di. Parecía más joven y tenía la piel menos oscura de lo que recordaba. Era alto, esbelto, de veintimuchos, no lo había visto nunca tan de cerca. Ojos, labios, mejillas, mentón. Tardaría años en saber qué me había impactado exactamente de cada rasgo.

Por sugerencia de mi padre, mi madre le había pedido que se pasara a restaurar un escritorio plegable antiguo y dos marcos que databan del último siglo.

Llegó una mañana de junio y, en contra de la costumbre general, aceptó la limonada que le ofreció mi madre. Todos los demás que venían a casa —la modista, los repartidores, el tapicero— siempre pedían agua. Era la manera que tenían de ganarse el salario además de la propina ineludible, demostrando que no nos debían nada y que no nos habían pedido nada salvo el vaso de agua que les poníamos por delante los días tórridos de verano.

Aquella mañana en nuestra casa, como se me acercó tanto, algo indefinido de su rostro me dejó tan afectado y aturdido como cuando me pidieron que recitara un poema delante de todo el colegio, profesores, padres, familiares lejanos, amigos de la familia, dignatarios de visita, el mundo. No podía ni mirarle. Tenía que apartar la vista. Sus ojos eran tan claros. No sabía si quería mirarlos o nadar en ellos.

Mientras él hablaba con mi madre y miraba de vez en cuando hacia donde estaba yo, como si ansiara conocer mi opinión, intentaba devolverle la mirada, pero mirarle a los ojos era como asomarse a un abismo escarpado y rocoso que descendiera hasta el verde océano bullente que te atrae y te ordena que no te resistas y te advierte de que no mires, así que no podía mirarle el tiempo suficiente para averiguar por qué seguía teniendo ganas de hacerlo. Su mirada no sólo me asustaba, también me alteraba, como si al mirarle corriera el riesgo no sólo de ofenderle, sino también de poner al descubierto algún secreto mío siniestro y vergonzoso que no quería revelar. Aun cuando intentaba devolverle la mirada para asegurarme de que no era tan amenazador como me temía, tenía que apartarla. Era la cara más hermosa que yo hubiese visto jamás y no tenía el valor suficiente para mirarla.

Y, sin embargo, cada vez que él dejaba de mirar a mi madre para mirarme a mí, me estaba diciendo también que, aunque era mucho mayor y sabía perfectamente en qué estaba pensando yo, podíamos ser iguales, que no me juzgaba, que no me despreciaba, que le interesaba lo que yo tuviese que decir sobre los muebles a pesar de que estuviese ahí callado intentando ocultar lo absolutamente indigno que me sentía.

Así que yo apartaba la mirada.

Aunque tampoco podía apartarla.

Lo último que quería era parecer sospechoso, sobre todo porque mi madre estaba en la habitación.

Su cara era la viva imagen de la salud y estaba colorada, como si acabase de volver de nadar. En la sonrisa apacible y complaciente se notaba un temblor cuando expresaba sus ideas y sus dudas sobre el escritorio que me descubrió a la persona que querría llegar a ser yo algún día. Qué placer era mirarle a la cara y esperar ser como él. Ojalá fuese mi amigo y me enseñara cosas. Entonces no tenía otro concepto del que valerme.

Mi madre quería hacerle pasar al salón, pero él ya había adivinado dónde estaba el escritorio, lo había localizado de inmediato, lo había abierto y sin pedir permiso había procedido rápidamente a sacar las dos gavetas estrechas, chirriantes, mucho más largas de lo normal. Antes de que nos diésemos cuenta, se puso a buscar detrás de los huecos vacíos y, tanteando con la mano dentro de la giba del escritorio abombado, palpó hasta que encontró el recoveco oculto y, después de esforzarse un poco, pescó una cajita escondida de esquinas redondeadas que combinaba con el escritorio curvo. Mi madre se quedó sin respiración. Le preguntó cómo sabía que existía aquella caja.

—A los grandes carpinteros, muchos del norte, seguramente franceses —dijo—, les gustaba demostrar que eran capaces de crear espacios ocultos en los lugares más impenetrables; cuanto más pequeño fuese el mueble, más arcano e ingenioso era el escondite.

Y tenía que enseñarle otra cosa, que muy probablemente tampoco sabía.

—¿Qué es, *signor* Giovanni?

Levantó un poco el escritorio y le enseñó las bisagras ocultas.

—¿Para qué son? —preguntó ella.

El escritorio, explicó, era completamente abatible para que se pudiera transportar a otro sitio con mucha facilidad, pero no quería doblar las bisagras en ese momento porque no se fiaba del estado de la madera. Le pasó la cajita de madera a mi madre.

—Pero este escritorio hace por lo menos ciento cincuenta años que pertenece a la familia de mi marido —dijo ella— y, sin embargo, nadie tenía ni idea de que existía esta caja.

—Entonces la *signora* descubrirá o joyas escondidas o cartas de las que algún tatarabuelo habría preferido que no se supiera nada —dijo Nanni, mientras sofocaba el estremecimiento de alborozo y picardía que yo ya había visto temblando en sus rasgos unas cuantas veces aquella mañana y que me hacía desear aprender a sonreír justo así.

La caja estaba cerrada.

—No tengo la llave —dijo ella.

—*Mi lasci fare, signora* . Permítame —dijo él, respaldando cada palabra con tanta deferencia como autoridad.

Dicho eso, se sacó de la chaqueta una anilla con herramientas diminutas que se parecían más a una colección de abridores de latas de sardinas de todos los tamaños que a leznas, gubias y destornilladores. Se sacó unas gafas del bolsillo de la pechera, desdobló las patillas y las deslizó con cuidado por detrás de las orejas. Me recordó a un niño de la guardería que había empezado a llevar gafas y que se seguía sintiendo incómodo al ponérselas. Luego, con el dedo medio estirado, empujó el puente de las gafas sobre la nariz con la misma delicadeza. Se habría colocado de igual manera bajo la barbilla un violín de Cremona de valor incalculable. Todos sus gestos eran desenvueltos y diestros, provocaban admiración además de confianza. Me sorprendieron sus manos. No estaban encallecidas ni perjudicadas por el trabajo o los productos de su oficio. Eran manos de músico. Deseé tocarlas, no sólo porque quería comprobar si las palmas rosadas eran tan suaves como prometían, sino porque, de repente, quise poner mis manos al cuidado de las suyas. Las manos, al contrario que los ojos, no intimidaban, sino que acogían. Quería que sus largos nudillos y sus uñas almendradas se deslizaran entre mis dedos y me los sujetaran en una muestra cálida y duradera de camaradería y que con aquel único gesto me repitiera la promesa de que un día, quizá antes de lo que esperaba, yo también sería un hombre adulto con manos como las suyas, con gafas como las suyas, y de mis rasgos irradiaría un destello de alborozo y picardía que le diría al mundo que era experto en algo y un hombre muy muy bueno.

Notó que lo observábamos mientras trataba de abrir la caja y, sin mirarnos ni a mi madre ni a mí, siguió sonriendo para sí mismo, consciente de nuestro suspense, mientras intentaba disiparlo sin dejar ver que se daba cuenta. Sabía lo que estaba haciendo, lo había hecho muchas veces, dijo, mientras seguía mirando fijamente por el ojo de la cerradura.

—*Signor Giovanni* —dijo mi madre intentando no distraerlo, mientras él continuaba manipulando la cerradura.

—Sí, *signora* —contestó él sin mirar.

—Tiene una voz preciosa.

Estaba tan absorto con la cerradura que pareció no haberla oído, pero un momento después dijo:

—No se engañe, *signora*, no sé entonar una melodía.

—¿Con esa voz?

—Todo el mundo se ríe cuando canto.

—Porque están celosos.

—Créame, no sé cantar ni *Cumpleaños feliz*.

Los tres nos reímos. Hubo un momento de silencio. Sin apresurarse ni forzar ni arañar la incrustación de bronce que había alrededor de la vieja cerradura, trasteó un poco más y luego exclamó:

—*Eccoci!* ¡Aquí está! —Y unos segundos más tarde, como si un poco de seducción persistente y dulce fuese lo único que hacía falta para escuchar el clic delator, la cerradura cedió por fin y se abrió la caja.

Quise besarle las manos. Lo que se reveló al abrirla fue un reloj de bolsillo de oro, un par de gemelos de oro y una pluma estilográfica sobre un forro de fieltro grueso del color del verdete. En un lado de la pluma, con letras doradas, estaba escrito el nombre completo de mi abuelo, que era también el mío.

—¡Quién lo iba a pensar! —exclamó mi madre.

Los gemelos tenían las iniciales de su suegro y era probable que se remontaran a su época de estudiante en París. Él los había tenido en alta estima. Mi madre también se acordaba de haber visto el reloj de bolsillo, aunque hacía mucho. Debió de dejar allí las tres cosas, pero como no había vuelto después del accidente, nadie se había dado cuenta siquiera de que faltaban.

—Y ahora, de pronto, aquí están; pero él no —mi madre se quedó absorta en sus pensamientos—. Le tenía mucho cariño, y él a mí.

El ebanista se mordió el labio y asintió en silencio.

—Es la crueldad de los muertos. Siempre nos pillan desprevenidos las maneras que eligen para volver, ¿no es cierto, *signor* Giovanni? —dijo mi madre.

—Sí —concordó él—. A veces, al querer contarles algo que les hubiese interesado o al preguntar por gente o sitios que sólo ellos conocían, nos acordamos de que no nos oirán nunca, ni nos contestarán, que no les importamos. Aunque quizá sea mucho peor para ellos: quizá sean ellos los que nos llaman a nosotros y somos nosotros los que no los oímos y a los que parece que no nos importa.

Era obvio que Nanni había tenido penas en su vida. Se le notaba en lo solemne y serio que se había puesto en cuestión de segundos después de sonreír. También me gustó su solemnidad.

—Es usted un filósofo, *signor* Giovanni —dijo mi madre con una sonrisa dócil mientras sostenía en las manos la caja abierta.

—Un filósofo no, *signora*. Perdí a mi madre hace unos años cuando se cayó por la escalera y pocos meses después también perdí a mi padre. Ambos estaban en perfecto estado de salud, pero, casi sin darme cuenta, me quedé huérfano y me convertí en jefe y padre de mi hermano pequeño. Pero necesito preguntarles tantas cosas, podría haber aprendido tanto de mi padre. Lo único que dejó fue unos cuantos rastros.

Hubo un silencio incómodo. Nanni siguió examinando el escritorio y, después de observar las bisagras, dijo que seguramente alguien había arreglado el escritorio antes, lo que explicaría por qué seguía teniendo aquel lustre tan resistente.

—Seguramente fuera mi abuelo —dijo él.

Mi madre estaba a punto de girar unas cuantas veces la corona del reloj de mi abuelo para darle cuerda, pero el ebanista le dijo que no lo hiciera.

—Se podría estropear el mecanismo de muelles. Será mejor que se lo lleve a alguien para que lo revise.

—¿El relojero? —preguntó ella con inocencia.

—El relojero es un idiota. Alguien del continente, quizá —dijo él.

¿Conocía a alguien?

Sí.

Él podía llevarle el reloj al relojero la próxima vez que cruzara en el transbordador.

Mi madre lo pensó un momento, luego dijo que le pediría a mi padre que lo llevase él.

—*Capisco*. Entiendo —dijo él, con el gesto de retirada de quien parece culpable de una infracción que sabe que no ha cometido pero que es lo bastante elegante como para aceptar la sospecha implícita de quien desconfía de sus motivos.

No me gustó aquello de mi madre, pero no podía decir nada para enmendar su alegación sin atraer más la atención sobre ella.

Con aquella única palabra, el *ebanista* decía que le alegraba haber sido de ayuda. Ella seguía pensando en el contenido de la caja y se quedó callada. El *signor* Giovanni no interrumpió el silencio de ella y, como seguramente no sabía qué decir, le echó un vistazo a la habitación y por último, volviendo al propósito de su visita, dijo que se llevaría el escritorio y lo restauraría hasta devolverle el aspecto que tuvo cuando lo hicieron. Dijo que reconocía el estilo, pero que no se pronunciaría sobre él todavía, ya que los años habían difuminado la firma de debajo. Lo que le admiraba especialmente, dijo mientras se cargaba al hombro el escritorio, era que, al parecer, el artesano no había puesto clavos salvo en las bisagras, pero tampoco estaba seguro de eso, ya nos lo diría. Dijo que volvería otro día a recoger los marcos y salió de la casa mientras nosotros dos nos quedábamos en el portal.

—Toma, ahora es tuya —dijo mi madre mientras me alargaba la pluma que, como la suerte así lo había querido, resultó ser una Pelikan.

Era exactamente igual que las que vendían en la papelería frente a mi colegio, pero no me hizo feliz. Había aparecido como una ocurrencia de último momento, como una concesión de la casualidad, no como un regalo y, no obstante, estaba inscrito mi nombre en ella y eso sí me gustaba. Mientras mirábamos cómo se iba el *signor* Giovanni, mi madre me contó una extraña historia que le había oído a su suegro: un día, mientras estaba escribiendo, en la época en que vivió en París, se le cayó la pluma del escritorio y, con las prisas por agarrarla, el plumín le perforó la piel.

—¿Y? —pregunté, sin entender adónde quería llegar.

—Le dejó un tatuajito en la palma de la mano. Estaba muy orgulloso de él. Le gustaba contar la historia de cómo le había pasado.

¿Por qué me contaba eso?

—Por nada —dijo—. Quizá porque todos quisiéramos que te hubiese conocido. Tu padre lo quería más que a nadie, me parece. En cualquier caso, estoy segura de que hubiese querido que tuvieras su pluma. A lo mejor te ayuda en el examen.

Aquel otoño, tiempo después, cuando repetí el examen de latín y griego, la pluma me ayudó.

Unos días después, Nanni volvió una tarde a recoger los marcos. Mi padre había venido más temprano en el transbordador y ya estaba en casa.

Cuando oímos el timbre, mi padre se incorporó y abrió la puerta él mismo. Gog y Magog se levantaron y le siguieron como hacían siempre que salía del cuarto.

—*Stai bene? ¿Estás bien?* —preguntó en cuanto vio a Nanni fuera.

—*Benone, e tu?* Bastante bien, ¿y tú? —preguntó Nanni—. He venido por los marcos, me quedo solo un momento.

Les acaricié la cabeza a los perros.

—¿Cómo va el codo? —le preguntó mi padre.

—Mucho mejor.

—¿Has hecho lo que te dije?

—Ya sabes que siempre lo hago.

—Sí, pero ¿lo has hecho medio minuto cada vez?

—¡Sííí!

—A ver, enséñamelo.

Nanni estaba a punto de demostrar cómo hacía las extensiones de brazo que le había recomendado mi padre, pero al verme en la puerta soltó:

—*Ciao, Paolo* —mi presencia le sorprendió, como si se hubiese olvidado de mi existencia o de que vivía allí.

Bajó el brazo y se fue derecho al salón y recogió los dos marcos apoyados contra la pared. Consiguió intercambiar unos cumplidos con mi madre, que estaba sentada en el sofá leyendo una novela. ¿Había hecho algo con el reloj?

Todavía no, por desgracia. Parecía molesta. A mi madre no le gustaba que le recordasen sus descuidos. Los cuatro nos quedamos callados y hubo un momento incómodo.

—¿Sabías que es el nadador más rápido de San Giustiniano? —le dijo mi padre a mi madre.

—*Ma che cosa stai a dire?* Pero ¿qué dices? —protestó Nanni.

Por supuesto, yo sabía que a mi padre le gustaba ir a nadar todas las mañanas antes de volver a casa e irse en el transbordador hasta el continente, pero no sabía que Nanni también nadaba.

—Le llamamos Tarzán.

—Tarzán, qué bonito nombre —dijo mi madre con un dejo de ironía en la voz, como si no hubiese oído nunca la palabra y estuviese decidida a no participar en las bromas inanes entre el ebanista provinciano y el erudito conocido en el mundo entero; le molestaba la camaradería de mi padre con Nanni, se lo noté.

—Tendrías que oírle hacer el grito de Tarzán —miró a Nanni y dijo—: Enséñaselo.

—Por supuesto que no.

—Grita y luego nada. El otro día se cruzó la bahía en cuatro minutos y medio. Yo tardo ocho.

—Querrás decir cuando no te das por vencido —se mofó Nanni—. En realidad, yo diría que tardas entre diez y once minutos.

Entonces, sintiendo la tensión que había en la habitación, se giró rápidamente, e, informal como siempre, dijo:

—*Alla prossima*. ¡Hasta la próxima!

—*Sì* —murmuró mi padre, sumiso.

Me gustó su compañerismo y la forma en que se burlaban el uno del otro. Rara vez había visto a mi padre así, vivaz, travieso, juvenil incluso.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a mi madre.

—Parece un tipo agradable —dijo ella, casi esforzándose por aparentar una indiferencia cordial.

En su voz había incluso un tono reprimido de hostilidad hacia el ebanista que quizá no era del todo sincero; era la manera típica que tenía mi madre de vetar algo o a alguien que no hubiese traído ella a nuestra corte. Pero, entonces, al notar la indiferencia exasperada de mi padre, que era su modo de decir que al menos podría haber dicho algo amable del pobre tipo, añadió:

—Tiene unas pestañas preciosas. Las mujeres nos fijamos en esas cosas.

No me había fijado en sus pestañas. Quizá por culpa de ellas no podía sostenerle la mirada. Tenía las pestañas más bonitas que yo hubiese

visto nunca, desde luego las únicas a las que les había prestado atención.

—De todas formas, lo encuentro un poco demasiado descarado, demasiado atrevido. No sabe cuál es su sitio, ¿no?

Yo estaba seguro de que lo que la había irritado y la razón por la que le había cambiado el humor en cuanto Nanni entró en nuestra casa y se fue derechito a los marcos era que había tuteado al hombre que le había contratado.

Una semana después, mi madre decidió ir a visitar al ebanista.

—¿Quieres venir conmigo?

—Por qué no —contesté y añadí en tono despreocupado—: No me importaría.

Quizá captó alguna inflexión en la estudiada afectación de mi «por qué no» que la puso sobre aviso, porque unos minutos más tarde, como si nada, me dijo que se alegraba de oír que me interesaban las cosas corrientes del planeta.

—¿Qué cosas del planeta? —pregunté, intentando calibrar lo que había inferido realmente de mi respuesta apresurada.

—Ah, no sé, los muebles, por ejemplo.

Me la podía imaginar añadiendo «los amigos, la gente, la vida», con su manera un poco maliciosa y suspicaz de tomarse mis comentarios aparentemente casuales. O quizá no se hubiese dado cuenta de nada, como tampoco me había dado cuenta yo en realidad, aunque sentí, y quizá ella también, que había algo demasiado deliberado en la despreocupación de mi respuesta.

Aquella tarde, temprano, mientras andábamos sin prisa hacia la ciudad vieja en dirección al taller del *signor* Giovanni, no sabía por qué pero el silencio críptico de mi madre me recordó a lo que me había dicho más o menos un año antes en un paseo similar: nunca dejaría que un hombre o un chico mayor me tocara ahí. Me quedé tan desconcertado con su indicación que nunca se me ocurrió preguntarle por qué, para empezar, querría alguien tocarme ahí. Pero esa tarde, durante nuestra caminata colina arriba hacia San Giustiniano Alta, recordé su advertencia.

El taller apestaba a trementina. Reconocí el olor por mi clase de arte, aunque aquí evocaba las tardes tranquilas en que sólo quedaban abiertas unas cuantas tiendas, mientras todas las demás cerraban durante las horas de después del almuerzo. La barbería, el ultramarinos, el tostadero de café, la panadería, todos cerraban. El *signor* Giovanni estaba tallando tranquilamente una pieza de madera ornamental con las puertas abiertas de par en par para que salieran los

vapores. No le sorprendió vernos, se incorporó enseguida y con la mano izquierda levantó el dobladillo del delantal para secarse el sudor de la frente. Se disculpó y desapareció en otra habitación a buscar el escritorio.

Cuando nos dejó solos aquella tarde tranquila, mi madre y yo nos sentimos totalmente fuera de lugar. Eché un vistazo alrededor. Demasiadas herramientas, demasiados trastos, demasiado serrín por todas partes. En una pared de ladrillo, un grueso jersey marrón colgado de un clavo. Se veía que era áspero, pero cuando me acerqué a tocarlo no me pareció lana, sino algo entre arpillera y rastros. Mi madre me miró como diciéndome «No toques».

El escritorio, cuando por fin lo trajo y lo puso en el suelo ante nosotros, había perdido su lustre y se veía apagado y sin brillo, como si lo hubiesen despellejado vivo.

—Está sin terminar —dijo, para aplacar lo que claramente era una expresión de horror en la cara de mi madre que pretendía pasar por preocupación contenida.

Nanni supo lo que estaba pensando ella y le recordó que en unas cuantas semanas no iba a creerse cómo reluciría el escritorio a la luz de las velas, más luminoso y translúcido que el mármol pulido, dijo. Le pregunté al *signor* Giovanni cómo había sabido lo de la caja para dejar atrás aquellos intentos torpes y quizá fútiles de tranquilizar a mi madre.

—Cuando se lleva un tiempo haciendo esto, uno sabe —dijo, repitiendo «uno sabe» como si meditara la respuesta para sí, como si las confesiones complicadas sobre la dedicación y la experiencia acumulada a lo largo de los años de trabajo riguroso sólo pudieran justificarse mediante un suspiro.

De pronto pareció mayor de lo que aparentaba, curtido, apagado, triste incluso. Le enseñó a mi madre las reparaciones que estaba haciendo en el escritorio. Era una obra maestra de curvas alisadas y lijadas, aunque las patas estaban agrisadas con una capa protectora provisional. Tocó las esquinas exageradamente redondeadas del escritorio, dejó la mano apoyada allí, como si fuese la grupa de un potrillo dócil. Luego me puso una mano en la espalda cuando pretendí mirar dentro de la cavidad en la que había estado oculta tantísimo tiempo la caja de mi abuelo. Para impedir que cambiara de tema o que quitara la mano si mi madre decía algo, seguí mirando y enlazando una pregunta tras otra sobre la madera, el diseño, los productos que usaba para quitar las capas de mugre y devolverle la vida a aquel objeto destartado que había languidecido desde siempre en un rincón de nuestra casa. ¿Cómo sabía cuándo debía cambiar de la lija gruesa a la fina? ¿Cuándo era mala la trementina para la madera? ¿Qué otros productos usaba, dónde había aprendido todo aquello, por qué se tardaba tanto? Me encantaba oírlo hablar, sobre todo cuando le señalaba algo y él se inclinaba para explicármelo. Mi madre tenía razón. Me encantaba su voz, sobre todo

cuando estaba tan cerca de mí que parecía estar respirándome y susurrándome. Sabía muchísimo y, no obstante, cuando suspiraba antes de contestar, sonaba vulnerable y cauteloso al hablar de los rumbos inesperados que toman las cosas.

—Las cosas no siempre cooperan —dijo.

—¿Qué cosas? —pregunté.

Aquello pareció divertirlo. Luego, miró a mi madre y dijo:

—Podría ser la vida o podría ser una tablilla de madera que se niega a doblarse como debiera.

Me acordé de que, después de inspeccionar el escritorio por primera vez en nuestra casa, lo había atado y había asegurado las partes movibles que podían abrirse o caer al suelo y luego se lo había cargado al hombro y se lo había llevado andando. Me recordó a Eneas huyendo de Troya con su anciano padre en equilibrio sobre el hombro y su hijo pequeño, Ascanio, de la mano. Quise ser Ascanio. Quise que él fuera mi padre, quise irme y marcharme con él. Quise que su taller diminuto fuese nuestro hogar, mugre, virutas de madera, polvo, trementina, todo el lote. El padre que tenía era un hombre maravilloso, pero el *signor* Giovanni sería mejor, más que un padre para mí.

Cuando nos fuimos, mi madre pasó por la panadería y me compró un pastelito. Se compró también uno para ella. Nos los comimos mientras paseábamos. Ninguno de los dos dijo nada.

Supe que lo que había sentido en la tienda era poco corriente y furtivo, tal vez pernicioso. Lo volví a sentir aunque con más intensidad el día que decidí volver a casa por el camino largo después de estar con mi profesor particular, mientras rodeaba la ciudad vieja por lo menos dos veces y terminé llamando a la puerta de cristal de su taller. Estaba dándole instrucciones a su ayudante, un chico poco mayor que yo, que luego supe que era su hermano Ruggiero.

Cuando me vio, asintió y, mientras me saludaba, siguió limpiándose las manchas de aceite de las manos con un trapo, que luego advertí que estaba empapado de aguarrás.

—Ya le he dicho a tu madre que todavía no está listo —dijo, claramente molesto por mi visita improvisada que probablemente se tomó como una intromisión ladina, un empujoncito espoleado por la impaciencia de mi madre de ver el trabajo terminado.

Dije que pasaba por allí después de estar con mi profesor particular y que sólo quería saludar. Apenas fui capaz de mirarle a la cara a hurtadillas.

—Bueno, bueno, entonces hola, pasa de todas formas —dijo mientras me abría la puerta.

Y de repente, gracias a su sociable acogida, lo abracé como abrazaba a los amigos de mis padres cuando venían de visita. Lo último que quería era ser el hijo del jefe que se pasa a ver al asalariado desprevenido para pescarlo encorvado sobre su trabajo. Pero si estaba interrumpiéndole y él estaba dejándolo todo y dedicándome su tiempo, respondía a que yo era, no servía de nada ocultarlo, el hijo del jefe. No debería haber venido, pensé. Me sentí insoportablemente incómodo cuando sacó una sillita desvencijada de madera para que me sentara. Debería haberme ido directamente a casa y haber ayudado al jardinero a podar las hierbas aromáticas. Pero él rompió mi silencio. Me preguntó si quería limonada. No sopesé la respuesta, asentí con la cabeza. Fue hasta una mesa de trabajo muy gruesa y combada repleta de herramientas, levantó una jarra de porcelana cubierta con un tapetito descolorido y sirvió un vaso.

—No está fría —dijo, como diciendo «no como la limonada que sirven en tu casa»—, pero te calmará la sed.

Me pasó el vaso y luego se quedó ahí mirándome como una enfermera que se asegura de que el paciente se ha tomado hasta la última gota del medicamento. No olía sólo muy fuerte a limón o a esas tardes de pleno verano cuando el calor te aplasta y estás a punto de desplomarte en la cama y agradeces que alguien inventase la limonada; olía a la trementina de sus manos. Me encantaba que oliese a sus manos. Llegué a amar el olor de su taller, su pequeño mundo de trastos de madera y mesas combadas y jerséis andrajosos y sillas desvencijadas en las que podías descansar en las tardes sofocantes cuando todo tu ser parecía embriagarse del olor ácido, dulce, arrebatador a lima y aceite de linaza.

Unos días después de mi visita, decidí dejarme caer por la ebanistería por segunda vez y después otra vez unos días más tarde, siempre justo al salir de mis clases particulares. Tenía tanta hambre que por el camino acostumbraba a comprar el mismo pastelito en cuanto abrían la panadería. Pero lo pensé mejor y decidí comprar dos más, uno para él y otro para su hermano. Me esperaba cinco minutos a comerme el mío hasta que me sentara con él en su taller inmundo. Si hubiese sido un poco mayor, habría sabido enseguida que lo estaba molestando, pero estaba convencido de que se alegraba de verme y de que habíamos entablado una amistad. Me ofrecía limonada, acercaba una silla para sentarse a mi lado y hablaba mientras se comía el pastelito, como un adulto hablando con otro. Me encantaba. Me hablaba de su padre y de su abuelo, que también habían sido ebanistas. El oficio se remontaba varias generaciones, decía, mientras echaba la mano hacia atrás por encima del hombro para remedar el paso del tiempo. ¿Y su hijo también sería ebanista? Dijo que no tenía hijos. Pero ¿no quería tenerlos?, pregunté, pensando que así eran las charlas de los mayores. Quién sabe, murmuró, todavía no había encontrado a la esposa adecuada. Quise decirle que gustosamente cumpliría con el papel de hijo y haría de

aprendiz todos los veranos y aprendería todo lo que hubiese que aprender hasta que su hijo me reemplazara.

—Quiero trabajar contigo —dije.

Sonrió, se levantó y se sirvió un vaso de limonada.

—¿No tienes amigos? —preguntó, como si dijera: «¿Es que la gente de tu edad no tiene cosas mejores que hacer?».

—No tengo amigos aquí, aunque en casa tampoco tengo muchos.

¿Y a qué me dedicaba todo el día?

—Voy a la playa, leo, hago la tarea que me manda mi profesor particular de latín y griego.

Recitó los primeros versos de la *Eneida* .

—¿Has estudiado latín? —pregunté, entusiasmado con la noticia.

—Poco, casi nada, pero tuve que dejarlo.

Para tomarle el pelo, le pedí que volviese a recitar los primeros versos. Empezó a recitar pero luego se echó a reír a mitad del verso, lo que me hizo reír a mí también.

—¡Las cosas que me haces decir, *Arma virumque cano*, de verdad, Paolo!

Se estaba riendo de sí mismo. Me encantó que hiciera eso, nos acercaba más.

—Entonces ¿por qué no tienes amigos?

¿Otra vez estábamos hablando en serio? Empezaba a parecerse a mi madre, aunque viniendo de él no me molestaba.

—No lo sé. Quiero tener amigos. A lo mejor es que no le caigo bien a todo el mundo.

—Quizá crees que no les caes bien. Todo el mundo hace amigos.

—No todo el mundo.

—Pero aquí has hecho amigos.

—Eso es porque me gusta venir.

—¿No te gusta la gente de tu edad?

—No lo sé —me encogí de hombros.

Como para remarcar lo que le estaba diciendo, me descubrí exhalando una especie de minisuspiro que era la versión joven del suspiro cansado que él había soltado al hablar de sus años de formación como ebanista. Lo que me gustó no fue solo haber puesto mis cartas sobre la mesa y haber revelado un hecho privadísimo, sino que, por primera vez, había hablado con alguien de cosas que pensé que me afectaban a mí y a nadie más que a mí. Me gustó hablar así.

Cuando mi padre o mis familiares me preguntaban por qué no tenía amigos, encontraba la manera de evitar el tema o de asegurarles que tenía muy buenos amigos, pero sólo en el colegio. En el colegio decía que quizá no tenía muchos amigos entre los compañeros de clase pero que en San Giustiniano sí tenía muchos. Sin embargo, no había tenido nunca un amigo con quien hablar sobre no tener amigos. Con Nanni me resultaba tan fácil hablar que debía contenerme para no compartir demasiadas cosas por temor a aburrirle.

—Quiero aprenderlo todo de ti.

Sonrió pensativo.

—Es imposible aprender rápido a trabajar la madera.

Dicho esto, se fue hasta una estantería y bajó un objeto alargado envuelto en lo que parecía una manta. Mientras lo desenvolvía con cuidado, dijo que era un violín muy muy antiguo. No tenía cuerdas.

—Lo hizo mi abuelo. Yo nunca he hecho un violín y ni lo intentaría, pero conozco la madera, he crecido con ella y sé lo que hay que hacer para mantener vivo el sonido.

Me hizo deslizar la mano por la base del instrumento.

—La madera es implacable. Un pintor, hasta un gran pintor, puede cambiar de opinión a mitad de camino o cubrir un error grave, pero no se puede deshacer un error en la madera. Tienes que entender cómo piensa la madera, cómo habla y qué significa cada sonido que emite. La madera, como poquísimas cosas vivas, nunca muere.

Se podría creer que era Miguel Ángel hablando del mármol.

—Entonces ¿todavía quieres trabajar en mi taller apestoso? —preguntó al fin, después de que yo dijese que no me importaba cuánto se tardaba en aprender.

Lo que quería decirle era que más que nunca quiero estar contigo, ser tu hijo, quiero abrir el taller para ti antes de que llegues y cerrarlo después de que te vayas, quiero traerte café y pan caliente por las

mañanas, exprimir limones para ti, barrer y fregar el suelo y, si me lo pidieras, renegar de mis padres, de mi casa, de todo. Quiero ser tú.

Sabía que mi respuesta lo habría hecho reír, así que para contener mi ardor dije que no, que no quería trabajar en su taller apestoso. La frase se convirtió en motivo de broma entre nosotros.

Pasaba por allí unas dos veces a la semana, luego con más frecuencia.

Un día, mientras iba con pastelitos para los tres, me quedé petrificado. Mi madre estaba saliendo del taller. Llevaba un gran sombrero de paja y gafas de sol. La reconocí al instante, enseguida entré corriendo en la barbería y monté guardia detrás de la cortina de cuentas hasta que la vi alejarse hacia el *vicolo* Sant'Eusebio. No me había visto, pero me conmocionó y prometí no entrar en el taller por sorpresa antes de asegurarme de que ella no estaba de visita. Estaba seguro de que habían hablado de mí, pero no me planteé nunca qué impulso me había llevado a esconderme de mi madre. Quizá no quería que pensara que holgazaneaba por el pueblo después de mis clases, aunque sabía que no era ésa la razón.

Nanni siempre estaba trabajando cuando yo entraba. A veces hacía tanto calor en el taller que no llevaba la camisa. Mi padre tenía razón. Yo no tenía ni idea de que tuviese cuerpo de atleta.

—¡*Che sorpresa*, dos días seguidos! —dijo cuando decidí no espaciar mis visitas—. Hoy te dejaré que me ayudes.

Así que bajó un gran marco de cuadro. Aunque lo había estado mirando en mis visitas anteriores, me llevó un momento reconocer que era uno de los nuestros. Parecía tan limpio, tan nuevo, tan blanqueado, que me hizo pensar en el culo desnudo y blanco como el talco de un hombre bronceado.

—Al marco le falta mucho para estar terminado —dijo—. Hay que quitar la mugre que se ha acumulado durante años en la moldura tallada de flores y en las aristas de las esquinas.

—¿Y cómo se hace eso?

—Te lo enseño. Tú haz lo que te diga.

—¿Y si no lo hago?

—Será tu fin.

Sonreímos. Mordió un trozo del pastelito que le había traído y dejó el resto sobre el periódico del día que estaba abierto de par en par sobre la mesa combada. Seguramente había servido de mantel improvisado para el almuerzo con su hermano.

Me alargó una gubia simple de un tipo que yo no había visto nunca y me dijo que tendría que hacer exactamente lo que me dijera.

Sacó dos sillas a la acera donde hacía más fresco y luego me dio un delantal.

—No quiero que te ensucies la ropa.

—Tendré cuidado.

—Ponte el delantal.

El comentario burlón me hizo sonreír. Él también estaba sonriendo.

Después de que nos sentáramos con los delantales puestos uno frente al otro, apoyó el marco en las rodillas de los dos y me enseñó cómo raspar el polvo incrustado, aunque sin demasiada violencia, porque junto con la suciedad podía llevarme la madera de debajo. Dijo que ya había lijado el marco y que justo aquella mañana lo había tratado con un ácido muy débil para quitar algunas manchas. También me indicó unos puntos que tenía que evitar tocar con la gubia porque había reconstruido con yeso algunas de las secciones dañadas o podridas del marco.

—¿No habría sido más sensato usar el yeso después del ácido y no antes? —pregunté.

Me miró.

—*Ma senti quello* . Escuchadlo a éste. Se cree que no sé lo que hago. Tú haz lo que yo te diga.

Se estaba burlando de mí. Me gustó. Y entonces hice todo lo que me pidió y aquella tarde durante unas dos horas estuvimos sentados allí en el *vicolo*, a un paso del canal que corría por en medio del callejón, escarbando el marco, limpiando la suciedad que se había incrustado en las hendiduras talladas. Mañana lo trataría con aceite clarificado. Nada de tinte, sólo aceite.

—Ya verás lo bonita que puede ser la madera una vez que termine con ella. Una obra de arte. Dentro de unos días lo llevaré para que tus padres lo vean.

—Tengo muchas ganas de verlo, Nanni.

Quería volver al día siguiente y trabajar con él, que nos sentáramos cara a cara como habíamos hecho aquel día, y de vez en cuando me acercaría más a él para sentir el olorillo de sus axilas, que olían igual que las mías pero muchísimo más fuerte. Me gustaba que no llevase camisa, sólo un delantal, y el pecho visible. Podía mirarle el cuerpo todo lo que quisiera sin preocuparme por sus ojos o por ser incapaz de

sostenerle la mirada. Sólo quería que no se diera cuenta de que lo estaba mirando.

Aquel día, no dejamos de trabajar hasta que oscureció. Tenía los ojos cansados, dijo que los dos habíamos trabajado muy bien.

—Déjame verte las manos —añadió.

Vacilante, le enseñé las manos con las palmas hacia arriba. Me las sujetó y las examinó con los ojos entornados.

—¿Te has quemado? —me preguntó, por si la capa fina de ácido me había rozado la mano.

—No creo —dije casi sin aliento porque en aquel momento mis manos descansaban en las suyas, exactamente como había deseado unas semanas antes—. Puede que aquí.

Me señalé dos dedos de la mano izquierda, aunque sabía que me lo estaba inventando.

Me sostuvo los dedos bajo la escasa luz del taller, los examinó, y me dijo que no era nada, sólo suciedad.

—Toma, usa esto —dijo, sacando un trapo que empapó de aguarrás.

Miré el trapo.

—¿Qué hago con él? —Hice un gesto, como si no tuviera ni idea de qué hacer con un trapo empapado de aguarrás.

—Te restriegas la mancha con él, por Dios santo. ¡Los patricios sois todos iguales! A ver, déjame que te enseñe.

Cogió el trapo con la mano derecha y me agarró las dos manos con la izquierda como haría un adulto con un niño y me las frotó hasta que quedaron limpias. Me encantaba el olor. A partir de aquel momento olería al taller de mi amigo, a su mundo, a su cuerpo, a su vida.

—Ahora vete a tu casa.

Corrí colina abajo y observé cómo se oscurecía el pueblo después de la puesta de sol. Estaba feliz. Era la primera vez que contemplaba aquella vista sin mi padre y me gustó por el hecho en sí y porque estaba solo a una hora tan tardía. Fue una de las primeras noches en que descubrí mi «atajo» cerca de la capilla normanda abandonada y los tilos. La capilla no tenía techo, ni altar, ni nada, sólo un plinto que se asentaba sobre abundantes yerbajos amarillos. Allí, decidí, me sentaría todas las noches a pensar en Nanni y en mí.

Cuando llegaba a casa, no le contaba a mi madre dónde había estado y ella tampoco me preguntaba. Yo me quitaba la ropa y me lavaba las manos y los brazos con el jabón perfumado de ella para eliminar o, a lo sumo, tapar el olor de la trementina.

Por si acaso mis padres preguntaban, ya había ensayado una excusa: que me pasaba las tardes con otro alumno que había conocido en casa de mi profesor particular. No, no es ninguna lumbrera, añadiría, fingiendo que me aburría el tema. Lo único que tenemos en común es que hemos suspendido latín y griego. Pero si sacaban el tema del escritorio, los marcos, el salón, los habitantes de la isla o de Nanni mismo, mencionaría algo sobre él que los despistara.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi padre, cuando de hecho estábamos cenando los tres y la conversación derivó al trabajo de Nanni con el escritorio.

—¿Habéis notado cómo le tiembla la mano? —pregunté.

Para insistir en el asunto, me burlé imitando la forma en que había señalado el ojo de la cerradura con el índice tembloroso el día que lo había conocido.

—A lo mejor toma mucho café o fuma demasiado o bebe —dijo mi madre—. Quién sabe lo que hacen los de su clase.

—¿Quién, Tarzán? Jamás —soltó mi padre.

—¿Y alcohol?

—Pues claro que bebe, pero no es un alcohólico.

Podría haberles contado a mis padres sin más que no lo había visto nunca tomar café o tocar un cigarrillo, pero me habrían preguntado cómo lo sabía y entonces habría tenido que soltarlo todo. La ironía es que las manos de Nanni no temblaban en absoluto. Me lo había inventado. Quizá había hablado de sus manos esperando que mi madre tuviese algo bueno que decir de él, porque en lo que a Nanni respectaba me había quedado sin cosas nuevas en las que pensar.

Volví a su taller dos días después y, en vez de esperar a que me dijera qué tenía que hacer, coloqué mis libros debajo de la mesa, me puse el delantal y me serví limonada. Me pidió que me fijase bien en el marco que habíamos limpiado el otro día. Vi, en cuanto lo descolgó de la pared y lo puso a la luz, que era una obra maestra.

—¡Nanni! —grité sorprendido.

—No está terminado —explicó, como diciendo que era pronto para emocionarse—. Le voy a poner otra capa de aceite.

Yo creía que lo haría con una brocha. Él negó con la cabeza. Me dijo que, si quería, podía ayudarme. Él sabía que yo no deseaba otra cosa. Sacó un trapo, lo dobló hasta formar un taco grueso, lo empapó en un líquido espeso y claro y procedió a dar golpecitos suaves en el marco con él y luego a embadurnar la madera con movimientos largos, medidos, fluidos.

—Toma, prueba tú —dijo mientras me alargaba el paño.

Pero mis gestos eran demasiados erráticos y bruscos.

—Mírame.

Extendió el brazo con movimientos lentos, deliberados, confiados, poniendo todo el corazón en cada barrida del mismo modo y no con menos devoción que si estuviera deslizándose un arco largo y lento por las cuerdas de un violín o lavándole la espalda a un soldado herido tendido en una camilla, lavando y frotando, con cuidado y despacio. La mano seguía la veta de la madera y el olor del taller y de sus axilas era, como el incienso, saludable y bueno, porque había que ser desinteresado y no regatear esfuerzos en el trabajo, dijo, y había piedad en su gesto, y todo lo que tenía que ver con él te decía que era honesto, humilde y bueno. No podíamos aceitar la madera sentados, así que nos pusimos de pie alrededor del marco, yo dando toques ligeros y luego deslizándose el paño por un extremo, como me había enseñado, y él por el otro. Cuando me sorprendió trabajando apresuradamente, me pidió que fuese más despacio.

—Con calma.

Hacía calor en el taller, sudábamos. Yo era feliz.

—Ahora dejemos que se seque —dijo luego—. Ya te enseñaré cómo trabajar el escritorio. Mientras tanto, trabajarás con la caja *tutto da solo*. Tú solo.

En algún momento, una mosca se me posó en la cara y se paseó por mi mejilla. Me picaba y quería rascarme. Cuando intenté darle un capirotazo, terminé mojándome la mejilla con el trapo empapado de aceite de linaza.

—No hay que preocuparse —dijo Nanni.

Dobló otro trapo, le puso una gota mínima de disolvente, me lo llevó a la cara y presionó con un dedo por debajo de la tela la mancha de mi mejilla con golpecitos cuidadosos, vacilantes, tímidos, que me indicaron que estaba intentando que el disolvente no me quemara. Me encantaba cómo me tocaba la cara, cómo se preocupaba por mi cara; había mucha más amistad y amabilidad en el pequeño gesto de aquel hombre que en

nadie de mi misma sangre. Deseé que me hubiese tocado la cara con toda la palma de la mano y hubiese hecho desaparecer así la quemazón.

—No te muevas —dijo mientras volvía a frotar la mancha—. He dicho que no te muevas.

No me moví. Pude sentir entonces su aliento, iba a besarme. Se llevó el dedo a la boca, puso un poco de saliva en la punta y me la aplicó en la mancha de la mejilla. En aquel momento habría hecho cualquier cosa que me pidiera.

—Otro poco más, sé paciente, no te quemará —dijo, y confié en él, y me gustó confiar en él, y la advertencia de mi madre me trajo sin cuidado, porque lo que me pasaba por la cabeza en ese mismo instante era que, en vez de frotarme la mejilla con aquel trapo, debería haberme frotado con él el pito con la misma delicadeza y, si me quemaba como sabía que me quemaría, que así fuera, mientras lo sostuviera en la palma de su mano como había hecho con mis manos el otro día.

Sentí cómo la quemazón se empezaba a extender por la mejilla y se hacía más intensa y dolía, pero me daba igual, porque él había dicho que no me dolería, y yo quería que supiera que confiaba en él, le confiaba todo, que no me importaba que me restregara su saliva en la cara, porque no me importaba, no me importaba, porque era culpa mía que me quemase, no la suya, nunca suya. Cuando me dio unas palmaditas en la mejilla, sin pensarlo me apoyé en la palma de su mano y dejé reposar allí aquel lado de la cara. Pero lo hice con discreción. Él no se dio cuenta.

—No ha sido para tanto, ¿o sí? —dijo, dándome palmaditas otra vez en la mejilla y sonriendo.

En el antiguo espejo picado y lleno de manchas, me descubrí una raspadura rojiza en la mejilla.

—Vuelve al trabajo.

Al acercarse la caída de la tarde, me tiró un trapo para que me limpiara las manos. Lo tiró igual que el profesor de natación nos lanzaba las toallas a cada uno en cuanto salíamos de la piscina.

Aquellas horas de la tarde después de mi clase particular transcurrían en paz y lentamente. Pastel, limonada y la cajita, que se había convertido en mi trabajo, sólo mío, mientras él observaba por encima de mi hombro y estaba pendiente de mis progresos. Podría haber seguido haciendo aquello como habían hecho sus antepasados un día tras otro, hora tras hora, año tras año. Suponemos que nuestra vida está trazada, sin saber siquiera que lo suponemos, lo que constituye la belleza de las suposiciones: nos anclan sin el menor indicio de que lo que hacemos en realidad es confiar en que nada cambie. Creemos que la calle en la que vivimos seguirá siendo la misma y que llevará el mismo nombre

siempre. Creemos que nuestros amigos seguirán siendo siempre nuestros amigos y que querremos siempre a los mismos a los que ahora queremos. Nos confiamos y, a fuerza de confiar, nos olvidamos de que nos hemos confiado.

Unos días después, casi me crucé con mi madre mientras ella bajaba por Sant'Eusebio. Me escabullí dentro de la diminuta librería, esperando que, si mi madre entraba, pensaría que estaba intentando elegir una novela. En cuanto me cercioré de que estaba mucho más abajo de la calle que yo, me dirigí al taller de Nanni. Él estaba ocupado volviendo a poner nuestro escritorio en el rincón. Mi madre se había pasado por ahí para hacer otra de sus inspecciones *in situ*.

Nanni me dijo enseguida que entrara.

— Oggi non si scherza, *hoy nada de juegos*.

Me puse el delantal sucio como era mi costumbre y esperé sus órdenes. Pero entonces vi que la cajita, que creía que era sólo para que la trabajara yo, había sido lijada de nuevo, me imaginé que por su hermano pequeño. Era obvio que no le había gustado cómo la había imprimado y le había pedido a su hermano que deshiciera mi trabajo. Pero estaba equivocado.

—Hoy observarás lo que hago con el escritorio. Luego harás exactamente lo mismo con la caja. Primero tenemos que encontrar el tinte. A mí me gusta empezar por una esquina, así que tú empezarás también por una esquina.

Hice todo lo que me pidió y copié todos los movimientos que realizó sobre el escritorio usando los mismos productos.

Teñí y teñí como él me enseñaba, con suavidad y diligencia. Apenas hablábamos mientras trabajábamos, aunque alguna vez charlamos de equipos de fútbol. Creo que ni siquiera pensábamos en nada mientras trabajábamos. Sólo trabajábamos. Cuando terminamos la jornada, me colocó frente a él, me puso la mano en el hombro y me inspeccionó la cara. Estaba bien. No tenía manchas en ninguna parte.

—Has trabajado bien.

—Y tú también —dije, pensando que era lo que se decían los obreros después de un largo día de trabajo.

Asintió. Hubo un momento de silencio.

—Oye, dime, ¿me ha temblado hoy la mano?

Debí de lanzarle una mirada de terror aunque intenté que mi expresión fuese vacía, perpleja, atónita. Estoy seguro de que se dio cuenta.

—Paolo, *scherzavo*. Era broma —dijo intentando ponerle remedio a mi conmoción.

Le creí, pero la tierra se había abierto a mis pies.

De camino a casa, me quedé en la capilla normanda y me senté en mi plinto y miré el mar en dirección a las luces del continente, como me gustaba hacer justo antes del crepúsculo y después del trabajo, excepto que aquella vez me sentía como si me hubiesen abierto en canal en uno de esos antiguos anfiteatros anatómicos mientras mi corazón seguía palpitando y mis pulmones continuaban respirando y todos los órganos del abdomen estaban al aire ante una multitud de jóvenes estudiantes de medicina que se reía con disimulo.

Había birlado un trozo de trapo mojado del taller de Nanni y lo había metido a hurtadillas en la bolsa de papel de la panadería. Lo saqué y me desabroché los pantalones cortos y me los bajé. Me gustó quedarme desnudo y expuesto, como si fuera lo que llevaba queriendo hacer desde hacía horas. Quería que él me viese desnudo. Con el trapo en una mano, me toqué una vez el pito, pero como no sentí nada salvo un suave cosquilleo, me lo toqué por segunda vez. Entonces empecé a sentirlo. Al principio era calor y me entusiasmó, porque lo sentía como si me estuviese tocando algo que no era mi mano, pero luego me empezó a quemar y a quemar más, sin aplacarse, y todavía más. Empecé a asustarme porque dolía y, aunque en parte quería que me doliera y me gustaba que me doliera, me daba miedo que la quemadura no desapareciese nunca, que el pito me ardiera siempre, mientras dormía o cuando me bañase o cuando me sentara en el comedor con mis padres o cuando me pasara por el taller de Nanni. Empecé a horrorizarme por lo que me había hecho a mí mismo. *Perché, ma perché*, gemí, mientras pensaba que aquella era su voz hablándome y que, si él supiera lo que acababa de hacerme, habría aparecido en cuestión de segundos por aquella capillita vacía y lo habría sostenido en la palma de su mano para que desapareciera la quemazón. Y pensé en su saliva y en cómo la saliva me había aliviado la quemazón y en cómo no supe nada más, lo único que podía hacer era quebrarme y decir *Ma che cosa ti sei fatto?* ¿Qué te has hecho? Y oír su voz decir aquellas palabras mientras las decía yo en voz alta me atenazó la garganta y me impidió respirar hasta que estallé en llanto. Nunca había sentido tanta lástima por mí mismo.

Creí que estaba llorando de dolor o porque estaba empezando a asustarme, pero sabía que había otra razón, aunque no podía desentrañarla ni desentrañar por qué me había hecho llorar. La capilla estaba llena de pena, y mi corazón y las aguas hasta el continente, y había más pena en mi cuerpo, porque no conocía mi cuerpo ni sabía la cosa tan sencilla que necesitaba en aquel momento. Y pensé en los años que me quedaban por delante y supe que esto no desaparecería nunca; que, incluso si la quemadura remitía hasta desvanecerse, nunca en la vida se me pasaría la vergüenza ni me perdonaría a mí mismo ni a él por obligarme a hacer aquello. Me sentaría en este mismo sitio en los años por venir y me acordaría de que nunca en la vida había conocido

esa clase de soledad que puedes tocar de verdad en tu propio cuerpo. Tiré el trapo y antes de entrar en casa me encargué de lavarme la mano, los brazos y las rodillas en el grifo del jardinero con su sucia pastilla de jabón.

Unos días más tarde, después de mi clase, fui a su taller y por primera vez me encontré la puerta cerrada. Cuando llamé, lo único que oí fueron los paneles de cristal vibrar contra la vieja puerta de madera. Siempre estaba allí, pensé, así que tenía que estar dentro. Me puse a tirar de la campanilla. El repicar hueco me decía que era inútil insistir, pero tiré de la campanilla e hice más ruido, haciendo caso omiso de lo que pudiesen decir los vecinos, persuadido por completo de que Nanni aparecería en algún momento. Alessi, el barbero, fue el que al final salió de su establecimiento y gritó parado en medio del callejón:

—¿No ves que no hay nadie?

Estaba enfadado, destrozado, humillado. Seguía oyendo el *tinnitus* de la campanilla en la cabeza mientras bajaba a grandes zancadas el callejón empedrado de camino a mi casa. ¿Por qué me había defraudado él, por qué me había confiado yo, por qué había ido allí, para empezar? No tenía ni idea de lo que le había pasado ni de dónde estaba ni de por qué no abría la puerta. No tendría que haberme permitido dar por sentada aquella amistad; ¿qué amistad?

Me sentí presa de la misma sensación de pánico paralizadora que había sentido aquel mismo año en el colegio el día que venían los padres, cuando supe que el informe de los maestros no iba a ir bien. No tendría que haber confiado en él tan a ciegas. No era mi amigo, nunca lo sería. Tendría que haberlo sabido, tendría que haberme buscado amigos de mi edad.

Para empeorar las cosas, empezó a llover. El agua ya me caía a mares en la cabeza cuando vi las luces de la casa a lo lejos y supe que para cuando llegase al porche me habría empapado. Nada de capilla normanda aquel día. Me lo tenía bien merecido. No tengo que confiar en nadie, nunca más buscaré a nadie, jamás. Tenía un solo amigo en el planeta, mi padre, y aun así no sabía qué contarle. ¿Contarle qué? ¿Que me sentía totalmente incómodo, que estaba dolido, que deseaba odiar a Nanni, que no deberíamos contratarlo nunca más, que Nanni no era mejor que los rufianes que andaban fuera del Caffè dell'Ulivo por la noche y decían groserías o hacían ruidos obscenos cuando pasaba una mujer?

Pero, antes de abrir del todo la puerta, distinguí el escritorio cilíndrico en la entrada y al lado los dos marcos medio envueltos apoyados contra la pared. Entonces oí la voz de Nanni. Entré en el paraíso. Nanni estaba con mi madre, intentando ayudarla a encontrar un sitio adecuado para el escritorio. Habían encendido las luces, por lo que parecía mucho más tarde de lo que era en realidad. Nanni hablaba del daño que les hacía a los muebles la luz del sol, por lo que, dijo, mi madre debería mantener el

escritorio alejado de la gran ventana de la terraza. Ella lo escuchaba mientras acariciaba la madera despacio y con suavidad, como si necesitara tocarla para creérsela pero temiendo al mismo tiempo perturbarla. Yo estaba sorprendidísimo con el brillo del escritorio. Lo que me hacía más feliz todavía era la idea de que, mientras yo había tirado de la campanilla con una impaciencia febril aquella tarde, él estaba en nuestro salón hablando con mis padres, mostrándoles su trabajo.

Les dije que iba arriba a cambiarme, me quité todo, dejé la ropa mojada en el suelo, volví abajo directamente con el albornoz puesto y me quedé en la puerta pensando que adoraba a aquel hombre.

—Me he tomado la libertad también de usar un producto nuevo para el bronce para sacarle el lustre —explicó.

A mí no me lo había contado. Mi madre dijo que no había notado el bronce pero que sí, que tenía razón, hasta los ojos de las cerraduras de bronce que él había toqueteado aquella primera vez habían adquirido un brillo inequívoco. Nanni explicó que había sustituido el ojo de la cerradura de uno de los cajones porque en algún momento, a saber cuándo, alguien lo había reemplazado con uno que no hacía juego con el diseño, lo que implicaba que también había tenido que cambiar la llave.

—Probablemente el loco del tío abuelo Federico —dijo mi madre.

Entonces describió el ojo de la cerradura del escritorio y destacó su diseño cuadrifolio. Le vi las manos como las había visto por primera vez semanas antes en aquella misma habitación. No habían cambiado. A pesar del papel de lija y de los años en contacto con resina, aguarrás, laca y ácido, eran agradables y muy suaves al tacto; como había podido comprobar cuando me ayudó a quitarme la mancha de la mejilla, y el día que me frotó el pelo con la palma de la mano cuando dije que no necesitaba delantal, o cuando me sostuvo las manos en una de las suyas y empezó a limpiármelas. Me acordé de su pecho desnudo bajo el delantal.

—¿Y la cajita? —preguntó entonces mi madre.

—La cajita —repitió Nanni, tomándose su tiempo— es una verdadera joya.

Sacó las gavetas como había hecho el primer día, pero esta vez se deslizaron con suavidad, sin atascarse ni hacer ruido. Buscó debajo del escritorio y extrajo la caja. Hacía días que no la veía y no tenía ni idea de que estuviera tan acabada, con un aspecto, tan radiante.

—Preciosa, ¿verdad? —preguntó.

—Es usted un artesano milagroso.

Mi madre inspeccionó la llave y la cerradura. Yo no había visto nunca ni la llave nueva ni la nueva cerradura porque, cuando trabajé en la caja en el taller, Nanni las había quitado.

Mi madre no pudo sino volver a felicitarle. Él hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias, pero como restándole importancia al cumplido. Levantó la cara, miró en mi dirección y me lanzó lo que me pareció el destello de una sonrisa cómplice y luego volvió a observar la caja que sostenía en la mano antes de colocarla sobre el escritorio restaurado sin decir nada. «Que sea nuestro secreto», pareció decir.

Así que teníamos un secreto.

Pero el secreto verdadero no era que hubiese ido a verlo casi todas las tardes, sino que él presintiera que yo no quería que mis padres lo supieran. Ése era el secreto.

Nunca se me ocurrió plantearme por qué no había mencionado mis visitas o por qué no había reconocido mi participación en el lustrado de la caja.

Aquella noche arrullé mi secreto mientras hacía la tarea de latín. Una hora o así después, volví a bajar la escalera creyendo que Nanni ya se habría ido y me quedé sorprendido al ver que seguía allí, ayudando a mis padres a poner los dos cuadros en sus marcos. Seguí esperando que me hablase, pero no me habló. Cuando salí para ir a buscar agua a la cocina, oí que les explicaba a mis padres lo que les había hecho a los marcos con todo detalle. Entonces mi padre, que siempre conseguía que la gente quisiera confiar en él, le preguntó qué otro trabajo le esperaba en el taller. Hubo un momento de silencio. Nanni dijo que quería trasladar el taller al continente, porque, aunque había heredado el oficio y el taller y la casa de encima del taller, quería ser algo más que un ebanista. Era un creador, dijo, un artista, no un mero *falegname*, un carpintero.

Me gustó la forma en que dijo aquellas últimas palabras. Surgieron como una confesión irrefutablemente sincera. Nanni hablaba con una humildad cándida que casi rayaba en la disculpa, como si estuviese pidiéndole a mi padre su bendición y su amistad.

—Te cuento esto como a un padre —le dijo al final.

¿Por qué no me había abierto nunca con Nanni con tanta sinceridad como estaba haciendo él en aquel momento con mi padre? ¿Sería capaz alguna vez de contarle lo que me había hecho en la capilla esperando que pasara por allí para rescatarme? Ni en los próximos diez años, ni en toda la vida. Y, sin embargo, quería contárselo, y la idea de hacerlo me excitó.

Nanni le estaba contando a mi padre que también estaba el asunto de su hermano pequeño.

—Le prometí a mi padre que cuidaría de mi hermano y lo establecería en el negocio, así que tengo que esperar a que se haga mayor. Pero mi sueño siempre ha sido convertirme en un oficial artesano, un *compagnon* como los que todavía existen en Francia, viajar y aprender de otros. En vez de eso, trabajé con mi padre y con mi abuelo y me sirvió de mucho, pero necesito irme.

Me fascinaba ver la facilidad con que le hablaba a mi padre, como muchos otros de San Giustiniano. Yo nunca había confiado en nadie de aquella manera, ni siquiera en mi padre. Supe también que aquel modo de desnudar el alma de uno ante otros era la esencia misma de la amistad, algo de lo que yo no sabía nada y que era precisamente lo que ansiaba de Nanni, excepto que la quería con su cara, sus manos, su olor. Quizá yo no fuese capaz de sentir una confianza semejante ni de suscitarla en los demás. Además, era sólo un niño y lo sabía. ¿Pensaban los demás tanto en la amistad como yo o se limitaban a confiar y hacerse amigos de forma natural? ¿Qué me había surgido a mí nunca de forma natural?

—Pero ¿por qué quieres irte de San Giustiniano? —preguntó mi madre.

—No puedo seguir aquí. He crecido aquí. Conozco a todo el mundo. Además, hay tantas habladurías en este pueblo. Quiero irme.

Estaba tan intrigado por esa persona a la que me parecía oír por primera vez que me quedé en el umbral del salón, temiendo que, si entraba, el más mínimo paso interrumpiría la conversación. Quería que siguiera hablando. ¿Por qué no hablaba así cuando estaba conmigo? Estaba tomando algo con mis padres, sentado en un sillón inclinado hacia delante en dirección a mi padre, con los codos apoyados en las piernas, como si no hubiese terminado de confesarse y siguiera implorando el permiso de mis padres para que lo escucharan. Cuando soltó la copa, tuve la impresión de que estaba a punto de estirar el brazo para estrecharle la mano a mi padre.

—No me gusta dar consejos —dijo por fin mi padre—. Además, quién sabe el valor que tendrán para ti mis palabras, Nanni. Pero, si de verdad tienes que irte, quizá Europa no sea el lugar. Sería mejor Canadá, por ejemplo. O Nueva Zelanda, Australia y América, claro. Aunque el mundo está lleno de delincuentes y de vándalos.

—Ay, aquí estamos rodeados de delincuentes y vándalos, más de los que te crees. Que no los veas llamando a tu puerta no significa que no los haya —dijo, mirando a mi padre. Luego miró a mi madre y continuó—: Aquí las cosas no son fáciles para mí, *signora* .

—Por un momento, estaba segura de que nos iba a pedir un préstamo —dijo mi madre cuando Nanni ya se había ido—. Es de esa clase.

—Pero no lo ha pedido. Nunca lo haría.

—Lo hará la próxima vez que venga, ya lo verás. Ésos son todos iguales.

Por la noche solía venir a vernos mucha gente solo para terminar pidiendo dinero al final de la visita. Normalmente para ese entonces ya me habían ordenado salir de la habitación, pero me encantaba escuchar a escondidas las lisonjas torpes que precedían a la petición. En este caso no había pasado nada parecido.

—Quédese en Europa, Nanni, quédese aquí —le dijo mi madre—. No se hace una idea de la felicidad que siento cuando me subo al primer transbordador del año, cruzo el mar y dejo atrás el mundo y por fin camino por el paseo marítimo y distingo el olor de las barcas pesqueras a lo largo del puerto. Esto es el paraíso.

¿Por qué decía aquello mi madre, cuando ninguno de nosotros podía olvidarse de que nuestro primer viaje en el transbordador aquel verano había sido un verdadero infierno?

—Tengo unos amigos en la embajada canadiense que a lo mejor podrían ayudarte —dijo mi padre.

—Mi marido y yo no estamos de acuerdo, lo que no es una sorpresa. Éste es su lugar, *signor* Giovanni.

Pero, para demostrar que no había desavenencias significativas en nuestro hogar, se acercó a mi padre, se sentó en el brazo de su sillón y le puso la mano en el hombro. Parecía sugerir calidez, juventud y solidaridad, aunque su gesto me resultó un poquito afectado y demasiado efusivo para la ocasión. A mi padre también debió de parecérselo, porque se limitó a quedarse allí sentado, rígido, incómodo, dejó que hablase mi madre y que reposara allí la mano hasta que se cansara.

—Lo irónico —dijo mi madre sonriente— es que quizá nosotros también estemos pensando en mudarnos, sobre todo por los estudios de Paolo.

Nanni se volvió hacia mí y me miró.

—Sí, sobre todo por Paolo.

La forma que tuvo de decir aquellas palabras me rompió el corazón. No obstante, cualquier cosa que tuviera que ver con el colegio podía transformarse con facilidad en hablar del examen de latín y griego, de mi profesor particular y, en última instancia, de mis visitas. Entré en pánico. Debí de leerme la mente y evité el tema.

—Hacemos cualquier cosa por nuestros hijos, Nanni. Pero un día nos dejan y los perdemos —dijo mi padre. Aquello no venía a cuento.

—Yo no te voy a dejar —dije.

Mi padre reflexionó un momento.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió al final.

Pero yo podía interpretarlo lo bastante como para darme cuenta de que no se creía lo que acababa de decirle, porque lo que de verdad quería decir con aquella inflexión pensativa era que quizá no querría irme en ese momento, pero que un día lo haría. Miró a Nanni como para sacarle un gesto afirmativo cuando, de pronto, como pasaba casi todas las noches, se fue la luz. Esperamos en la oscuridad. Mi padre encendió las tres largas velas del candelabro del piano y se acercó al escritorio que estaba en medio del salón. Quería verlo bajo una luz diferente. Se veía más deslumbrante a la luz de las velas. Debería estar en un museo.

—Eres un artista —dijo mi padre en cuanto vimos brillar el cilindro como el más refinado de los Stradivarius.

—*Anzi*, un gran artista —añadió mi madre.

Me sentía tan feliz que deseé que nos quedásemos para siempre los cuatro en aquella habitación iluminados por el resplandor íntimo y sobrio de las velas. Quise que volviera la oscuridad. Quería abrazarlo en las sombras.

Cuando se restableció la luz, Nanni miró su reloj.

—Quizá sea ya hora de que me vaya —dijo.

Mi padre lo acompañó a la puerta mientras mi madre se quedaba en el salón, mirando fijamente el escritorio. Estaba seguro de que mi padre se había apartado para pagarle a Nanni sus honorarios, por eso no lo acompañé. Como hacía mi padre con todo el mundo, caminó con él hasta el final del jardín, le abrió la cancela y luego se quedó allí, cortés como siempre, viendo cómo su invitado regresaba hacia el puerto. Nanni se giró y saludó por segunda vez. Nadie había apagado las velas. Me hizo pensar que seguía con nosotros en el salón.

—Un gran talento, pero es extraño este Nanni, un poco desagradable en mi opinión. ¿No te parece? —preguntó mi madre cuando mi padre cerró la puerta tras él.

—Sí, tiene mucho talento —dijo mi padre, sin molestarse en emitir un juicio.

—Aun así, hay algo turbio en él. ¿Te imaginas en qué clase de cuchitril sórdido vivirá? Creo que lo que debería hacer es encontrar una muchacha agradable y sentar la cabeza en San Giustiniano. Su sitio está aquí.

—Quizá —dijo mi padre—, pero es demasiado complicado para sentar la cabeza con una de esas pueblerinas fornidas y rústicas. Es demasiado refinado y bien parecido para ellas. Pertenece al gran mundo, a París, a Roma, Londres, no a una aldea de pescadores.

La admiración de mi padre, a diferencia de la mía, carecía de subterfugios. Envidié la ausencia de cortinas de humo y de doble discurso en lo que había dicho. No había nada furtivo o disimulado en proclamar tu admiración por otro hombre. De hecho, su alabanza sin restricciones de Nanni me hizo darme cuenta de que yo jamás había dicho ni sería capaz nunca de decir algo por el estilo. Me había inventado algo burdo sobre él o señalado un defecto congénito aquí, un temblor allá, aunque sólo fuera para censurar cualquier cosa que hubiese delatado lo que sentía cada vez que encontraba el valor para mirarle a los ojos.

Aquella noche, mientras dormía, pensé en algo que le había oído decir a mi madre y en lo que no me había querido concentrar hasta que pudiera consagrarme por completo a ello. Pensé —¿o soñé?— en lo que ella llamó su cuchitril sórdido encima del taller. Sabía que había una escalera que conducía arriba, pero no había visto nunca el lugar donde vivía, cómo vivía. Quise ver su cuarto, sus cosas, sus zapatos, su ropa, tocar su cama, su albornoz, su toalla. ¿Y si en vez de ir al colegio una mañana de invierno cogía el transbordador desde el continente y me dejaba caer por allí? ¿Me alojaría, me ayudaría a secarme los pies si lloviese aquel día, me dejaría algo que ponerme mientras se secaba mi ropa? Trabajaría con él, almorzaría con él y dormiría una larga siesta en su cama con aquel raído jersey marrón suyo que tenía su tacto y olía a él y hablaba de él en la lengua áspera, sagrada de las cosas.

De lo que no me di cuenta después de que trajera los marcos y el escritorio restaurados es de que ya no tenía motivo para visitarlo por las tardes. Mientras me bebía la limonada de siempre en su taller al día siguiente, le pregunté si había algo más que pudiera hacer. Negó con la cabeza y dijo que habíamos terminado con los muebles de mis padres. Parecía violento, tenso. En parte, sentí que pugnaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Ahora que hemos terminado el escritorio de tus padres, quizá sea hora de que dejes de ser un operario manual.

Al fin había dado con las palabras adecuadas y con el tono adecuado de humor y disculpa para suavizar el golpe.

Su hermano Ruggiero estaba ocupado lijando un cajón y, aunque no se había dado la vuelta, advertí que no se estaba perdiendo ni una palabra.

—¿Entonces me has dejado que viniera siempre y cuando trabajara para mis padres?

Me había conmocionado tanto lo que me acababa de decir que no pude expresar mi desilusión con más delicadeza.

—Has ayudado un montón —contestó, esquivando mi pregunta—, y has hecho un trabajo fabuloso, hasta en tu casa lo han dicho también.

La expresión sorprendida de mi cara debía de decir a gritos que no tendría que habérselo contado a mi madre. Así que nunca había sido nuestro secreto.

Intenté que no se me notara el profundo desconcierto que sentía. Lo que más me impactó no fue que mi madre estuviera enterada de mis visitas al taller, sino que hubiese decidido no mencionarlas. De repente, su silencio ensombreció mis visitas y me confirmó que lo que había estado haciendo en el taller siempre había tenido un carácter inquietante y furtivo que justificaba su silencio. Un poco antes, había pensado en pedirles a mis padres que hicieran venir a Nanni a echar un ojo a la mesa y las sillas del comedor, porque tenían un aspecto tan viejo y desvencijado que sin duda les hacía falta ser restauradas, pero ahora mi madre adivinaría mi intención y sabría que no era más que una estratagema para seguir visitando el taller.

Cuando llegué a casa, no cruzamos una palabra, ni una mirada, nada. En la cena, miré a mi padre. Él también guardaba un silencio impenetrable. Algo tendría que salir a la luz. La cuestión sólo era cuándo.

Pero cuantos más días pasaban sin que nadie mencionara mis visitas, más difícil se volvía pronunciar siquiera el nombre de Nanni en casa. Cuando mi madre lo dijo una vez, mientras me pedía que la ayudara a mover el escritorio de un rincón del salón al otro —pues todavía no le habíamos encontrado un sitio—, hice como que no lo había oído, pero noté cómo me temblaba todo el cuerpo. Dijo su nombre y me quedé paralizado. Dijo «Nanni» y todos los baluartes que había erigido alrededor de esa única palabra de repente se vinieron abajo. Pronuncia su nombre en invierno cuando hayamos vuelto a la ciudad y sentiré de pronto mil alfilerazos pinchándome la coronilla. Me encantaba su nombre. Significaba más, mucho más para mí que para nadie. Nadie lo entendería y menos todavía se explicaría por qué me llenaba de placer furtivo, angustia y vergüenza.

Una de las últimas tardes que pasé en San Giustiniano, después de mi clase particular, fui al taller de Nanni. Allí estaba, sin camisa, trabajando con Ruggiero en un gran cajón puesto de costado que ocupaba la calle empedrada. Le envidié la paz, el calor, el trabajo, el

antiguo ritual intemporal. Y entonces, como si me arrancaran algo de los pulmones y fuese necesario decirlo, por fin encontré el momento en el que se quedó solo para contárselo.

—Nunca he tenido amigos, tú has sido mi único amigo —dije, pronunciando las palabras sin siquiera darme cuenta de que las había dicho.

Lo que había querido decir era «Yo era tu amigo, ojalá hubieses seguido siendo el mío». En vez de eso nos abrazamos como siempre, sólo que él dijo:

—*Scusa il sudore*. Perdona por el sudor.

Pero eso era exactamente lo que quería tener en la cara.

No les contaría a mis padres aquello. No lo entenderían. Nadie lo entendería.

Lo más cerca que estuve de entender nada llegó mucho más tarde aquel invierno, cuando entré en la cocina y distinguí el olor a trementina que venía de la puerta abierta de una de las cocinas contiguas del edificio. Estaban pintando la cocina de nuestros vecinos. De pronto, sin pensar, estaba en el callejón empedrado de San Giustiniانو, subiendo la colina bajo el calor abrasador de una tarde de finales de julio, la zapatería, la cerrajería, la barbería, cada paso estaba marcado por lo que prometía el presagio de aquel olor una vez que pasara el pilar de piedra gigante donde el callejón giraba colina arriba hacia el *caffè* y luego seguía subiendo hacia el castillo. La trementina, ese día me di cuenta, era la tapadera, el mecanismo encubridor. Lo que de verdad deseaba era su sudor, su sonrisa, la manera en que me hablaba y el olor de sus axilas después del esfuerzo en aquellos días sofocantes del verano. Y entonces, en nuestra cocina y para mi eterna vergüenza, me acordé de lo que había pasado entre nosotros justo un día después del episodio con la trementina en la capilla normanda.

Íbamos a trabajar otra vez en el marco. Lo habíamos sacado al callejón y nos habíamos sentado frente a frente con el marco encima de las rodillas, ambos con las herramientas sobre los adoquines: la gubia grande, la gubia más pequeña, las leznas diminutas para escarbar entre los diseños floridos y quitar la suciedad incrustada. A veces, cuando hacía fuerza con el brazo, su rodilla chocaba con la mía y se quedaba allí hasta que dejaba de presionar con la mano y empezaba a trabajar en otra zona del marco. Al principio, retiraba la rodilla, pero no tardé en aprender a dejarla allí y no moverla. A veces ambas rodillas quedaban tan cerca que daban la impresión de ser gemelas que habían crecido juntas y sólo eran felices al tocarse. Una vez, rocé con mi rodilla la suya y me propuse apretarla. Nanni apartó la suya, así que para castigarle y denigrarlo con el pensamiento empecé a pensar en él desnudo bajo el delantal y me gustó pensar en él desnudo. Sabía que

estaba mal, que era perverso incluso, pero no podía evitarlo, me gustaba mirarle la entrepierna.

Mientras atesoraba aquellas imágenes turbadoras, de pronto lo pesqué mirándome fijamente. ¿Me había visto recorrer todo su cuerpo con la mirada cuando se levantó? ¿Se iba a ofender porque lo había contemplado?

Había dejado de hablar. Empecé a preguntarme por qué. Entonces vi que seguía clavándome la mirada. Y sus ojos eran tan bonitos y, caí en la cuenta por primera vez, tan absolutamente verdes, que no pude sino mirarlos un poco más. Siempre me había dejado llevar por el impulso de apartar la vista para evitar sus ojos, pero en aquella ocasión sus ojos me retuvieron y yo quería que me retuviesen, porque me estaban ordenando que esta vez no me apartase, porque por aquello los adultos se miraban unos a otros a los ojos: devolvías la mirada y no había escapatoria para ponerte a salvo porque estabas invitado a quedarte mirando, porque ya no era ninguna infracción, porque la infracción era no mirar, y es cuando me di cuenta de que lo que había estado ansiando todo aquel tiempo eran sus ojos, no sus manos, no su voz, no sus rodillas, ni siquiera su amistad, sólo sus ojos, porque quería que sus ojos descansaran en mí para siempre de aquella manera en que descansaron entonces, porque me encantaba el modo en que se cernían sobre mi cara y se posaban al final en mis ojos como la mano de un hombre santo a punto de tocarte los párpados, la frente, toda la cara, porque sus ojos seguían jurándome que yo era lo que más quería en el mundo, porque había piedad, gracia y caridad en la mirada que me distinguía con su belleza y me decía que no había menos piedad, belleza y gracia en la mía. Y esto, en una de las últimas tardes en su taller y en aquel lugar distante del globo, fue fuente de felicidad, esperanza y amistad. Me había mirado con pena porque me marcharía pronto. Yo era su amigo. No había nada más que desear. Sin embargo, algo se rompió en el momento en que dijo:

—No deberías quedarte mirando así a la gente.

Sus palabras me hirieron. De un golpe, nuestro delicado intercambio de miradas quedaba al descubierto y hecho trizas, expuesto por la persona misma que nunca debería haber sido tan completamente consciente de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Ya eres lo bastante mayor para saberlo —me reprendió—. ¿O no?

Algo frío, cortante, casi malhumorado en su breve desaire no armonizaba con la gracia y la ternura de un momento antes. ¿Me lo habría inventado todo?

Aparté los ojos de inmediato y seguí mirando para otro lado como para probarle que estaba equivocado y demostrarle que me había llamado la

atención algo que estaba a mi izquierda y que no tenía nada que ver con él. Pero empecé a temblar. Yo había violado alguna regla, pero ¿cuál? Lo único que sabía era que Nanni me había puesto en mi sitio y en el proceso me había dejado del todo paralizado. Nunca me habían reprendido con una voz sin ira ni me había sentido tan hecho polvo por palabras que no eran ni hostiles ni severas, razón por la que dolían mucho más, porque quizá su intención había sido amable, porque sabía que tenía razón, porque se había dado cuenta de mi intención y eso me disgustaba mucho aunque al mismo tiempo me gustaba mucho. Había esperado traspasar un límite mientras miraba y salirme con la mía sin que él lo supiera o me llamara la atención. Eso era peor que cuando me regañaba un maestro o me pillaban mintiendo o robando, peor que cuando le hice un gesto obsceno a un vendedor de fruta y el viejo se volvió y me dijo *svergognato*, desvergonzado. Nanni podría haberme llamado también *svergognato*. Había visto quién era yo, había interpretado las sucias inclinaciones de mi corazón y leído mis pensamientos más inmundos; él sabía, lo sabía todo, sabía lo que había estado mirando en el momento en el que se levantó a buscar papel de lija. Sabía lo que estaba haciendo cuando le toqué la rodilla. Me sentí tan derrotado por la reprimenda implícita que había en sus palabras tranquilas que estuve a punto de pedirle que por favor no se lo contara a mis padres.

—¿Te he ofendido, Nanni? —Por fin reuní el valor para preguntar, quizá como una manera de mitigar su reacción. Incapaz de soportar aquel frío repentino entre nosotros, pregunté—: ¿Estás enfadado conmigo?

Noté que la voz me estaba fallando. Él también lo notó.

Negó apenas con la cabeza cinco o seis veces, pensativo como nunca lo había visto antes. Luego me sonrió con condescendencia.

—*Sta'buono, Paolo, e va' a casa* . Pórtate bien, Paolo, y vete a casa. Te veré dentro de unos días —dijo.

Pero en sus ojos seguía aquel brillo inquebrantable, oscuro, como si escondiera algo.

—Pero no me quiero ir todavía —murmuré, sin pensarlo, ya resignado a marcharme, así que me acerqué para el abrazo de despedida habitual.

— *Devi. Debes.*

Lo dijo sin el más mínimo reproche en la voz, como un rechazo que podía confundirse con una súplica. Se alejó de mí.

No entendí lo que significaba *devi* aquel día, pero, al recordar ahora la palabra y la forma en que la dijo, debí de intuir de alguna manera que aquélla era la primera vez en mi vida que alguien me había tratado no como al niño que seguía siendo o como al niño que se quedaba jugando con sus amigos una noche sin decirles a sus padres que llegaría tarde a

cenar, sino como a alguien que en ese mismo momento había dejado de ser solo un niño para convertirse en un muchacho deseable que había tentado, quizá hasta puesto en peligro, a alguien bastante mayor. Ese día, sin saber yo nada de nada, me habían dejado entrar en la vida de alguien tal como yo lo había arrastrado a él a la mía. Tardé años en sospechar la lucha que él había tenido que librar consigo mismo.

Un año antes había visto a mi padre despedirse de mi hermano en la estación del tren, y los dos se habían abrazado antes de que mi padre se liberase del abrazo de su hijo y le pidiera que se fuese ya por el bien de los dos.

No volví a abrazar a Nanni. Salí del taller, planeando volver al día siguiente o al otro. Más tarde, quizá podría volver en algún momento del invierno. Claro que también fui consciente —y esto se me ocurrió por primera vez mientras volvía a mi casa aquella noche— que ésa, por muy irreal e inconcebible que hubiera sido, podía ser la última vez que visitaba el taller.

Durante los años siguientes, el significado de *devi* cambiaba como los colores de un anillo que cambia de color según el ánimo. A veces era como una bofetada y una advertencia; otras como un amigo que se encoge de hombros y elige pasar por alto un error y finge olvidarlo; y otras me consumía como un consentimiento callado, comprometido. «Vete» es lo que se le dice al diablo cuando el diablo ya está en nuestro interior y lo que él quería decir con esa mirada mientras observaba cómo me iba era «Si no te vas ahora, no me resistiré».

Cuando me fui del taller ese día, no podría haber estado más furioso. Recorrí el atajo pateando, me detuve en la capilla normanda, me senté en el plinto a mirar el mar en dirección al continente, pero no podía ordenar mis pensamientos. Sólo era consciente de haber sido castigado y luego rechazado. Estaba lívido. Porque sabía que él tenía razón. Me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo, y no tenía dónde esconderme de sus palabras. Pórtate bien, Paolo, y vete a casa. Allí sentado, no sé lo que se apoderó de mí, pero me arranqué toda la ropa, hasta me quité las sandalias, y me senté desnudo en la capilla, intentando imaginar que Nanni me había dicho que me desnudara y me quedase desnudo hasta que él llegara. Y me senté allí en la piedra caliza deteriorada y nos imaginé hablando, los dos desnudos, y noté que Nanni iba a tocarme, pero en vez de eso menospreciaba mi cuerpo y, mientras sonreía, me escupía en los muslos, en la ingle, en mi erección y en el pecho, como si apagara un fuego, y me encantó que se me hubiese ocurrido la idea de su saliva goteando sobre mi cuerpo, porque creí que después de hacer aquello no había forma de que no viniese. Esperé una eternidad, excitado y desnudo, esperé a que viniera, porque tenía que venir. No sabía qué otra cosa hacer.

Cuando llegué a casa ya era de noche. En el espejo del baño tenía un aspecto horrible, pero nadie me preguntó por qué había llegado tan tarde o qué me había pasado para tener ese aspecto tan demacrado y

despeinado. Aquel día supe que si volvía alguna vez a la isla como adulto sería para construir mi casa en aquella capilla, que me había visto sufrir y sollozar como nunca había llorado. Conocía todas sus piedras, cada centímetro, cada yerbajo, cada lagarto que reptaba, hasta el tacto de las piedras deterioradas y de los guijarros bajo mis pies desnudos. Pertenece a aquel lugar igual que pertenecía al planeta y a su gente, aunque con una condición: estaba solo, siempre solo.

En el interior de la capilla abandonada que había jurado reconstruir y convertir en mi casa, también supe que, si tenía que esperar diez años para volver a ver a Nanni, prefería morirme en aquel mismo instante. Llévame ahora, pedí, llévame ahora. No quería esperar toda una década. Pero esa noche, después de la puesta de sol, también empecé a sentir —como ya había sentido la noche en que me había quemado desnudo en el viejo santuario— la certeza de que estaba mintiendo, de que de hecho estaba dispuesto a esperar y seguir esperando, como se les dice que esperen a esos que detienen sus vidas para expiar crímenes olvidados, porque su verdadero castigo ya no es saber si en realidad están esperando el perdón y la gracia o si lo que llevan esperando tanto tiempo les ha sido concedido sin ellos saberlo, y que han vivido el tiempo de su vida sin agarrar lo que era suyo y sólo suyo. Fue mi primer encuentro con el tiempo. Me convertí en persona aquella noche y tenía que agradecerse a él. Y culparlo a él.

Años después me encontraba en el mismo atajo, después de pasar la capilla normanda y el bosquecillo de tilos, y tuve la sensación de que no debería haber venido. Había venido para nada. Lo único que quedaba de nuestra casa era el muñón ennegrecido de lo que parecía una vivienda muchísimo más pequeña de lo que recordaba. Por un momento creí que alguien habría manipulado el trazado, pero las paredes indicaban que aquél era el tamaño de nuestra casa. Las ventanas, las puertas, el tejado, todo había desaparecido, y al poner un pie en lo que una vez fuera nuestro salón, pensé en esas abadías góticas que están completamente huecas y lo único que se interpone entre el cielo y la tierra es el casco destripado y la hierba en medio. Pero allí no había hierba, sólo trozos de chatarra por todas partes, tiras despegadas de lo que había sido el papel pintado verde lima del salón, y del que me había olvidado, y en medio un gato muerto rebosante de gusanos. Aquella era la carcasa de nuestra casa. Sólo podía pensar en la cubertería. La cubertería no se quema, no se derrite. Parte de ella llevaba las iniciales de mi abuelo y por tanto también las mías. ¿Dónde estaba la cubertería? Lo más seguro es que dijese que había desaparecido con la casa. Todo había desaparecido. *Sparito*. Aquella palabra se suponía que lo explicaba todo, porque ¿qué otra cosa podría decirse del honor y la amistad y la lealtad, excepto que el tiempo los deshace, liquida las deudas, perdona el saqueo, pasa por alto el latrocinio y la traición? La civilización nunca volvería a ponerse en marcha a menos que se blanqueara y se olvidase de todo. Mi cuarto estaba en la planta de arriba, pero no quedaba ni rastro de ella. Algo mío había muerto allí. De la noche en que se fue la luz y deseé que me abrazara en la oscuridad tampoco quedaba rastro. El día que Nanni salió con el escritorio y pensé en Eneas y en cuánto deseaba ser su hijo. La noche que me quedé en el

umbral del salón y me pregunté por qué no podía ser él en vez de ser yo. La noche que me senté desnudo delante de Dios y no sabía lo que quería. Cuántas cosas habían pasado desde aquel último verano: colegios, amantes, la muerte de mi madre, más viajes y, sobre todo la pérdida de gente que ni siquiera conocía y todavía tenía que conocer y amar y luego perderle la pista y no volver a ver nunca.

Miré alrededor y empecé a sospechar que muchos de los lugareños estaban observando cómo estudiaba el terreno, pero que no saldría nadie a saludarme. Cuanto más pensaba en ellos, más me demoraba en lo que una vez había sido nuestra casa. Estaba tocando y tanteando los escombros, no tanto para ver si reconocía algo como para demostrarles a los que me espían desde detrás de los visillos que tenía todo el derecho a lo que estaba haciendo. Y, sin embargo, mientras seguía queriendo demostrar que aquella era mi casa y que lo que estaba tocando era mío, me sentía más incómodo y pensaba que quizá tendría que evitar recoger cosas por temor a que alguien me confundiera con un ladrón. Sólo me faltaba que me arrestasen por allanar mi propia casa.

De pronto, me di cuenta de que lo que había perdido no era sólo nuestra casa, sino también el derecho a pensar que algún día sería mía. Allí no era dueño de nada. Me acordé de la pluma de mi abuelo. ¿Debería molestarme siquiera en buscarla o se habría derretido también?

Un perro callejero que me había estado observando a cierta distancia vino por fin a frotarse contra mí. No lo conocía, él no me conocía a mí, pero compartíamos algo: allí no éramos de nadie. Desde donde me encontraba de pie ahora, la reconstrucción no parecía tener sentido. Nunca había querido volver. La mera idea de reconstruir y contratar arquitectos, constructores, albañiles, carpinteros, fontaneros, electricistas, pintores, y de caminar arriba y abajo los relucientes callejones vacíos después de la puesta de sol en los meses lluviosos del invierno me horrorizaba.

Y, sin embargo, mi vida empezaba allí y se detenía allí, un verano hacía mucho, en aquella casa que ya no existía, en aquella década que se esfumó muy deprisa, con aquél no amor que lo alteró todo pero no llegó a ninguna parte. «Me hiciste el que soy ahora, Nanni». Al fin y al cabo, donde quiera que voy, todos a los que veo y deseo se miden por el brillo de tu luz. Si mi vida fuese un barco, tú serías el que sube a bordo, enciende las luces y no volvemos a saber de él. Quizá todo está en mi pensamiento y en mi pensamiento queda, pero he vivido y amado sólo a través de tu luz. En un autobús, en una calle concurrida, en clase, en una sala de conciertos abarrotada, una o dos veces al año, mi corazón se sigue disparando cuando descubro a alguien que se te parece, ya sea un hombre o una mujer. Amamos una sola vez en la vida, me había dicho mi padre, a veces demasiado pronto, otras demasiado tarde; las demás veces siempre son un poco premeditadas.

Unos años antes, un compañero de la universidad me había enseñado un artículo sobre San Giustiniano y me había preguntado si era el mismo San Giustiniano que le había mencionado una vez. Le dije que no estaba seguro. Hasta cuando miré la foto de la bahía seguí diciendo que no estaba seguro, como si algo dentro de mí no quisiera creerse que el lugar podía seguir existiendo sin que yo estuviese en él. Fue la primera y única vez que vi una foto impresa de la isla. El artículo no se refería a nadie en particular, sólo a la presencia policial considerable en el poco conocido pueblo pesquero italiano. No había habido asesinatos, decía el artículo, pero sí unos cuantos incidentes en los que estaba involucrada la mafia y en los que habían apresado a grupos de hombres jóvenes, los habían desnudado, interrogado y luego los habían puesto en libertad. El artículo hablaba de mafias locales. Me vino una imagen de muchachos desnudos cubriéndose los genitales con ambas manos; fue la segunda y última vez en mi vida que me permití imaginarme a Nanni completamente desnudo. Era como un tabú. Lo único que me imaginé fue a Nanni intentando consolar a su aterrizado hermano pequeño. Me figuré que serían sólo rumores, pero hasta aquel día en la universidad, mientras sostenía la revista con la fotografía antigua del puerto de San Giustiniano, apenas me había permitido recrearme en la idea de él sin ropa. Siempre se había interpuesto en el camino algo parecido a la deferencia y la simple decencia hacia el hombre joven a quien veneraba y que había pisado nuestro salón y confiado en mis padres con un candor tan indefenso, pero la revista me suscitó imágenes que no pude seguir reprimiendo. Lo más perturbador era que el artículo hacía una velada insinuación a los actos innobles cometidos por los *carabinieri*. Interpreté aquellos actos innobles como los que llevaba hacía tiempo en el pensamiento. Al pensar en lo que le habría hecho la policía noté una alegría persistente e insidiosa, como si el crimen de los *carabinieri* hubiese liberado mi imaginación y me hubiera permitido vagar por las cámaras secretas que con tanta cautela había cerrado y cuyas llaves había perdido. Si me hubiese quedado en San Giustiniano, podría haber sido uno de aquellos muchachos desnudos que lo acompañaban.

Me demoré un poco más, luego decidí dirigirme a una casa que lindaba con la nuestra. Mi padre había oído decir que las demás casas no habían sufrido ningún daño y habían quedado intactas a pesar de lo cerca que estaban del fuego. Llamé a la puerta, pero no había nadie. Le di la vuelta a la casa y llamé a la puerta de atrás por si no me habían oído llamar a la puerta principal. Pero tampoco contestó nadie. Esperé, luego volví a insistir. Tiene que haber alguien, pensé, porque corría agua de la manguera del jardín.

—*C'è nessuno?* ¿Hay alguien? —grité.

Oí una puerta cerrarse dentro. Alguien venía a abrir. Pero luego oí otra puerta cerrarse. Hasta oí un correteo de pasos apresurados. No iban a abrir la puerta, se iban al otro lado de la casa armando barullo, posiblemente eran niños a los que les habían advertido que no abriesen

nunca la puerta a los desconocidos. O niños gastando una broma. O gente que evitaba a los extraños, sin más.

No tuve mejor suerte con la casa de al lado. De camino a la cuarta y última casa de nuestro tramo, terminé topándome con alguien que creí reconocer por su cojera: era nuestro jardinero. Resultó que ahora era propietario de una casa que estaba mucho más abajo de la calle. Si me hubiese visto él primero, es probable que se hubiese escabullido como todos los demás. Dijo acordarse de mi padre. Se acordaba de mi hermano mayor y de mi madre, con mucho afecto, dijo. Se acordaba de los dos dóberman que acompañaban a mi padre donde quiera que fuese. No creo que se acordase de mí en absoluto. Le dije que mi hermano se había instalado en otra parte, pero que todos echábamos de menos San Giustiniano. Mentí, quizá por entablar conversación o para sonsacarle algo, o sólo para demostrarle que no le guardábamos rencor a la gente del lugar. Mi padre se hacía mayor y le entristecía no venir los veranos.

—Lo entiendo —dijo el jardinero—. ¿Y su madre?

—*È mancata* —dije—. Ya no está con nosotros.

—Hubo un gran incendio —dijo después de un rato—. Vino todo el mundo a verlo, pero las llamas lo devoraron todo. Los bomberos que vinieron del pueblo de al lado eran una panda de *sciagurati* incompetentes, unos desgraciados. Se creyeron que el fuego los esperaría, pero para cuando llegaron se había esfumado todo. La quema fue brutal y muy rápida.

Se quedó callado un momento.

—Así que ha venido a mirar.

—Así que he venido a mirar. Esto está siempre tan silencioso y tranquilo —dije, intentando aparentar que había venido sin ningún plan. Pero luego, después de charlar sobre nada en particular, no me pude resistir—. ¿Se pudo salvar algo, lo que fuera?

—*Purtroppo, no*. Desgraciadamente, no. Me duele decirlo. La suya era la casa más bonita, con todos aquellos muebles preciosos. Me acuerdo bien. Por lo menos no estaban aquí para presenciar lo que vimos todos. *Indimenticabile*. Es imposible de olvidar.

Había un toque de dramatismo en su relato. Debió de percibirlo él también.

—Y ahora mire este gato —dijo, intentando cambiar de tema y arreglar la situación bajando el tono—. Voy a tener que ir a buscar algo para envolverlo y enterrarlo.

—Hábleme de Nanni.

—¿Nanni el carpintero?

Como si hubiese otro.

—Sí.

—*Quello è stato veramente sfortunato*, tuvo muy mala suerte. La policía sospechó de él, porque conocía la casa. También sospecharon del hermano.

—¿Por qué? —pregunté mientras oteaba el paisaje y los árboles de alrededor y aparentaba fatiga y una admiración indolente rayando en la apatía para que no se me notara que en realidad lo estaba interrogando.

—Por qué, por qué. ¿Alguna vez hay un porqué? Todo el mundo sabía que venía a restaurar los muebles. Siempre andaba restaurando esto, reparando aquello. Tu padre confiaba en él.

—¿Y usted qué cree?

—Nanni era el único que tenía llave de la casa. Ni siquiera yo tenía llave. Así que lo natural era sospechar de él, aunque arrestaron a un grupo entero, no por el incendio, sino porque unos ladrones usaban la casa para sus atracos y para almacenar las mercancías robadas. Los *carabinieri* los golpearon a todos. Luego los hicieron desnudarse y siguieron registrándolos y pegándoles. Entonces a un oficial pervertido se le ocurrió una idea retorcida, señaló a dos muchachos y no hace falta que le cuente lo que quería que hicieran. Yo estaba allí y fui testigo de todo. Nanni se negó. Dijo que no podía. «¿Por qué?», gritó el oficial, lo abofeteó dos veces y luego le dio con el cinturón. «Porque es mi hermano». Cuando le escuché salir esas palabras de su boca, se me rompió el corazón, porque todo el mundo sabía que eran inseparables, sobre todo desde que habían muerto sus padres. Pero entonces intervino otro oficial y dejó que se fuera el hermano pequeño. El pobre chico abrió la cancela todo lo rápido que pudo y salió corriendo desnudo, gritando el nombre de Nanni mientras se perdía en medio de la noche. A Nanni le pegaron más, claro. Habría una investigación, pero Ruggiero era un muchacho listo. Recogió todo lo que pudo, aquella noche entró a hurtadillas en la comisaría donde tenían retenido a Nanni y se escaparon los dos.

—¿Y?

—Su hermano y él se escondieron en las colinas unos cuantos días, luego una noche cogieron una barca y remaron hasta el continente. Y desde ahí, a Canadá, Australia, Sudamérica, *chissà dove*, quién sabe dónde.

Volví a mirar el solar donde había estado nuestra casa.

—Entonces ¿quién quemó la casa en realidad?

—Quién sabe. Muchos tenían puestos los ojos en la casa, pero ¿por qué querría quemarla nadie? Quizá fue un accidente. O pudo ser la mafia.

—¿Y Nanni? ¿Cree que tuvo algo que ver?

—Nanni no. Tu padre era como un padre para él. Todos sabíamos que aquel año la casa estaba llena de alijos de contrabando, pero nadie se atrevía a decir nada. A Nanni, sin embargo, era más fácil echarle la culpa. La policía sabía que era la mafia, pero le echaron la culpa a él.

El jardinero se agachó para recoger el gato, sostuvo el animal muerto con un brazo y me abrazó con el otro.

Nos estábamos despidiendo cuando le hice la última pregunta.

—¿Por qué me evita la gente?

Se rió.

—Porque temen que haya venido a recuperar la tierra. En estos tiempos, todo el mundo le tiene echado el ojo a las tierras abandonadas.

Sonreí.

—¿Anda usted echándole el ojo a las tierras abandonadas? —pregunté.

—No sería humano si no lo hiciera.

Luego, para ver su reacción, le dije que era probable que reconstruyésemos la casa. En parte, estaba casi dispuesto a jurar que no mentía.

—Entonces volveré a ser su jardinero.

—Volverá a ser nuestro jardinero.

Me dio otro abrazo y, sin casi darme cuenta, lo abracé yo también.

No quería volver a verle la cara jamás. Él sabía, como sabía yo, que no tenía intención de ser jardinero nunca más. Un día volveré y me encontraré con que se ha adueñado de todas las propiedades adyacentes, incluyendo la nuestra.

Al ir al muelle, crucé la *piazza* diminuta y decidí llamar a la puertecita que daba al despacho de una sola habitación del alcalde. Una señora mayor que estaba ajetreada rebuscando algo en el desvencijado y

abarrojado cajón abierto del todo de su escritorio, me dijo que su hijo no estaba en el despacho.

—Vuelva mañana —fue la respuesta perentoria que me dio cuando le pregunté cuándo regresaría.

—Pero me voy esta tarde —dije, y luego me presenté.

Interrumpió lo que fuese que estaba haciendo en el cajón, pareció reconocer mi apellido y fue recordando poco a poco que nuestra casa de vacaciones se había quemado.

—Hace años, ¿verdad? —preguntó.

Entonces, de pronto, se volvió cordial, deferente, casi cohibida. Le dije que dentro de un año o así íbamos a reconstruir la casa, no tanto para expresar un *fait accompli* o proyectar una sensación de propiedad y autoridad como para ver su reacción. No podía parecer más decepcionada.

—*Mi dica allora*, dígame —dijo, como si previera noticias peores.

No tenía nada que decir. Sólo quería que el alcalde supiera que íbamos a contratar albañiles del continente. Sabía que ella habría preferido trabajadores del pueblo. Como tenía el corazón lleno de desprecio, me gustó ver que esbozaba una mueca de descontento.

—Por favor, dígame a su hijo que he pasado hoy por aquí.

Y mientras abría la puerta, me giré e hice lo que esperaba que pareciera uno de esos mutis casuales que hacen los detectives consumados de las películas, le pregunté si por casualidad sabía dónde podía encontrar a Giovanni, el ebanista.

La señora se quedó pensando. No, no lo sabía.

— *Quello è sparito tempo fa. Desapareció hace mucho.*

—¿Alguna idea de adónde se fue?

Se encogió de hombros.

—Quizá lo sepa su padre.

—¿Por qué lo iba a saber mi padre? —pregunté.

Pero no me oyó o fingió no oírme y volvió a rebuscar en el cajón abierto. Por fin, con una mirada desdeñosa que apenas se molestó en disimular, dijo:

—Que tenga suerte buscando operarios.

Salí al sol abrasador, en busca de un *caffè*. Quería sentarme en alguna parte y anotar mis pensamientos sobre aquel regreso. Pensé en ir en busca de mi capilla normanda, pero ya la había visto de camino a nuestro terreno y, extrañamente, no había sentido nada.

Nada me decía nada. Ni siquiera anotar unos cuantos pensamientos en el cuaderno significó nada. Quería algo pero no tenía ni idea de qué. Lo último que había escrito era «He vuelto por él». Y eso había sido hacía horas. Cerré el cuaderno y miré alrededor. Veía la plaza por primera vez. La veía por última vez. El *caffè* daba al muelle y tenía vistas al pueblo sobre la colina, los pescadores trabajaban en sus cordeles y sus redes. A aquella hora de la mañana era el único cliente. No habían abierto todavía ninguna de las sombrillas y sabía que sentarme al sol me provocaría un inevitable dolor de cabeza, así que después de tomarme el café decidí volver andando al pueblo y deambular por la sombra. Me acordé de dónde estaba la librería y decidí pasar por allí y comprar algo para pasar el tiempo hasta que zarpara el transbordador. Pero también pensé que debía visitar a mi antiguo profesor particular y quitarme de encima el asunto.

No me había olvidado de absolutamente nada y enseguida encontré su edificio. En la entrada, al lado del *portico*, estaban los mismos buzones torcidos y en ruinas que había una década antes. Su nombre estaba escrito con grandes mayúsculas que acusaban su temblor de viejo y también su voluntad decidida de proclamar su nombre. Había escrito cada letra tres veces, una vez en morado y dos en azul, en un papel milimetrado que había doblado para que encajara en el recuadro del nombre. *Prof. Sermoneta. Interno 34*. Tampoco me había olvidado de eso.

Subí por la escalera en espiral, me detuve en el cuarto piso y llamé al timbre. No sentí nada. Detrás de la puerta oí ruido de platos y cubiertos, luego pies arrastrándose lentamente y una mano trémula, malhumorada y vacilante que abría los cerrojos de la puerta. Los mismos tres cerrojos y como siempre el mismo forcejeo para acordarse de qué cerrojo iba para qué lado, lo que lo ponía siempre de pésimo humor incluso antes de abrir la puerta. Te daban ganas de arrastrarte y disculparte por molestarle para que te enseñara latín y griego.

Llevaba pantuflas, como siempre.

—*Chi è?* —preguntó sin abrir la puerta.

Pero, antes de pensar cómo hacerle saber quién era yo, él ya había abierto de golpe la puerta, casi con rabia.

—Ah, *sei tu?* —dijo al verme—. Entra.

Entré. El sitio olía como siempre: a alcanfor para sus articulaciones y a puritos toscanos que siempre me dejaban apestando la ropa.

—Estaba lavando los platos, entra, entra —dijo impaciente mientras me llevaba directo a la cocina—. Y échame una mano, ¿quieres?

Me dio un paño y una taza, seguidos de inmediato por un platito y un plato.

—Sécalos bien —en eso tampoco había cambiado. Te convertías en su aprendiz, su discípulo, su sirviente—. Así que has venido a clase.

Me quedé mirándolo incrédulo. ¿Se acordaba de mí o estaba intentando ocultar que no tenía ni idea?

—No, hoy nada de clase —dije, como si estuviese rechazando una dosis fuerte de *grappa* para desayunar con el estómago vacío.

—¿Por qué no? Un poco de latín no hace daño —insistió, como si estuviésemos hablando de la *grappa*—. ¿Has estudiado?

Eran preguntas extrañas. Hacía una década que no me veía y parecía seguir una conversación que hubiera empezado el día antes.

—¿Por qué no has estudiado? ¿No estás bien?

—He estado muy bien —dije, y decidí no contarle lo que había estudiado en la universidad; cómo, después de haber suspendido mi examen de latín y griego diez años antes, me había licenciado en literatura clásica. Había pensado que incluso alegraría que mi afición a la literatura griega se la debía a él. Pero, al parecer, en lo que a él respectaba yo había llegado tarde a clase otra vez y, como siempre, me había quedado jugando a las canicas con los chicos del pueblo antes de subir.

—*Allora?*

—*Allora* nada, en realidad. Mi padre me pidió que pasara a saludarle —mentí.

No iba a mencionar a mi madre.

—Promete que le devolverás el saludo. ¿Lo prometes?

Se lo prometí.

—¿Sigue usted leyendo un canto al día? —pregunté para intentar eliminar la tensión de la conversación, aunque enseguida me di cuenta de que le había dado otra vuelta de tuerca.

—Un canto al día, siempre.

Silencio, de nuevo.

—¿Y sigue enseñando?

—¿Y sigo comiendo? —me contestó con brusquedad, parodiando mi pregunta.

Me miró como esperando que le respondiera, pero no tenía nada que añadir a aquella conversación rara. No me había esperado una charla tan errática.

—Pues claro que enseño —siguió, viendo que no le contestaba en el tiempo que me había asignado—. No tanto como antes. Necesito dormir más, pero tengo algunos alumnos brillantes.

—¿Como yo? —pregunté, intentando animar la conversación con una pizca de ironía.

—Si te complace pensar eso, por qué no. Como tú.

Mientras se encendía el puro, no pude evitar preguntarle si se acordaba de mí.

—¿Que si me acuerdo de ti? Pues claro que me acuerdo de ti. ¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Porque yo me acuerdo de todo —añadí rápidamente para intentar cubrirme las espaldas soltando lo primero que se me ocurrió.

—¿Y por qué no te ibas a acordar de todo? Hoy no te voy a pedir que me declines nada, pero no me tientes.

Había esperado que expresara absoluta sorpresa en la puerta, incluso que me diera un abrazo y una cálida bienvenida cuando nos sentáramos en su viejo estudio que olía a cerrado, no aquel farfullar de dardos y golpes.

—Los últimos tiempos no han sido fáciles, permíteme que te lo diga.

—¿Y eso?

—¿Y eso? Haces preguntas de lo más fatuo. Todo el mundo se está haciendo rico, hay robos por todos lados, menos los maestros, por no decir nada de los profesores particulares sin blanca con setenta y muchos años. Los tiempos se han puesto tan difíciles que no me puedo permitir un abrigo nuevo. ¿Necesitas oír algo más? No.

Me disculpé.

—Además, hay otras cuestiones.

—¿Otras cuestiones? ¿Qué cuestiones?

—La vejez. Que el buen Dios te libre de sus abismos escarpados.

No pude sino asentir con la cabeza.

—Asientes. ¿Por qué, porque sabes mucho de la vejez?

—Mi padre.

—¿Tu padre? —Respiró profundamente—. Tu padre era un genio.

—¿Mi padre, un genio?

—¡Un genio, y no le faltes al respeto! Sabía más que cualquier médico tanto de aquí como del continente. Y también vio adónde se encaminaban las cosas y por eso decidió no mudarse aquí. No todos fuimos tan *prévoyants* —lo dijo en francés para demostrar que seguía en sus cabales—. Pero el resultado es que en este pueblo no queda ni un solo hombre que haya leído un libro, cualquier libro. Excepto el farmacéutico, y ¿qué sabe esa pobre alma perdida de dolores y cálculos biliares y próstatas hipertróficas?

Pensé recomendarle en broma a nuestro barbero, el *signor* Alessi, pero me contuve. Aun así, no pude evitar que la comicidad de la idea me hiciera sonreír.

—No es motivo para reírse. Siempre has sido un poco tarugo, Paolo, ¿no es cierto?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Así que sí que sabía quién era yo.

—Explíquemelo —le pedí.

—Sólo a un tarugo haría falta deletrearle las cosas. Para ver a un médico de verdad tengo que subirme al transbordador y un viaje en transbordador en pleno invierno no es ninguna tontería. No veo motivo para reírse.

Me disculpé. ¿Era aquél el mundo perdido que había venido a buscar, ese pequeño apartamento lleno de bilis y los repugnantes saqueos de fuera? No me extrañaba que Nanni hubiera querido irse lo antes posible de aquella cloaca medieval que había sido refugio de piratas y sarracenos.

—¿Así que tu padre está bien? —dijo.

—Mi padre está bien.

—Me alegro por ti.

Como siempre, amargura y humanidad, como bondad bañada en veneno. Lo único que quería era irme todo lo lejos de él que pudiera. Le conté mi visita a la que había sido nuestra casa.

—La casa no se incendió. La quemaron, los animales. Todo el mundo fue a verlo —hizo un gesto amplio con los brazos y las manos para imitar el incendio—. Le echaron la culpa al joven ebanista, aunque todo el mundo sabía que él había descubierto que los bandidos usaban la casa de tus padres como almacén para su botín. Nuestra querida policía también estaba involucrada, estoy seguro. Lo arrestaron, le pegaron, luego quemaron la casa.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo en esta islita desgraciada lleva el latrocinio y la traición grabados en el alma, desde el alcalde y la policía hasta los vándalos que cargan y descargan su botín delante de nuestras narices todos los días.

Siguió un largo silencio.

—Vamos a pasear. Si no, me entra el sueño y no quiero dormir la siesta todavía. Y me invitas a un café, que como están las cosas con mi pensión y mis ingresos miserables de ahora...

El profesor Sermoneta decidió llevarme al *caffè* del pueblo. Tardó una eternidad en bajar las escaleras.

—¿Cuándo sale tu transbordador?

—Esta tarde —dije.

—Entonces tenemos tiempo —y luego dijo, cambiando de registro—: Hasta intentaron echarle la culpa a tu padre.

—¿A mi padre?

Íbamos andando juntos por los callejones estrechos. Nunca había ido con mi profesor a ninguna parte. No era un tipo amistoso y, aunque mis padres me habían dicho que su severidad era su manera de mantener a los alumnos a raya, siempre tuve la impresión de que me había distinguido a mí con esa clase de maltrato que se reserva para los terriers díscolos. Había oído que tenía un lado mucho más amable, pero no tenía ni idea de cómo despertárselo.

Mientras bajábamos por la calle empedrada, iba sujetando el bastón y concentrándose en cada paso que daba, quizá fuese su manera de evitar el tema.

No tardé en darme cuenta de que la única dirección en que podíamos ir era hacia el *vicolo* Sant'Eusebio. Cuando llegamos al taller cerrado, me debatí para no contarle que después de su clase solía ir allí y que me parecía que mi vida había empezado en aquel lugar.

—He oído que el ebanista desapareció —dije después de un momento de silencio.

—¿Lo conocías? —preguntó.

¡Que si lo conocía!, quise decir. Estaba enamorado de él. Sigo estándolo. Por eso estoy aquí.

—Lo conocía —dije por fin.

—Todos lo conocíamos. No puedo decir que lo conociera bien, pero por la noche, en el *caffè*, después de unas copas, siempre empezaba a cantar con aquella voz que tenía.

—¿Qué voz?

—*Una voz muy hermosa. Aunque siempre cantaba la misma aria de Don Giovanni. No se sabía otra. Ya sabes: « Notte e giorno faticar per chi nulla sa gradir... [...] mangiar male e mal dormir...».*

He olvidado el resto, pero él cantaba el aria entera.

Me sabía el aria de memoria y le dije la letra que faltaba.

—Mi padre también la cantaba —dije—, la variación 22.

Sermoneta se rió.

—Pero, entonces, una noche desapareció —siguió—. Nunca volverá, ¿sabes? He oído rumores de que podría estar en Canadá.

—¿Por qué en Canadá?

—No lo sé, Paolo, no lo sé.

Pareció molestarse. Casi podría jurar que estuvo a punto de llamarme tarugo otra vez.

Salimos de Sant'Eusebio y seguimos subiendo hacia el *caffè* sin perder de vista el castillo.

—¿Te acuerdas todavía del *caffè*? —preguntó.

—¿Cómo me iba a olvidar? Solía venir aquí con mi padre por las noches.

Sermoneta lo recordaba; nos había visto muchas veces. Abrió la cortina y echó un vistazo dentro. Estaba oscuro y vacío a aquella hora del día. Pero allí estaba el fornido dueño, pasando un trapo por el mostrador, como siempre.

—*Salve, professore* —dijo en cuanto pusimos un pie dentro.

—*Salve* —contestó el profesor.

Pedimos dos cafés.

—*Subito* —dijo el dueño.

Pagué.

—¿Reconoce a este joven? —preguntó el profesor.

El dueño del *caffè* entrecerró los ojos y se fijó mejor en mí.

—No, ¿debería?

—Es el hijo del doctor.

El corpulento propietario reflexionó un momento.

—Me acuerdo del doctor. También me acuerdo de los perros aquellos espantosos —hizo como que se estremecía. Luego me miró—: ¿Cómo está tu padre?

—Está bien —dije.

—Ah, tu padre, qué buen hombre, querido y extrañado por todos, *un vero nobiluomo*, un verdadero caballero. Y qué pena lo de la casa.

Entonces, mientras esbozaba una sonrisa irónica y cortaba el aire tres o cuatro veces con la palma de la mano como copiando el gesto de un hombre que está a punto de darle unos azotes a un niño, dijo:

—*Tuo padre, però..., un po' briccone era*. Tu padre, de todas formas, era un poco granuja.

Dejó la frase incompleta, no terminó de decir lo que pensaba, por lo que me imaginé que se estaba burlando de mí. Se inclinó sobre el mostrador de mármol, lo que indicaba que estaba a punto de bajar la voz y

hablarnos en susurros, aunque el sitio estuviese vacío, pero luego cambió de opinión.

—*Acqua passata, acqua passata* —dijo, apartándose del mostrador y estirando despacio la espalda mientras hacía una mueca—. Este pueblo, por desgracia, está lleno de *chiacchier*, de puro chisme, y yo siempre me digo: Arnaldo, mira para otro lado, mira para otro lado y nunca difundas rumores sobre la vida de los demás, aunque los rumores sean ciertos. Te digo esto de hombre a hombre, porque creo que ahora eres mayor y entiendes esas cosas.

Pero, incapaz de contenerse, el dueño del bar miró al profesor y, al borde de la risita, como si los dos compartieran un viejo chiste privado, extendió ambos dedos índices y los restregó uno contra otro, un gesto antiguo que sugería connivencia, secretismo e inmundicia.

—*Acqua passata, Arnaldo* —repitió mi profesor particular.

Mientras acompañaba al profesor a su apartamento, con la sensación de que era probable que no volviera a verle, me di cuenta de que en realidad nada de aquello era nuevo para mí, que quizá, sin conocer los hechos, sin sospechar, lo había sabido siempre aun sin saberlo. Y es probable que ya lo supiera cuando, durante años, mi padre nos embarcaba tan expeditivamente a mi madre, hermano, abuela, tía abuela y a mí fuera de la isla al final de todos los veranos, mientras él se quedaba para cerrar y dejar todo organizado para el año siguiente. Todo el mundo en la isla conocía la casa.

El gesto del dueño del *caffè* lo decía todo.

—Por la mañana temprano, cuando se iban a nadar —dijo—, luego todas las noches en el *caffè* y en los meses de invierno también, por si te pensabas que los inviernos quedaban descartados.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, todavía intentando fingir que no me afectaba ni lo más mínimo lo que me estaban contando. Suponía que habría sido una temporada, unos meses.

—Los padres de Nanni aún estaban vivos en aquella época, así que él debía de tener cuántos, ¿dieciocho, diecinueve? ¿Por qué crees que Nanni seguía yendo al continente los meses de invierno, por lo menos dos veces al mes? ¿Para comprar aguarrás?

Ahora que lo pensaba, mi padre habría tardado medio día en cerrar la casa en otoño, no entre una semana entera y diez días como era su costumbre todos los años. No es de extrañar, pues, que sin saber exactamente por qué, a mi madre, cediendo a un instinto atemporal, terminara disgustándole Nanni y lo encontrara tan siniestro y desagradable. Yo creía que ella, como yo, exageraba su hostilidad para disimular lo mucho que le gustaba y que, al llamar la atención sobre sus carencias y exagerar sus defectos, nos estaba pidiendo que

discrepáramos con ella y, al discrepar, hablásemos de las cualidades que ella no tenía el valor de nombrar. Siempre creí que había sido ella la que había divulgado lo que dije sobre el temblor de las manos de Nanni. No me extraña que Nanni conociera tan bien nuestra casa. Seguramente había examinado el escritorio mucho mucho antes de venir a hablar de la restauración con mi madre. La manera en que entraba en el salón pavoneándose como si el lugar fuese suyo, el hecho de que supiera que había una caja escondida dentro del escritorio, la forma en que se dirigía a mi padre como si fuera un amigo, hasta había conseguido caerle bien a los perros, además de todas las bromas que se gastaban sobre cruzar a nado la bahía, todos eran indicios muy reveladores. Y aquellos paseos nocturnos con mi padre, él, como yo, deseando que nos encontrásemos con Nanni y esperando que, al alargar nuestra caminata inventándonos excusas para retrasar la vuelta a casa, al final nos podríamos topar con él en el *caffè*. Me sentí como un amante que de pronto relaciona los hechos y se da cuenta de que llevan engañándole semanas, meses o incluso años.

Pero no estaba celoso. Estaba contento. Y no sólo por ellos. Supe que, a una edad tan temprana, me había atraído la persona adecuada y había sabido interpretar mi verdad y también la suya. Lo deseaba y él me habría deseado a mí, no cuando tenía doce años, pero sí después. Era hasta una delicia pensar que mi pasión era heredada, que me había sido transmitida y que por lo tanto estaba predestinada. El destino siempre deja una marca, y los que somos afortunados conocemos los signos y sabemos cómo leerlos. Él me lo habría enseñado todo y lo más probable es que me lo hubiese dado todo. En vez de eso, años después, fui a buscar a la gente inapropiada, aprendí de los maestros equivocados, tomé de aquellos que tenían menos que dar y casi nada de lo que yo quería. Mientras caminaba a primera hora de la tarde después de dejar al profesor, me los imaginé a los dos la misma noche de nuestra partida, comiendo algo rápido en la cocina. Un festín de sobras. Para entonces, mi padre ya habría despedido al servicio y él y Nanni estarían solos en la casa, posiblemente escuchando a Beethoven sentados en la galería sin velas ni lámparas de queroseno para evitar los mosquitos y las miradas indiscretas. Tenían los días y las horas contados y lo sabían. San Giustiniano no los soportaría mucho más tiempo. No cabe duda de que hubo indicios, amenazas, quién sabe.

Me los imaginé sentados frente a frente después de cenar con una copa de vino cada uno, mi padre abierto de codos sobre la mesa, como hacía conmigo, para observar al muchacho beber de su copa.

—Yo quito la mesa —diría Nanni después de cenar.

Y conociéndolo, mi padre se levantaría y diría:

—No, deja. Tú siéntate.

En un momento como ése, en la playa por la mañana o en el *caffè* por la noche, mi padre se enteraría de que yo estaba trabajando con los marcos y la cajita.

—El niño trabaja bien.

—Me alegro tanto de que le interese algo —diría mi padre.

—Sí. Todos los días. Pero debo decirte que creo que se ha enamorado de mí.

Al hombre sentado con los codos extendidos que observaba al muchacho que bebía vino ni le escandalizó ni le importó oírlo. Quizá incluso le divirtiera un poco; de tal palo, tal astilla, pensaría.

—Lleva semanas cortejándome y lo raro es que seguramente no tiene ni idea. No creo que sepa nada —diría Nanni.

Entonces se levantaría y ayudaría a mi padre con los platos.

—Algún día lo descubrirá —diría Nanni.

—Con alguien como tú, Nanni, igual que tú.

Nanni tenía razón en una cosa. Yo no sabía nada de nada, pero si no hubiese terminado enterándome de los misterios del amor físico por los rumores, de oídas y mediante palabras obscenas, sólo Dios sabe lo que me habría inventado cuando me invadiera el ansia de tocar a otro ser humano.

Perdí el transbordador y faltaba hora y media para el siguiente. Subiré al castillo, pensé, y le contaré luego a mi padre que he creado recuerdos como él me prometió que haría hacía años, pero, en vez de eso, subí por el *vicolo* Sant'Eusebio y me detuve ahí por última vez, sin estar seguro de lo que estaba haciendo y por qué, aunque sintiendo que Nanni habría querido que hiciera justo aquello, porque él lo habría hecho por mí o por mi padre, daba igual por quién. No había cambiado nada. Me acordé de la panadería y me encaminé hacia ella, recordé los moratones en los brazos del panadero que nos habían hecho reír a mi padre y a mí y entonces, como si fuese la banda sonora de todo aquel lugar, me acordé de la variación número 31 de Beethoven. ¿Dónde estaría Nanni? Compré dos pastelitos. Uno para mí, otro para...

Una parte de mí quería seguir caminando por el pueblo a aquella hora de la tarde y pretender que al final encontraría el taller abierto. No me había olvidado de nada; aquello podría haber pasado hacía diez años tranquilamente. Mi madre vivía todavía, yo no había conocido a Chloe, no había conocido a Raúl y durante aquel breve lapso durante el invierno de mi último curso en la universidad no me habría cruzado con un estudiante de química cuyo nombre nunca me molesté en preguntar y

cuya voz ni siquiera recuerdo porque apenas hablamos las noches que buscamos nuestros cuerpos en la oscuridad.

Pero no quedaba tiempo, ya se oía el *traghetto* haciendo sonar la sirena. Con un poco de suerte, al día siguiente estaría en Roma.

¿Habría tenido el valor de hablarle a mi padre de Nanni y no sólo de su Nanni, sino también del mío?

Quería encontrarme con mi padre sentado en la mesita de su *caffè* favorito y llegar tarde, como él siempre me reprochaba y, antes de pedir nada, sentarme y decirle:

—Creo que está vivo.

—¿Quién?

—El hombre al que quisimos tú y yo. Vive en Canadá.

Entonces, caí en la cuenta por primera vez en mi vida. Era muy probable que mi padre hubiese sabido siempre lo que le había pasado a Nanni, por lo que si yo quería saberlo, sólo tenía que preguntarle. Sí que era un verdadero tarugo, pensé, burlándome un poco de la palabra de mi viejo profesor.

Pero mi padre nunca me habló de Nanni. Tampoco yo abordé el tema con él. Nunca supe cómo terminó ganándose Nanni la vida o qué clase de vida llevaba, si estaba casado, soltero, emparejado o no, pero sí sé que llegaban cartas de Canadá. Había visto un sobre con sellos canadienses sobre la mesa del comedor de mi padre una vez que había ido a verlo, pero cuando volví de la cocina después de prepararme un sándwich, el sobre había desaparecido. Mi padre no quería que supiera que se escribían, aunque me alegré de que lo hicieran.

Años después, mientras vaciaba la casa de mis padres, me encontré un paquetito sellado del tamaño de una caja de zapatos dirigido a mi padre. A juzgar por el matasellos, debía de llevar allí tres años, entre tantas cosas que se habían acumulado tras su muerte. Cuando desenvolví el paquete y lo abrí, la nota decía:

Sciusciù: guardé esto cuando te fuiste de San Giustiniano. Te dije que te lo mandaría de vuelta. Por favor, acéptalo y no me discutas. He conocido el amor sólo una vez en la vida y fue contigo.

Había oído el nombre *Sciusciù* una vez pero no le había prestado atención. Nanni lo había murmurado antes de irse de nuestra casa, probablemente la noche que vino a entregarnos el escritorio. Era una palabra francesa que mi padre se había traído del tiempo en que estudió en Francia y usaba como expresión cariñosa con todo el mundo: *chouchou*. Seguramente se llamarían así el uno al otro.

Le contesté dos años después.

Querido Nanni:

Recibimos tu paquete hace unos cinco años, pero no te he escrito hasta ahora. No sé por qué he tardado tanto en contestarte. Mi padre murió hace seis años. Nunca hablamos de ti. Pero yo lo sabía. Quizá nunca lo supiste, pero yo era más como mi padre contigo de lo que sospechabas. O quizá sí lo sabías. Sí, estoy seguro de que lo sabías. Has estado conmigo siempre.

No esperaba que me contestase. Unas semanas después llegó un sobre.

«Quizá te guste esta foto. He mandado hacer una copia y quería que la tuvieras».

En la foto, Nanni y mi padre están de pie en bañador con el mar al fondo. El brazo derecho de Nanni descansa sobre los hombros de mi padre, con la otra mano le agarra el hombro izquierdo. Mi padre, de brazos cruzados, sonríe abiertamente y Nanni también, los dos esbeltos y atléticos. Sólo entonces me di cuenta de que, aunque mi padre tenía por lo menos veinte años más que Nanni, en la foto son tan parecidos que podrían ser hermanos. Nunca se me ocurrió pensar en mi padre como en un hombre guapo y, sin embargo, bajo esta nueva perspectiva, era más que guapo. Había tardado años en darme cuenta de lo parecidos que eran los dos.

Fiebre primaveral

En cuanto los veo dentro del restaurante, aparto la mirada y hago como que estoy consultando el menú colgado en la entrada. Si me ven, creerán que acabo de entrar y salir como si tal cosa después de echarle un vistazo a la ligera a la oferta del día. Para evitar que me pesquen huyendo, me quedo quieto una fracción de segundo más, hago como que vuelvo a consultar el menú. Me pongo las gafas, me acerco a los platos del día escritos con la típica letra francesa en una pizarra diminuta como de colegio al lado de la puerta, como si estuviese completamente absorto, dándome cuenta desde el primer momento de que no me estoy enterando de nada, de que no entiendo ni una palabra de lo que estoy leyendo. Para terminar, con un movimiento imperceptible de la cabeza que ella reconocerá como mi típico *bah*, me quito las gafas, las guardo en el bolsillo de la pechera, me doy la vuelta y me alejo, decidido a desaparecer lo más rápido que pueda de la manzana, de la avenida, de la ciudad misma. Mi breve actuación debe de haber durado menos de cinco segundos.

Hasta que subo casi corriendo por la avenida Madison, alejándome todo lo posible de Renzo & Lucia's, no me doy cuenta de que estoy temblando. Por la conmoción, me imagino. No, de celos. O de rabia. Luego me corrijo: de miedo. En realidad, de vergüenza.

A mí, la parte engañada, me da vergüenza que me pesquen ellos, mientras que a ellos, la parte culpable, no les podría dar más igual: ningún subidón de adrenalina, ningún gesto nervioso en la cara de ella. Desde donde estaba sentada, en medio del restaurante, me podría haber lanzado una mirada intimidante como diciendo «Así que ahora ya lo sabes».

Podría permitirme pensar que me he escabullido de inmediato del restaurante para ahorrarle a ella el estrés y la ansiedad de ser descubierta, pero tengo el corazón demasiado acelerado como para creerme que lo he hecho sólo por ella. Odio no sólo mi huida con el rabo entre las piernas, azorado, ultrajado, odio también que se me note tanto que estoy alterado. Si me encuentro con alguien que conozco, me mirará y me preguntará: «¿Qué te pasa? Tienes un aspecto horrible». ¿Tengo un aspecto horrible? ¿Tan horrible como el día que me llamaron para decirme que mi padre se había caído al cruzar la calle y que estaba inconsciente en urgencias y corrí al hospital olvidándome de las llaves, del monedero y de algún documento de identidad con foto que me identificase como alguien que llevaba su mismo apellido? Me da igual si tengo un aspecto horrible.

Aunque no me da igual.

Sin embargo, antes de salir del restaurante, me quedé el tiempo suficiente para evitar que pensarán que había salido corriendo en cuanto los había visto. Bien pensado.

Esa idea hace que me sienta bien conmigo mismo y sentirme bien le da a mi modo de andar un trote cadencioso. Maud pensaría que estoy de un humor estupendo y que me he tomado la tarde libre y que lo más probable es que me encamine a las mismas pistas de tenis donde nos conocimos ella y yo hace menos de un año.

Rara vez juego al tenis después de las ocho de la mañana, pero sacar tiempo libre para jugar a primera hora de una tarde de viernes tan radiante como ésta me parece una idea maravillosa, sobre todo en este día de falsa primavera que en realidad pertenece a finales del invierno. Llamo a Harlan, mi compañero de por las mañanas. Es maestro y suele volver a la pista después del colegio. Como siempre, me salta el correo de voz. Le dejo un mensaje. Mientras, veo el autobús que cruza toda la ciudad en la 67 con Madison y decido ir hacia el oeste justo cuando está a punto de cerrar las puertas. Es el camino largo hasta las pistas de tenis, pero me gusta subir por Central Park Oeste a primera hora de la tarde. La puedo llamar al móvil desde el West Side dentro de veinte minutos para ver cómo reacciona. Luego, archivaré su fría despreocupación cuando me diga «Ocupada, ocupada, ocupada, te llamo luego» para aludir a ella en el futuro. En el autobús, intento hacer una lista con unas cuantas cosas: el sonido de su voz de cuando se alegra de oír la mía aunque esté en un almuerzo de trabajo y en realidad no pueda hablar en ese momento; su voz distraída cuando está rodeada de ruido en un restaurante abarrotado. Y, aun así, su manera de mirarlo a él mientras le habla, escuchándolo con tanta intensidad, tan abstraída, escrutando cada inflexión de la amplia sonrisa con hoyuelos; inclina la cabeza hacia la de él, la de él casi toca la de ella, los dos apoyan la cabeza contra el gran espejo que tienen justo detrás, en lo que todo estudiante de arte reconocería como un momento evidente de Antonio Canova. Por supuesto, no contestará el teléfono cuando la llame. Afortunado el hombre cuya acompañante lo escuche, esté pendiente de cada una de sus palabras, le pida que le cuente más y «por favor, no dejes de hablar, me encanta cuando me hablas», mientras reclina el brazo izquierdo en el respaldo del banco tapizado, le toca el cuello, le acaricia los rizos de la nuca, lo mira fijamente, lo contempla, lo adora. «Haré cualquier cosa», dicen sus ojos.

Ella apoya la mano derecha sobre la mesa, acaricia el salero, no hace nada, espera. Conozco el gesto. Quiere que él le agarre la mano.

Están hablando, pero se miran fijamente. Están haciendo el amor, por Dios santo.

Una mujer que acaricia la nuca de un hombre así es obvio que no siente algo platónico. A una mujer que no ha estado desnuda contigo no se la ve tan entregada, tan impaciente por tocarte. No se sacia de él. Ya han dejado atrás la contención, las confesiones torpes, el desasosiego

inquieto de los que se atraen de manera irresistible el uno al otro aunque todavía no hayan hecho el amor. Son los que acaban de empezar a acostarse juntos y no pueden resistirse a tocarse, todo es tocar. Siguen jugando con el coqueteo residual mucho después de que el cortejo haya cumplido su propósito. Y, a pesar de eso, aquella mano posada en la mesa, tan compungida y candorosa, con la que seguía ella acariciando el salero... ¿No se da cuenta él de que está esperando a que pose la mano sobre la suya?

¿Cuándo habían empezado a acostarse? ¿Hacia poco? ¿La semana pasada? ¿El mes anterior? ¿Durarán? ¿Quién es él? ¿Cómo lo ha conocido? ¿Había otros? ¿Hubo un momento concreto y tangible en el que decidió cruzar el puente hasta el otro lado? ¿O, como se suele decir, pasó sin más? Un día sales a un almuerzo de negocios, él te mira, tú te quedas mirándolo y, de pronto, después de sólo media copa de vino, tomas aire y se te escapan solas las palabras de los labios y no te puedes creer lo que has dicho y lo más raro es que él no está menos cautivado que tú, hasta que uno de los dos se viene abajo y por fin pregunta «¿Esto está pasando de verdad?», y el otro contesta «Eso creo». Me parece estar escuchándolos: «Lo que pasa en Renzo & Lucia's se queda en Renzo & Lucia's».

Los envidio. Se están acostando. Y, a pesar de eso, no estoy celoso. Porque le temo más a los celos que a la pérdida del amor.

¿Por qué no estaba enterado de que a ella le estaba pasando algo así? En la mayoría de los casos, ni siquiera te enteras de que has estado sospechando, por eso no te has molestado nunca en recolectar los retazos de pruebas que te salían al paso todos los días a todas horas y que ahora lamentas no haber sido capaz de interceptar, examinar, anotar en el registro del desamor, el resentimiento y el engaño. La clase eterna de yoga las noches entre semana; el teléfono que casi nunca contesta en la oficina aunque sabe que yo soy el que la está llamando; las copas después del trabajo que siempre se alargan así que no sabes cuándo pueden mutar en cena improvisada; el grupo de lectura que nunca se reúne dos veces en el mismo sitio; las reuniones de trabajo de última hora; el portátil que cierra un poco demasiado deprisa cuando entras en la habitación; esas conversaciones crípticas de sí y no que dice que son con su jefe que la llama tarde desde Westchester.

Por la noche, se fuma un cigarrillo y se queda mirando al vacío, escucha música y se queda mirando al vacío, se queda mirando al vacío para estar con él, no conmigo. Me recuerda a las mujeres encaprichadas de las películas de los años cuarenta que viajan en barco y vagan solas por cubierta y no pueden leer y lo único que quieren es dar paseítos nocturnos hasta que aparece el hombre al que aman y se ofrece a encenderles el cigarrillo.

¿Pensaba ella en él cuando nos sentamos a ver juntos la televisión o cuando le masajee los dedos de los pies porque dijo que le dolían o cuando nos restregamos uno contra el otro en la cocina y la agarré por

detrás y quise hacerle el amor? Nuevas dudas me revolotean por la cabeza, pero, antes de que pueda atraparlas, se esfuman. Mejor así. Hay cosas que quizá no quiera saber ni pensar. ¿Lo saben mis amigos? ¿Han intentado contármelo pero se han echado atrás al darse cuenta de que no captaba las indirectas?

En el ascensor de su casa, ella le arregla la corbata, como hizo una vez con mi solapa segundos antes de que llamásemos al timbre de alguien; ya saben que, en cuanto cierren la puerta tras ellos, ella le arrancará la corbata, le desabrochará la camisa, le quitará el cinturón, le sacará a tirones la ropa. Me gusta pensar que se ofrecerá voluntaria para ayudarlo con los gemelos, porque cree que todos los hombres necesitamos ayuda para ponérselos y quitárselos. Quiero que él tema que ella pueda estar pensando en todos los hombres que ha conocido mientras le quita los gemelos con mano experta.

Estoy en Central Park Oeste y el sol está radiante en este día despejado y espectacular. Con suerte, Harlan y yo jugaremos al tenis en cuanto él salga del colegio. Sudaré y me olvidaré de todo. A Harlan le gusta golpear la bola, dar reveses y derechazos. Jugaremos como salvajes, como le gusta a él decir, porque nos desquitaremos con las pobres pelotas amarillas. Revés y derechazo, golpe cruzado contra golpe cruzado y, cuando uno de los dos menos se lo espere, apestaremos uno de esos golpes paralelos maravillosos para quitarnos las malas caras.

Este día de verano floreciente y prematuro será el paraíso. Podría ir en taxi hasta la 93, pero quiero caminar bajo el sol. En la entrada del parque de la calle 67 veo un puesto de perritos calientes. Es exactamente lo que estaba deseando: un frankfurt. Pido *sauerkraut*, un montón, y salsa de cebolla también. «Has sufrido una conmoción muy fuerte y tienes que tratarte bien», me dice mi voz interior. Ésta es mi nueva normalidad, tengo que aprender a vivir con ella. Les han hecho daño a millones de personas antes, les seguirán haciendo daño a millones más. Debería buscar a alguien con quien hablar, pero —y el pensamiento me sobresalta porque no me he preocupado por cortarlo de raíz— la única que me entendería es la misma contra la que quiero arremeter. Soy como los que buscan consuelo o, peor todavía, consejo en la misma persona que los maltrata.

El vendedor de los perritos calientes me mira, como preguntándome si quiero algo de beber.

—Sí, una Coca-Cola *light*. Y una pajita, por favor.

El hombre mira al cielo y hace un comentario sobre el tiempo.

—Hace día de playa —dice—, día de playa, como en mi país.

Es obvio que quiere que le pregunte qué país es ése, pero por cómo pronuncia las consonantes ya lo he adivinado. ¿Cómo lo he sabido?, pregunta. Por el acento, digo. ¿Cómo conocía el acento? Tuve una novia

griega. ¿De dónde era? De la calle 181. ¿Y antes de eso? De Quíos. ¿He estado en Quíos? No, nunca, ¿y él? Nunca, ni iría, se ríe, esperando que le pregunte por qué, lo que decido no hacer. Para cuando hemos intercambiado unas cuantas naderías, me he terminado el perrito sin disfrutarlo en realidad, y mucho menos saborearlo, así que pido otro. ¿Igual que antes? Igual que antes. Éste es mi último año aquí, dice mientras le pone mostaza al ya abultado panecillo. No quiero saber por qué se va, pero, al verlo ahí quieto y callado mientras me da el perrito, no puedo evitar preguntarle por qué. Porque su mujer no está bien.

—¿Qué le pasa? —pregunto, pensando que será nostalgia, depresión, quizá la menopausia.

—Cáncer —contesta—. No quiere volver. Pero no me puedo quedar en Estados Unidos cuando ella ya no esté.

Alargo la mano y le toco el hombro.

—Difícil —digo, interpretando mi versión de compasión mediterránea en un inglés macarrónico—. Y cuánto.

Dos adolescentes de mejillas sonrosadas con aspecto de haber estado peleándose en la clase de gimnasia y luego haberse puesto el uniforme del colegio se acercan al vendedor y, después de saludarlo en griego, le piden unos perritos. Es probable que los haya visto crecer y les haya enseñado el poco griego que saben. Se les une un tercero; los tres llevan las corbatas aflojadas y fuman cigarrillos sin filtro. Ha llegado el momento de escabullirme. Me despido del hombre. Me hace un gesto con la cabeza taciturno y abatido, como diciendo «Son demasiado jóvenes para saber nada de esposas, cánceres y patrias». No sé por qué, pero mientras me peleo con el perrito, el maletín y la Coca-Cola *light*, desearía haberme parado, haberme sentado en un banco y haberle contado al griego que yo también estaba perdiendo a alguien. Él me habría entendido.

Mientras camino hacia las pistas, sin embargo, me doy cuenta de que no comparto su desesperación. La idea de Maud y su novio volando hasta la planta X del piso exclusivo de él en un edificio residencial del centro no me altera. Me los imagino a los dos caminando por el largo pasillo hasta que llegan a la puerta del piso, un poco incómodos e indecisos, aunque agradecidos de que la gruesa moqueta haya amortiguado sus pasos. Los gemelos, la corbata, la imagen de las piernas de ella rodeando la cintura desnuda de él tampoco me perturban. Jugaré al tenis, ellos jugarán a hacer el amor. ¿Quién será más feliz? ¿Quién sabe?

En la entrada del parque de la calle 72 se ha reunido un grupo de ciclistas que esperan alguna señal para entrar. Hay un montón de gente sentada en los bancos de la entrada, algunos han estado patinando y se están quitando los patines en línea, otros se los ponen. Los monopatines de siempre. La mayoría de los que están repantingados en los bancos no

parecen turistas y tampoco son estudiantes. ¿No trabaja nadie? Nadie salvo el griego.

Pienso en el pobre hombre vendiendo perritos todo el día, planeando ya lo que empaquetará, lo que donará, qué recordará, qué abandonará, cosas, lugares, gente, una vida entera. Quizá yo también debería pensar en poner en orden mis cosas. Nada de eso parece perturbarme. Me alteraba más la posibilidad de que los tortolitos me pescaran observándolos que el temor a que Maud sea feliz con otro hombre. Parecía tan efusiva, tan exaltada y cautivada. Hacía mucho tiempo que no la veía así. En parte hasta me ha hecho feliz verla tan radiante, descansando el codo con desenfado en la repisa que aguantaba el gran espejo que tenían detrás mientras le tocaba el pelo a él, como una modelo de pulseras de la joyería Mauboussin. Es guapísima. Entonces ¿por qué no estoy celoso?

¿Es porque todavía es demasiado pronto, porque ésta no es la conmoción, ni siquiera el principio de la conmoción? ¿O es porque nada de esto debería alterar el universo si no se lo permito, si no lo fomento, si no hablo de ello, ni siquiera conmigo mismo? ¿Se puede no pensar en esto, en realidad? Maud me está engañando, mi Maud en una cama con otro hombre, haciendo cosas que no hace, no puede hacer, no hará conmigo porque él sí sabe cómo extasiarla, Maud a horcajadas sobre mí cuando la miro cerrar los ojos y estoy dentro de ella hasta el fondo, sólo que no soy yo, es otro.

No tardaré, lo sé, en rebuscar en el cajón de mi dormitorio en el que ella guarda algunas cosas. Lo he hecho con otras, lo volveré a hacer, aunque ya sé que será por principios, no porque necesite saber o porque me importe. Puede que termine poniéndome celoso sólo porque tengo que ponerme celoso.

El griego tenía razón. Hace día de playa y la temperatura está ascendiendo hacia los veintitantos grados. Dentro de nada estaremos planeando fines de semana fuera. La idea me levanta el ánimo; conmovido por ese presagio de verano, me quito la chaqueta y me aflojo la corbata. Recuerdo mis días escolares, cuando se volvían más flexibles con el código de vestimenta en cuanto captaban algún indicio de tiempo primaveral en el ambiente; las tardes se hacían largas y mi imaginación invariablemente volaba hasta las playas de San Giustiniano. Aun así todavía recuerdo que el encanto del clima marítimo coincidía siempre con la inminencia de los exámenes finales y el temido boletín de notas. Quiero llamarla y decirle que no me puedo creer el día tan bonito que hace. También quiero decirle que mi reunión ha salido bien y que ahora voy a las pistas de tenis. Pero me contengo. Las cosas han cambiado, podrían cambiar el momento en que oiga mi voz y se acuerda del ritmo rutinario de nuestros días y nuestras noches. Tengo que aprender a mantener la boca cerrada. Nada de indirectas, nada de comentarios ingeniosos como: «Ah, ¿eras tú a quien he visto hoy a la hora del almuerzo?». Tienes que intentar mantener la boca cerrada. Y no la llares.

De pronto, siento un arrebató de ternura por ella. ¿Es amor o mera compasión por alguien que anda detrás de un romance, igual que yo y todo el mundo ansía el brillo que le da el romance a nuestra vida?

Lo peor será verla mintiéndome, saber que está mintiendo, ayudarla a esquivar las pequeñas trampas que le pueda tender yo sin intención y al alejarla de ellas otorgarme el mérito de ser así de magnánimo y así de inteligente. No debo permitir nunca que se me note que lo sé.

Nada me dolería más que verla estremecerse cada vez que oiga la palabra *almuerzo*. No debo mencionar nunca Renzo & Lucia's y he de mantenerme alejado de cualquier cosa que tenga la más remota relación con el mediodía, la avenida Madison o los edificios residenciales o los cruceros de las películas de bajo presupuesto de Hollywood de principios de los años cuarenta, en las que los amantes incipientes se alejan de las pistas de baile de primera clase para encontrarse bajo la luz de las estrellas en el puente y mirar la luna rielar en la placidez del océano. Pienso en Paul Henreid acercándose dos cigarrillos a los labios y encendiéndolos los dos al mismo tiempo, uno para él y otro para Bette Davis.

La belleza del romance.

¿Puedo vivir con Maud después de esto?

La pregunta de verdad es: ¿podrá ella?

La verdad es: yo sí podría.

Puedo imaginarme cómo llegará hoy a mi casa después de su clase de yoga, cómo dejará el bolso en la cocina, irá a cambiarse y se preparará para la cena con los Plum en Brooklyn. Me mirará a la cara y me dirá que hoy estoy un poco quemado por el sol.

Cada vez que me pregunta qué tal me ha ido el día, me acusa en broma de que a lo mejor lo he pasado con una de las jóvenes becarias. Por lo general, le sigo el juego. Hoy no. «Esta tarde he ido a pelotear con Harlan».

Sale de la cocina, se para de camino al dormitorio y luego se da la vuelta y me hace frente. «Puede que tenga malas noticias».

La miro. Mi mirada quiere parecer al mismo tiempo seria y no del todo sorprendida. «Sobre nosotros, quieres decir». *Nosotros* me parece más prudente que *él*. «Eso creo».

No diré ni una palabra del almuerzo, pero tampoco me haré el tonto. «Ya lo sé». «¿Sí?».

Me tomo un momento para sopesar si no estoy siguiendo una pista falsa. «¿Es algo serio?», le pregunto.

Me mira y frunce la boca como si nunca hubiese pensado en ello en esos términos. «No lo sé. Podría serlo. O quizá no. Es pronto para saberlo. Creí que debía decírtelo».

Está a punto de encender la luz del pasillo, pero sigue sin moverse. «Qué difícil».

Lo que siempre he admirado de ella es que en los ocho meses que llevamos juntos las confesiones complicadas han sido siempre civilizadas. «Lo sé —digo—. Tampoco es fácil para mí. ¿Te apetece ir a cenar esta noche?».

Asiente. Pero justo antes de ir a cambiarse se da la vuelta, me mira, inspira hondo. «Gracias». «De nada».

Dicen que las señales siempre están ahí, que las tienes delante, pero que, igual que las estrellas de noche, son imposibles de contar, mucho más de interpretar. Además, los indicios no son mejores que los oráculos. Dicen la verdad siempre que no les hagas caso. Una semana o así antes, mientras dormíamos, nos tocamos con los pies, luego con las piernas, luego con las caderas y, antes de que nos despertáramos del todo, habíamos empezado a hacer el amor, demasiado pronto y demasiado rápido. De repente, hizo algo inusitado en ella: me metió los dedos en el pelo y no dejó de restregarme el cuero cabelludo con un desenfreno tal mientras nos besábamos que, sin contenernos ni pensarlo siquiera, nos corrimos al mismo tiempo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos haciendo el amor o cómo habíamos empezado o de si dijimos siquiera una palabra antes o durante. No hubo preliminares, ni relajación posterior, ni huellas, ni manchas, sólo un vacío. Ni abrimos los ojos. Dos gatos callejeros forcejeando en el silencio y la oscuridad de la noche que se escabullen en cuanto terminan. Me volví a dormir sumido en un estupor y ella también, dándome la espalda mientras yo, como siempre, pasaba la pierna por encima de la suya. Le gustaba así, decía, y gemía hasta que se quedaba dormida. Los dos llegamos tarde a trabajar aquella mañana. Lo raro es que al día siguiente ninguno hizo el más mínimo comentario sobre nuestro encuentro sexual. Era como si me lo hubiese inventado.

Algo, no obstante, me sorprendió en la ferocidad obstinada con que incursionamos uno en el cuerpo del otro. No dejó de jugar con mi pelo como si quisiera arrancármelo. Había atribuido aquello al sexo medio dormido, desenfrenado, salvaje, pero luego, mientras me afeitaba, lo entendí. Ella estaba haciendo el amor con el cuerpo de otro, con el ritmo de otro, no con el mío. Y había algo más: Maud se había encaprichado hacía poco de un tipo de vinagreta que consistía en unas cuantas gotas de vinagre normal, no del balsámico, y muchísimo limón con una sola cucharada de aceite. Sólo que los limones tenían que ser cultivados en huertos de Sicilia y tenías que usar sal de las salinas de

Trapani, al oeste de Sicilia. No se me ocurrió nunca preguntarle dónde había aprendido tanto de productos sicilianos ni quién le había enseñado a mezclar *cavolo nero* con anchoas y parmesano y, por supuesto, zumo de limón. No lo aprendes en un libro o en Renzo & Lucia's. Lo aprendes en un apartamento de soltero en un edificio residencial en un almuerzo o en una cena. Es imposible que él esté casado.

Luego está el viaje a Sicilia del que hemos estado hablando porque quiere visitar toda la isla, no sólo las playas abarrotadas y las islas a las que viaja todo el mundo. Quiere ir a Erice y Agrigento y Ragusa, Noto y Siracusa y luego Enna, un pueblo en las colinas en el que el emperador Federico II de Hohenstaufen construyó su palacio de recreo. No tengo ni idea de cómo ha terminado sabiendo tanto sobre el teatro de marionetas de Siracusa o de la diminuta Ortigia, que me cuenta que viene de la palabra griega que significa «codorniz», por una semidiosa que se arrojó al agua y se convirtió en una codorniz que se convirtió en una isla que se convirtió en... No me molesté nunca en preguntarle a qué se debía aquel antojo repentino por Sicilia. A mí me habría valido con pasar unas semanas en las islas de la costa.

Todo lo que sé es que Maud, que a veces es muy acomodaticia, quiere emoción en su vida. La mujer del brazo esbelto y el codo maravillosamente cincelado posado con tanta gracia y extravagancia en la repisa del espejo enorme detrás de ella quiere diversión, quiere una aventura, quiere una ráfaga de aire fresco en su vida. Estoy seguro de que al principio se resistió y puedo imaginármelo a él intentándolo una y otra vez antes de que ella al fin cediera. «Mira a tu alrededor», le dice él en el restaurante. «Sí, ¿y?». «¿Has mirado?». «Sí». «¿Quién es la mujer más hermosa, inteligente e intimidante que hay en este restaurante ahora mismo? Pero ¿qué digo? La más imponente». «Creo que esa de allí», dice señalando a una mujer que ha pasado por el quirófano y lleva un montón de joyas. «No». «Entonces ¿quién?».

A Maud le debe de encantar el juego. «Es la mujer que está sentada junto al espejo grande que sabe que el hombre sentado a su lado está esforzándose por dejar las manos quietas encima de la mesa». «Qué cosas dices». «Quiero abrazarte».

¿Le había hablado yo así alguna vez? Con ella no hubo que escalar balcones, no me costó trabajo conquistarla, no hubo melodrama elegante, no hubo rival ni puerta que echar abajo ni cerrojo cerrado al estilo Fragonard cuando me metí en su dormitorio por primera vez, después de que jugásemos al tenis. La puerta siempre estuvo abierta y todo pasó con tanta naturalidad, tanta facilidad, igual que la otra noche mientras dormíamos. Cruzamos el puente y ni vimos el agua que corría por debajo.

Me gusta lo que siento este viernes por la tarde. Pensándolo bien, lo que he visto no era tan terrible, no es tan malo, ni siquiera es interesante. ¿Me voy a poner celoso, de verdad? ¿Le figonearé el correo, le miraré

el móvil mientras esté en la ducha, intentaré averiguar qué se dicen en los mensajes o descifrar un lío de medias verdades para averiguar cómo se ven, cuándo, dónde? ¡Menudo tópico! Me remango la camisa, me quito la corbata y entro en el parque, atravieso el sendero hacia el club de tenis. Con suerte, encontraré pareja si no está Harlan. Estará bien ver quién está jugando, charlar con los habituales a los que no he visto desde el fin de semana de Acción de Gracias, comprarme un refresco, jugar una hora o dos y luego tumbarme sobre la hierba hasta que sea hora de volver a casa, ducharme y salir a cenar.

No pierdas la perspectiva. Piensa lo muchísimo peor que está el vendedor griego de perritos calientes. No es el fin del mundo.

Por pura casualidad, cuando llego, Harlan ya ha reservado una pista y me está esperando en el club.

—Ve a cambiarte —dice.

Me gusta su tono insolente. Me recuerda que ahora mismo hay otras cosas más apremiantes que atender además de Maud. No quiero pensar en ella. Mientras me quito el reloj, pienso que por ahora estamos bien, no estamos dolidos ni dañados, sólo un poco magullados, pero no vapuleados. El ego ha sufrido algún rasguño, claro, pero el corazón no. La idea me viene mientras envuelvo con cinta el mango de la raqueta igual que me sujetaría con banda elástica la pantorrilla, la muñeca, el ego. Estamos bien. Un último pensamiento antes de irme a la pista: no tengo que decirle ni una palabra sobre lo que he visto en el almuerzo, ni la indirecta más vaga, nada. Haré exactamente lo que hicieron los británicos cuando descifraron el código Enigma de los alemanes durante la guerra. Sabían dónde y cuándo planeaban los alemanes lanzar bombardeos aéreos, pero se abstuvieron de redoblar las defensas por temor a revelar que habían descifrado el código del enemigo. Una palabra inoportuna, una mirada de duda, un deje de ironía y lo sabrá.

Mientras termino de envolver con cinta el mango de la raqueta, la llamo para decirle que voy a jugar al tenis.

—Me lo he figurado cuando no has pasado a buscarme por la oficina. Estoy muy celosa —dice.

Así que me ha llamado. ¿Por qué?

—Para saludarte.

—¿Cuándo?

—Hace menos de una hora, justo después del almuerzo.

—¿Qué tal el almuerzo? —pregunto.

¿No acabo de prometer no mencionar el almuerzo? Se toma la pregunta con calma y parece no importarle en absoluto. La comida habitual de Renzo's. De hecho, esta vez no estaba tan rica. Sí, otro periodista.

¿Es porque me vio en el restaurante y sabe que yo la vi a ella?

Maud dice que tiene una reunión esa tarde y que irá directamente a casa de los Plum desde la oficina.

—¿Quieres que nos veamos antes de ir a casa de los Plum? —pregunto.

—No, nos vemos allí. Pero no llegues tarde. Odio cuando los dos se confabulan contra mí y empiezan a hablarme de su temible Ned.

Me río. Le he enseñado a odiar al hijo de los Plum, ahora a ella le disgusta más que a mí.

—Llevaré algo —dice.

—No lles nada. Planifican las cenas de principio a fin. Mañana les mandamos flores —digo.

Nos despedimos. Me quiere. Yo también la quiero.

A esas alturas, me he olvidado completamente del almuerzo. Si lo que quería era aplacarme, lo ha conseguido. Es probable que la haya llamado por eso. Sólo con decirme que la comida no estaba rica me ha quitado un peso enorme de encima y, por alguna razón inexplicable, me libera el pensamiento de preocupaciones y dudas. De pronto, el tenis parece un regalo del cielo. Saco una lata de pelotas, la abro, y bajamos las escaleras hasta la pista 14, la única que está completamente al sol. Vamos a sudar, vamos a correr, a darle duro y a no pensar en nada que no sea el tenis. Lo único que quiero es ser uno con el tenis. Mientras podamos ser uno con algo, lo que sea, estaremos bien. Al bajar las escaleras y poner un pie en las pistas, una ráfaga de placer me recorre el cuerpo, un hormigueo de bienestar total. Podría dedicarme a esto el resto de mi vida y que no me importase ni un ápice ella, el trabajo, el verano, viajar, nada. Soy feliz.

Nos conocimos aquí un viernes del verano pasado. Ella estaba buscando pareja para jugar. Me ofrecí. No era una gran jugadora, dijo. Dije que no importaba. Aquel día jugamos cuatro horas. Era el fin de semana del 4 de julio y los dos habíamos salido temprano del trabajo. Ninguno de los dos tenía planes para el fin de semana. Aquella noche cenamos en un *pub*, en la barra, los dos dijimos que era algo que nos encantaba hacer. Era como estar solos juntos, dijo uno de los dos. A primera hora de la mañana siguiente, sin haber quedado, aparecimos los dos a reservar pista. Jugamos más de cinco horas. Las pistas abrasaban aquel día y muchas se quedaron vacías. Tuvimos que cambiarnos de ropa, ir en bici a casa, volver y jugar hasta que se puso el sol. Ducha. Copas. Una

película más tarde. ¿Cena en la barra? Dijo que le encantaba cenar en la barra. El aire era cálido y teníamos las manos, los hombros, la cara, húmedos y pegajosos. Tres dominicanos, uno de ellos con una guitarra, estaban cantando en un banco en una isleta en medio de Broadway. Nos sentamos en el mismo banco a escuchar. La besé. Hicimos el amor toda la noche, poniendo un CD de música brasileña una y otra vez, en los días que siguieron era imposible hacer el amor sin esa música. Terminamos en Italia aquel mismo verano, con la música.

Le abro la cremallera a mi otra funda de raqueta y saco la raqueta que me compró ella de regalo navideño.

Manfred, un jugador de primera de veintimuchos años, se me acerca y me pregunta si puede jugar con nosotros. Encontramos un cuarto jugador para jugar a dobles, un caballero mayor que es un fijo de las pistas. Quiere jugar conmigo, pero Manfred lo ha pedido primero y a Harlan no le importa tener de pareja al anciano. No había jugado nunca con o contra Manfred, pero después de casi dos años de verle jugar todas las mañanas entre semana, admiro su juego, su gracia, su constitución. En ocasiones, cuando cruzamos miradas, intercambiamos algunas palabras al lado de la máquina de refrescos o en la zona de las taquillas, pero no me habría atrevido nunca a pedirle que jugara conmigo, había tenido siempre la sensación de que él guardaba las distancias por temor a que se lo pidiera. Me imagino que entre nosotros había una fría cautela. Pero, cuando lo he visto ponerse nervioso y casi perder pie al preguntar si podía jugar con nosotros, he pensado en un campeón del instituto perdiendo el aplomo al tener que recurrir al empollón de la clase para que le ayude con la tarea. Le temblaba la voz; debe de haberse dado cuenta y ha intentado disimularlo con una risa torpe y afectada. Me ha hecho sentir fuerte, orgulloso.

Cuando terminamos de jugar, casi sentí cómo iba creciendo aquella antigua frialdad entre nosotros. Nos distanciaríamos y volveríamos a los saludos superficiales, así que antes de que las cosas se enfríen le pregunto si quiere una cerveza y sugiero que volvamos a jugar pronto.

—Mañana por la mañana, si quieres.

—Mañana entonces —digo, quizá demasiado rápido por miedo a que cambie de opinión.

Como ya tenía una reserva con Harlan el sábado, le digo que le daré la mía a otra persona.

—Hazlo —dice.

Me siento eufórico. Salimos del parque y vamos a un bar a tomar una cerveza rápida. Estoy seguro de que sabe que estoy loco por él.

Esa noche, cuando entro en casa de los Plum, me enfrento a una repetición del almuerzo de hoy. Maud está sentada en medio de un sofá

esquinero enorme al lado de él, en la terraza, los dos con las piernas cruzadas, con las rodillas frente a frente crean un espacio cerrado e íntimo entre ellos. Y, como en Renzo & Lucia's, ella tiene el brazo estirado con descuido sobre el respaldo del sofá, con la mano casi le está rozando el pelo otra vez, en los labios le late esa sonrisa lánguida, enigmática, de modelo de la joyería Mauboussin, el mismo codo, el mismo brazo desnudo, el mismo brazalete. Están rodeados de cuatro grandes portavelas de suelo que despiden un brillo resplandeciente sobre la piel de Maud. Menos mal que sólo me he tomado una cerveza con Manfred y he decidido no beber nada más. Tengo que mantener la boca cerrada, visto que casi me arriesgué a trastocarlo todo cuando la llamé desde el club de tenis. Si hubiera bebido algo más, podría terminar lanzándoles a los dos una mirada amenazadora que apenas disimulara mi disgusto.

Está a punto de presentármelo, pero él la interrumpe, al parecer muy ansioso por conocerme.

—Soy Gabi —dice, y deja la bebida para levantarse y darme la mano.

Me mira directo a los ojos, irradia entusiasmo; la mirada es franca, llena de vida, casi salvaje, no la retira. Es esbelto, guapo, sus mejillas un poco ruborizadas hablan a gritos de su vigor atlético y su buen humor. Estoy intimidado, pero no me quedo sin palabras.

Esta noche aparte de los Plum hay otra pareja, además de Mark, que es probable que esté aquí en honor de Nadja, y luego Claire, la serena, ecuánime Claire que nunca se ríe de nada de lo que digo y que debe de pensar que soy un frívolo total. Al salir de la cocina, Pamela le dice a Duncan, su marido, que Nadja no está preparada para alguien como Mark.

—Sigue despechada.

—Nuestra soltera renacida debería de haberlo superado ya, porque, admitámoslo, no es que sea la Bella Durmiente —dice él.

—¡Shhh! —nos dice Pamela a Claire y a mí—. Ayudadme a terminar de montar esta pirámide con esas clementinas de ahí.

Claire se pone a trabajar enseguida, como si llevara toda la vida construyendo pirámides de frutas y verduras, y yo me río porque no tengo ni idea de cómo hacer una pirámide de clementinas. Sé lo que está pensando: qué inútil es. Mientras, Pamela ha colgado el teléfono y sale al balcón para decirnos a los invitados que Diego y Tamar llegarán tarde como siempre porque tienen un problema con la niñera.

—Además —añade, mordiéndose el labio mientras comprueba cómo vamos con la pirámide—, creo que están pasando por una mala racha.

—Siempre están pasando por una mala racha —interviene su marido.

Duncan y Pamela son una pareja mayor que nosotros a la que le encanta recibir invitados más jóvenes. A mí, me aterroriza que le pidan a su hijo Ned que cene con nosotros. Monopoliza siempre la conversación, se pone a hablar sin parar de algún artista desconocido que acaba de descubrir y que quiere promocionar. Pero me dicen que se quedará solo al aperitivo porque tiene que encontrarse con un cliente muy importante para una tasación.

—Nuestra joven promesa en Sotheby's —dice Pamela.

Miro a Maud. Ha interceptado mi mirada burlona y me responde con esa sonrisita de suficiencia tácita y clandestina que le es propia. En esto somos un equipo, y nuestro mudo tira y afloja confirma nuestra unidad. Es mi mejor amiga. Nos compenetramos.

—¿Qué tal el tenis? —pregunta Gabi.

—Sí, hablemos del tenis, por favor —añade Maud, dando a entender como siempre que el tenis no es más que el sobrenombre de mi última aventura con otra becaria.

Me siento tentado otra vez a lanzarle una mirada glacial. Se da cuenta de que no estoy de humor para bromas y se retracta.

—Aunque esta mañana le salió muy bien una reunión y eso es muy importante.

—¿Qué clase de reunión? —pregunta Gabi.

—Nos estamos fusionando con una casa más pequeña que lleva años en quiebra —dije de forma apresurada para evitar entablar una conversación con él.

—¿Por qué os fusionáis si están en quiebra, entonces? —pregunta Gabi con un poco de brusquedad.

A pesar de su atractivo obvio, parece ser un hombre curtido que no se anda con rodeos. Debo de haber fruncido el ceño al oír la pregunta.

—Soy un israelí que ha vivido en Italia, no todo yo soy suave terciopelo —explica.

—En Italia, ¿dónde? —le pregunto, olvidándome de que debería evitar hacer preguntas, sobre todo cuando no estoy ansioso por hablar con él. Pero, ahora que he preguntado, temo la respuesta.

—Turín.

—La ciudad de Primo Levi —digo, aliviado de que no sea Sicilia.

—Sí, Primo Levi y Carlo Levi y Natalia Levi y todos los Levi del mundo, hasta la torre más visible de la ciudad. Hay más judíos que en Tel Aviv, que es de donde soy. No es una sorpresa que el apellido de mi abuela que era de Turín fuera también, adivina, Levi.

Nos reímos.

—Gabi es corresponsal extranjero.

Es evidente que Gabi también ha sido soldado. Lo tiene todo, pienso.

—¿Para qué periódicos?

Recita unos cuantos nombres, luego dice Italia, Francia, Alemania, Israel, Estados Unidos...

—O sea, todos —interrumpo, para quitarle importancia a su impresionante catálogo.

—Gabi trabaja para una agencia —dice Maud, con un leve toque de humor, tanto para elogiarlo por su exitosa carrera de periodista como para distender el sarcasmo implícito en mi comentario asegurando que somos así de joviales por naturaleza.

Sigue en mi equipo, pero también le cubre a él las espaldas.

Podemos seguir así horas. Nos estamos lanzando voleas cruzadas, pero ella es la que hace girar la pelota.

—Explícame por qué tu grupo se fusiona con otro más pequeño.

—¿Quién pregunta, el israelí o el italiano? —pregunto todavía con una inflexión de ironía en la voz.

—Es el israelí que lleva calcetines mercerizados marca Gallo debajo de las implacables botas del ejército.

—Respuesta diplomática —dice Maud.

—Diplomática o no, sé que querrá contarme todo lo de la fusión antes de que termine la velada. ¿No te das cuenta de que se está muriendo por contármelo?

Nos echamos a reír.

—Se fusionan con nosotros porque tienen un catálogo de publicaciones muy sólido que queremos y que se perderá si cierran antes de que se termine el año.

—Y con nosotros te refieres a ti.

—Y a otros.

—¿Cuántos?

—Somos legión —bromeo.

—Debes de ser muy bueno en tu trabajo.

Decido no contestar, aunque no me molesta el halago. Sé lo que está tramando. Hemos estado intercambiando tiros simulados al azar. Él apunta, yo desvío. Pero nuestro intercambio no es para nada hostil. Es casi un coqueteo.

Ned, el hijo genio, tira la copa en la mesa del comedor puesta con mucho esmero y dice que se tiene que ir. Ha manchado el mantel.

Nuestro corrillo de tres levanta la vista.

—Ve en paz —le murmuro a Maud al oído.

Maud le repite mi comentario a Gabi, que no reacciona y que quizá no comparte nuestra aversión por Ned. Puede que estemos intercambiando bromas, pero, por si me había olvidado, él y yo no estamos en el mismo equipo.

Él dice entonces algo que no puedo oír. Ella le dice que está completamente equivocado.

—No será la primera vez —responde él.

Los dos se empiezan a reír. O es por Ned o por una de mis asistentes. O por mí.

En un momento dado, quizá sólo para decir algo, hago una pregunta que surge de manera natural y que flota en el ambiente.

—¿Qué te trae a Estados Unidos?

—Estoy escribiendo un artículo sobre empresas de biotecnología especializadas en división celular y en investigación sobre el cáncer — hace una pausa después de esta frase tan larga—. Por eso conozco a Maud.

Si con ese comentario pretende tranquilizarme, le funciona. Ahora sé el motivo oficial que hay detrás del almuerzo.

También sé por qué a ella ni se le ha ocurrido mencionar el almuerzo. Era una cuestión rutinaria de relaciones públicas.

Pero no me dejo embaucar tan fácilmente.

Anuncian la cena. Estamos todos instalados tan cómodamente en el enorme sofá con vistas a la ciudad que nadie se levanta. Pamela nos comunica que nos llevamos todos demasiado bien como para andarnos con ceremoniales a la hora de sentarnos a la mesa, que podemos sentarnos donde queramos. Pero aun así nadie se mueve. De modo que Pamela se acerca a mí y extiende los brazos, me levanta del asiento y dice que, para castigarme por resistirme, me sentará a la cabecera de la mesa. Como siempre, la gran mesa está puesta con todo detalle como para un banquete, con sus servilletas de lino demasiado almidonadas sobresaliendo con gracia de las copas de vino, como flores gigantes hormonadas. Pamela advierte la mancha rojiza que ha dejado la copa de Ned en el mantel planchado con todo cuidado. La examina, le tiende la copa al camarero y lo único que murmura es:

—Un día de éstos, un día de éstos, muchachito...

De camino a la mesa del comedor, Maud dice que habría estrangulado a Ned. La llevo aparte, la beso y me disculpo por haber llegado tarde. Le pregunto cuándo ha llegado. Ha sido la primera y subió en el ascensor con el temible Ned.

—Tan pagado de sí mismo, no te haces una idea. Luego te lo cuento, pero está más repelente que nunca.

Está intentando zafarse de mí, por eso sigue con el tema de Ned. Conozco el truco.

—¿Cuándo ha llegado Gabi?

—Ah, mucho más tarde.

Así que no han venido juntos. Claro que pueden haberlo planeado así. Tú llegas primero. No, tú primero.

Los invitados improvisan la distribución de los asientos, mientras Pamela decide sentarse a mi derecha. A mi izquierda está Nadja, que por lo general no habla a no ser que le hablen; a su lado está Mark, que hablará con cualquiera mientras sea sobre sí mismo. Se supone que los dos tienen que dedicarse a conocerse, si no me pasaré toda la noche entablando conversaciones corteses condenadas al fracaso con Nadja. Es un alivio ver que Gabi se sienta al lado de Mark, pero, antes de tener un momento para disfrutar del arreglo, advierto que Maud se sienta

entre Gabi y Duncan, que ocupa la otra cabecera de la mesa. Esto no me gusta nada. Claire se sienta al lado de Pamela, mientras que los asientos para la pareja de la mala racha siguen vacíos.

En cuanto se sientan, Maud y Gabi siguen donde lo dejaron. Están enfrascados en algo. Igual que en el almuerzo, veo pero no oigo.

Una vez que se ha sentado todo el mundo, Pamela espera unos momentos, luego da unos golpecitos en su copa de vino con la cuchara y todos nos quedamos callados. Odio la formalidad falsa de los discursos antes de las cenas con gente que, como acaba ella de decir, se lleva demasiado bien. Siempre he sospechado que Pamela es la versión pulida del basto borrador que es su hijo. Esta cena empieza a darme miedo. Pamela comienza por darnos la bienvenida.

—Perdonad el desorden horroroso del vestíbulo —dice—, pero aquí somos todos fijos y, para algunos, ésta es su segunda casa, claro que es la primera vez que está aquí Gabi, así que esta cena es para darle la bienvenida al que esperamos que sea su hogar lejos del hogar, sobre todo ahora que está inmerso en un trabajo tan importante.

Después de brindar con Chassagne-Montrachet, todos empezamos a comer las vieiras crudas de Pamela, mientras el silencio se ciernen sobre la mesa.

—¿En qué consiste el trabajo de Gabi? —pregunta Nadja, rompiendo el silencio.

Mark, a quien conozco desde la universidad y a quien siempre se le dio bien participar en clase, quiere demostrar que ha estado escuchando con atención y diligencia, por lo que relata lo que implica el trabajo de Gabi.

—La mayoría de nosotros no sabe nada de la investigación sobre el cáncer y mucho menos de la división celular, así que siempre viene bien que alguien nos ponga al día —dice.

No ha cambiado desde su época de estudiante, cuando era el primero en levantar la mano, el primero en acercarse a los profesores después de clase, el primero en tenderles su cuaderno de exámenes. Hablamos de lo poco que sabemos de la investigación sobre el cáncer, pero Gabi no está escuchando. Mark, lo sé, está intentando llamar la atención de Maud, pero ella no lo escucha. Lo único que distingo, a pesar de las extensas explicaciones de Mark sobre los últimos avances en terapia genética, es que ellos están hablando de un pueblecito llamado Enna.

—¿Dónde está Enna? —pregunta Nadja, claramente menos interesada en Mark que en Gabi.

—Enna está en la cima de una colina en medio de ninguna parte en Sicilia. Como Masada —dice Gabi—. Allí también hubo una gran

matanza, pero ésta la cometieron los romanos, que habían decidido limpiar el pueblo de sus habitantes. Masada fue más trágico.

—¿Por qué? —preguntó Nadja, que había dejado de escuchar a Mark.

—Porque en Masada las víctimas se suicidaron en masa para evitar caer en manos de los romanos, que los habrían torturado, asesinado o vendido como esclavos. Enna, por cierto, floreció bajo Federico, que fundó en Italia la primera universidad del mundo y creó una cultura que albergó a normandos, griegos, árabes, judíos, franceses. La poesía italiana, por cierto, no nació en Florencia como creen muchos, sino en Sicilia. A la ciudad de Enna le devolvió por fin su nombre original nada menos que Mussolini.

—¿Cómo se llamaba antes? —pregunta Nadja.

—Los romanos la llamaron Castrum Henna, que significa Castillo Enna, pero los bizantinos corrompieron el nombre hasta Castro Yannis, el castillo de Juan, que los sarracenos, cuando ocuparon Sicilia, llamaron Qas'r Ianni, que en árabe significa «castillo de Yunus». En italiano lo llamaron Castrogiovanni hasta Mussolini, que amaba la magnificencia de la Antigüedad y terminó desempolvando su distinción milenaria y permitió que el pueblo retomara su verdadero nombre — cuando ve que lo estamos escuchando más de los que él creía, sonrío, interrumpe su descripción y añade—: Somos todos un poco así, ¿no? Como Sicilia, quiero decir.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Claire, y probablemente ésa sea la primera vez que le dirige la palabra en toda la noche. A mí no me habría pedido nunca que le explicase algo.

—Llevamos muchas vidas, manejamos más identidades de las que nos gusta admitir, nos dan todo tipo de nombres, cuando de hecho uno, y sólo uno, basta.

—¿Y qué identidad es ésa? —pregunta Mark, intentando anotarse un punto.

—Es muy largo de explicar, amigo mío —responde Gabi— y, además, todavía no nos conocemos lo bastante bien.

Pero la mención de Sicilia me molesta. Mientras Gabi sigue hablando de Federico II, no puedo evitar mirar a Maud. Intento captar su mirada, pero sabe por qué la miro, por eso se queda mirando un punto fijo por encima de la mesa y luego mira su plato. Sabe que he adivinado la causa de su obsesión con Sicilia y que tiene que ver con él, ¿no es verdad? Las pistas nunca habían sido tan evidentes ni habían caído en mis manos con tan poco esfuerzo. A veces hay que esperar semanas, meses, para unir las piezas. En este caso, hasta el estúpido de Ned podría haber completado el rompecabezas.

¿No podrían haberlo ensayado mejor? Él ha sido soldado del ejército más sofisticado del mundo y ella, a pesar de su actitud mansa y callada, aventajaría en inteligencia al emperador de los embaucadores. ¿Ni siquiera tenían un plan?

Maud le pide que cuente más cosas de Enna y Gabi enseguida se embarca en una larga diatriba sobre la vida de Federico II, sobre Enzo, su hijo, que pasó los últimos veintitrés años de su vida en la prisión de Bolonia, y de otro hijo, Manfredo, que murió en la batalla de Benevento y que, como nos recuerda Dante, «*biondo era e bello e di gentile aspetto*». Maud se sujeta la barbilla con la actitud embelesada de un anuncio de Mauboussin que me parece fascinante. Es guapísima, está absorta en todo lo que él dice, está tan enamorada, y la ironía es que quizá ni siquiera sabe lo desesperadamente embelesada que está, mientras que la otra ironía es que no me molesta, aunque debería y puedo imaginarme perfectamente a otro hombre gritando y dando porrazos en la mesa del comedor delante de todos los invitados, un hombre que esa noche dará puñetazos en la puerta del dormitorio cuando ella no le deje entrar porque se ha convertido en alguien con quien es imposible convivir. Y quizá esté dolido, pero ni lo sé ni quiero saberlo, porque al oír el nombre Manfredo, que esta noche en esta habitación creía que era sólo mío, mi pensamiento se desvía a la emoción que me espera mañana a las siete de la mañana en las pistas de tenis. Jugaré con un campeón. Quiero hablarle a todo el mundo de mi Manfred y de lo guapísimo que es cuando se lo quita todo antes de ducharse y del mármol de su pecho lampiño que es tan firme que hay que esforzarse para no tocarlo y sentir si el mármol es, de hecho, igual que la carne. Hoy ha sido la primera vez que hemos tenido algo más que una charla banal en el vestuario; por lo general, digo unas pocas palabras y él contesta en fragmentos, casi con acotaciones, de modo que ninguno de los dos puede decir que hemos hablado de verdad. Pero hoy ha sido diferente. Es probable que hoy yo pareciera ausente, frágil, enfadado; no tenía a nadie en mi vida. ¿Por eso ha pensado que por fin sería fácil hablar conmigo? ¿Porque tenía ese aspecto hundido, deshecho, humano? ¿O ha sido la expresión del éxito en mi cara después de la reunión de por la mañana lo que me ha hecho deseable? Ojalá pudiese acordarme de su acento alemán trémulo cuando preguntó si podía jugar a dobles. ¿Me ayudaría alguien a acordarme de su voz y me contaría más cosas sobre él si yo también dijese el nombre Manfred en esta mesa esta noche?

Miro a Maud mientras ella observa a Gabi, que sigue hablando del sacro emperador romano que escribió un libro sobre cetrería en el ombligo de Sicilia, y yo pienso en ella en su postura favorita. Con los ojos cerrados, le encanta ponerme las rodillas sobre los hombros, que ahora serán los hombros de él, primero una rodilla, luego la otra, la vagina suplicando por él, la vagina que es donde sé que está ahora la mano izquierda de él excitándola mientras ella se esfuerza por mantener la compostura sin que se le altere esa mirada soñadora de modelo que parece decir «Soy una joya, soy toda oídos, soy toda tuya hasta el final».

¿Cómo voy a dormir con ella esta noche? ¿O tocarla, después de esto? ¿Y si me ataca en plena noche como hizo hace unos días? ¿Reaccionaré con amor desolado o iré a ella con la entrepierna llena de veneno y rabia, sabiendo que, aunque esté haciendo el amor, no es conmigo? Estaré retomando el tema donde él lo ha dejado, un asunto de hombre a hombre en el que la mujer hace de intermediario.

La miro. Es como si fuese otra persona. Me encantan sus brazos largos y esbeltos y el hombro que lleva al aire desde esta mañana y el collar que le da esa cualidad cautivadora que hace mucho tiempo que no le veía.

Suena el timbre y oímos las voces de Diego y Tamar.

—Lo sé, lo sé, lo siento muchísimo, pero teníamos tantas ganas de venir
—grita Tamar desde el pasillo conforme se acerca al comedor.

—Pero si ni siquiera hemos empezado a cenar —los tranquiliza Pamela mientras les da la bienvenida a los dos y todos oímos la serie de fuego graneado de risitas estridentes e histéricas de Tamar buscando que la absuelvan por llegar tarde.

Tamar hace oscilar su cuadrado y tosco bolso de mano de Goyard mientras le da la vuelta a la mesa camino de su asiento y lo abre y lo cierra cada vez que se olvida de si ha dejado el móvil encendido o apagado. Diego, alto, con una mata de pelo abundante tirando a rubia, lleva un pañuelo de bolsillo de colores vivos en la chaqueta negra, sigue a su mujer y termina sentado justo al lado de Claire. No está contento, su moderna barba crecida le da un aire de matón a sueldo a quien su mujer acaba de echarle la bronca y obligado a que se ponga el esmoquin. La pareja pasa una mala racha. Entonces, al pensar en nosotros, me doy cuenta de que también estamos pasando una mala racha, sólo que ninguno de los presentes lo sospecha siquiera.

A estas alturas, agonizo. Maud y Gabi es evidente que se están tocando, no pueden evitar tocarse. El macho mediterráneo ha avanzado un paso más y, después de acercarse a Maud, descansa el brazo izquierdo en el travesaño con un escudo tallado de la silla de ella. Maud enseguida pone la mano en la mesa, como para telegrafiar que aquí no pasa nada. Luego, sin embargo, como si hubiese cambiado de idea, vuelve a esconderla bajo la falda del mantel.

Ah, mujer infame y falsa. Me acuerdo de *Pagliacci*, ópera de Leoncavallo, la vimos juntos este invierno. Él es el amante, ella es la ramera y yo, por si acaso hubiese alguna duda, el payaso.

Me viene a la cabeza un pensamiento extraño. ¿Y si dejara caer la servilleta y al agacharme para recogerla echara un vistazo a lo que pasa por debajo de su lado de la mesa? ¿Qué descubriría? La mano blanca de ella acariciando con suavidad y torpeza la verga morena y

sabra de él, completamente expuesta y curvándose hacia arriba para dar más placer.

La pregunta es: ¿qué harán luego para limpiarse?

La respuesta no podría ser más sencilla. Ella usará su servilleta almidonada de lino con la P gigante de Plum bordada con filigrana dorada que cada uno arrancó de su copa de vino en cuanto nos sentamos.

Vuelven a reírse.

O a fingir que se ríen.

Seguro que se la estará restregando cada vez más fuerte mientras se ríen.

Por eso se ríen.

Y vuelvo a pensar en el joven Manfredo de Sicilia y en mi Manfred que sale reluciente de la ducha todas las mañanas y sabe que lo estoy mirando porque la tiene muy grande.

Mientras, no se me ocurre nada que decirle a Nadja, que está a mi izquierda. Preferiría hablar con Claire, que está frente a mí en diagonal. En estas cenas está siempre calladísima, recatada, inalcanzable, e irradia una vaguedad inmaculada y prerrafaelita que me parece tan gélida como casta. Y, mientras la miro, intento imaginarme, como en veladas anteriores, qué tipo de persona despertaría si le dieran un beso apasionado. ¿Seguiría siendo mansa e indecisa o se volvería salvaje? Quiero liberar la fiera que lleva dentro. Casi me imagino cómo nos besaríamos si la detuviera en el pasillo vacío, le pusiera la palma de la mano en la mejilla y acercase mi boca a la suya. Intenta no levantar la mirada, pero sé que sabe que la estoy mirando, que sabe lo que estoy pensando. Nunca me mira.

En un momento dado, Diego se queja de una película italiana reciente de la que todo el mundo habla. No sólo la interpretación era horrible, el argumento principal, además, no podía ser más incomprensible. A su mujer le había gustado la película y la interpretación le había parecido fabulosa, igual que a todo Hollywood, de ahí el Óscar.

—Pues a mí no me ha convencido —dice Diego.

—A ti nunca te convence nada —refuta ella.

—¿Por qué no te ha convencido? —interviene Duncan.

—¿Que por qué no me ha convencido? —pregunta Diego retóricamente—. Porque lo que busca un hombre en una mujer cuando se enamora es

pasión, confianza, malicia, tristeza y una sombra anticipada de arrepentimiento.

—¡Qué disparate! *Sois belle! Et sois triste!* Sé bella y sé triste — responde ella, citando a Baudelaire—. Lo que los hombres queréis de las mujeres es entrega.

Diego niega con la cabeza sonriendo resignado, filosófico.

—Lo que queremos... Lo que queremos de las mujeres es un sándwich y un poco de indecencia.

—¿¡Cómo!?! —contesta ella, brusca.

—Nada —responde él.

—Bueno, de mí no vas a sacar ninguna de las dos cosas.

Diego sonrío una vez más y pone los ojos en blanco.

—¡Qué sorpresa!

Duncan intenta cambiar de tema y vuelve al cine, habla de otra película. Pero cuando se acaba el asunto de las películas, queda patente que, por mucho que nos esforcemos, la conversación de la cena está condenada a ir a la deriva y no habrá diversión, arrojo o espontaneidad. Incluso Nadja intenta hablar conmigo. Luego prueba con el israelí, luego con Pamela, luego otra vez con el israelí, pero la chispa no prende, hasta que nos queda claro a todos que la conversación se ha convertido en palabrería aburrida.

Excepto para los dos tortolitos que gorjean en su perchita.

En un momento dado, me cruzo con la mirada de Claire. Ella apartó la vista o lo hice yo. No volvió a pasar.

Sólo puedo pensar en los tortolitos, en cómo se tocan, en sus risas incesantes al otro lado de la mesa, comportándose como un par de adolescentes desvergonzados que se bañan en una playa apartada del Mediterráneo a primera hora de la mañana, mientras los demás seguimos avanzando torpes por una tierra de nadie gris, silenciosa, sin sol, llena de madera seca arrastrada por el mar y conchas rotas. Después de esto, no confiaré en ella. Aunque estuviese equivocado total y completamente, ¿cómo podría confiar en ella después de lo que ha vomitado hoy mi mente enferma? Sus halagos, las burlas joviales, ella agarrándole el pene, limpiándose subrepticamente el semen de la mano, olvidándose de lavarse antes de meterse esta noche en la cama... ¿No están los dos sonrojados? Son pareja. Nosotros no. Y aquí estoy, intentando pensar en algo que decirle a Nadja mientras alimento el parloteo constante del pensamiento.

Después de la cena nos sirven café, postres y licores en el sofá que ocupa todo el balcón. Duncan sigue intentando salvar la velada y señala el horizonte.

—¿Os podéis creer este tiempo primaveral en esta época del año? — exclama.

—Primavera —dice Diego, a punto de ponerse a cantar.

—Estamos en Nueva York —dice Tamar—, puede volverse invierno en cualquier momento.

—Me encantan las vistas —dice Duncan, que sigue intentando disipar la tensión—. Estoy tan contento de que nos mudáramos aquí hace cinco años. Odiaba el Lower East Side. Mirad esto.

Señala el puente. Todos nos ponemos a contemplar las vistas impresionantes del ocaso, mientras un resplandor menguante y morado se cierne sobre los edificios de Manhattan.

—Estas vistas me recuerdan siempre a San Petersburgo —dice Duncan—. En San Petersburgo no se duerme en junio. La ciudad se pasa despierta toda la noche, porque sigue habiendo luz del día.

—Ojalá estuviésemos en San Petersburgo ahora —dice Nadja—. He oído que abren el puente sobre el Neva y que la gente se amontona en las riberas.

—¿Qué es el Neva? —pregunta Diego.

—Un río, por Dios santo —dice su mujer y luego estalla—: ¡Búscalos!

Pamela me lanza una mirada cómplice, como diciéndome que la mala racha es muy mala esta noche.

—En noches así pasan cosas raras —digo yo.

—Las cosas raras les pasan a los demás, a mí no —contesta Nadja.

—A mí tampoco —dice Tamar.

Una ojeada que me lanza Claire me indica que ella también se ha dado cuenta del «a mí tampoco». Es la única vez que ella y yo intercambiamos un mensaje que se queda entre nosotros. Quiero acercarme a ella y decirle algo divertido, estimulante e inteligente, pero no se me ocurre qué. Los dos estamos ahora apoyados en el antepecho de cara a la ciudad, su mano está al lado de la mía, rozándose. No quito la mano, me figuro que ella retirará la suya primero, pero no lo hace. Estoy seguro de que ni siquiera se ha dado cuenta de que nos estamos

tocando. «Tiene que haber una vida mejor que esta ahí fuera», quiero decirle; ella me miraría y pensaría que estoy loco, así que no digo nada.

Duncan se queda mirando el paisaje de la ciudad, luego mira hacia arriba y señala el depósito de agua que está en lo más alto de la terraza.

—Espero que a nadie le moleste el depósito de agua —dice—. Llevan semanas trabajando en él y parece que no van a terminarlo nunca.

Miro el suelo del balcón y veo un montón de herramientas y cajas de herramientas escondidas en un rincón, no muy lejos del sofá.

—Están reconstruyendo el depósito de agua. Es muy viejo.

—Nos han dicho que Hopper pintó este mismo depósito de agua desde su propia casa al otro lado del río —añade Pamela.

Maud intenta decir algo sobre Hopper, pero se lo piensa mejor, sobre todo porque interviene Mark.

—¿Hopper vivía al otro lado del río? —pregunta, al parecer incrédulo.

—Ned está convencido de que sí. De hecho, nos ha enseñado fotos.

—Yo no estoy tan convencido —dice Duncan.

—A mí me convenció —dice Pamela—, claro que soy su madre.

—Bueno, es una historia muy buena —dice Mark mirando a Maud, como disculpándose por interrumpirla.

—Pensar que estamos sentados en un balcón que pintó el mismísimo Hopper —dice Gabi pensativo—. Qué privilegio increíble.

A Duncan no le gusta Hopper.

—Estoy harto de las mismas casas viejas de Truro, harto de los mismos depósitos de agua, harto de toda esa gente alicaída y vacua mirando por ventanas sucias.

Se inclina sobre el antepecho y se queda mirando la ciudad inundada de luz.

—Entonces, ¿qué es mejor —nos pregunta a los que estamos sentados en el sofá después de darse la vuelta—, estar aquí en Brooklyn contemplando los rascacielos de Manhattan o estar en Manhattan mirando los depósitos de agua de Brooklyn?

Era el tipo de declaración hecha medio en broma y en parte para resaltar el embrujo de las luces que relucían sobre el East River y que

ofrecían un espectáculo que no podía verse desde ningún otro sitio de la ciudad salvo su terraza.

—Ay, pareces ese autor pesado que escribe siempre sobre estar en un sitio deseando estar en otro —suelta Claire—. Además, ¿no dejamos ya resuelto el tema el año pasado cuando hiciste exactamente la misma pregunta?

Tiene razón. Tuvimos esa conversación hace exactamente un año y, mientras mirábamos cómo el cielo se iba poniendo violeta oscuro, el asunto de dónde estaba uno y dónde quería estar parecía muerto antes de que lo empezáramos. Nunca lo resolvimos. Pero me gustó la valentía del comentario de Claire. Era muy poco típico de ella ser tan franca.

—Ojalá pudiera encontrar un sitio donde fuese siempre de día —dice Tamar, refiriéndose a San Petersburgo—. Me gusta tanto la vida.

—¿Con esa actitud que tienes? —murmura Diego casi para sí mismo.

—Sí, con la actitud que tengo —rebate ella.

Él se calla.

—San Petersburgo es sólo una idea —dice Gabi, probablemente para que dejen de discutir—. Está construido sobre nieve medio derretida y sentimentalismo. Para la mayoría de nosotros, es una ciudad que no existe de verdad, una ciudad hecha de libros. No nos creemos que existe de verdad ni cuando estamos allí. Una ciudad en la que no puedes distinguir el anochecer del amanecer y en la que te puedes tropezar en cualquier momento con Gogol, Stravinski o Eisenstein, por no hablar de Raskólnikov o del príncipe Myshkin o de la mismísima Anna. Es una ciudad de deseos esquivos, indecibles.

Y, dicho esto, Gabi se levanta, se vuelve hacia Manhattan, sostiene su copa de vino como si fuese un micrófono y empieza a cantar los primeros versos de una canción sobre la avenida Nevski cuando la Guardia Roja enciende hogueras en el frío para espantar a los lobos y cómo es posible todavía divisar a Nijinsky, de quien Diáguilev del *Ballet Ruso* se enamoró perdidamente, se enamoró perdidamente, se enamoró perdidamente.

Yo jamás habría sido capaz de soportar que el hombre que ha estado hablándole a Maud en la mesa se pusiera a cantar con tanta naturalidad. Pero ahora ha surgido otra persona con una voz mucho más joven y una personalidad mucho más joven, conmovedora. No me extraña que a ella le guste. A mí me gusta. Hasta a Diego le gusta. Empiezan a hablar los dos en italiano. Me sorprende a mí mismo deseando unirlos a ellos. Sintiendo solo, me inclino con los brazos apoyados en el antepecho y pienso en Manfred aquí conmigo; él y yo, nuestros codos tocándose un momento antes de que se mueva y me rodee el hombro con el brazo. Ay, Manfred.

—No has comido nada —me dice Maud, que se acerca y se sienta a mi lado en el sofá con una taza de café en la mano.

—No. He estado jugando con la comida, la movía un poco por el plato para que no fuese tan obvio. No tenía hambre.

—¿Por qué? —pregunta.

—No estaba de muy buen humor —me doy cuenta de que estoy a punto de soltar lo que me lleva molestando desde la hora del almuerzo.

¿Quiero café? ¿Una galleta? ¿Media galleta, a lo mejor? Ahora sabe que estoy molesto, por eso intenta mimarme.

Gabi viene hacia nosotros con el móvil en la mano, acaba de leer un mensaje. Está a punto de encenderse un cigarrillo.

—Ay, yo también quiero uno —dice Maud.

Él saca otro cigarrillo de su pitillera fina de cocodrilo y se pone los dos cigarrillos en la boca. Los enciende y luego le da uno a ella.

—Lo vi en una película y siempre he querido hacerlo —dice.

Nunca había tenido una prueba ocular así de que están hechos el uno para el otro. Me ofrece un cigarrillo, pero le digo que lo he dejado.

—Uno no te va a hacer daño —me contradice, juguetón como siempre.

—Sí que se lo hará —interviene Maud, corriendo a mi rescate.

Volvemos a ser un equipo. Los tres estamos sentados juntos en el sofá esquinero con vistas al río, Maud en el medio, los demás invitados se sientan a ambos lados. Disfrutamos de la fresca brisa nocturna del océano. Siempre me ha gustado la forma en que Maud yergue la cabeza, levanta la barbilla y suelta la primera bocanada de humo. Ahora todo es cómodo y acogedor. Gabi hace una broma sobre la pareja que tiene problemas con la niñera: el marido dócil pero encolerizado, la mujer que asegura que le gusta tanto vivir.

—Menudo disparate —dice Maud—. Él es tan dócil como amante es ella de la vida.

—Los llamamos la mala racha —digo.

—¿Y qué me dices del bolso de ella? —pregunta Maud.

—Es una maleta para llevar en el compartimento del tren.

Gabi se ríe muy fuerte. Maud le pide que se calle, pero está claro que le divierte la pulla desenfadada sobre el bolso y su dueña.

—Seguramente lleva toallitas, baberos y chupetes por si llama la niñera.

—O un rodillo para pegarle a papi cada vez que abra la boca para pedir un sándwich.

Nos reímos y nos volvemos a reír.

—¿Cuánto tiempo les das? —pregunta Gabi, al parecer dispuesto a ir al grano.

—Meses —digo.

—Quizá, pero él la quiere —dice Maud, defendiendo al marido.

—Quizá, pero ella a él está claro que no —respondo.

Hubo un momento de silencio.

—De hecho, me parece que es al revés —dice Gabi—. Ella está enfadada porque él no la quiere, porque ella todavía lo quiere a él, pero está decepcionada con sus caricias apáticas y ese brotecito tierno que tiene.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Maud.

—Lo sé —murmura, se calla, le da otra calada al cigarro—. ¿De qué os conocéis vosotros?

—Nos conocimos en las pistas de tenis. Fue todo muy inesperado —digo.

—Así que os queréis —dice Gabi, mirándome a mí y luego a Maud; no es una pregunta, en realidad, pero lo parece.

—¿Por qué lo preguntas? —pregunta Maud.

—Por nada. —Gabi se encoge de hombros.

Gabi debe de haber bebido más de lo que yo creía, pero está empezando a gustarme su agudeza punzante, su mandíbula, su humor pícaro. Me vienen recuerdos de las fiestas de la residencia de estudiantes, dos amigos y yo tirados en un sofá viejo y hundido de la fraternidad viendo cómo todos los demás iban y venían, burlándonos de todos ellos, seguramente porque los tres estábamos nerviosos y borrachos.

Pero entonces una idea me deja anonadado. Si esto es una fiesta de la fraternidad, somos todos sólo amigos: ella no es mi novia todavía, es su

novia. Yo soy el que se les ha pegado porque quiero a todo el mundo y todo lo que él quiere. Ellos son la pareja, no nosotros.

Otra idea me asusta todavía más: ¿en qué momento de la noche desaparecerá discretamente uno de nosotros? ¿Cómo diablos va a terminar esta velada?

Me viene la imagen de nosotros dos en el taxi de vuelta a casa, incómodos, cansados, apáticos y callados.

«¿Quieres hablar de eso?».

Ella me miraría con su mirada omnisciente que significa «En realidad, no». «¿Por qué no?». «No hay nada de que hablar».

Apartaré la mirada, asentiré y no diré nada.

Pero ella me dará la mano. «Oye». «¿Sí?».

«Gracias».

Esperaré unos segundos. «De nada».

Pero no me siento tan amable. Estoy enfadado. Y ya no sé por qué. En parte siento que toda esta fiebre podría desaparecer en el momento mismo en que detectara en ella una mínima señal tranquilizadora, pero también sé que, una vez incubada, la rabia no se irá hasta que estalle. No me disgusta este impulso repentino de ser cruel con ella; ni siquiera quiero que amaine, porque me da fuerza y claridad, igual que la ira, la rabia, el desprecio y la cólera vuelven más audaces y malvados a los soldados de Homero. Me gusta esta oleada, como si en parte deseara estar ya dando puñetazos en la puerta para demostrarle lo que se siente, porque la ira me llena los pulmones y me da ganas de hinchar el pecho y de ser un hombre, igual que fui un hombre cuando por fin le dije a Manfred que se quitara de en medio porque quería ser yo quien respondiera al estratégico globo de Harlan con un mate perfecto, que fue de hecho mi momento de mayor orgullo esa tarde, ese día, ese mes, ese año, sobre todo porque Manfred se puso las manos en las caderas, asintió con aprobación y dijo «¡Guau!». Ese guau admirado y espontáneo pronunciado con tanta galantería con su voz alemana dulce y meliflua me llenó de tanta dicha que después de oírlo le dije que lo invitaba a una cerveza.

Me ha terminado gustando Gabi y quiero gustarle a él. Si rodea con el brazo el respaldo del asiento de Maud, no me molesta si también me toca a mí. Como si me hubiese leído el pensamiento, o quizá porque me habré acercado a él sin darme cuenta, me posa el brazo en el hombro y me empieza a acariciar el cuello con la mano con movimientos tan tenues y distraídos que puede que me haya confundido con el borde de cuero del sofá. Es como si quisiera aliviar toda mi preocupación por Maud y, al mismo tiempo, despertar en mí otra cosa que no sé qué es y

me gusta no saberlo y no quiero que pare e inclino la cabeza hacia delante para dejarle que me acaricie el cuello más a fondo y que deje ahí la mano todo el tiempo que quiera y me deshaga todos esos nudos mientras cierro los ojos para disfrutar del masaje reconfortante que sé que él sabe que quizá no es sólo un masaje, aunque quizá sí que sea sólo eso, un masaje. Sin mirar a Maud, sé que se ha dado cuenta.

Después del café, hay licores de varios países servidos en copas minúsculas de *grappa* que los Plum compraron el verano pasado en Castellina.

—Les pedimos que nos mandaran veinticuatro, no sé en qué estábamos pensando —explica Pamela.

Sin planearlo, los tres nos dedicamos a probar un licor tras otro. Gabi, debería habérmelo imaginado, es un *connoisseur* y estudia las etiquetas de las botellas, buscando su aguardiente preferido, pero no lo encuentra.

—De una manera u otra, mañana pagaré las consecuencias —dice Maud.

—Yo también —dice Gabi.

—Todos —añado.

Una sonrisa de Maud parece casi decir «¡Repites como un loro!». Nadja acerca una silla a Gabi y le pregunta si puede probar alguno de sus licores, ya que él tiene por lo menos cuatro copitas diminutas ante sí sobre la mesita de té.

—Nunca ha probado ningún *schnapps* —dice—. ¿Qué son?

Él explica, ella escucha, luego le acosa a preguntas, hasta que él coge una copita con Poire Williams y le sugiere que lo pruebe. Ella sostiene la copa con dedos vacilantes y se toma un sorbo, recelosa.

—¿No está mal, verdad? —le pregunta Gabi como si le estuviese hablando a una niña.

—De hecho, está muy rico. ¿Me lo puedo terminar?

—Tú misma —luego se levanta, se inclina hacia Maud y dice—: Tenemos que largarnos.

Nadja lleva toda la noche intentando entablar conversación con él y es obvio que va a por todas. Él se ríe disimuladamente y lo mismo hace Maud.

—Si ella supiera —susurra él, Maud se ríe.

Veo que Nadja se da cuenta, aunque está deseando unirse a las risas. Le pregunto si le gustaría probar mi *grappa*. Ella aparta la bebida con delicadeza, dice que tampoco quiere pagar mañana las consecuencias y se ríe, tal vez cree que la resaca de mañana es la razón por la que se reían Gabi y Maud.

—Deberíamos irnos —dice Maud, como disculpándose.

Lanza una mirada lánguida de despedida a las vistas de la terraza, Gabi hace lo mismo, yo también.

—Qué vistas —repetimos en el ascensor—, qué vistas.

Al salir del edificio de los Plum, el aire sigue siendo húmedo y noto que ya estoy echando de menos la terraza con su incipiente brisa fría y sus amplias vistas. En parte, me gustaría que no nos hubiésemos ido tan pronto. He disfrutado del sofá, del balcón a la luz de las velas, de las muchas bebidas y de la compañía, hasta durante la conversación agonizante de la cena, cuando las cosas se estancaban, lo único que tenía que hacer era mirar el paisaje urbano y disfrutar de los comentarios ocasionales de Pamela u observar a la pareja que pasaba una mala racha discutir por esto o aquello. Tampoco ha estado tan mal el último esfuerzo desesperado de Nadja por hablar con Gabi. Quizá no deberíamos habernos ido. Hasta ese momento no me acuerdo de que no me he despedido de Claire. Hubo un instante en que, cuando nos levantamos de la mesa, terminamos uno al lado del otro observando las vistas. Los dos queríamos decir algo, pero ninguno encontró las palabras, así que no dijimos nada. Claire y yo. Podría haber sido nuestro momento. Lo único que dijo después de un rato fue:

—Creo que Maud te está llamando.

Ha empezado a lloviznar. Lo primero que me viene a la cabeza es que quizá tenga que llamar a Manfred y cancelar el tenis. Aunque, si se parece en algo a mí, aparecerá de todas formas y tomaremos café y algo de comer bajo el toldo del club de tenis. Me encanta la imagen del desayuno mientras llueve en el parque con unos cuantos clientes habituales felices de pasar el rato juntos.

Si se parece en algo a mí, sabrá que iré incluso aunque llueva. Pero esta lluvia es buena; no cae de forma torrencial ni como cortinas de agua tan potentes que azotan las avenidas como las velas de los barcos sacudidas por la tempestad. Esta noche, la lluvia es tan mansa y silenciosa que se la podría detener sólo con apartarla con la mano. Le falta convicción, ha perdido el vigor. Parece decir: «Ni te molestes en abrir el paraguas, de todas formas, estoy a punto de terminar, esta noche no tengo ganas de nada».

Nos íbamos a despedir en la esquina de la calle, pero Gabi nos acompaña hasta una intersección donde es más probable que encontremos un taxi. Él se dirige a su hotel en el distrito financiero,

nosotros vamos a la parte alta. La típica riña por quién se va en el primer taxi. Insistimos.

—Dos contra uno, Gabi —dice Maud.

Así que Gabi se echa atrás y, mientras abre la puerta, besa a Maud en ambas mejillas, me abraza al estilo italiano y hace con la mano el gesto de llamar por teléfono, como diciendo que no nos olvidemos de llamarlo o como promesa de que nos llamará pronto.

—He bebido demasiado, como siempre —dice, casi disculpándose.

Minutos después, otro taxi se para con un frenazo. Nos metemos dentro y nos dirigimos a la parte alta de la ciudad. Como el trayecto es largo, decidimos ponernos los cinturones, lo que nos deja a casi un metro de distancia al uno del otro. Tengo ganas de llegar al puente de Brooklyn, sobre todo bajo la lluvia, aunque el puente también me provoca una sensación incómoda, porque siempre me ha dado miedo y no me gusta cruzarlo a pie. Algo me carcome, pero no puedo lidiar con eso todavía. Pienso en el viejo vendedor griego, en el cáncer, en Gabi, en Renzo & Lucia's y en Manfred y en el club de tenis de Central Park cuando llueve los sábados por la mañana y el mundo parece acogedor y alegre, pero todo me viene de golpe a la cabeza y empapado en alcohol. Observo la lluvia caer con tanta liviandad en la calle vacía y sigo sin saber qué es lo que me preocupa. Pienso en la alusión de Gabi a las muchas vidas e identidades, me siento como cualquier otra Sicilia, confusa y solitaria.

Esta noche no tengo ganas de nada, Maud. No las tengo.

Ninguno de los dos dice nada.

Me toca la manga de la camisa.

—Me gustan los gemelos —dice—, me alegro de haberlos comprado.

—A mí también me gustan.

—Me estaba cansando de los de oro que llevas siempre.

—Yo también. Entonces, ¿qué piensas de él?

Los dos sabemos quién es él.

—No lo sé. Es un tipo agradable. Es inteligente y encantador, pero no creo que podamos darle lo que quiere. Este año seguro que no.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Dos semanas. Está escribiendo un artículo complicado, pero anda detrás de información tan confidencial que sé que no le va a gustar lo

poco que le podemos revelar antes de los ensayos clínicos y la aprobación de la Agencia de Medicamentos y Alimentos.

—¿Y?

—Me interesa más lo que tiene que decir de Sicilia que lo que quiere saber de la investigación sobre el cáncer.

—¿Vas a volver a verlo?

—No creo. He pasado tres horas con él hoy. Basta. Pamela me pidió que quedara con él y eso he hecho.

Maud quiere quitarlo de en medio. Porque lo teme. Y lo teme porque se siente atraída. El síndrome clásico.

—De todas formas, os lo estabais pasando muy bien esta noche.

—Ay, es absolutamente adorable. Pero bebe. Tendrías que haberlo visto en el almuerzo.

¡Lo he visto en el almuerzo!

Maud se muestra muy desganada e imprecisa y ha adoptado ese aire apacible y agotado que es su forma de desviar los temas de los que no quiere hablar. El cansancio para ella siempre es una buena tapadera, como la histeria para Tamar. Se esconde porque sabe que la estoy pinchando.

Sin embargo, desplomada en el asiento, Maud sí que parece cansada. El aspecto lanzado y peligroso que tiene cuando usa la barra de labios oscura se le ha borrado de la cara.

—Bonitos gemelos, de todas formas —dice mientras se estira para darme la mano.

—Los he llevado puestos todo el día.

—Me alegro de que te hayan gustado. No estaba segura de que te fueran a gustar, los compré por impulso.

Y de pronto se me ocurre que, si alguna vez es un buen momento, quizá sea éste. Podríamos pasarlo por alto, pero me he portado bien hasta ahora y tengo que sacar el tema, aunque se abran todas las esclusas. De otro modo, no dormiré esta noche. Sigo mirándola, parece muy diferente a la mujer que vi en el restaurante este mediodía. ¿Es esto lo que sale a relucir de ella cuando está sola conmigo, apatía y fatiga? ¿Soy bueno para ella siquiera? ¿Soy suficiente?

—Pero ¿te gusta?

—Me gusta mucho.

Recojo la frase, le doy vueltas, al principio no digo nada.

—Por un momento pensé que había algo.

—¿Quieres decir entre él y yo?

—Ah, no sé, quizá.

—Eso sería muy gracioso. Nunca se me ha pasado por la cabeza y te puedo asegurar que a él tampoco.

—¿Por qué sería gracioso?

—¿Que por qué? Se me ocurren mil razones.

—Dime una.

—¿Me estás diciendo que no te has dado cuenta?

La miro. Y ella me mira. Me quedo sin palabras, pero por fin veo claro lo que estaba empezando a adivinar, sólo que sigo siendo reacio a dejar que se me note. Quizá en parte no quiero que todas mis dudas sobre ellos dos se disipen tan pronto, aunque en parte tampoco quiero que sepa que he intuido de inmediato lo que apenas le ha dado tiempo a ella de insinuar.

—Ah, eso —digo, fingiendo una sorpresa indiferente para restarle importancia a su revelación.

—¡Ah, eso! —Me remedó casi—. ¿En serio?

Momento de silencio.

—Por un momento creí que teníais algo.

—¡Pero qué dices! ¿Por eso has estado toda la noche en modo Mister Gruñón?

—¿He sido Mister Gruñón?

—A lo grande.

Imita la cara que pongo cuando hago pucheros. Nos reímos los dos.

—¿Por qué crees que nos ha preguntado si estábamos enamorados? —pregunta Maud.

—¿Por qué? ¿Porque había bebido mucho? ¿Porque tiene los ojos puestos en ti?

—No, querido. En ti.

Intento parecer desconcertado, pero sé que se da cuenta.

—¿Qué más novedades hay? —pregunto.

—Ninguna, supongo.

Y, de pronto, le estoy contando algo no sólo sobre Gabi o sobre los hombres, sino sobre mí. Pero se lo digo mientras miro a través de la ventanilla cómo cae la lluvia mansa y dócilmente sobre la calzada que lleva a la rampa que lleva al puente que lleva a Dios sabe dónde me estoy dejando llevar, pero allí me dejo llevar.

Y por fin estamos en el puente, pasamos por encima del puerto bajo la sombra del embarcadero, el puente bueno, firme, leal, que entiende y perdona y siempre ha sabido que lo que de verdad deseaba yo esta noche no era estar ni en este lado del río ni en la otra orilla, sino en el espacio y el tránsito de en medio, igual que después de hablar de las noches blancas rusas ya no era sobre el ocaso o el alba la canción que había cantado Gabi, sino sobre esa hora fugaz entre el ocaso y el alba que todos anhelábamos en el balcón en esta velada indecisa en que no era ni invierno ni verano y ni siquiera primavera.

Pronto subiremos por la autovía que bordea el East River. Cruzaremos por la calle 59 y luego seguiremos por Central Park Oeste y terminaremos pasando por el sitio en el que el vendedor griego aparca su carrito de perritos calientes todos los días, y luego por delante del edificio Langham, el Kenilworth, el Beresford, el Bolivar y más adelante el St. Urban y Eldorado y luego la entrada del sendero y las pistas de tenis donde esta tarde Manfred se quedó boquiabierto a mi lado cuando lancé mi cañonazo y en ese momento sólo podía pensar en que quería viajar contigo a la isla donde crece el limonero y exprimir la corteza de su fruto sobre ti hasta que lo oliese en tu aliento, en tu cuerpo, en tu piel.

—¿Te has enamorado? —pregunta.

No quiero mentirle.

—Momentáneamente.

—Momentáneamente —repite, con una cadencia leve de ironía en la voz, como si se diese cuenta de que, a pesar de mi tono, lo que acabo de decir no lo he dicho de pasada.

Vuelvo a mirar por la ventanilla del coche.

—¿Desde cuándo?

Ahora pienso en Manfred, no en Gabi, pero no importa.

—Hace un tiempo —contesto; pregunto—: ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Hace un tiempo.

Le noto en la voz que está sonriendo. No le pregunto cómo ni cuándo ni por qué no hemos hablado nunca de esto en todos estos meses, pero siento como si fuese ella la que hubiese entrado hoy en el restaurante y hubiese presenciado por primera vez lo que es probable que haya sabido siempre, pero de lo que, como los británicos en la guerra, supo que era mejor no decir nada.

—Y yo pensando todo este tiempo que era Claire —dice.

Niego con la cabeza para indicarle que no podía estar más lejos de la verdad.

El silencio se instala entre nosotros. Parecemos entender la razón.

—Gracias —pronuncio al fin, inexpresivo aunque agradecido.

La miro.

—De nada —es lo único que dice.

No necesitamos decir ni una palabra más, pero sé que ahora mismo, en el taxi, de los dos, soy yo, no ella, quien ha cruzado hasta el otro lado.

—¿Voy a perderte? —pregunta y luego se interrumpe, como preguntándose si ya no le estoy haciendo caso—. Porque no quiero perderte.

No digo nada. Pero no sé si lo que estoy a punto de decir es la verdad.

Manfred

No sé nada de ti. No sé cómo te llamas, dónde vives, a qué te dedicas. Pero te veo desnudo todas las mañanas. Veo tu polla, tus pelotas, tu culo, todo. Sé cómo te cepillas los dientes, sé cómo se te levantan y bajan los omóplatos cuando te afeitas, sé que te darás una ducha rápida después de afeitarte y que cuando sales de la ducha tu piel reluce, sé exactamente cómo te enrollarás la toalla alrededor de la cintura y sé, durante ese breve momento que ansío todas las mañanas en el club de tenis, cómo dejarás caer la toalla en el banco y te quedarás desnudo y de pie después de secarte. Hasta cuando no miro, me encanta saber que estás desnudo justo a mi lado, me encanta pensar que quieres que sepa que estás desnudo, que es imposible que no te hayas dado cuenta de que deseo tu cuerpo desnudo y que todas las noches me arrullo hasta que me duermo imaginándome que me acunas en tus brazos y yo a ti en los míos. Sé qué jabón usas y cuánto tardas en peinarte cuando tienes el pelo mojado todavía, cómo te pones crema en los codos, las rodillas, las piernas y entre los delicados dedos de los pies, siempre generoso pero nunca derrochador con la crema que guardas en la taquilla. Me encanta observarte cuando te estudias en el espejo y pareces aprobar la forma de tus brazos, hombros, pecho, cuello. A veces te quedas desnudo al lado del largo mingitorio que tengo al lado, sin saber que estoy haciendo todo lo que puedo para no mirarte. Nunca miro, no quiero mirar, no quiero que me pesques mirando, ni siquiera quiero que sepas que estoy conteniéndome para no mirar, aunque escucho caer el chorro y, durante un instante, tratando de juntar el valor, me veo tentado a meter el pie desnudo en él para sentir el calor de tu cuerpo.

Tú, por supuesto, nunca me miras. Ídem en la terraza, cuando te sientas y empiezas a comerte tu ración matutina de media barra de proteínas. Tampoco me miras cuando estiras las piernas contra la barandilla antes de jugar al tenis. Nunca me acercaré a ti mientras haces estiramientos; esperaré o buscaré otro sitio para estirar yo. Pero te pondrás justo a mi lado, subirás una pierna a la barra, estirarás una pantorrilla, luego la otra, sin darle mayor importancia. Evito acercarme a ti porque quiero acercarme. Podrías estar a punto de rozarme el pie como pasó una vez y ni te darías cuenta.

A veces, después de haber jugado los dos una hora por la mañana, te quitas el polo antes de ducharte y me encanta ver cómo el sudor se desliza por tu columna. Quiero recorrerte todo el cuerpo con la boca. Quiero saborearte. Quiero conocerte con la boca.

No sabes nada de mí. Me ves, pero no me ves. Todos los demás me ven y, sin embargo, nadie tiene ni la menor idea de la tormenta incipiente que hay en mi interior. Es mi pequeño y secreto infierno privado. Vivo con él,

duermo con él. Me encanta que nadie lo sepa. Ojalá lo supieras tú. A veces me da miedo que lo sepas.

Para el resto del mundo puede que yo sea la persona más alegre que jamás haya abandonado una pista de tenis por la mañana. Me iré paseando hasta la estación de metro de la calle 96, quizá me cruce con un vecino, bromee con él, desee que me estés siguiendo a poca distancia, lo que siempre me estremece, incluso cuando sé que no me estás siguiendo. En parte quiero que me veas feliz, quiero que tengas envidia de lo que me hace tan feliz. Transmito esta supuesta felicidad todo el camino hasta la oficina, saludo a todo el mundo con una sonrisa tan franca, a punto siempre de convertirse en risa. No distingo si es una felicidad real o ficticia, pero se desparrama por todos los aspectos de mi vida. Allá donde voy, aparento alegría y, por algún extraño milagro, esa alegría falsa me ilumina, así como a aquéllos cuyas vidas toco. La gente me mira y sé lo que piensa: «Tiene una vida». Coqueteo con todo el mundo, aunque en realidad es contigo con quien coqueteo.

Nadie sabe por qué se me ve tan contento, ni sospecharía tampoco que la persona entusiasta y animadísima todo el día y cuya vida parece tan bajo control podría ser un alienígena disfrazado que anda a grandes pasos entre los terrícolas. Parezco feliz hasta cuando estoy solo y no podría ser feliz. Y, a pesar de eso, desearte sí me hace feliz. Me sorprendo a mí mismo silbando en el baño de la oficina. El otro día en el bufé de ensaladas estaba inquieto y me puse a tararear una melodía.

—Está usted contento hoy —me dijo la señora de la caja registradora, lo que terminó por ponerla contenta a ella.

El trabajo me pone contento. Lo único que tengo que hacer a veces es sonreír para que se me alegre el corazón. En las reuniones largas y tediosas, soy quien le levanta el ánimo a todo el mundo con los comentarios más necios. ¡El señor Palabrería Alegre al rescate!

Tardé un tiempo en creermelo que la felicidad que siento no es fingida. La más mínima mirada tuya o el saludo más somero me provocan una oleada de felicidad que me dura todo el día. Aunque no pueda tocarte nunca, soy feliz sólo con mirarte. Desearte me hace feliz. Pensar que podría robar una fracción de segundo para apoyar una mejilla en tu pecho mojado después de que acabes de ducharte significa más y me trae más alegría que ninguna otra cosa que haya deseado o hecho desde hace mucho. Pienso en tu piel todo el día y a todas horas.

A veces el trabajo se interpone. El trabajo me mantiene ocupado. El trabajo es mi pantalla. Toda mi vida es una pantalla. Soy una pantalla. Mi verdadero yo no tiene cara, no tiene voz, no está siempre conmigo. Como el trueno después del relámpago, mi verdadero yo podría estar a muchos muchos kilómetros de distancia. A veces no hay trueno, sólo el relámpago y luego silencio. Cuando te veo, hay un relámpago y, después, silencio.

Quiero contárselo a la gente. Pero no tengo a nadie a quien contárselo. La única persona que se me ocurre es mi padre y ya no está vivo. Te habría gustado. Y a él le habrías gustado tú.

Estoy rodeado de silencio, como un mendigo con una capucha de arpillera que se esconde en un sótano. Soy un sótano. Mi pasión se alimenta de todo menos del aire y luego cuaja como la leche agria que no termina de echarse a perder del todo. Simplemente, está ahí. Y si me desgasta el corazón un segundo por día, aun así, todo lo que afecte al corazón es bueno para el corazón; es como sentir, que se convierte en sentimiento. Cuando no te hablo, espero que lo hagas tú, pero nunca hablas porque nunca hablo, porque hemos dejado de hablar incluso antes de empezar a hablar.

No hablas con nadie en las pistas. Una vez oí a un hombre mayor preguntándote si podía jugar contigo. Hacen falta agallas para preguntarte algo así, porque eres un jugador excelente. Le envidié la valentía. En cuanto te preguntó, le sonreíste y contestaste:

—Me encantaría.

Envidié la respuesta que obtuvo. Tardé un mes en darme cuenta de que «Me encantaría» sólo era una patraña cortés que significaba «nunca».

Estás siempre tan callado. Cuando te tomas un descanso de dos minutos después de hacer los estiramientos y antes de jugar, te quedas mirando a lo lejos los árboles con una mirada vacía, casi afligida, que te lleva lejísimos, a la deriva. Pareces triste y exangüe. ¿No eres feliz? Quiero preguntarte. ¿Te gusta siquiera el tenis?

Y, sin embargo, debes de ser feliz. No necesitas a nadie. Eres como una ciudadela amurallada orgullosa de sus almenas y de sus coloridos penachos que ondean con el viento del verano. Te observo todas las mañanas andar hasta tu pista, te observo jugar y te observo cuando te vas una hora y media después. Siempre el mismo, nunca cabizbajo, sólo callado. A veces dices «disculpa» si por casualidad me interpongo en tu camino y «gracias» cuando se te cuele la pelota en mi pista y te la lanzo de vuelta. Con esas pocas palabras, encuentro consuelo en las falsas esperanzas y esperanza en los comienzos falsos. Me entregaré a cualquier cosa que no sea nada. Hasta pensar que nada surge de la nada me da algo en que apoyarme, algo en que pensar cuando me despierto en plena noche y no veo nada, no veo el apagón de mi vida, ni la pantalla, ni el sótano, ni siquiera la esperanza ni los falsos consuelos, sólo el placer de imaginarme que una parte de tu cuerpo toca el mío. Prefiero la ilusión del ayuno perpetuo a la certeza del hambre. Tengo, me parece, como suele decirse, el corazón roto.

Algunas veces quisiera ponerme de cara a la pared del dormitorio y contarle cosas a ella, a la pared. Pero ¿de qué me serviría hablar en la oscuridad? Debería rendirme, pero no puedo. Soy como alguien que no

se ha bajado en ningún momento de un tren que pasa de largo por su última parada.

Los viernes por la noche, cuando salgo de la oficina y me aturde el torrente de luces del tráfico —los coches, los autobuses, el clamor y el frenesí de las bicicletas y los repartidores que se arriman mucho cuando aceleran entre un semáforo en rojo y el siguiente y toda esa gente haciendo cosas y yendo a sitios—, sólo con olisquear la fresca brisa nocturna me acuerdo de todo: estoy desperdiciando mi vida, estoy tan solo. Una oleada de ternura me llena el corazón. Pero no me dejo engañar. La ternura es un simulacro del amor, es amor fácil, es la versión apagada, cortés del amor.

Algunas de esas noches retraso la vuelta a casa. ¿Para qué voy a irme a casa? ¿Para encontrarme con qué? Prefiero entretenerme en la calle e inventarme razones para ir andando hasta la siguiente parada de autobús y después a la siguiente. O entraré en esta tienda o en aquella y me olvidaré del trabajo, me olvidaré de todo el mundo y me hundiré cada vez más, porque quiero sufrir, quiero que me duela, quiero sentir algo, aunque sepa que pensar en ti nunca se alarga lo suficiente y que, barrido por los aromas y la multitud de los grandes almacenes, el pensamiento se disperse hacia otras cosas, otras caras, y te perderé entre la multitud y no recordaré tu rostro.

Una de esas noches, me encontré con Claire en Barneys, los grandes almacenes de lujo.

—Quiero comprar una corbata y no me decido entre estas dos —le dije.

Ella también estaba comprando una corbata.

—¿Quién es el afortunado? —pregunté.

Me dedicó una sonrisa entre divertida y de reproche, como diciendo «¿Todo te lo tienes que tomar a broma?».

—Mi padre —dijo.

Ella ya había elegido una corbata y andaba por ahí para asegurarse de que no tenía que comprar nada más.

—¿Y tú?

—No me decido —dije, con una corbata en cada mano e imitando el movimiento oscilante de una balanza.

—Titubear es tan propio de ti —dijo, todavía divertida pero reprendiéndome también.

No contesté. En vez de eso, le pregunté qué iba a hacer después de comprar la corbata.

—Nada.

¿Se tomaría conmigo una copa de vino en la calle 63? Dudó.

—Es viernes por la noche, Claire.

—Prometí que... —empezó a decir, pero luego cedió—. Bueno. Una copa.

Pagamos nuestras corbatas.

—Ven. Te hablaré de mi historia de amor obsesiva con las corbatas y de cómo las cortejo, las amo y les soy siempre fiel a todas.

Pero yo sólo quería hablar de ti. Se rió. Me sigue la corriente, pero sé que no lo aprueba. No le conté que había querido comprarte una corbata a ti también. Luego me acobardé y no te la compré. Una hora más tarde, vuelvo a estar solo. Sé cómo terminará la noche. Si al menos pudiese soñar contigo. Algunas veces sueño contigo, pero no muy a menudo. Los sueños son como sesiones de práctica y miniensayos; nos dicen lo que tenemos que hacer, cuándo preguntar, cómo nos tocaremos cuando llegue el momento, si llega el momento. Por la mañana, cuando me quedo desnudo delante del espejo, me gusta pensar que estás detrás de mí. Entonces te acercas más y te apoyas contra mí, desnudo también, descansas la barbilla en mi hombro, cerca de la clavícula, pegas tu mejilla contra la mía, me rodeas con los brazos. Te sonrío y me devuelves la sonrisa. Estamos bien juntos. Hemos pasado buena noche. Quiero escucharte decir que te ha gustado lo que te he hecho. «¿De verdad?», te vuelvo a preguntar, como si necesitase que lo repitieras, porque no me lo podré creer hasta que no te haya oído decirlo. Te muerdes el labio y asientes cuatro o cinco veces.

Conozco ese gesto. Te lo he visto hacer muchas veces en las pistas de tenis. Es tu manera silenciosa de dar un golpe ganador, de seguir la pelota y observarla caer justo donde habías apuntado. Nunca levantas el brazo cuando te anotas un tanto, nunca exclamas nada, ni siquiera sonrías cuando lanzas un revés perfecto justo a la línea. Lo único que haces es asentir varias veces. En ocasiones te muerdes el labio inferior. Con eso lo dices todo. Es lo que haces cuando ves el reflejo de tu cuerpo en un espejo del vestuario y te revisas, sobre todo los hombros, que sabes que son perfectos. A veces hasta te pones de lado para observar los omóplatos, que subes y bajas una o dos veces, y luego asientes. Te apruebas. Eso pasa cuando mente, voluntad, cuerpo, tierra y tiempo están alineados por completo. Es probable que sea lo que hacías —lo de asentir— cuando eras niño al lanzar una piedra plana y verla saltar sobre una gran extensión de agua, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces. O cuando el lunes veías el sobresaliente en el control semanal de ciencias que te devolvía el maestro. Otra vez el gesto de asentir. Era la confirmación de que algo en lo que habías trabajado y que habías

llevado a cabo por fin te daba satisfacciones. A veces, aunque pocas, cuando golpeas fuerte la pelota, gruñes. Me encanta escuchar tu gruñido ahogado. Me hace pensar que gemirás así cuando te corras. Me gusta pensar en ti corriéndote. Te baja de las nubes, te hace humano, le pone sonido a los esfuerzos que de otra forma pasarían desapercibidos. Quiero verte la cara cuando te corras.

Me miro en el espejo mientras nos afeitamos casi hombro con hombro en el club de tenis y me imagino que me haces ese gesto a mí. Me pregunto cómo será ser tú, mirar al espejo cada vez que capto mi reflejo y asentir dos o tres veces sin más. Tener tu piel, tus labios, las palmas de tus manos, tu polla, tus huevos.

Todo lo tuyo es perfecto, forzado a ser perfecto, deliberado. Todo en su momento, desde la primera mitad de tu barrita de proteínas antes de hacer los estiramientos de piernas hasta la segunda mitad de la barrita de proteínas cuando sales del vestuario camino a la estación de metro. Puntualidad en todo. Por eso nunca te he pedido siquiera que pelotees un rato conmigo. Mi forma caprichosa y desigual de jugar te irritaría hasta el infinito.

Llegas sobre las 6:45 y te vas a eso de las 8:20. A las 8:30 estás en la estación de la calle 96, llevas los periódicos del día en la mano derecha. Vas en el tren que se dirige al centro hasta la calle 34 y luego te cambias al R que va a la parte alta o al *** NO HAY *** que va a Queens. Lo sé porque te seguí una vez. Dos veces, de hecho. Todos los fines de semana estoy seguro de que te arreglas el pelo, porque siempre lo tienes más corto a principios de semana. Yendo o viniendo del peluquero, estoy seguro de que recoges las camisas que dejaste el sábado anterior en la tintorería y dejas la colada de esta semana. Sé que mandas las camisas a la tintorería porque todas las mañanas arrancas la etiqueta grapada en el ojal de abajo. Estoy bastante seguro de que te planchas los pantalones antes de acostarte todas las noches o temprano por la mañana, antes del tenis. Te imagino soltando la plancha de vez en cuando para comer cereales con alto contenido de proteínas de un cuenco. Nunca te apresuras con nada: todo a su tiempo, hasta la forma en que guardas la ropa en la taquilla. Doblarás la bufanda, luego colgarás la chaqueta y los pantalones en la percha que tienes en la taquilla y, por último, doblarás el periódico para que no se arrugue ni te manche la ropa. Te ocupas de todo de forma minuciosa y premeditada. Cuando me planteo a qué trabajo te dedicas, estoy casi seguro de que eres un actuario, un contable o un empleado metódico de la oficina de patentes que prefiere no atender a los clientes en persona.

La gente como tú vive sola, le gusta vivir sola. Dios mío, tienes que ser un aburrimiento.

Es probable que de pequeño fueses igual, el típico compañero de clase al que todo el mundo admira y envidia pero odia en secreto. Te imagino saliendo del colegio, despidiéndote todo responsable del tutor y yéndote a casa temprano todas las tardes. Pareces contento. No te importa

andar solo. Ni te entretienes ni te apresuras al pensar en lo que te espera en la cocina. A diferencia de otros de tu edad, sigues llevando pantalones cortos y no te importa lo que digan los demás. De camino a tu casa, vas planeando cómo abordar la tarea, sabes que, si terminas a tiempo, podrías ver tu programa favorito y luego, después de cenar, volver al libro que estás leyendo. Me imagino que tienes dos hermanos; tú eres el más pequeño. Con el que te llevas mejor ya se ha ido a la universidad, lejos de casa. A veces lo echas de menos, sobre todo porque te gusta salir a remar con él los sábados por la tarde y pescar; los dos miráis las garzas sobre la calidez de los juncos, mientras él habla y te cuenta cosas de las que no sabes nada y tú lo escuchas. Tus padres no te dejan usar la barca cuando tu hermano no está; a ellos también les haces caso siempre.

No hay ninguna perturbación en tu vida, ninguna inquietud antes de los exámenes ni amenazas de quitarte la paga, siempre sabes qué hacer, qué esperar, qué evitar: la hiedra venenosa, las garrapatas, las zarzas y a los niños malos que se quedan rezagados, pero que no te molestarán si los esquivas a tiempo. Casi nunca te pillan por sorpresa y sabes administrarte el tiempo. Todavía no lo llamas administrar el tiempo, pero una vez te oí usar esa expresión cuando otro jugador te preguntó en qué trabajabas y cuando se lo dijiste te preguntó que cómo te las arreglabas para organizar tu tiempo entre enseñar en el instituto por la mañana y dedicarte a la educación especial por la tarde; sonreíste y dijiste:

—Supongo que me administro bien el tiempo.

Seguramente nunca has llegado tarde al colegio, nunca has entregado tarde la tarea, no llegaste tarde a la pubertad. Puntual en todas las cosas. Y, sí, aburrido hasta la extenuación.

Después de más de dos años, sigo sin saber nada de ti. Ni siquiera sabría decir cuántos años tienes. A veces juraría que no puedes tener más de veinticinco, pero los vagos indicios de calvicie incipiente me confunden y desmienten tanto tu cara juvenil como tu pecho firme y blanco como el mármol, en el que las líneas de los capilares sanguíneos son tan visibles como en la cara de un niño. Me había decidido por treinta y algo, pero tienes la voz muy aguda, por eso vuelvo a los veintimuchos. El otro día, mientras hojeaba una caja de fotografías viejas, encontré una foto mía que me hicieron en la playa cuando tenía doce años. Hacía mucho tiempo que no veía esa foto y, sin embargo, ahora irradia un significado nuevo asombroso, porque lo único que quiero es enseñártela para involucrarte en mi vida y hacerte ver que el hombre que soy hoy y el niño que fui entonces son la misma persona. Contigo quiero volver al principio para recomenzar la historia de mi vida. Me acuerdo exactamente de cuándo se hizo la foto. Fue al final de una mañana. Dos hermanos que iban a nadar se pasaron un momento a saludar a mi padre y se quedaron mirándolo mientras él me hacía la foto y yo me sentía raro delante de ellos e intentaba ponerme derecho y, aunque me daba el sol en los ojos, procuraba no cerrarlos. Estaba loco

por uno de ellos y era demasiado pequeño para darme cuenta. Si me hubieses dicho entonces lo que quiero de ti ahora, me habría reído en tu cara; si me hubieses abrazado como quiero que me abrasces ahora, me habría debatido y liberado y te habría pegado un rodillazo en la entrepierna, te habría dicho toda clase de insultos abyectos que ahora temo que pudieras usar conmigo. Ahora, lo único que quiero es valor para pedirte que me abrasces como habrías hecho cuando estaba en esa foto en la playa y, después de forcejear conmigo hasta derribarme contra el suelo y retenerme ahí mordiendo arena, me dijeras que no me resistiera contra ti, contra tu boca, contra mi vida.

Desde la primera vez que te vi, me propuse hablar con todo el mundo en las pistas para que pudieras llegar a conocerme, aunque fuese escuchando mis conversaciones. Quería que supieras cuánto me gustan las risas y la diversión y que, a pesar de llevarme bien con casi todo el mundo, no soy ningún tonto.

Me encanta entablar conversaciones con gente a la que, en otras circunstancias, habría pasado por alto. Me he hecho amigo de los empleados, una de ellas es la descarada Wendy, del puesto de comida, cuyo verdadero nombre chino no es Wendy y con quien coqueteo todas las mañanas cuando me quejo por el café. Y luego está el empleado de mantenimiento que me ha contado la historia de su vida y cómo tuvo que huir de Rusia y que ahora vive en Staten Island con su mujer dominicana y tiene que salir de su casa todos los días a las cuatro y media de la madrugada para subir al transbordador y llegar al club de tenis a tiempo. Sé que su hija trabaja de auxiliar de enfermería en el Mount Sinai por las noches y que su cuñada vive con ellos desde que tuvo el accidente. He hablado también con otro empleado de mantenimiento en mi español macarrónico. Ahora me busca, quiere hablar, quizá haya confundido mi camaradería exaltada con amistad.

En el club de tenis soy siempre el señor Alegre Palabrería, al que todo el mundo saluda y a quien todos, desde los jugadores y los empleados de mantenimiento hasta los entrenadores, le rodean el hombro con el brazo cuando pasan a su lado. Algunos hasta me llaman a gritos. Quiero que sepas mi nombre. Quiero que sepas que mi taquilla está a cinco taquillas de distancia de la tuya, pero, en cuanto te veo, me quedo paralizado. ¿Debería mirarte o fingir que no te miro? ¿Debería hablarte o no decirte nada? Mejor no decirte nada, porque de hecho hay días en que todo se disipa como si hubiera sido una pesadilla y te desprecio. Me gusta despreciarte. A veces me entrego a esos momentos, cuando el deseo parece haberse retirado del todo y la indiferencia enfría lo poco que ha quedado. Entonces le agradezco a los astros que me hayan ayudado a morderme la lengua. Te miro el culo, la polla, la cara, y no siento nada. El recorrido es siempre el mismo: desde la atracción a la ternura, al deseo obsesivo, y luego a la claudicación, el abandono, la apatía, el cansancio y, por último, el desprecio. Pero luego, cuando oigo tus chanclas en el suelo mojado de la zona de las duchas, me acuerdo de que la indiferencia es sólo un aplazamiento, no un veredicto. Al final del partido, tienes el polo mojado y se te pega al cuerpo y distingo tus

costillas y tus abdominales, ni un gramo de grasa, tu tableta de chocolate que no es ningún secreto aunque no se haya revelado nunca. El desprecio desaparece. Quiero envolverme la cara con tu polo. Te observo. Después de quitarte la ropa, la pondrás en la típica bolsa de plástico blanca de Apple y tirarás fuerte del cordón antes de dejarla caer en tu refinada bandolera de cuero. A veces te he visto tirar el polo y los pantalones cortos húmedos en la bolsa como si de pronto hubieses perdido la paciencia y te negaras a ser ordenado. Me encantas desaliñado, me dan ganas de conocer tu lado descuidado y sin administrar, el que necesita de los demás y les hace sitio por la noche y quiere postre cuando le cuentan un cuento antes de dormir.

Este año también ha pasado. Antes de afeitarte y ducharte, seguirás viniendo al lado de los lavabos, cerca de donde estaré afeitándome y, durante una fracción de segundo —y éste es mi momento—, te quedarás de pie tras de mí completamente desnudo. Si nuestra sincronización es la correcta, me seguiré afeitando y te observaré en el espejo, aunque sentir solo que estás a escasos centímetros detrás de mí basta para que se me dispare el corazón y me lleve al punto de hacer alguna estupidez, como echarme hacia atrás para sentir tu pecho o darme la vuelta para que veas que se me está poniendo dura. Me gusta que se me acelere el corazón, que se me empiecen a olvidar las cosas, que dejen de importarme y que mi único deseo sea que te acerques a mí y que sin avisar me pongas encima la toalla, que me apoyes la barbilla sin afeitarte contra la espalda y me estreches entre tus brazos, que me metas la polla entre las nalgas mientras nos miramos en el espejo como si hubiésemos pasado una noche estupenda juntos. Entonces es cuando tengo que ponerme a pensar en otras cosas, entonces es cuando me aprieto la polla contra el borde del lavabo para mantenerla a raya.

A veces, como hiciste el año pasado, desapareces dos, tres semanas, y una vez más temo haberte perdido. O bien te has mudado o has encontrado pistas de tenis mejores en otro sitio. Sé que ya hemos pasado por esto antes, pero esta vez me aterran las señales. Te imagino jugando al tenis en Queens, cerca de tu instituto. Y entonces siento el golpe: te he perdido. Ahora figuras entre las cosas de las que me arrepentiré siempre: oportunidades perdidas, hijos que nunca tuve, cosas que podría haber logrado o hecho mucho mejor, amantes que fueron y vinieron. Dentro de unos años, me acordaré de este club de tenis venido a menos y de sus charcos y recordaré el chapotear de tus chanclas amarillas. Me acordaré de las pistas al final del invierno, cuando sólo juegan los habituales y los fanáticos, incluida la vieja señora Lieberman, o de las mañanas de abril entre semana cuando florecen las lilas por todo Central Park, o de cuando el silencio que se cierne sobre las pistas y el parque a las ocho de la mañana es tan fascinante como el silencio de una playa vacía al amanecer. Me acordaré de ese revés tuyo tan hermoso, de cómo te arrodillabas en una especie de adoración silenciosa ante el tiro de gracia que estabas a punto de lanzar y luego, después de haber golpeado la pelota, te quedabas allí contemplando a tu adversario perplejo, mordiéndote el labio inferior como para desmentir con modestia el elogio callado del cielo. Ese gesto me remorderá, porque es el que me imagino que haces

cada vez que fantaseo con que mi polla entra en tu cuerpo, despacio, muy despacio al principio y luego, cuando estoy dentro del todo y quiero decirte que esto es lo mejor que la vida tiene para ofrecer, vuelves a asentir y a morderte el labio, que quiero morder ahora más que nada en el mundo, hasta que por fin te incorpores y me beses metiéndome la lengua hasta el fondo de la boca. Lo que sí me remorderá es no ver nunca tu cara al correrte, no sujetarte nunca las rodillas ni acariciarte la cara muchas muchas veces, o no conocer siquiera ese matiz de desilusión después del sexo que suplica acto seguido que lo expíen con más sexo.

Una mañana llegué más temprano de lo habitual. Para entonces, había adoptado la costumbre de entrar en el parque por la calle 93, no por la 90. Entramos en el parque al mismo tiempo. Hacía semanas que no te veía. En una ocasión semejante, era obvio que había que decir algo. No me miraste y, después de darte la oportunidad de que dijeras algo, decidí no dejar de mirarte. Era una situación muy insólita. Seguí echándote unas cuantas miradas, quizá con la intención de saludarte si se te ocurría mirarme, pero tenías la mirada clavada justo delante de ti, administrabas tus pasos, administrabas tus pensamientos, tu día. Mejor no lo molestes, mejor no te entrometas, está claro que no ha captado tus señas.

Una hora más tarde, en el vestuario, cuando vi que tenías un vendaje enorme alrededor del muslo derecho, me pareció que tenía que aprovechar mi oportunidad.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, con un tono que pretendía implicar un amistoso «¿En qué lío estúpido te has metido?».

—Ah, estaba intentando abrir una botella de vino y se rompió, hace unas semanas.

—¿Puntos?

—Muchos —sonreíste. Luego, al ver que yo no apartaba la mirada, dijiste—: Eres el tercero que se da cuenta.

—Es difícil no verlo. ¿Puedes jugar al tenis con eso?

—El tenis es fácil. Lo difícil es ducharse —nos reímos—. Me he inventado un sistema.

Al decir eso, sacaste un rollo de papel de plástico para alimentos y una serie de bandas elásticas resistentes. Nos hizo gracia y nos volvimos a reír.

—Estoy mucho mejor, de verdad, pero gracias por preguntar.

Gracias por preguntar. Ahí estaba. La cortesía superficial lindando con la trivialidad exacta, desdeñosa. El emperador de los tópicos. No me sorprendió.

Unos días después, mientras abría la bolsa, maldije en voz alta.

—¿Te lo puedes creer? —dije, mirándote—. Me he olvidado las zapatillas.

—¿No las guardas en la taquilla? —preguntaste.

—Por lo general, sí, pero me las llevé para jugar al tenis en Riverside Drive el domingo pasado.

Miré el reloj, como si pudiera ir a casa y volver a las pistas a tiempo. Me leíste el pensamiento.

—Bueno, aunque te fueras corriendo a casa, lo más seguro es que te quedaras sin la pista, así que mi consejo es que te sientes en un banco, te comas una barrita de proteínas y disfrutes de una taza de café recién hecho.

—¿Te refieres a ese petróleo pegajoso con o sin leche cortada?

—No está tan mal —dijiste.

De pronto, me di cuenta de que mi desprecio por el café que hacían allí había sido desde el primer momento mera pose, una exageración destinada a llamar tu atención, como todo lo que digo en este sitio. Pero no picaste. No eres dado a la hipérbole, a la ironía o al humor sardónico. Dices las cosas como son.

Así que seguí tu consejo, me compré una barrita de proteínas y pedí una taza de café y me la llevé a la terraza para verte jugar. Me encantó que, antes de golpear la pelota, echaras el brazo hacia atrás del todo y cómo estiraste la mano izquierda para apuntar allí donde querías mandar la pelota. Hay gracia y talento y remate en todo lo que haces. Ninguna afectación, ninguna exageración, sólo la cosa misma. Te envidié.

Mientras te miraba jugar, me di cuenta de que te habías cambiado la venda y ahora era más pequeña. Quise comentártelo y tenía la intención de esperarte, ya que habíamos empezado a hablar.

Pero ¿por qué engañarme? No habíamos empezado a hablar en absoluto. Estarías pensando en mis zapatos tanto como yo en mi barrita de proteínas.

Al final, me comí la barrita, me tomé otro sorbo de café, tiré lo que quedaba en una alcantarilla, te vi jugar un rato más y luego, después de afeitarme y ducharme, me marché.

Aquella mañana no fui directo a la oficina. Me compré otro café, subí las escaleras hasta el parque elevado de la High Line, encontré un sitio tranquilo y vacío y me senté allí, miré el agua, el sendero desierto cercano, las plantas y los árboles y los arbustos, todos de un verde muy brillante aquel día. Estaba recreándome en mi sufrimiento, intentando acordarme de tu voz o de las palabras que habías dicho por si acaso no podía invocar tu voz, pero no recordaba nada. Quise pensar en ti, pero tampoco surgió nada, salvo una sensación en principio triste aunque no desagradable. Estoy enamorado, ¿no? Sí, creo que sí. En una servilleta de papel que me había metido en el bolsillo después de comprar el café en el club de tenis, empecé a escribir: «No sé nada de ti. No sé cómo te llamas, dónde vives, a qué te dedicas. Pero te veo desnudo cada mañana. Veo tu polla, tus pelotas, tu culo, todo». No tenía ni idea de por qué había escrito aquellas palabras, pero era la primera vez que me sacaba del pecho algo sobre ti y lo ponía en palabras en la vida real. No quería parar, porque era como hablar contigo, incluso mejor que hablar contigo porque podía bajar la guardia y sentir que las palabras me apaciguaban, sabiendo que no había razón para sentirme apaciguado por nada y mucho menos por mis propias palabras. Doblé la servilleta y la metí en la billetera. Supe que no la tiraré nunca.

Pero cuando estaba a punto de levantarme para irme andando a la oficina, sentí algo en el pecho que era casi como un dolor. Me gustó el dolor. Y volví a desear que mi padre estuviese vivo. Era el único que habría entendido las modulaciones de lo que yo sentía, el aguijón y el bálsamo entrelazados como serpientes gemelas que arremeten una contra la otra. Esto es amor, me habría dicho, la incertidumbre es amor, el miedo mismo es amor, hasta el desprecio que sientes es amor. Algunos lo conseguimos a contramano. Otros lo encuentran enseguida, a otros les lleva años y para otros llega sólo en retrospectiva.

Y mientras miraba la estación Erie Lackawanna al otro lado del río Hudson, recordé a mi padre diciendo adiós con la mano de pie en el muelle, mientras nuestro transbordador se alejaba traqueteando de la isla. He aquí un hombre triste, pensaba yo. No se imaginaba entonces que aquél sería su último verano de amor, pero, conociéndolo como lo conozco ahora, debió de temer y de hecho prever que posiblemente no se le otorgaría volver a encontrar el amor, motivo por el que lo atesoró hasta el final.

Tres semanas después de que hablásemos aquella vez.

Nos decimos hola. Las dos o tres semanas siguientes, yo diré hola primero. Luego tú dirás hola, pero de camino a las pistas ni una mirada. Has administrado uno, no dos saludos al día, y nuestra escasa cuota no nos acerca más que si fuésemos desconocidos. Después de unas pocas palabras, enseguida crece la frialdad, como la escarcha trepando por el cristal de la ventana. En muy poco tiempo, vuelvo a lanzarte miradas subrepticias que cambian de dirección en cuanto aterrizan sobre ti, o

que cambian de dirección antes incluso de divisarte, así que ni siquiera podrían llamarse ojeadas.

A veces, cuando tienes la oportunidad de evitar mi mirada, no hay saludo ninguno. Está claro, hemos retrocedido hasta donde estábamos antes. En la fuente de agua fría, cuando estoy agachado bebiendo, no me doy cuenta de que estás justo a mi lado, esperando para beber también. Ninguno de los dos ha visto al otro hasta que es demasiado tarde.

—¡Ah, hola! —digo.

—Ah, hola —dices.

Cuando es hora de irse, haces una pelota con tu toalla naranja y la encestas con desdén en la bolsa antes de cerrarle la cremallera y ponértela en bandolera. Nunca te despides de nadie, ni siquiera del encargado, que siempre está en las instalaciones o de Mike, que una vez te encordó la raqueta. De mí tampoco. Te escabulles sin más, como los que son o muy arrogantes y egocéntricos o tímidos hasta lo indecible y no saben cómo ser el primero en despedirse.

Un mes después, sin embargo, eres el primero en saludarme. Muy insólito. De todas formas, antes de que se me suba a la cabeza, me doy cuenta de que tus pocas palabras no son más que una sarta de lugares comunes. La sonrisa ladeada que no ha sido muy cordial, el enunciado lacónico, la mirada que se vuelve turbia y casi huidiza después de decir «Ah, hola», como si todo tu cuerpo se viera obligado a saludarme cuando hubiese preferido alejarse. Es la misma forma en que saludo a la señora Lieberman cada vez que no me da tiempo a esquivarla.

No obstante, tres semanas después de nuestra primera conversación, hemos pasado de un saludo diario a algunas veces dos. En menos de un mes, te las has arreglado para añadir: «Que tengas un buen fin de semana», seguido por «¿Qué tal el fin de semana?» o «¿Qué tal estás?». Contesto con las mismas trivialidades, confiando en modularlas de forma distinta cada vez para demostrar que de verdad quiero decir lo que digo cuando te contesto con los mismos gastados «bien» o «muy bien» o «estupendo»; alguna vez suelto un «no me voy a quejar» para añadirle variedad a lo que se ha convertido en intercambios insípidos y estereotipados. Todo el tiempo estoy pensando: estoy colado por alguien que es evidente que no es menos perogrullesco que yo. Es todo culpa mía. Yo lo he organizado así y tendría que haberlo visto venir. Administras tus saludos, tus sonrisas, tus gestos de asentimiento, pero nunca añades esa pequeña propina, aparentemente involuntaria, que me haga pensar que quieres decir más de lo que dices. Tus palabras, como las mías, no tienen contenido ni significantes relevantes y flexibles. Era preferible el antiguo silencio.

A veces comentamos cosas como que el instructor no deja de tirarle pelotas a la anciana señora Lieberman, que intenta entrenar el drive

después de su operación, pero acierta dos de cada diez veces. Y aun así vivo para esos dos o tres minutos de parloteo torpe, insípido: el fin de semana, la última película, los planes para el verano que nunca salen bien, tu muslo, mi codo de tenista y otra vez tu muslo, mi hermano, tu hermano. Vivo para esto. Y si esto es lo todo que hay, pues que sea todo que hay.

Nadie está preparado para lo peor. Lo peor no sólo frustra las esperanzas; lo desgarrá todo de un modo que casi parece buscar hacer daño, castigar, avergonzar. A pesar de mis pronósticos más aleccionadores, la vida puede sacar su carta más cruel y echarlo todo por tierra, y justo cuando creía que navegábamos habiendo dejado atrás los bancos de arena. Fue el 26 de abril. No puedo olvidarme de la fecha. Era el aniversario de la muerte de mi padre.

Estábamos hablando del club de tenis y de que necesitaba un lavado de cara.

—¡Un lavado de cara! —dijiste—. Querrás decir una reforma completa y total.

Nunca te había oído hacer ninguna crítica y mucho menos decir algo que no fuera concluyente ni extinguiera de inmediato la conversación. Lo irónico es que me puse a defender nuestro pobrecito club de tenis. Me escuchaste y luego dijiste:

—Sí, pero ¿cuándo hubo toallitas de papel en el dispensador por última vez o, si vamos al caso, un dispensador de toallitas de papel? —Y después de una pequeña pausa, dices—: Por no hablar del papel higiénico.

Los dos nos reímos por lo del papel higiénico. Me encantó el tono malicioso y travieso de tu voz. Te había tomado por una persona inflexible. De pronto, me estabas haciendo reír. Sorprendido, no se me ocurrió decir más que:

—No pensé que te fijases en las cosas.

—Oh, me fijo en un montón de cosas.

Aquello me asustó. ¿Estabas hablando de mí?

—Pero no te había oído quejarte nunca —dije.

—No me conoces todavía.

Me encantó eso. El posible doble sentido de tus palabras, el tono de diablura pícara, la promesa que flotaba de llegar a conocernos, la sorna que podría morir en el acto con suma facilidad o, con un empujón o dos, llevarnos exactamente donde yo esperaba que nos condujera. Tuve

miedo, miedo de lo que me podrías decir para ponerme los puntos sobre las íes y miedo de no estar malinterpretándote.

Hasta ahora, nuestras charlas no habían llegado a ninguna parte. Todo lo que hago es atesorar briznas de información con la esperanza de bosquejar un retrato tuyo completo, como los dibujantes que esbozan los retratos robot en las comisarías de policía. Sé que has ido al Oberlin College, la universidad privada de artes liberales, sé que a veces llegas tarde a casa y que de lo único que tienes ganas, después de darles clases particulares a alumnos con problemas de aprendizaje por las tardes, es de escuchar sonatas de Haydn, porque te levantan el ánimo y te ayudan a relajarte, que una vez dijiste que era el motivo por el que jugabas al tenis todas las mañanas, porque si no te pones tenso a lo largo del día y te impacientas con los alumnos.

Nuestra conversación sobre el triste estado del club de tenis iba bien. Nunca habíamos hablado tanto. Hasta hablamos de tus años universitarios y de lo difícil que eran las vacaciones de Navidad porque tenías que volver a tu casa con muchos trabajos pendientes, además de la promesa de que traerías de Alemania pasteles de frutos secos para todos tus amigos estadounidenses.

—*Stollen* —dije.

Hacía tanto tiempo que no decía aquella palabra. Te reíste, lo que me hizo reír, lo que te hizo reír. Podría haber puesto mis cartas sobre la mesa y haberlo dicho justo allí y en aquel momento: «Vamos a tomar algo un día de éstos», sin darle importancia, claro.

Pero justo cuando me estaba preparando para decir algo por el estilo, el bombazo. Estabas hablando de universidades y carreras cuando, por algún motivo, dijiste:

—Mi pareja es profesor de Clásicas.

Me tuve que contener para no contarte que había estudiado la especialidad de literatura griega y latina en la universidad y que había traducido *Rebelión en la granja* al griego clásico. Pero habría parecido un fatuo, como si estuviese intentando competir con tu pareja. Sin embargo, cuando estaba pensando en algo que decir sobre mi propia vida de clasicista no practicante, por fin entendí lo que acababas de decir. No estabas hablando de tu pareja de tenis. Estabas hablando de tu pareja.

—Está escribiendo un libro sobre Tucídides —dijiste.

Mi autor favorito, quise decir, pero no lo dije.

—¿Has leído a Tucídides? —me oí preguntar, aunque en aquel momento mi pensamiento estaba a kilómetros de distancia.

—¡Qué remedio! —contestaste—. ¡Dos veces!

Está claro que tienen una relación colaborativa, pensé, encantado con la palabra que me había sacado de la manga en un momento de rabia, envidia y escarnio. Colaborativa. Me podía imaginar tus juramentos de lealtad: «Sus problemas son mis problemas, mis dificultades, las tuyas. Compartimos, nos cuidamos». Quise reírme de vosotros dos, pero cuando me fui aquella mañana de la pista de tenis lo único que pude pensar fue: así que ya lo sabías, sabías lo que estaba haciendo cuando seguía intentando ligar contigo todas estas semanas y meses. Sólo estabas esperando encontrar la forma menos invasiva de sacar la carta del novio. Mi pareja esto, mi pareja lo otro, ay, eso es lo que dice siempre mi pareja. Como alguien que administra sus palabras, sabías a dónde ibas en cuanto sacaste el tema de Alemania y el *stollen* y Haydn. Debes de ser un buen profesor. Todo lo que dices tiene un propósito.

Lo que no me sentó nada bien fue la simplicidad pura, la simplicidad sórdida, ordinaria, trillada, torpe, trivial con la que me agrediste con el cuento del «novio», la clase de aparte insincero que dejaría caer una adolescente al decir «Mi novio opina exactamente lo mismo».

Estuve bloqueado todo el día.

Pareja. Con esa sola palabra no sólo echaste abajo todas mis fantasías más inconsistentes e indecibles; también hiciste añicos el romance que llevaba cociéndose a fuego lento dos años. Lo único que podía hacer era aferrarme a las ruinas de lo que habían sido meras ilusiones.

Aquel día lo cambió todo. Estaba desolado, en silencio, como si los bárbaros hubiesen devastado mi vida y se hubiesen olvidado de matarme después de masacrar a todo el mundo y erradicarlo todo, incluidos los recuerdos. No podía acordarme de lo que había deseado de ti o de cómo se me podía haber ocurrido siquiera hacerte el amor, o que, noche tras noche, la sola idea de nuestro amor boca a boca me robara horas de sueño. Me esfuerzo por recordar las fantasías en carne viva, pero su conmovedora banda sonora ha enmudecido. Lo único que me quedaba después de oír la palabra que empieza con *p* era un castillo de naipes desplomado, un castillo que había tardado muchísimo en levantar. Lo que había dentro de él, el porqué lo había levantado, las tormentas que estaba destinado a soportar, los placeres que había esperado alojar, todo había desaparecido. Una nadería y se había terminado.

Y aquí acaba nuestra historia.

Ahora me puedo relajar, te puedo hablar de mi vida, sincerarme, dejar que eches un vistazo a mi mundo como de verdad es, sentirme menos hostigado por las cosas que intento ocultarte, dejar de jactarme y de decir que había pasado un fin de semana genial cuando en realidad había sido insulso.

Trato de imaginarme los tiempos que se avecinan. Un día terminarás por invitarme a cenar con tu pareja y hablaremos. De los clásicos, de Tucídides y del joven Alcibíades que se le insinuó a Sócrates pero fue rechazado porque el filósofo sabía que aquel joven cachas era demasiado guapo para él. Y hablaremos de Nicias, al que ejecutaron porque era un general más noble que Alcibíades, y que fue hacia su muerte sabiendo que los guerreros atenienses a los que había hecho cruzar hasta el otro lado del mar con la promesa de la gloria morirían de forma ignominiosa, como esclavos en las canteras de Siracusa frente a la isla de Ortigia.

Y los dos vendréis a mi casa, os serviré vino a ti y a tu pareja, y será un blanco seco, y os cortaré a todos la lubina como le vi hacer a un camarero en Europa con una pala de pescado y me diré a mí mismo «Mejor esto que nada. Por lo menos está bajo mi techo».

Y será tan raro observaros a Maud y a ti miraros el uno al otro con la premonición incómoda de quienes no saben decir exactamente qué los inquieta y que, cuando empiezan a descubrir lo que es, hacen caso omiso. Los dos terminaréis hablando de una cosa o de otra y al final encontraréis alguna nimiedad que tengáis en común. Y nos lo pasaríamos tan bien los cuatro juntos, y sería tan natural que gente que se ha conocido en la pista de tenis se reúna para cenar, que nos olvidaríamos de preguntar por qué ha tenido que ser ahora y no hace dos años.

Pero esta fantasía también se va extinguiendo. Es demasiado llana, demasiado domesticada, y no la puedo soportar mucho tiempo. Prefiero pensar en sexo, pero no quiero pensar en sexo, no quiero verte nunca más desnudo, ni siquiera te miraré cuando estés desnudo, no quiero que me guste mirar sólo para pillarme pensando «Aquí es donde su pareja pone la boca cuando están solos por la noche». Y sí, me gusta. Hace meses que no te veo desnudo, aunque estés desnudo justo delante de mí todas las mañanas. No miro, o miro pero no veo.

El otro día VI que tenías una cicatriz azulada en el muslo. No me había dado cuenta antes. Había visto la venda, la más fina también, luego ni me di cuenta de que te la habías quitado. La cicatriz me hizo sentir lástima por ti. Quise tocarla, hablar de ella, preguntarte si te seguía doliendo, pero me contuve. Te miré a la cara; era la cara de alguien que tiene una cicatriz en el interior del muslo derecho. Te hacía tan humano. Y te quise humano. Quise abrazarte.

Sonrías al hablarme. Supongo que yo también sonrío. Luego, sólo un día después, cuando te agachaste a recoger algo, te espíe, si bien durante un segundo fugaz, el *** NO HAY ***. También hizo aflorar en mí un sentimiento rayano en la compasión, en parte porque sentí que sólo con mirar había violado tu espacio privado y en parte porque por primera vez supe que eras cálido, vulnerable, suave.

No debería haber mirado nunca. Cuando pensaba en ello, sentía que había infringido algo tuyo íntegro y privado y castísimo, como una muestra de lo sagrado que de pronto refulge ante tus ojos y luego te deja sin habla, humilde y conmovido.

Luego, mientras intentaba desengancharme, me pillaste completamente por sorpresa. Estaba jugando en la pista 14, tú estabas como siempre en la 15, y una pelota salió volando y cayó en mi lado de la red.

—¡Gracias! —gritaste, como hacemos todos para pedir la pelota cuando cae en la pista de otro.

Es un «¡Gracias!» perentorio, pero nadie se lo toma a mal. No lo había oído la primera vez y no reaccioné. Así que volviste a llamarme, salvo que esta vez gritaste:

—¡Gracias, Pauly!

¡Pauly! Entonces me di cuenta de que te había oído la primera vez, pero no me había dado cuenta.

No sólo dijiste Pauly, sino que dijiste Paulyyyy, tan afable, tan cercano, tan íntima la forma en que alargaste la última vocal de lo que solía ser mi apodo, que me arrancó de pronto de las pistas de tenis de Central Park y me llevó directamente a mi infancia cuando en casa y luego en el colegio todos me llamaban Paulyyyy exactamente como tú, porque fue un diminutivo cariñoso enfatizado con mucha alegría y simpatía. El niño de la foto que quería enseñarte se llama Pauly. Y habías gritado mi nombre sin intentar aparentar siquiera que no lo sabías. El único sitio en el que aparece Pauly es en una imagen escaneada del anuario de la universidad, en la página web. ¿Me habías buscado en internet?

Escuchar mi nombre dicho así me hizo más feliz de lo que podría haberme imaginado. Todo lo que había sentido y toda la camaradería que buscaba en ti habían estado allí, justo delante de mí, sólo que no los veía, quizá porque el orgullo y el miedo y el deseo en carne viva se interpusieron en el camino. Pero, en tu boca, mi nombre adquirió de pronto un timbre nuevo, su sonido real. Podría haber tirado la raqueta y haberme dejado caer en la alambrada de la pista, como hace la gente cuando está exhausta y se toma un descanso para recuperar el aliento, y quise llorar. Interrumpí mi juego para tirarte la pelota. Y entonces sonreíste.

—Muchas gracias, Paul —volviste a decir, como si mi apodo hubiese sido un error del que ahora renegabas.

Me sentí como un niño que adora a un compañero mucho mayor que él que un día en el recreo le pide que vaya a comprarle cigarrillos al almacén. Ya no era un encargo para el chico de los recados, sino un privilegio. Y me sentí privilegiado. La manera en que dijiste mi nombre me puso en otro plano. Era como si hubieses metido la mano en mi

taquilla cuando estaba abierta y cogido la manzana que guardo ahí para el tentempié y me hubieses dicho: «Yo me quedo con la manzana, tú puedes quedarte con mi barrita de proteínas».

Se me ocurrió una cosa cuando terminé de jugar al tenis aquella mañana. No te había preguntado nunca tu nombre ni había intentado averiguarlo. Quizá fuese mi manera de mantenerte a raya, de que siguieras siendo irreal, de no demostrar que me importaba.

Luego, después de ducharme y de afeitarme, te miré y, como sin venir a cuento, dije que no sabía cómo te llamabas. Lo hice quizá para que vieras que tenía pleno conocimiento de que habías dicho mi nombre por primera vez aquella mañana y que tu gesto no me había pasado inadvertido. Me dijiste cómo te llamabas inmediatamente. No lo habría adivinado nunca. No sé por qué, pero me imaginaba que sería Friedrich o Heinz o Heinrich u Otto. Y como eso es lo que hace la gente cuando se presenta, alargué la mano y te la di. Me gustó lo que sentí al tocar tu mano. Sabía que sentiría algún tipo de señal. O quizá quería pensar que la había sentido. Pero, sentir, sentí algo. No iba a retener tu mano en la mía, aunque era lo que quería, y sé, por la forma en que fuiste lo bastante educado para no retirar la tuya demasiado pronto, que quizá también habías sentido algo. De repente, y esto me encantó, me había convertido en el compañero mayor que manda al pequeño a que le compre cigarrillos. Me encantó tu sonrisa intimidada. Y me encantó descubrir eso de nosotros: estábamos cambiando los papeles. Es tímido, pensé.

—Vamos a tomar algo un día de éstos.

—Por qué no, me encantaría.

Quise besarte la mano, enlazar mis cinco dedos en los cinco tuyos y conocer la suavidad de la palma de tu mano. No pasó nada parecido, claro, pero te miré directamente a los ojos, con la esperanza de que lo entendieras.

Fui a trabajar rodeado de un halo de dicha, pero no me di cuenta de que venías andando justo detrás de mí, a no más de diez pasos. No te vi al bajar las escaleras del metro, ni al llegar al andén, sino en el mismo tren. Habías entrado por otra puerta y habías encontrado asiento en el mismo vagón. Yo iba de pie leyendo el periódico. Si me habías visto, ya volvías a tener tu mirada habitual reservada y huidiza. No hablamos fuera de las pistas de tenis. No quise forzar las cosas ni avasallar, así que fingí estar absorto leyendo el periódico. Le pedí disculpas a una mujer que estaba sentada cuando noté que le había rozado la cara con el periódico, me disculpé lo suficientemente alto para que lo oyeras. Llevaba dos años haciendo eso en el vestuario: hablar con cualquiera, pero hablándote sólo a ti. Quizá esperaba que hicieras algún ademán de hablar. Pero no te hacía falta mi voz para saber que estaba en el tren. Ya lo sabías, como lo sabía yo.

Y allí estabas sentado, con la misma mirada exánime y distante que te había visto una vez en las pistas, observando inexpresivo a las personas sin nombre del vagón. Tenías las piernas un poco separadas y descansabas las manos sobre los muslos con las palmas hacia arriba, con un gesto tan indefenso, tan pasivo; con esa postura de desplome transmitías una conformidad tan resignada que me dolía ver a un atleta sentado así. Quería decirte algo, lo que fuera, atravesar todos los obstáculos y preguntarte qué te pasaba y por qué mirabas fijamente a los que estaban a tu alrededor con ojos tan tristes y vacíos. Pero ¿quién se habría atrevido a hacer tal cosa? Así que fingí seguir leyendo.

Allí estaba yo, sintiendo otra vez aquel antiguo estremecimiento de ternura hacia ti, cuando me di cuenta de que, a pesar de mi vigilancia, me había quedado tan absorto en el artículo del periódico que no me había dado cuenta de que habíamos llegado a tu parada y de que ya habías salido del vagón; es probable que pasaras justo a mi lado sin decir ni una palabra.

Lo que apagó la alegría que sentía aquella mañana una vez que llegué al edificio de mi oficina fue lo que habías contestado cuando te propuse ir a tomar algo. «Me encantaría».

Recordé que tu respuesta no era un sí. Era una patraña cortés.

Aquella noche, en mi ordenador, hice un poco de trabajo detectivesco. Como no sabía tu apellido, tecleé «Manfred», el nombre del instituto privado de Queens en el que trabajabas cerca de la parada de metro a la que te había seguido una vez, la palabra *tenis*. No salió nada, así que probé con un montón de palabras, quité unas, añadí otras, llegué incluso a seguir una antigua corazonada y miré las bases militares estadounidenses en Alemania. Otra vez nada. Por último tecleé «Oberlin» y «Manfred» y calculé el curso en que te habías licenciado. Y, de pronto, para mi absoluta sorpresa, allí estaba tu foto con tu nombre y apellido.

A partir de ahí, no me pude resistir y pregunté más cosas. ¿Dónde vivías en Nueva York? ¿Qué había dicho la gente de ti? ¿Tenías Facebook? ¿Quiénes eran tus amigos? Lo leí todo.

No sólo apareció una dirección con un número de teléfono, en las redes sociales salió además el nombre de alguien que podía ser tu pareja. Cuando metí su nombre, apareció «Tucídides». Luego «Profesor, Clásicas». No me habías mentado. Ya había publicado su monografía sobre Tucídides.

Os envidié a los dos. Podía imaginarme que os habíais conocido durante la semana de orientación para los del primer curso, luego os vi volviendo juntos de la biblioteca a altas horas de la noche, todas las noches. Quizá os encontrabais allí después de cenar. Luego, una noche de invierno en el camino de vuelta desde la biblioteca a tu residencia, él

se detuvo, se sentó en uno de los bancos, aunque hacía muchísimo frío, y dijo: «Tengo que saber una cosa, Manfred. ¿Sientes algo por mí?».

Lo que cambió entre nosotros fue la desintegración de lo que parecía una guerra de osadía. Ahora eras tú el que empezaría las conversaciones. Mi aplicado «Bien» para contestar tu «¿Qué tal el fin de semana?» se convirtió en una letanía de cosas que habías hecho o habías ido a ver. Supe de tu padre y de su trasplante de médula ósea, del estado lamentable del aire acondicionado central de tu apartamento en la calle 95, de tu hermano mayor que había vuelto a Alemania, de las películas en blanco y negro que os gustaba ver a tu novio y a ti en el canal de películas clásicas. No hablabas de deportes, ni siquiera me preguntabas si había visto el Roland-Garros. En vez de pasar por alto la decadencia del club de tenis como habías hecho antes, empezaste a burlarte del lavabo mugriento en el que nos afeitábamos, de los charcos que teníamos que vadear para vestirnos, de los hombres sin hogar que se colaban en el club temprano por las mañanas para ducharse o lavar la ropa en los mismos lavabos en los que nos acabábamos de afeitarnos y de cepillarnos los dientes.

—Si mis compañeros del instituto supieran que nos codeamos con los sin techo todas las mañanas...

De hecho, un día uno de ellos entró y tiró su ropa sucia en uno de los lavabos.

—Qué te había dicho —dijiste.

—Hola, Paul —dijo el hombre sin hogar.

—Hola, Benny —dije.

Mientras volvíamos a las taquillas, te conté que Benny tenía una historia muy triste. Había sido barman, pero, después de caer en la droga y de una desgracia tras otra, terminó en la calle. Se quedó sin permiso de conducir, sin casa, sin mujer, sin hijos y aun así se había leído todos los clásicos rusos y recitaba los ingredientes de todos los cócteles que se habían inventado a este lado del Atlántico.

—Está intentando recuperarse —dije, añadiendo un leve tono de franqueza a mis palabras, quizá para demostrar que bajo mi capa de malicia y sarcasmo tenía buen corazón.

No dijiste nada, pero me gustó hablarte mientras nos vestíamos, porque tenías que mirarme y por tanto ofrecerme una vista frontal de tu cuerpo, tu barbilla, tus pectorales, tus abdominales, tus ojos. No quise mirar más abajo, así que seguí con la mirada clavada en tu pecho, pero mirarte el pecho me daba ganas de tocarlo, así que te miré a la cara, que quise besar, hasta que miré debajo de tu cintura antes de que tus ojos pudieran seguir los míos, todo esto mientras hablábamos del barman retirado que intentaba recuperarse.

—¿Paul? —dijo Benny, que había salido del vestuario después de escurrir su ropa en uno de los lavabos más hondos.

—¿Qué pasa?

Parecía incómodo hablando delante de ti y me hizo una señal para que me acercara y luego me dijo en un susurro:

—¿Me puedes echar una mano?

Volví a mi taquilla, saqué la billetera a escondidas y regresé al baño disimuladamente, le di unos cuantos billetes. No quería que lo vieras, pero sí quería que vieras que me había esforzado por ocultar que le había dado dinero al pobre hombre.

—Le has dado dinero —dijiste cuando volví a mi taquilla.

—No, no le he dado.

—Sí, sí que le has dado.

—Es un buen hombre —dije por fin.

—Otra anécdota de Nueva York para el *Metropolitan Diary* —contestaste.

Sonreímos.

—Bueno, entonces estamos en paz.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Yo también le he dado algo.

Resultó que tú le habías dado mucho más que yo. Te sonreí y negué con la cabeza con un reproche burlón.

—¿Qué pasa? —preguntaste, para no dejar caer el tema.

Quería decir que pensábamos de la misma manera, que nos gustaban las mismas cosas, que nos parecíamos más de lo que creíamos. En vez de eso, terminé diciendo algo completamente distinto.

—Ha sido un gesto muy bonito y mucho más discreto que el mío.

Era una de las banalidades más empalagosas que había salido nunca de mi boca.

No dijiste nada.

—¿Qué pasa? —pregunté, repitiendo tus palabras.

—Nada —luego, después de una pausa, dijiste—: Creo que estoy empezando a entenderte.

—¿Ah, sí? Cuéntame más, porque no estoy seguro de entenderme yo.

—No eres fácil —dijiste.

—¿Y tú sí?

—Supongo que no.

Nos quedamos allí sin decir nada, evitando mirarnos y, aunque ambos estábamos completamente vestidos y listos para irnos del club de tenis, me pareció que ninguno de los dos quería salir al mismo tiempo que el otro.

Dije que tenía que hacer pipí. Te estaba dando el pie que te hacía falta para salir del vestuario sin mí. Sentí que estaba haciendo lo correcto.

Al día siguiente, sábado por la mañana, de camino al mercado de verduras, me invaden las fantasías. Es un día de playa precioso, despejado, de verano, y me pongo a pensar en qué habrás hecho la noche antes y si te habrás ido de fin de semana. El tiempo seguía un poco fresco, pero me hice una imagen mental de la casa de veraneo que estoy seguro de que compartes con tus amigos y me imaginé que habríais bebido mucho la noche anterior. Pero todo el mundo sabe que te levantas temprano, y anoche tus amigos te pidieron que llevaras leche por la mañana, a lo mejor *bagels* y cosas, y que no te olvidaras de llevar algo rico, te encargó alguien. Como en un sueño, saliste de la casa para encarar esta espléndida mañana. Eres el único que está levantado en la casa y la única persona que va por el sendero. Esto está muy bien. Hace buen tiempo. Los caminos están tranquilos y en silencio. Oigo tus chanclas sobre las losas polvorientas. Estás contento. Anoche, cena genial, buenos amigos, buen vino, sexo genial. No te has duchado y no planeas hacerlo hasta después de nadar en el mar. Lo único que has hecho antes de salir ha sido ponerte los pantalones cortos que llevabas anoche y una camiseta, sin ropa interior. Esto es el paraíso. Vas a sorprender a todos comprando una tarta o algo así; por qué no, piensas, sobre todo si es la que hacen aquí con bayas raras y cereales que sólo se encuentran en este sitio. Te envidio el recado. De pronto, aparezco a tu lado y me encantaría pasear contigo, porque nunca hemos paseado juntos, e ir a buscar *bagels* y cosas y algo rico un sábado por la mañana por la playa parece tan fácil, tan poco complicado, una fuente de alegría limpia, simple, concentrada.

Sin embargo, otra parte de mí desea que me hubieses pedido que fuese yo a buscar la leche y el desayuno para todos. Sé que, una vez que salga de la casa, encontrarás la manera de hablarles de mí a los que ya se hayan levantado y estén tomando café. Deben de habernos oído gemir

anoche desde la otra punta de la casa y seguro que alguien dice algo, seguramente gracioso.

—Vaya con vosotros dos y la bestia de dos espaldas. ¿Os habéis planteado tomaros un respiro?

Todo el mundo se ríe, en parte porque para tus amigos soy nuevo. Y te ríes con ellos, pero, entonces, en un impulso, te levantas y sales disparado de la casa y, antes de que haya dado veinte pasos por el sendero, corres tras de mí.

—Quiero ir contigo.

Miro hacia atrás y sonrío.

Sin embargo, hay otro panorama posible de sábado: dices que saldrás tú a buscar el desayuno y me pides que me quede.

—Toma café con Esmeralda. Yo me encargo de las cosas —dices.

En cuanto has salido y cerrado la puerta mosquitera tras de ti, empezamos a hablar. Soy nuevo aquí, así que Esmeralda me da café recién hecho.

—Sé bueno con él —me dice—, no le hagas daño.

—Pero si soy bueno con él.

—¿Lo quieres?

—¿Que si lo quiero? Estoy loco por él.

Eso no parece contentarla. Otros dos dormilones llegan tambaleándose a la cocina y se ponen café.

—Pero ¿te preocupas por él? —pregunta uno de los dos.

Puedo repetir esta escena todo el día con el pensamiento. Todo me dice que te gusto. Aunque nunca das señales de que así sea.

Ese mismo sábado por la noche por fin soñé contigo. Estoy paseando con Maud por Lincoln Square. Salimos del cine cuando nos encontramos contigo y con tu novio en la misma acera. Estamos a finales de verano y hace más de una semana que no has ido a las pistas de tenis, así que al verte me sobresalto tanto que, sin siquiera pensar en repetir nuestro tibio saludo habitual, en vez de darte la mano, te toco la mejilla con la palma. Nunca me habría atrevido, pero una parte de mí ya se ha dado cuenta de que es probable que esté soñando y sabe que no es impropio hacer esto en los sueños, sobre todo cuando uno no ha visto

al otro hace más de una semana. Quizá sea tu cuello bronceado que exhibes hasta el reluciente esternón el que me despierta el impulso.

Entonces en el sueño haces algo más sorprendente todavía. No sólo no te desconcierta mi atrevida caricia delante de tu pareja, sino que de hecho te entregas a ella, porque te gusta y, al apoyarte en mi mano, pretendes que mi mano se quede donde está. Después nos damos la mano, quizá para encubrir lo que acaba de pasar, y luego hacemos las presentaciones a izquierda y derecha. Maud y tu pareja empiezan a hablar de lo mucho que les ha gustado la película.

—A él está claro que no —dices mientras me señalas.

—¡No me digas! —dice Maud, haciendo una broma a mi costa.

Os preguntamos adónde vais. Resulta que nosotros vamos por el mismo camino. En un momento dado, ella y él se adelantan mientras los dos nos quedamos rezagados, poniendo distancia entre ellos y nosotros casi a propósito. Nunca hemos paseado juntos y, sin embargo, aquí estamos, más juntos de lo que nunca habíamos estado en dos años. Me das la mano y no la sueltas. Esto debe de ser un sueño, pienso.

—Hace muchísimo que no te veo —dices—. Paseemos juntos.

—Pero ¿y ellos? —pregunto, sin entender lo que quieres decir, pero luego me doy cuenta de que te he entendido perfectamente.

—Lo superarán —dices.

Y justo cuando dices esas palabras, sé con certeza inquebrantable que esos pocos minutos que hemos paseado juntos de la mano son, aunque sean un sueño, más reales y mejores que cualquier otra cosa que me haya pasado en la vida, y que estaría mintiendo si llamase vivir a lo que he estado haciendo todos estos años.

La felicidad que me trajo el sueño me duró todo el día.

Decidí una cosa. La próxima vez que te viera, haría exactamente lo que había hecho en el sueño. Te tocaría la mejilla, ya fuese en las pistas o en el club o en el vestuario, pero tenía que pasar algo parecido.

O si no.

¿O si no qué? ¿Me pegaría un tiro? ¿De verdad?

Cuando te vi después de aquel sueño, me fue imposible llevar a cabo lo que había decidido. Volvías a mostrarte distante, como si hubieses interceptado mi sueño y estuvieras tan horrorizado que te pareciese mejor poner distancia entre nosotros. Me pregunto si, en el universo de los sueños, éstos no saldrán volando y se delatarán entre sí a los soñadores y mantendrán reuniones de intriga y misterio en los

callejones laterales de nuestras noches y se pasarán mensajes en clave, que quizá sea exactamente lo que queremos que hagan cuando nos falta valor para hablar por nosotros mismos. Los sueños nos modifican la cara, la sonrisa, y hacen que nos perdure en la voz el timbre del deseo que no estuvimos dispuestos a ocultar mientras soñábamos. Deseé que me mirases de nuevo y me dijeras: «Anoche soñaste conmigo, ¿verdad?».

Cuando volví a verte a la mañana siguiente, el elemento de sorpresa que habría justificado una demostración de afecto en apariencia espontánea se vio menoscabado por tu queja instantánea sobre el pésimo mantenimiento de las pistas. El jueves no apareciste. Tendría que esperar una eternidad, hasta el lunes.

No obstante, la alegría de haberme tropezado contigo en un sueño no se desvanecía ni podía esconderla; conmovía todas las horas del día, así que acabé temiendo no que resultaras no ser la persona que había conocido en el sueño, sino que esa alegría que provenía del sueño, del momento en que me diste la mano y me dijiste que paseáramos juntos, sin avisar, sin que yo lo sospechara siquiera, se evaporase de forma gradual e inevitable. Cómo entregarme a él, cómo evitar que desapareciera...

El viernes a primera hora de la mañana decidí ir a las pistas. Era un día inusualmente cálido para ser principios de primavera, y quería dejar atrás todo lo que me había pasado aquel día y disfrutar del buen tiempo. Tenía ropa de repuesto en la taquilla y no necesitaba volver a casa a cambiarme. Entonces, al entrar en el club de tenis, allí estabas, Manfred. Eran las tres de la tarde, casi nunca voy a las pistas a esa hora y resultó que tú tampoco. Habías salido pronto del instituto y habías reservado una pista. Nos preguntaste a Harlan y a mí si jugaríamos a dobles contigo si encontrabas a un cuarto jugador. Sería fácil encontrarlo, dije. Quiso la suerte que vieras al caballero mayor que una vez te había pedido jugar pero no se había vuelto a atrever. Aceptó de inmediato y se precipitó a su taquilla para recoger su raqueta. Quedaba claro que odias pedirle cosas a la gente. Parecías tan reservado e inquieto cuando me pediste que jugase contigo que para tranquilizarte, y quizá porque Harlan estaba presente cuando preguntaste, lo único que pude hacer fue levantar la mano y ponerte la palma en la mejilla y decir que estaba todo bien, bien en serio. No rehuiste el gesto, ni tampoco te apoyaste en mi mano. Pero sonreíste y yo sonreí. No dijimos ni una palabra.

—Estoy muy contento —dije al final—. Nunca hemos jugado juntos.

—Lo sé —dijiste—, yo también.

Ninguno de los dos sabía muy bien lo que quería decir el otro, pero, como en los sueños, las palabras se podían interpretar de muchas maneras, lo que asimismo estaba bien, porque nos gustaba creer que tenían más de un significado: uno obvio, otro no tan obvio, otro

insinuado pero tan confuso que ninguno de los dos sabía qué significado captar, porque estaban tan mezclados unos con otros que los tres significaban básicamente una y la misma cosa.

—Luego podríamos ir a tomar esa copa —dije.

A lo mejor estaba forzando las cosas.

—Ah, sí, esa copa —dijiste, como para demostrar que no te habías olvidado de que hacía un tiempo habíamos hablado vagamente de ir a tomar algo y no se te había escapado.

Por un segundo, pensé que estabas aceptando con ligereza la idea de tomar algo, o quizá su significado en clave. Tu ironía empática me sorprendió. ¿Ibas a hacerte el difícil antes de rechazarme?

—Pero pago yo —dijiste.

Después del tenis, vamos a un bar de la avenida Columbus. Son las cuatro y cuarto de la tarde, el sol no podía brillar más, estamos sentados con la ropa húmeda de jugar al tenis en la terraza de la acera de la cafetería. Nuestras rodillas desnudas se están tocando y ni tú ni yo las retiramos. Podríamos hablar de cosas sin importancia, pero soy mayor que tú, voy al grano.

—Háblame de tu novio —digo.

Algo en la manera en que reaccionas a mis palabras indica que quieres aparentar que no vienen a cuento, pero entonces cambias de opinión. No es el momento de hacer maniobras evasivas; las cartas estaban sobre la mesa.

—No hay nada que contar.

—¿Nada?

—Llevamos juntos desde la universidad.

—¿Pero?

—No hay peros. Ya sé que esto quizá no es lo que querías oír.

—Así que lo sabías. Lo mío, quiero decir.

—No estoy seguro. Pero creo que sí.

Con cuánta delicadeza lo expresaste.

—¿Y?

—Y nada. Pienso en ti —y luego añadiste—: Mucho, en realidad.

Me doy cuenta de que eres el primero en poner una carta verdadera sobre la mesa. Te admiro por eso. La mía había sido sólo un comodín. Paso la mano derecha por debajo del brazo del sillón y te agarro la mano izquierda, que cuelga allí. No te lo esperabas, y siento que en parte deseas que no lo haya hecho. Pero no te quiero soltar, ahora no.

—Yo también vivo con alguien —dije—. Pero todo lo que has dicho lo podría decir yo también.

—Pues dilo.

Así contraatacaste, con un deje un poco rencoroso y susceptible en la voz. Me gusta. Relajas la mano y me agarras la mía con fuerza. Estoy tan tan contento de no haberte soltado la mano.

—Llevamos juntos casi un año, pero es en ti en quien pienso, hasta cuando hacemos el amor —nada me iba a callar ahora—. Sobre todo cuando hacemos el amor.

—¿Y?

Me quedo callado.

—Quiero saberlo.

—Y nada. ¿Quieres los detalles gráficos?

—No —dices—. En realidad, sí que los quiero.

Me encantó cómo dijiste eso.

—Pienso en ti siempre. Incluso cuando no te miro, estoy contigo todo el tiempo. Lo sé todo de ti. Sé dónde vives, dónde vivían tus padres en Alemania, hasta sé a qué universidad fuiste en Virginia, sé el apellido de soltera de tu madre. ¿Quieres que siga?

—Yo podría decir exactamente lo mismo de ti.

—¿En qué sentido?

—Me sé tus horarios de tenis, sé a qué metro te subes después del tenis, sé dónde vives, puedo seguir y seguir. También lo sé todo de Maud, está en Facebook.

Nunca me olvidaré del momento en el que por fin me percaté de que somos imágenes especulares el uno del otro. Y sin embargo..., cuántos meses, cuánto tiempo desperdiciado.

—¿Qué más sabes de mí? —me preguntaste.

—Conozco la ropa que llevas, conozco el color de todas y cada una de las corbatas que tienes. Sé que te pones los calcetines después, no antes, de ponerte los pantalones, hasta sé que a veces usas ballenas para el cuello de la camisa, que te abrochas la camisa desde arriba, y sé que quiero saber de ti el resto de mi vida. Quiero verte desnudo cada noche. Quiero verte cepillarte los dientes, quiero mirar cómo te afeitas, quiero ser quien te afeite cuando no quieras afeitarte, quiero estar en la ducha contigo, quiero ponerte crema en las rodillas, en los brazos, en el interior de los muslos, en los pies, en los delicados deditos de los pies. Quiero mirarte mientras lees, quiero leer para ti, quiero ir al cine contigo, quiero cocinar contigo y acurrucarme y ver la tele contigo, y si no te gusta la música de cámara cancelaré mi suscripción y veré películas de acción contigo si eso es lo que te gusta. Quiero estar tumbado desnudo a tu lado. Lo único que quiero es estar contigo, ser como tú...

No me dejaste terminar.

—Quiero llamarte hoy por la noche.

Tus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Si hubieras dicho «Esta noche follamos» no me habría quedado más anonadado.

—Pondré el teléfono en silencio —dije.

—Yo también.

Me soltaste la mano y pusiste la tuya en mi rodilla.

—Pensándolo mejor, no creo que te llame esta noche —dijiste.

—¿Por qué?

—Está feo. No quiero que sufra nadie.

Un momento de silencio amenaza con eliminar todo lo que acaba de pasar entre nosotros y parece hacernos retroceder hasta donde estábamos la semana pasada, el mes pasado, el año pasado. Tenía que decir algo.

—No quiero que esta tarde se quede en nada —dije—. No quiero perderte.

Y como si aquello pudiera impedir que cambiases de opinión, saqué el móvil y te enseñé mi foto con doce años.

—Éste es quien te habla ahora mismo. Sincero, caliente, muy asustado.

Miraste la foto y asentiste y supe que habías entendido que estaba intentando construir a la desesperada el más endeble de los puentes flotantes entre nosotros.

—¿Pensarás en mí esta noche? —preguntaste.

Solté una risita para demostrar que no había forma de que no lo hiciera.

—¿Y tú? —pregunté.

—Todavía no lo sé —esto me confundió—. Era broma, Pauly, era broma. ¿Tenis mañana?

—Quizá llueva —respondí—, pero sabes que vendré. Sabes que te esperaré. Y sabes por qué.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

No me pude resistir. Te toqué la cara con la mano y fue mejor que en mi sueño; esta vez no sonreíste, ni te apoyaste contra la palma. Ahuecaste tu mano sobre la mía y dejaste nuestras manos allí juntas.

—Tengo tantas cosas que decirte.

—Yo también.

Cuando llego a casa, entro en internet para buscar otra vez tus fotos. Me quedo mirándote fijamente a la cara. Sonríes apenas, quizá a mí. Quiero cerrar la página, pero no puedo dejar de mirarte. Sólo quiero mirarte, acariciarte la cara, quiero esa cara en mi casa, en mi oficina, en mi vida. Te deseo tanto que de repente me atenaza el peor temor: mañana por la mañana no aparecerás. Estaré ahí, esperando, y no vendrás. Te esperaré y te seguiré esperando, aunque llegues dos, tres, cuatro horas tarde, te esperaré por la tarde y por la noche también, digamos que no dejaré de esperarte. No sé por qué esperaré o de qué desconfío y a qué le temo tanto.

Durante toda la cena en casa de Pamela, sigo pensando en tu voz y en que no puedo evocarla nunca con el pensamiento. Todos hablan en la mesa, bebemos mucho y, cuando acaricio la pulsera del reloj por debajo de la mesa, me gusta imaginarme que lo que sostengo es tu muñeca, no la mía, y si no es tu muñeca por debajo de la mesa, entonces es tu mano la que me empuña con suavidad la muñeca y, cuanto más me la toco, más me gusta pensar que es tu mano apretándome la polla. Me hace feliz. Y me hace desgraciado. A la cuarta copa de vino, empiezo a ser consciente de que me está costando contenerme para no contárselo a todos los de la cena. «Soy más afortunado que todos los que estáis sentados aquí esta noche, estoy enamorado, desesperadamente

enamorado. Es una agonía total y ninguno de vosotros me sirve de ayuda porque, a juzgar por vuestra cara, ninguno sabe nada del amor y, francamente, yo tampoco hasta ahora».

Me quedo callado, pero si aparecieras en nuestra cena como Jesús resucitado y dijeras «Ven, camina conmigo, Pauly», me levantaría, dejaría la servilleta sobre la silla, dejaría la copa de vino todavía llena y me disculparía con Maud de la manera más superficial y con los demás invitados antes de que me raptaras. Si tengo que pagar con mi vida para escucharte decir «Ven, camina conmigo, Pauly», lo haré.

Pero no apareces. Y, aunque te aprieto la muñeca, no consigo que te quedes. Se me borra la sonrisa, dejo de hablar, dejo de ser el señor Alegre Palabrería. Y soy el hombre más infeliz del mundo, más cuando ninguno de los que están en esta mesa tiene la menor idea de lo que me desgarran por dentro. Sin embargo, si todos los que estamos en esta misma mesa fuésemos una isla arrasada por el monzón, con los cocoteros doblegándose ante el vendaval hasta que la desesperanza los derriba y los oyes estrellarse y los cocos marchitos, duros, apedrear el suelo, seguiríamos con nuestra alegría y andaríamos con un trote cadencioso de camino a la oficina todas las mañanas, porque esperaríamos que la voz de alguien nos arrancase de cuajo de nuestras vidas desoladas y llenas de desasosiego y nos dijera: «Sígueme, hermano. Sígueme, hermana».

Miro a Pamela a mi derecha y a Nadja a mi izquierda. Maud está hablando con el hombre a su derecha. ¿Estarán todas buscando a alguien que se las lleve y las salve de sí mismas? Y ahí está Duncan envejeciendo, y Diego, y Claire, que como siempre nunca se ríe de nada de lo que digo y parece estar conteniéndose para no decirme lo imbécil que cree que soy. ¿Estará Claire también esperando a que entre alguien en su vida y le diga «Sígueme, Claire, tú sígueme»?

De pronto, me doy cuenta de que hoy sí que me has pedido que te siga, que me has sujetado la mano cuando te toqué la mejilla, que lo que me da más miedo que ir a la pista de tenis mañana y no encontrarte es encontrarte esperándome solo a mí, sólo a mí, Manfred. Estarás sentado bajo el toldo, sosteniendo dos raquetas entre las rodillas y, al verme, dirás: «Hoy las pistas están mojadas, han dicho que quizá nieve esta noche», que es lo que habría dicho yo si hubiese hablado primero, y sería mi manera, y seguramente también la tuya, de decir que tenemos el día entero para nosotros y la noche también, ven, vive conmigo.

Amor estelar

Hacía mil años que no veía a Chloe. Nos encontramos en una fiesta en el Lower East Side y éramos los dos raros sin pareja en una habitación llena de gente que había seguido en contacto desde la universidad y cuyos niños pequeños empezaban a ir a las mismas guarderías. Era sólo cuestión de tiempo que nos encontrásemos. Nos reímos un poco de nosotros mismos.

—¿Sigues libre?

—Sigo libre.

Luego nos reímos de algunos invitados que no habían cambiado o, como dijo ella, mejorado, desde el último curso de la universidad, nos reímos con una pareja mayor que nosotros que, al vernos hablar fuera del dormitorio principal, nos preguntaron si los gemelos que dormían dentro eran nuestros, y al final me pareció raro que ninguno de los dos estuviese deseando quedarse mucho más en una fiesta a la que habíamos ido a falta de nada mejor que hacer aquel viernes por la noche. Fue la conversación alegre y animada lo que me dio ganas de quedarme y rodear a Chloe con el brazo, el motivo por el que la esperé y no me fui hasta que ella se marchó, pero luego nos quedamos hasta que se acabó la fiesta a eso de las dos de la madrugada y terminé acompañándola a su casa, a seis o siete calles de distancia. Dijo que le parecía increíble haberse quedado tanto tiempo. Cuando le pregunté por qué no se había marchado, me miró con una sonrisa de suficiencia como diciendo «Por lo mismo que tú». No discutí ni me hice el duro ni intenté inventarme alguna razón rocambolesca para fingir que no la había entendido. No insistió más. Lo único que preguntó cuando llegamos a su edificio y nos quedamos allí al relente fue que cuánto iba a tardar en preguntarle si podía subir porque, por si lo estaba pensando, la respuesta era sí.

Franca, brusca y concisa, como el zarpazo de un gato retozón.

Apenas había abierto la puerta de entrada del edificio, le agarré la cara con las manos y la besé. Me había olvidado de cómo era el tacto de su boca, su lengua, sus dientes. Recuerdo que me fijé en sus labios firmes y oscuros y en la adusta curva ascendente, que en nuestros años universitarios sugerían mal genio pero que ahora eran indicios de que se había vuelto una mujer mucho más mansa, menos abrumadora. Nos besamos y nos desnudamos junto a un canapé que había debajo del mirador que daba a la calle vacía y cubierta de nieve. Sirvió vino en dos copas iridiscentes que habían sido de sus padres antes de que se mudaran a Florida. Un gran ventilador negro apoyado en el alféizar de

la ventana nos miraba fijamente, como un cuervo desconcertado que no hubiese visto nunca a dos personas arrancarse la ropa la una a la otra.

—Mírame —me suplicó en la cama—. Mírame a los ojos y no me sueltes.

Al principio, no supe qué significaba «Quédate conmigo, tú quédate conmigo», lo dijo entre jadeos, con la sensualidad herida de una tórtola que sólo quisiera que le acariciasen la coronilla una y otra vez con movimientos suaves y reconfortantes.

—Sí, mírame así, así, y mírame cuando te corras, quiero verlo en tus ojos —dijo mientras me perforaba con una mirada que me demostró que el sexo sin mirarse a los ojos era tan mezquino como el amor sin pesar o el placer sin vergüenza. Le dije que yo también quería verlo en los suyos. Nunca antes había sido así con nadie.

Esa misma noche, más tarde, no pude contenerme y le pregunté cómo había sabido que quería irme de la fiesta con ella.

—Fácil —contestó—: Porque esperaba que quisieras. Tú y yo siempre pensamos en rutas paralelas. Además...

—¿Además?

—Además, se te notaba a la legua.

Era justo lo que recordaba que me gustaba de ella: sus réplicas de oscura malicia y esa insinuación permanente de peligro que nunca estaba fuera de lugar, además de los desaires hirientes que retiraba enseguida y remataba con una disculpa apresurada que te convencía porque era justo lo que estabas deseando oír y te conquistaba y expresaba tus ideas como si te leyese la mente. Me gustaban las pullas que te clavaba sin andarse con rodeos, apuntando directamente a la penosa verdad que había visto que escondías y que sabía exactamente dónde encontrar, aunque asegurases que no te acordabas, porque es donde la habría escondido ella. Al final tuve que decirle:

—Sabes que el último año de la universidad estaba loco por ti, ¿verdad?

—No es cierto —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque yo sí lo estaba.

—¿Y ahora me lo dices?

—Ahora te lo digo.

Ahí estaba otra vez: la pícara burla enlazada con la confesión herida de la muchacha que en la universidad me había tenido siempre en ascuas.

En aquella época me turbaba hasta su sonrisa. Parecía una velada insinuación que apenas se vislumbrara detrás de un sarcástico «Ni se te ocurra».

Aquella noche me fue devuelto al fin el sueño al que había renunciado tantos años atrás, como un libro prestado que me llegara tras muchos rodeos y reexpediciones fallidas. Quizá sin saberlo habíamos esperado volver atrás las agujas del reloj.

Tomamos un desayuno improvisado en una vieja mesa de comedor que Chloe había traído del apartamento de sus padres de Peter Cooper Village, en el Lower Manhattan; volvimos a hacer el amor y luego, sin ducharnos, paseamos por el West Village y el Lower East Side hasta el sábado a primera hora de la noche. Pasamos dos noches juntos, tomamos café y pastelitos en la calle MacDougal y cenamos dos veces en la calle Rivington, frente a su casa, en un restaurante pequeño llamado Bologna; le caímos bien al camarero y nos puso un segundo Chianti a cuenta de la casa. Desde el otro lado de la mesa, le cogí las dos manos y le dije que la espera había valido la pena. Sí, dijo.

Después, sin darme ninguna explicación, no me devolvió las llamadas y desapareció.

—Pasé página —me dijo cuando nos encontramos en una fiesta cuatro años después en el mismo apartamento del Lower East Side, a la que una vez más nos habíamos dejado arrastrar a falta de nada mejor que hacer aquella noche.

Las cosas se agrían, dijo, a ella le solía pasar, además odiaba las secuelas, los *post mortem*, los días mustios en los que uno de los dos se vuelve demasiado reservado y el otro no.

¿Cómo podía hablar de días mustios si ni siquiera habían florecido?

—Aquello... —se corrigió—: Aquel viernes por la noche fue nuestro. El sábado fue pasable. El domingo fue un error.

Así que, cuatro años después, se acordaba del día exacto y de lo que habíamos hecho.

—Pero ¿y aquel viernes por la noche? —pregunté.

Era obvio que quería oír más cosas sobre esa noche en concreto, porque sabía que ella tendría algo bueno que decir.

No le hizo falta pensar la respuesta.

—El viernes por la noche estaba previsto que sucediera desde la semana de orientación de primero de carrera, por si te interesa saberlo.

—Me interesa —dije—. No tenía ni idea.

—¡No me digas!

Pero la oleada de ironía en su voz, junto con la pulla implícita, me inundó, y entendí que llevaba años guardando un rencor silencioso o algo rayano en ese perdón amargo que nunca encuentra la paz y termina cristalizando en un cálculo biliar.

—Ojalá lo hubiese sabido —dije.

—Ahora lo sabes.

Seguía con sus bromas festivas y vivaces, y me di cuenta de que ya estaba intentando desclavarme el cuchillo que había hundido en mí quizá por accidente. Intenté responder de manera ingeniosa y rápida con voz burlona, cantarina, frívola, pero nada de lo que yo pudiera decir desharía o al menos reescribiría el pasado.

—Además —añadió por último, como si aquella justificación fuese a aclarar las cosas de una vez por todas—, tú mismo empezaste a echarte atrás aquel fin de semana. Puede que sólo estuviésemos pagando una multa con mucho retraso.

—Para mí no era una multa —dije.

—Bueno, para mí tampoco, pero no me iba a esperar ahí sentada a que las cosas me explotaran en la cara —la miré sorprendido—. No es que fueras el señor don Comunicativo precisamente. Empezaste a ponerte hosco y de mal humor. Sé distinguir el momento en que un hombre empieza a resoplar y a dar vueltas un sábado por la tarde y comienza a deprimirse de forma patente y pide espacio a gritos como si hubiera infringido un permiso secreto ya expirado. Estoy segura de que a una parte de ti no le dio tanta pena que se terminara la cosa.

Entonces, después de volver las tornas contra mí, se las arregló para pillarme desprevenido al volverlas contra sí misma:

—Quizá no lo hice por ti. O no era lo que esperabas o no te bastó. O quizá querías a otra persona, otra cosa. No terminamos de cuajar. He pasado por eso tantas veces que veo los obstáculos antes de que se presenten. Como ya te he dicho, fuimos geniales para un viernes por la noche, sin hacer preguntas.

—Bueno, quizá el viernes mismo fuese un error —dije, impaciente por aportar mi propio clavo al ataúd, ya que era lo que ella quería.

—No, no fue un error para nada —me corrigió—. Pero no iba a ninguna parte. Sólo nos estábamos poniendo al día.

—Quizá no había nada de lo que ponerse al día.

—Tal vez. Eso explicaría por qué siempre nos hemos acobardado —la miré sin decir nada—. Es verdad, teníamos miedo.

—¿Teníamos?

—Vale, yo tenía miedo —se corrigió.

Como un viejo matrimonio que recuerda sus primeras citas para avivar las brasas del fuego moribundo de su amor, intentábamos, aunque sin conseguirlo, recuperar la levedad y la alegría de volver a vernos después de tanto tiempo.

Le dije que me acordaba de una noche en particular.

—¿Qué noche?

Pero yo sabía que la recordaba. Un día antes de las vacaciones de Navidad del último año, mientras volvíamos andando de la biblioteca con un montón de libros cada uno, ella se paró, se sentó en un banco helado y me pidió que me sentara a su lado. Yo no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza, pero sentí que llevaba esperando a que ocurriera mucho tiempo y que por fin había llegado el momento. Me puse nervioso, pero me senté. Me acuerdo de sus palabras exactas:

—Quiero que me beses.

No me dio tiempo a reaccionar ni a prepararme, me besó en plena boca y buscó mi lengua con la suya.

—Quiero tu saliva —dijo luego.

La besé apasionadamente como ella me besaba a mí, con más pasión al final, porque me dejé llevar y no tuve tiempo de pensar y me hizo feliz no pensar. No dejaba de pensar «Quiere mi saliva».

La acompañé hasta su habitación de la residencia, abrió la puerta, me dijo que sus compañeras estaban durmiendo y, antes de que me diera cuenta, nos estábamos besando otra vez con brusquedad en el pasillo. Se había acostado con todos mis conocidos, aunque había pasado más tiempo conmigo que con todos ellos juntos. No me soltó la mano y me metió en la habitación. La besé en el sofá y cuando ya estaba metiéndole la mano por debajo del jersey y podía olerle la piel de la clavícula, sin previo aviso, algo cambió. Quizá fuera una luz en el baño o una risa apagada en el cuarto, o quizá hice algo mal o no superé alguna prueba, pero noté que se estaba poniendo tensa.

—Quizá sería mejor que fueras pensando en irte antes de que se despierten —dijo entonces, como si lo que estábamos a punto de hacer

nos fuese a molestar a nosotros o a las demás, estuvieran dormidas o no.

Pero no dije nada. Salí del edificio, crucé el claustro vacío y volví a la biblioteca bajo las luces relucientes de Navidad del campus, intentando entender pero sin conseguirlo qué le habría hecho cambiar de opinión tan de repente.

Al día siguiente, nos fuimos a pasar las vacaciones de Navidad cada uno por nuestro lado. Un mes después, al volver, nos comportamos como dos desconocidos. Nos evitábamos en todas partes. Así estuvimos otro mes.

—En aquella época eras un triste —dijo.

Su burla no me molestó. Me gustaba que se burlase de mí. Los años en el mundo real me habían despojado de parte de mi indecisión, de mis miedos, las barreras habían caído, los riesgos no me preocupaban: si me quemaba, me quemaba.

No le dije que había tardado más de seis meses en superar nuestras dos noches de hacía cuatro años.

Nos dimos las direcciones de correo electrónico, los dos éramos más que conscientes de que en realidad ninguno tenía la intención de escribir ni siquiera una línea, pero no nos fuimos de la fiesta. Terminé acompañándola a su casa. Las mismas seis o siete calles de distancia, la misma entrada fría del edificio sin ascensor de la calle Rivington cubierta de nieve, la misma vacilación en su recibidor a altas horas de la madrugada. Lo que me sorprendió más que repetir los mismos gestos de la vez anterior fue la implacable facilidad con que una cosa había llevado a la otra, como si mi indecisión y la suya estuvieran ensayadas en beneficio de un observador que nos hubiese seguido para recordarnos que, según el viejo dicho, una persona cuerda no debería pretender bañarse dos veces en el mismo río.

Su casa estaba igual. Era el mismo estudio con demasiada calefacción, el mismo olor a arenero de gato escondido, el mismo sonido metálico de la puerta de entrada al cerrarse, el mismo viejo ventilador negro y tembloroso encaramado en el antepecho de la ventana como un cuervo disecado al que una vez bauticé como Nunca Jamás. Cuando me vio en la cocina con la bufanda y el gorro de lana todavía puestos, me dijo:

—Quédate esta noche.

Hacía el amor exactamente igual, me dijo que había estado esperando que me quedase hasta tarde en la fiesta, pero que no quería que se le notara por si yo no ponía nada de mi parte, que era más o menos lo que me había dicho la primera noche que pasamos juntos. Aunque sabía que el sábado por la tarde ya se habría terminado todo, me dejé llevar como la otra vez.

—Mírame. Mírame y háblame, habla, te lo ruego —dijo, y todo lo que yo era y todo lo que podía ofrecer ya era suyo y podía zampárselo de un bocado si quería o tirar a la basura si así lo prefería.

—Me encanta cómo hacemos el amor... Entre todos los hombres que he conocido, estás tú. Me gusta lo que a ti te gusta.

Y le encantaba mi olor y me quería así todos los días y todas las noches y todas las mañanas de su vida. Me gustó mucho que me hablara así. Me levanté, la cogí en brazos y la senté en la mesa de la cocina.

—Vamos a bautizar la mesa —dije.

—Entre todos los hombres que he conocido, estás tú —repitió.

—Ha sido el destino —dije cuando acabamos.

—Ha sido bonito —contestó, como si quisiera darle a las cosas su justa medida, como diciendo «No nos pasemos». Luego, al darse cuenta de que a lo mejor me había dado una puñalada sin querer, añadió—: No has cambiado nada.

—Tú tampoco.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—Lo he pasado muy mal desde la última vez —dijo, mientras nos acurrucábamos desnudos en el mismo viejo sofá.

Me gustó cómo dijo «la última vez».

—No lo parece —dije.

—Créeme, es verdad.

¿Significaba aquello que había menos posibilidades de que saliera huyendo, que era más vulnerable, más dócil, que estaba ansiosa por quedarse, que le habían hecho mucho daño? Demasiadas preguntas.

—Tengo novio —dijo.

—¿Serio?

—Bastante.

No me molesté en preguntar en qué posición nos dejaba aquello. No había nosotros. Cuando hice ademán de vestirme a la mañana siguiente, dijo que no tenía que irme todavía. Su «todavía», casi un lapsus

freudiano, me indicó que era sólo cuestión de tiempo que me recordara que ya iba siendo hora de que me fuera.

Hablamos mientras desayunábamos desnudos. Sí, seguía haciendo yoga todas las mañanas. Sí, yo seguía yendo a jugar al tenis antes de ir a trabajar. No, no había conocido a nadie.

—Bueno, yo tampoco —dijo, quitándole importancia al novio.

Miré la habitación, le dije que había reconocido la mesa de la cocina.

—Te acuerdas —dijo, sorprendida de que esa cosa llamada tiempo, después de todo, hubiese pasado.

Se acercó a mi lado de la mesa, yo me estaba comiendo un panecillo y, cuando vio que se me ponía dura, se sentó a horcajadas en mi regazo encarándome y rodeándome los muslos con sus muslos desnudos. Me encantó cómo lo hizo.

—Siempre nos he imaginado así: tú, yo y un panecillo —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, sin pensar que me tocaba repetir lo que ella acababa de decir.

—Haces que me guste quién soy y lo que quiero.

—¿Otros no?

—No como tú.

—¿Y él?

—¿Él?

Terminé por preguntarle si le gustábamos nosotros.

—Desde siempre, este nosotros mezquino, echado a pique —añadió.

Y allí estaban sus labios pintados de oscuro como un hematoma y allí estaban sus ojos que me perforaban y me daban ganas de rajarme con un cuchillo de cocina y poner mi corazón en la mesa de sus padres para que viera cómo aquel organito temblaba y se agitaba cuando me decía aquellas cosas tan íntimas. Seguíamos desnudos y me excitaba que nos habláramos con tanta sinceridad, aunque ninguno de los dos se dejaba engañar por los besos apasionados ni por lo que hacíamos con el resto del cuerpo. Era una charla sincera de despedida y hasta cuando me agarró la polla y se incorporó un poco y se la metió dentro supe que el contador estaba corriendo.

—No cierres los ojos, por favor, no cierres los ojos. Y hazme daño si quieres, no me importa, no me importa —me imploró.

Luego, después de que me vistiera, me preguntó mientras nos abrazábamos en la puerta:

—No vas a ser un triste otra vez, ¿verdad?

—No seré un triste —contesté.

Reconocí la escalera. Recuerdo que pensé que todo lo nuestro había vuelto al mismo sitio, que pasar la noche juntos no había cambiado nada ni resuelto nada; a pesar de los años y de los amantes que había tenido desde la universidad, no era menos vulnerable ni más fuerte de lo que había sido aquella lejana noche de invierno de febrero del último curso, cuando nos liamos y terminamos desplomándonos y durmiendo en el mismo sofá, después de dos noches en vela traduciendo a Orwell al griego para nuestro trabajo conjunto de fin de carrera. El tiempo, en lo que respectaba a nosotros, no había alterado nada.

Cuando llegué a la puerta del edificio y puse un pie en la acera, lo único que cambió fue que no me fui derecho a la tienda de enfrente a comprar tabaco. Había dejado de fumar otra vez. En una ocasión se había quejado de que todo lo mío apestaba a tabaco. Quería que supiera que había hecho borrón y cuenta nueva y lo había superado. Pero me había olvidado de contárselo; ahora ya no tenía sentido.

No nos vimos después de aquel fin de semana, pero nos mandábamos correos de manera incesante. Yo intentaba demostrarle que ya había aprendido a guardar las distancias —si era eso lo que ella quería—, que no me entrometería nunca en su vida y que seguiría siendo el mismo amigo que se mantiene al margen y no tiene que fingir que es sólo un amigo. Se podía transformar en algo más si ella quería o se podía desmontar fácilmente, como la ropa sin vender de un escaparate que se amontona en una pila y al final se despacha a los *outlets* y a los sobrevivientes de huracanes. Amistad en depósito, la llamaba yo. Amistad por si acaso, replicaba ella.

Sin embargo, por correo electrónico éramos amantes, como si una fiebre nos corriese por las venas. En cuanto veía su nombre en la pantalla, era incapaz de pensar en otra cosa, en otra persona. No tenía sentido fingir que podía esperar; dejaba lo que fuera que estuviera haciendo, cerraba la puerta si estaba en la oficina, silenciaba el resto del mundo y pensaba en ella, sólo en ella, casi decía su nombre en voz alta, a veces me sorprendía cuando de la boca me brotaban una palabra o dos antes de que pudiese impedirlo, palabras que le repetía a ella al pie de la letra por correo, con la esperanza de que volarían hasta su pantalla y la conmocionarían como un potente medicamento ultramoderno que hiciese efecto instantáneo en una de las cavidades diminutas del corazón sin afectar a las otras tres. Más que correos, intercambiábamos jadeos. Palabras que me emocionaban todavía más

cuando las transcribía desde mi cuerpo al teclado y que arrancaba de mí como dardos mojados en sangre, semen y vino. Quería que mis palabras estallaran en ella como las suyas estallaban en mí, como bombas enterradas detonadas a distancia cuando estábamos menos protegidos.

Aquella noche, en casa, volvería a leer sus correos del día, estudiaría con detenimiento sus palabras hasta que me excitara, porque lo que me estremecía más que sus palabras en sí era saber que tendría que revelar mi excitación tal como la sentía en las tripas y en la entrepierna. Buscaría en el pensamiento esa secuencia de palabras como un perro que olisquea un hueso y, cuando lo encuentra o cree haberlo encontrado, se estremece de alegría, aunque el hueso lo hayan tirado sin querer. Sólo con pensar en ella aquel viernes por la noche después de la fiesta, cuando dijo que nunca se olvidaría de lo que nos gustaba hacer en la cama —entre todos los hombres que he conocido, estás tú—, me daban ganas de gritar que nada en la vida era más importante para mí en ese momento que escucharla decir «Mírame mientras te corres». Le dije que eso era lo que había significado para mí hacer el amor con ella: no sólo que me conociera como si estuviera dentro de mi pensamiento y que el hecho de que alguien me conociera así era justo lo que me resultaba tan excitante cada vez que pensaba en nuestros cuerpos juntos, sino que cuando nos mirábamos fijamente el uno al otro como ella quería, y me había enseñado a querer, éramos una sola vida, una voz, un algo grande e intemporal dividido en dos partes sin sentido llamadas personas. Dos árboles que la naturaleza, el deseo, el tiempo mismo habían injertado uno en el otro.

El correo electrónico nos hace eso. Confesamos más y nos censuramos menos, porque se nos escapa lo que decimos y en realidad no cuenta, como las palabras ardientes que pronunciamos durante el sexo, que se dicen a corazón abierto y sin doblez. «Eres mi vida», le escribí una vez. «Lo sé», contestó. «¿De verdad?». «Sí. ¿Por qué crees si no que me paso el día escribiéndote?». Así que le dije que, cuando estaba solo por la noche, con sólo pensar en ser *como un panecillo* cuando se me sentó encima en la mesa de sus padres me la ponía durísima.

Un suero desconocido fluía entre nosotros por internet. Por correo electrónico, existía un nosotros.

Pero el correo también era nuestra pesadilla. «No puedo seguir escribiéndote. Me arruina las demás cosas que tengo», escribí. «¿Y por qué tendría que detenerme eso?», pensé. Quería que se le arruinara todo lo demás. Quería que se le ensuciara, dañara, desmembrara. Le molestó que me pasara de la raya y me desparramase por su vida privada. A mí me molestó que ella se resistiera a desparramarse por la mía. En cuestión de minutos, después de la intensa excitación, una palabra desacertada o un tono que no estaba del todo en consonancia con el del otro estalló de pronto entre nosotros y deshizo el hechizo. Había una especie de desprecio implícito en sus palabras o de sorna en las mías, ninguno de los dos era capaz de contener la bilis ni de aplacar

la bilis del otro. Tardaríamos días en recuperar los trémulos indicios del deseo. «¿Lo ves?, estoy siendo buena», escribió, plenamente consciente de la ironía fugaz que había en sus palabras. No me gustaba su tono ácido o cáustico. Mataba la pasión de la única noche de la que no quería olvidarme.

Hicimos las paces semanas después, pero teníamos magulladuras por todas partes. Intentamos alimentar el fuego con humor, probamos con pases en diagonal y disculpas implícitas, pero nos dimos cuenta de que las ascuas se estaban apagando. Llevábamos funcionando con el motor auxiliar todo aquel tiempo, intentando alcanzar algo que era probable que no hubiese existido nunca o que estuviese bloqueado, sin más, en todas partes menos en alguna cripta mítica que nos habíamos inventado. Esto se tendría que haber terminado hace semanas, escribió. Esto no debería haber empezado nunca, contesté. No ha empezado nunca, replicó. No tenía ni la más mínima posibilidad, ¿verdad? ¡No! Eso pensaba.

En su boca la verdad no necesitaba revestirse de terciopelo. Soltaba dagas dentadas. Aprendí a hablar del mismo modo.

Después de tres estallidos así, dejamos de escribirnos. Ninguno de los dos quiso retomar la correspondencia y, si quisimos, no supimos cómo sortear los altercados inevitables que nos esperaban. Las disculpas parecían irrisorias, la franqueza superficial. Lo dejamos pasar.

—Sabía que me encontraría aquí contigo —dijo cuando nos vimos cuatro años después en la presentación de un libro en Park Avenue.

Parecía extasiada por haberse topado conmigo y, al ver que no lo escondía, yo también demostré alegría. Estaba con su autor.

—¿Dónde está? —pregunté.

Señaló a un hombre de cuarenta y pocos que parecía más bien una estrella de cine. Conversaba con tres mujeres.

—Parece muy elegante y no parece ser un triste —dije, dejando caer una palabra antigua para que viera que no me había olvidado.

—Sí, y vanidoso, ni te lo imaginas —replicó, mientras chorreaba sarcasmo por todos los rasgos de la cara.

Habíamos vuelto a la normalidad, como si hubiésemos desayunado juntos aquella misma mañana y cenado la noche antes. La fiesta de presentación duraba de seis a ocho.

—¿Te vas a quedar hasta el final? —me preguntó.

—Sólo si te quedas tú.

Nos reímos.

—¿Él y tú estáis...? —no terminé la pregunta.

—Estás loco —contestó.

Lo único que tenía que hacer era librarse de su autor a las ocho y se podría ir.

—¿Es buen escritor? —pregunté.

—¿Entre tú y yo?

Con eso estaba dicho todo. Estaba en plena forma, chispeante y más vivaracha que nunca y me encantó. Le pregunté si aquel restaurante frente a su casa seguía allí.

—¿El italiano con el camarero simpático?

—Sí.

—El Bologna.

¿Por qué había fingido que se me había olvidado el nombre?

—Sí, creo que sí. Pero yo ya no vivo en el centro.

—¿Dónde vives ahora?

—Pasada la avenida Lexington —dijo—, a unas pocas calles de aquí.

—¿Hay algún sitio bueno cerca para cenar?

—¿Ésa es tu manera de pedirme que vayamos a cenar?

—Sí, lo es —le contesté.

—Hay muchos, pero puedo preparar algo en un momento —dijo que su autor le había regalado una caja de un burdeos estupendo—, así que quédate.

Me quedé.

Los años no nos habían cambiado. Fuimos andando hasta su casa. Cocinó algo rápido usando una botella ya abierta del mismo tinto que tomamos con la ternera, lo que era un crimen, dijo. Luego nos sentamos en el mismo sofá. El mismo gato. Las mismas copas de vino, la misma mesa que había heredado de sus padres.

—Vivían en Peter Cooper Village, ¿verdad? —pregunté.

—En Peter Cooper Village —repitió, para hacerme ver que se acordaba de que me acordaba y que ya no le impresionaba.

¿Se había muerto alguien? ¡Qué pregunta! No, no se había muerto nadie. ¿Y aquel gran ventilador negro que parecía un cuervo indignado cazado, vaciado y disecado sin estar muerto del todo? Tuve que tirarlo.

—¿Y el último novio, bueno, *novioz*? —Me corregí.

—Ninguno digno de mención.

—¿Qué más novedades hay? —pregunté.

Ella sonrió, yo sonreí.

—¿Entre nosotros, quieres decir?

Cómo me gustaba la forma en que señalaba el sentido tácito de unas palabras que yo no siempre me atrevía a pronunciar.

—Sigo siendo la misma, ¿y tú? —preguntó, como si estuviese hablándome de un viejo conocido que no estaba segura de que recordase yo.

—No he cambiado nada —contesté—, nunca he cambiado, nunca cambiaré.

—Eso pensé —dijo.

—Y no me refiero a mi aspecto.

—Ya sé a qué te refieres.

Nuestras sonrisas torpes e indecisas dijeron el resto. Ella estaba de pie al lado de la puerta de la cocina con una copa de vino en la mano. Al final me rendí, quise rendirme enseguida. Sentí un placer erótico, casi indecente y precipitado, al besarla sin esperar el momento perfecto. Me besó con la misma pasión, quizá porque era más fácil besar que hablar. Quería decirle que llevaba años esperando aquello, que no podría resistir otros cuatro más si ésta iba a ser nuestra última vez. Nos sentíamos demasiado felices para hablar.

Dos días. Después discutimos. El sábado por la noche quise ir al cine; ella prefería ir el domingo por la tarde. Dijo que los cines están demasiado llenos los sábados. Pero por eso me gustaba ir los sábados por la noche. Me gustaban las multitudes. Los domingos por la tarde son deprimentes. Además, odiaba salir del cine cuando el domingo encapotado y crepuscular avanzaba tambaleándose hacia su muerte

inevitable. Ninguno de los dos cedió. Habría sido tan fácil rendirse, pero no lo hicimos, y cuanto más nos cerramos en banda, más difícil fue ceder. Aquella noche, para demostrar que tenía razón, me fui al cine solo, luego volví a mi casa y no la llamé. Al día siguiente, ella fue a ver la misma película y no me llamó. Las explicaciones apresuradas que nos dimos el lunes por la mañana por correo no duraron ni dos minutos. Luego, apagón de correos.

Cuando volvimos a hablar, ninguno se acordaba de la película por la que habíamos discutido aquel fin de semana remoto de hacía cuatro años. Nos reímos. Era obvio que teníamos problemas, dije, en un intento de restarle importancia al episodio y minimizar lo absurdo de nuestro comportamiento, mi comportamiento, corregí. Se le ocurrían palabras mejores que «problemas». ¿Estupidez? Totalmente. ¿Tuya o mía?, pregunté, intentando una vez más darle un efecto de malicia a nuestra conversación, al mismo tiempo que le dejaba a ella disparar el primer tiro.

—Tuya, por supuesto —después de haberse marcado el tanto, dijo—: Aunque quizá mía también. O quizá sea sólo nuestra habitual tormenta en un vaso de agua.

La habitación del apartamento del Upper West Side estaba atestada de gente y había muchísimo ruido. Quería presentarme a su marido, que estaba en otra habitación igual de abarrotada.

—¿Y tú? —preguntó, lo que estaba claro que significaba que si había venido con alguien.

—Estoy con Manfred.

—¿Está aquí también?

Ella sonrió, yo sonreí. Luego nos miramos y, gracias al silencio educado que planeó entre nosotros, soltamos la carcajada. No era mi vida con Manfred lo que nos hizo reír, aunque quizá la risa fuese un modo tan bueno como otro cualquiera de poner las cartas sobre la mesa. Nos reímos porque era obvio que los dos habíamos estado pendientes de la vida del otro desde lejos. Yo sabía que tenía marido, ella sabía de la existencia de Manfred. Quizá nos reímos simplemente por la facilidad con la que podíamos estar en buenos términos aquella noche, después del modo en que nos habíamos separado la última vez.

—Sabía que nos encontraríamos aquí —dijo.

—¿Cómo?

—Les pedí que te invitaran —nos reímos—. Pero seguramente ya te habías imaginado que yo estaba detrás de la invitación y ése es el motivo por el que has venido.

Otra vez conocía mis pensamientos y me encantó.

—¿Qué tal va? —Yo sabía exactamente a qué se refería, pero, al ver que parecía que no me enteraba de nada, añadió—: Con Manfred, digo.

—Normal. Doméstico. Los domingos doblamos la colada. ¿Y con tu marido? —pregunté mientras nos abríamos paso entre la gente.

—Es de esa clase de hombres con los que siempre termino: engreído, tempestuoso y cuando estamos solos es un triste insufrible. He llegado a la conclusión de que todos los hombres son unos tristes, ¿o no lo sabías?

—Siempre he sido un triste. Desde el último año de universidad —dije, intentando suavizar la pulla que me había lanzado.

—Desde siempre —me corrigió—. En realidad mi marido es demasiado macho para ser un triste en público —miró hacia donde estaba su marido—. No ha sido fácil.

Sentí que se avecinaba algo inquietante.

—No me has preguntado... —dijo, como si no supiera cómo continuar.

—Pero... —agregué, animándola a seguir con la palabra que obviamente le faltaba.

—Pero te lo voy a contar igual, porque eres el único en todo este mundo de mierda que lo entenderá. Quizá sí lo quiera, pero nunca he estado enamorada de él, ni una vez, nunca.

—Entonces tienes el matrimonio perfecto —dije.

Lo dije para que el tono de nuestra conversación siguiese siendo liviano y frívolo. Quizá no quería oír nada más o no quería que me azuzara ni me segara la hierba bajo los pies, pero ignoró mi comentario.

—No seas cruel —espetó—. Te lo cuento porque tú y yo somos justo lo contrario. Seguiremos enamorados hasta que se nos pudra todo, los dientes, las uñas, el pelo. Lo que por supuesto no significa nada, porque no hemos sobrevivido ni a un fin de semana juntos.

—Y esto me lo cuentas porque...

Me miró con dureza, como si no pudiera creerse que no lo hubiese adivinado todavía.

—Porque siempre estoy pensando en ti. Porque pienso en ti todos los días, todo el tiempo. Como sé que tú piensas en mí todos los días, todo el tiempo. Ni te molestes en negarlo. Lo sé. Por eso estoy tan contenta de que nos hayamos visto esta noche. Quizá porque tenía que volver a verte

y escupirlo de una vez por todas. Y la ironía es —contuvo la respiración— que no podemos hacer nada ni tú ni yo. Ahí lo tienes. Y, por favor, ni se te ocurra fingir que a ti no te pasa, con o sin tu Manfred.

No sabía que ella sentía eso por mí o por su marido o, ya puestos, por el pobre Manfred, al que acababa de liquidar con aquel rotundo *tu Manfred*. Lo único que quería yo, entre todo aquel ruido, entre los discursos de la presentación del libro y el revuelo por la crítica favorable del periódico del próximo domingo, era salir del apartamento, bajar corriendo las escaleras y quedarme en la acera con el aire frío abanicándome la cara y ahogar todo lo que acababa de decirme ella.

Tenía razón. Siempre habíamos estado enamorados, ella y yo. Pero ¿qué habíamos hecho con nuestro amor? Nada. Quizá no existiera un modelo para un amor así y ninguno de los dos tenía ni la fe, ni el valor, ni la voluntad de inventarse uno. Amábamos sin convicción, sin propósito, sin futuro. Por si acaso, como había dicho ella una vez.

Fingir amor era bastante fácil; pensar que no estaba fingiendo, más fácil todavía, pero ni ella ni yo nos engañábamos, así que nos peleábamos con el amor igual que nos peleábamos el uno con el otro, pero ¿a qué precio? No podía deshacerlo ni arrancármelo, aunque, a fuerza de espantarlo como a un insecto que no conseguía matar, podía lastimarlo y dañarlo hasta que se pudriera lo que fuera que había entre nosotros. Nada lo mataba, pero ¿estuvo vivo alguna vez? Y si lo observabas más de cerca, ¿era amor, siquiera? Y si no era amor, ¿qué era? Un amor estropeado, maltratado, marchito, malgastado, que temblaba en un frío callejón como una mascota herida que ha perdido a su dueño y ha sobrevivido a duras penas a una pelea contra un perro malo; ¿era amor de verdad? Sin corazón, sin bondad, sin caridad, sin amor, incluso. Nuestro amor era como agua estancada tras esclusas cerradas. Nada vivía en él.

En la habitación abarrotada con vistas al río Hudson, comprender que nuestro amor había nacido muerto empezó a estrujarme algo por dentro, algo que no me iba a matar, pero que me empujaba a buscar un rincón en el enorme apartamento para estar solo y odiarme a mí mismo. Intenté abrir una de las ventanas, pero estaba sellada por la pintura. Típico, pensé, emitiendo un juicio despiadado sobre los que no dejan que entre ni un soplo de aire fresco en sus casas.

—Éste es Eric, mi marido.

Nos dimos la mano.

—Buen discurso —dije.

—¿Te lo ha parecido, en serio?

—¡Espectacular!

Más conversación de fiesta.

Cuando se terminó la fiesta y se había ido todo el mundo, los cuatro le dimos las gracias al anfitrión y, sin pensarlo, decidimos cenar juntos. No habíamos reservado y, después de unas cuantas llamadas apresuradas en la calle helada, Manfred consiguió mesa en un restaurancito de TriBeCa. Paramos un taxi, el marido se ofreció cortés a sentarse delante al lado del conductor, mientras nosotros tres nos apretujamos detrás, yo encogido en el asiento central. Mientras bajábamos por la autopista del West Side a toda velocidad, recuerdo haber pensado que podía cogerles las manos a los dos, cogerle la mano a él y cogerle la mano a ella, y que a ninguno debería preocuparle lo que hiciera yo con el otro mientras no les soltara las manos. Ella debió de sentir algo parecido, porque dejó descansar una mano dócil y distraída con la palma hacia arriba sobre la rodilla, de un modo tan confiado y sumiso que prácticamente me estaba pidiendo que le hiciera algo, por eso no pude evitar apretarle la mano enguantada con la mía y soltarla enseguida. La rapidez del gesto pretendía sugerir amistad, sólo amistad, pero no era sólo amistad, y cuando vi que la mano seguía allí extendida sobre su pierna, donde la había dejado yo, volví a agarrarla y entrelacé mis dedos con los de ella. Pareció complacerle y me apretó la mano a su vez. Manfred no movió ni un solo músculo de la cara, por lo que supe que me había visto y estaba intentando aparentar que no había visto nada. Intenté cogerle la mano a él, me dejó. Me estaba siguiendo la corriente. Me había oído hablar de ella muchas veces y era probable que estuviera esforzándose para que la situación no le afectara.

En cuanto estuvimos sentados en el restaurante, pedimos una botella de tinto. Nos la trajeron con trozos de queso parmesano, al estilo del viejo mundo.

—Podría alimentarme a base de esto —dijo ella, refiriéndose al vino y al queso.

—Y de pan —dije yo.

—Y de pan, por supuesto.

Nos quejamos del tiempo.

—¿Planes para el verano? —preguntó Manfred.

A ellos les gustaba viajar. Lo más lejos posible, explicó el marido. Nosotros preferíamos Cape Cod. Tenían una hija de dos años. Nosotros teníamos gatos. Habíamos pensado en adoptar y una antigua novia se había ofrecido, pero al final los gatos eran más fáciles. Nos gustaban las películas de acción y las series escandinavas. A ellos les gustaba jugar al Scrabble.

—¿De verdad lo quieres saber? —dijo ella cuando pregunté cómo era tener una hija.

El peor momento del día eran las tardes de invierno en su oficina del piso cuarenta y siete, cuando el mundo la cercaba con una crisis tras otra, además de, por supuesto, las llamadas de pánico de la niñera y no nos olvidemos de sus padres envejeciendo en Florida.

—Dejas de ser dueña de ti misma —dijo—. Les pertenezco a mi hija, a mi marido, a mi casa, a mi trabajo, a la niñera, a la señora de la limpieza. El tiempo que me queda, como después de pagar los impuestos, dura menos que una sonata de dos minutos de Scarlatti.

—Y a ti ni siquiera te gusta Scarlatti —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Me acuerdo.

—Por la noche no me quedo dormida, me desmayo —añadió, mientras disimulaba las quejas con una sonrisa—. No se me habría ocurrido nunca, cuando pasamos todas aquellas noches en la universidad traduciendo *Rebelión en la granja* al griego clásico para Ole Brit, que terminaría lloriqueando así.

Jugeteaba con un pico largo sin comérselo.

—¿Cómo os conocisteis vosotros dos? —interrumpió su marido.

Era su manera de romper el silencio, aunque también de desviar la corriente repentina de melancolía de su mujer. Su pregunta indicaba que o bien ella no me había mencionado nunca o que él no le había prestado atención.

—Nos vemos cada cuatro años —dije.

—Somos bixestiles —añadió ella, aunque luego, como no sabía si Manfred malinterpretaría la palabra, vi que intentaba rectificar—: Nos vemos en años bisiestos.

Me gustó su manera de hacer aquello.

—Cambiamos impresiones, nos ponemos al día, discutimos —siguió, inyectándole un toque de ligereza a la palabra *discutimos*, para eliminar sus implicaciones más sombrías.

—Luego desaparecemos —añadí.

—Pero siempre sin rencor —dijo.

—No, con rencor nunca.

—¡Estos dos! —exclamó Manfred—. Se conocen desde hace mil años —añadió para resumir y agilizar la cosa.

Su marido no se pudo resistir a citar a Hartley:

—El pasado es un país extranjero; allí se hacen las cosas de otra manera.

Era su indirecta y colofón a nuestro breve intercambio. O lo había adivinado todo o pensó que no había nada que valiese la pena adivinar, pero con sus palabras sintetizó todo lo nuestro.

—Sí, el pasado es un país extranjero —dije—, pero algunos somos ciudadanos de pleno derecho, otros turistas ocasionales y otros la población flotante que está ansiosa por irse y que, sin embargo, siempre anhela volver. Hay una vida que ocurre en el tiempo normal y otra que estalla de pronto y se apaga igual de rápido. Y luego está la vida que tal vez no consigamos nunca pero que podría llegar a ser nuestra fácilmente, sólo con que supiéramos dónde buscarla. No tiene por qué suceder en este planeta, pero es tan real como la que vivimos. Llamémosla «vida estelar». Nietzsche escribió que los amigos que se distancian pueden volverse enemigos declarados, pero seguirán siendo amigos de alguna manera misteriosa, aunque en una esfera totalmente diferente. Las llamaba «amistades estelares».

Me arrepentí de mis palabras en cuanto las dije.

Chloe captó enseguida la referencia no intencionada a nuestra amistad y por eso intentó desviar el tema diciendo que Nietzsche lo había escrito en *El gay saber*; pero, temiendo otra vez que Manfred pudiera malinterpretarlo, nos recordó enseguida a todos que ella no sólo me había comprado el libro, sino que me había obligado a leerlo.

—¿Cuándo? —pregunté, haciendo como que me había olvidado.

—En el último curso, por Dios santo.

Cada uno contó un breve relato de su época universitaria. El marido y Manfred tenían grandes recuerdos. Yo ofrecí un bosquejo lapidario. Luego, como ella había sacado a colación a Ole Brit, terminamos hablando de su curso.

—Nuestro seminario de invierno del último año era los martes por la noche, éramos doce estudiantes. Él decía que éramos sus discípulos. Fue inolvidable —dijo—. Nos sentábamos con las piernas cruzadas en la alfombra persa alrededor de una mesita, bebíamos a sorbitos la sidra caliente con especias que hacía su mujer, algunos fumábamos, yo siempre masticaba un palito de canela y el bueno de Ole Brit, cuyo

nombre verdadero era Rault Wilkinson, declamaba o más bien dirigía sus palabras con la boquilla de la pipa curvada en la mano izquierda.

—Horas mágicas —dije.

—Totalmente —concordó ella.

—Aprendí a amar las comas por las inflexiones de su voz —dije—. Qué voz inolvidable tenía cuando nos leía en alto. Cuatro años de universidad y lo mejor que saqué fue el amor por las comas.

Sabía que ella estaría de acuerdo con lo de las comas. La había oído decir eso hacía años y se lo estaba repitiendo ahora, con la esperanza de que nos acercara, por si se había olvidado de que en realidad era una observación suya. Quería que echara de menos aquellos días conmigo, quería que pensara «Él piensa siempre como yo, nunca ha dejado de quererme».

Luego recordé una noche de hacía años, cuando hablamos de *Ethan Frome*, la novela de Edith Wharton, y después de pasar las dos tartas de calabaza que su mujer había cortado en trozos grandes con una porción generosa de crema inglesa por encima, Ole Brit se puso a hablar sobre la autora y nos contó que había empezado a escribir el libro no en inglés sino en francés. Preguntó si alguien sabía por qué. Nadie lo sabía. Porque quería dominar el francés, nos explicó. En aquella época vivía en París y había contratado a un profesor particular. Todavía se conservan las marcas de él en las páginas. Así que allí estaba ella, escribiendo un relato cortés francés del siglo XVII lleno de leñadores robustos que masticaban tabaco y cuyas mujeres les amenazaban todo el tiempo e iban en trineo a la taberna del pueblo a ahogar sus penas en *whisky* de centeno y cecina.

—Me he olvidado de la trama —dije, aunque me acordaba de la nieve y del amor trémulo de Ethan y Mattie sentados a la mesa de la cocina, nerviosos, esforzándose por no tocarse las manos. Me acordaba sobre todo del cuenco dorado.

—Querrás decir la rabanera —me corrigió su marido.

Le di las gracias.

—Edith Wharton —seguí— vivió casi toda su vida en Nueva Inglaterra y, de repente, a los cuarenta y seis años, tuvo una aventura con alguien que no era su marido y escribió nueve palabras en su diario: «Por fin he probado el vino de la vida». A Ole Brit le encantaba aquella frase. «Imaginaos el valor que hace falta para decirte a ti misma algo así a una edad en la que la mayoría hace mucho que se ha bebido el vino de la vida y ya se le ha pasado la borrachera. Pensad en la desesperación que hay en las dos primeras palabras —“por fin”—, como si se hubiese rendido y le estuviese eternamente agradecida a aquel hombre que apareció en su vida justo a tiempo». Después de meditar sobre sus

propias palabras, Ole Brit nos preguntó cuántos habíamos probado el vino de la vida. La mayoría levantó la mano, totalmente convencidos de que habían experimentado algún éxtasis que les había cambiado la vida. Sólo dos se abstuvieron de levantar la mano.

—Tú y yo —dijo ella, después de un momento de silencio, como si eso lo explicase todo, lo hubiese explicado siempre todo.

El silencio se cernió sobre la mesa.

—En realidad, hubo un tercero que no levantó la mano aquella noche —dije.

—No recuerdo esa tercera mano.

—El mismísimo Ole Brit. Felizmente casado, padre, decano venerado, erudito, escritor, un acomodado hombre de mundo, y allí estaba, sin levantar la mano, aunque, reacio a que nos diésemos cuenta de que no la había levantado, fingió estar ocupado rellenando la pipa, como para que no fuese tan obvio que se había abstenido en el recuento. Aquello me impactó. Me hizo pensar que Ole Brit vivía una existencia equivocada en vez de vivir la suya. Vi a un hombre aplastado por una cadena interminable de arrepentimientos. Todas las distinciones del mundo, pero sin el vino. Me dio pena. Estaba, lo dedujimos un poco a partir de una frase sacada de la novela *Justine* de Lawrence Durrell, «herido en su sexo». La expresión nos enamoró, porque significaba todo y nada. El jueves no puedo ir, estoy herido en mi sexo. Margaret por fin se ha dado cuenta de que la han herido en su sexo. El informe de los miembros del comité lo ha herido en su sexo. No he podido entregar mi trabajo a tiempo porque me han herido en mi sexo.

»Una noche que estábamos en su casa, se fue la luz. Solía pasar las noches de tormenta, se iba la luz en toda la ciudad universitaria. Era bastante espeluznante, pero, aunque parezca mentira, también era acogedor. Nos acercábamos unos a otros e intimábamos mejor en la oscuridad. Seguimos hablando a pesar de las luces apagadas, algunos sentados en la alfombra como siempre, otros en los dos sofás, él con su pipa en su sillón. Adorábamos escuchar su voz en la oscuridad. Poco después de que se apagase la luz, entró su mujer con una antigua lámpara de queroseno. “He buscado velas pero no tenemos”, se disculpó. Él le dio las gracias como hacía siempre, con mucha dulzura. Al final, una de las chicas del grupo no se pudo contener y le dijo que tenía una vida perfecta. Una casa perfecta, una mujer perfecta, una familia perfecta, un trabajo perfecto, hijos perfectos. No sé cómo, pero él sin vacilar hizo trizas su comentario: «Aprende a ver lo que no siempre se deja ver y entonces quizá llegues a ser alguien». Aquella frase la he llevado siempre conmigo. Tres años después, volví y pasé unos diez días en su casa. Ya no era estudiante, pero me fue fácil volver a encajar en el antiguo molde, sentarme en su seminario nocturno con una nueva cohorte de discípulos, volver a hojear los mismos libros y luego, cuando se habían ido todos, ayudarle a recoger los platos y

meterlos en el lavavajillas. No tardó mucho en confiarme, mientras lo ayudaba a secar las copas, que no se llamaba Rault Wilkinson, sino Raúl Rubinstayn. A pesar de su trayectoria en Oxford, ni siquiera era británico. Había nacido en Chernivtsí, en Ucrania, y se había criado nada menos que en Perú.

—¿Sigue vivo? —preguntó el marido, interrumpiendo mi breve idilio.

—Sí —contesté—. Lo raro de aquella noche es que, después de hablar de *Ethan Frome* igual que tres años antes, volvió a formular la misma pregunta sobre el vino de la vida. Esta vez, sólo dos no levantaron la mano. Y entonces lo supe, lo supe sin más. Y cuando me miró, supo que yo lo sabía.

»Nos burlamos del vino de la vida mientras tomábamos vino después de su seminario. “No existe”, terminó diciendo. «No estoy seguro de que no exista», respondí, intentando no discrepar con él. «Todavía eres joven. Y, como eres joven, quizá tengas razón». Entonces se me ocurrió que él, que tenía más de cincuenta, quizá fuese más joven que yo.

Nadie dijo nada, quizá porque los estaba aburriendo al hablar sin parar de mis tiempos universitarios. En el silencio del momento, recordé una noche de aquel invierno, cuando salí de casa de Ole Brit solo y me acordé de cómo cruzábamos juntos Chloe y yo el claustro y contábamos las nueve farolas; de broma las habíamos bautizado como las nueve musas y usábamos el nemotécnico TUMPECCET para acordarnos. Talía, Urania, Melpómene, Polimnia, Erato, Clío, Calíope, Euterpe, Terpsícore. Aquel año, las clases de Ole Brit definieron nuestras vidas, como si el salón poco iluminado de aquella casa enorme sobre la cuesta fuera del claustro pudiese excluirse del mundo real y abrirse en otro muy distinto. De pronto, me pareció que todo pertenecía al pasado y eché de menos aquella época.

Me acordé de otra noche, cuando me lo encontré en el porche mirando fijamente el claustro desierto. Acababa de nevar y el sitio nunca me había parecido más apacible ni más imperecedero. Le dije que no se preocupara y le prometí que quitaría la nieve con una pala por la mañana.

—No es eso —dijo.

Ya sabía que no. Me puso el brazo en el hombro, lo que nunca hacía porque no era de los sobones.

—Miro todo esto y pienso que un día no estaré aquí para verlo y sé que lo echaré de menos, aunque entonces no tendré pulso para echar nada de menos. Lo echo de menos ahora por esos días por venir, igual que echo de menos los sitios a los que no he ido nunca o las cosas que no he hecho.

—¿Qué cosas no ha hecho nunca?

—Eres joven y muy guapo, ¿cómo lo ibas a entender?

Retiró el brazo. Vivía en un futuro que no le correspondía habitar y ansiaba un pasado que tampoco había sido suyo. No había vuelta atrás y no había forma de avanzar. Sentí lástima por él.

El pasado puede que sea o no un país extranjero. Se puede metamorfosear o permanecer inmóvil, pero su capital siempre es el arrepentimiento y la corriente que lo atraviesa es el gran canal de deseos bisoños que alimentan el archipiélago de los diminutos podría-haber-sido que no habían pasado nunca, pero que no por eso eran irreales y que todavía podrían pasar, aunque temamos que no pasarán nunca. Y pensé en Ole Brit reprimiéndose tanto, como hacemos todos al pensar en el pasado y ver que los caminos que hemos dejado atrás o no hemos recorrido se han desvanecido. El arrepentimiento es la manera que tenemos de esperar volver a nuestra vida real en cuanto encontremos la voluntad, el impulso ciego y el valor para intercambiar la vida que nos han dado por la que lleva nuestro nombre y sólo el nuestro. El arrepentimiento es nuestra forma de desear las cosas que perdimos hace tiempo, aunque en realidad no las hayamos tenido nunca.

—El arrepentimiento es la esperanza sin convicción —dije—. Nos desgarramos entre el arrepentimiento, que es el precio que pagamos por las cosas que no hemos hecho, y el remordimiento, que es lo que nos cuesta haberlas hecho. Entre uno y otro, el tiempo lleva a cabo todos sus trucos de lo más convenientes.

—Los griegos no tenían un dios para el arrepentimiento —fue el comentario sentencioso del marido, bien para alardear, bien para desviar una conversación que estaba claro que no era sólo sobre Ole Brit.

—Los griegos eran brillantes. Tenían una sola palabra para arrepentimiento y remordimiento. Como Maquiavelo.

—Es exactamente a lo que me refería.

No sabía a qué se *había referido él exactamente*, pero pareció satisfecho de haber dicho la última palabra.

Cuando salimos del restaurante, ella y yo caminamos delante, Manfred y su marido detrás.

—Pero ¿eres feliz? —pregunté.

Se encogió de hombros, ya fuese para darme a entender que la pregunta era irrelevante o porque ni siquiera sabía lo que significaba la palabra, le daba igual, no quería hablar de eso. La felicidad, *qu'est-ce que c'est?*

—Pero ¿y tú? —preguntó.

Su espontáneo «pero» me indicó que esperaba un informe muy distinto, aunque yo también me encogí de hombros, quizá para repetir su gesto y dejarlo pasar.

—La felicidad es un país extranjero —estaba burlándome del maridito, y me pareció que no le desagradaba—. Con Manfred hay mucha buena voluntad y nunca una palabra fuera de tono, pero en cuanto a la cosa en sí... —negué con la cabeza, como pidiéndole que no me hiciera hablar.

—¿Puedo llamarte? —dijo.

La miré.

—Sí.

Pero hasta yo noté la inflexión cansada, humillada, vencida en nuestra voz, tanto cuando ella preguntó como cuando yo respondí. Me arrepentí en cuanto lo dije e intenté resucitar la vivacidad de la conversación de la cena. Quizá lo que intentaba era mostrar la actitud de los que sienten apatía en el corazón, pero fingen no querer que se les note. O quizá quería demostrar que me gustaría muchísimo que me llamara. Sentí el frío y me sentí temblar, pero no era de frío.

Sólo quería que pudiésemos seguir juntos así y no estar a punto de despedirnos, que la despedida estuviera todavía a veinte, treinta calles, treinta minutos, treinta años de distancia. Cuando llegó el momento de separarnos en la esquina, dije que aquello era insólito.

—¿Qué es insólito? —preguntó el marido.

—Sí, muy insólito —repitió ella.

No nos molestamos en explicarlo, porque ninguno de los dos estaba del todo seguro de que el otro hubiese captado el sentido. Luego todos nos dimos la mano. El apretón de manos del marido era firme. Prometimos volver a cenar juntos pronto.

—Sí —dijo el marido—, muy pronto.

Nos alejamos andando. Manfred me rodeó con el brazo.

—Ánimo —me dijo.

Chloe no me llamó a la semana siguiente, ni siquiera al día siguiente, sino aquella misma noche. ¿Podía hablar? Sí, podía hablar. Mi voz volvía a sonar herida y derrotada, como si hubiese proferido un lánguido «Me has llamado tú».

—Me gustaría que fueses tú.

¿Qué demonios quería decir?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Qué?

—¡Ya te lo he dicho! Que me gustaría que fueras tú en vez de él.

Parecía enfadada conmigo por no entenderlo enseguida, porque la había obligado a decirlo.

Como si me hubiese despertado de un sueño profundísimo con la explosión repentina de una demolición, necesitaba asegurarme de que había oído bien, necesitaba un momento para poner en orden mis ideas.

—¿Qué, tanto te ha molestado? —preguntó, enfadada otra vez.

—Sí.

Ahora fue ella la que se quedó atónita.

—¿Por qué te iba a molestar?

No sabía por qué estaba molesto.

—Porque ahora mismo tengo el corazón a mil y ha pasado mucho tiempo. Después de todos estos años no ha desaparecido —dije.

Me acordé de lo que me había dicho sobre querer a alguien sin estar enamorada. Sentí el señuelo en mi cuerpo. La quería, sin más, la quería con congoja y resentimiento, porque habíamos desperdiciado muchos años, porque no hay amor sin deseo, sin incertidumbre, sin derrota. Y, cuanto más pensaba en ello, más me hacía pedazos. Habíamos desperdiciado años de nuestra vida, quería decir. Y entonces lo dije.

—Hemos desperdiciado nuestras vidas, los dos estamos viviendo la vida equivocada, tú y yo. Todo lo nuestro está mal.

—Eso no es justo. No nos hemos equivocado nunca. Tú y yo somos lo único que está bien en nuestras vidas, lo equivocado es todo lo demás.

No sabía qué se había apoderado de mí ni adónde me llevaba, pero me había derribado un tsunami de pena que no sentía desde la infancia, cuando la pena era tan inmediata, tan sobrecogedora, y sin que el cuerpo me diese ni el más mínimo aviso, me puse a sollozar, o por lo menos a reprimir los sollozos para que no me oyera Manfred.

—Ha pasado tanto tiempo y... —titubeaba, luchaba contra la opresión que sentía en la garganta sin saber si le estaba hablando a ella o hablándome a mí mismo.

—Dilo, venga, sea lo que sea, dilo.

En realidad, lo que quería decir era «Llora si te ayuda, quizá nos ayude a los dos», pero le tomé la palabra.

—No, dilo tú por mí —lo que también significaba «Llora tú primero», que era otra manera de decir «Me conformo con tu piedad, tu compasión, incluso con tu amistad, pero no te vuelvas a ir, no te vayas».

Nunca había sido tan sincero con nadie, por eso pensé que a lo mejor estaba fingiendo, a pesar de los sollozos, porque pensar que estaba fingiendo era la única forma que me quedaba de esquivar la oleada abrumadora de pena que acababa de golpearme. Quizá, a fin de cuentas, residiera allí la prueba más parca del amor: en la esperanza, la fe, en la convicción de que ella me conocía mejor que yo mismo, de que ella, no yo, tenía la llave de todo lo que yo sentía. No necesitaba saber nada, ella lo sabría por mí.

—Dilo tú por mí —dije.

No tenía nada más que decir.

Se quedó pensando.

—No puedo hacer esto —soltó.

—¿Y yo sí? ¿Qué nos pasa?

—No lo sé.

—¿Vamos a escondernos otros cuatro años hasta la próxima fiesta, es eso?

Dudó.

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Porque no podía soportar cómo nos hemos despedido. Nos seguimos encontrando en esas fiestas, pero estamos menos juntos cuando nos vemos que cuando nos hemos olvidado de cómo es el otro. Un día me moriré y ni siquiera te enterarás, y entonces qué.

Se me hizo un nudo en la garganta y tardé un momento en recuperarme.

—No soporto a la persona en que me convierto cada vez que nos separamos. Ahora mismo me angustia la idea de quién seré cuando se termine esta llamada. Y... —añadí con una risa forzada en la voz—... no me puedo creer que esté llorando. Necesito verte.

—Por eso te he llamado.

Quedamos en vernos en algún momento de la semana siguiente. Unas horas después, me mandó un mensaje de texto que decía «Lo siento, no puedo hacerlo» cuando le mandé un correo para sugerirle un sitio y una hora. «¿No puedes la semana que viene o no puedes nunca?», le contesté en otro mensaje. «¡Nunca!».

Quizá le había dado la excusa que ni siquiera ella sabía que estaba buscando.

No contesté. En ese momento, ella ya lo sabía. En parte deseaba que siguiera y me preguntara en un mensaje de texto si había recibido su mensaje, pero los dos sabíamos que ambos conocíamos aquel juego.

Yo tenía razón en una cosa. Después de recibir su mensaje, me sentí descompuesto todo el sábado. Era la única palabra adecuada: descompuesto. Me había ido a la cama contentísimo, había intentado encontrar la forma de refrenar mi emoción con toda clase de trucos mentales, aunque sólo fuera para pensar que no me estaba dejando llevar y no saldría herido en caso de que ella lo cancelara. Hasta pensé en Manfred. Entre sus brazos, podía postergar el pensar en ella o hasta cerrarle la puerta o dejarla un poco entreabierta, porque en la vida siempre había dejado mis puertas entreabiertas, por eso ella y yo nos teníamos miedo el uno al otro desde siempre: en cuanto uno entraba en la habitación, el otro salía. Mientras dormía, empecé a pensar en márgenes y en líneas de banda, me pregunté si ella llevaba atracada desde siempre en los márgenes de mi vida sin formar parte de ella, si mi vida estaba llena de seres marginales que se sentaban a esperar como barcos vacíos en embarcaderos abandonados. Luego me di cuenta de que la metáfora no era la adecuada y de que yo mismo no era más que un conjunto de personalidades marginales que se pasaban el tiempo esperando sentadas, como estibadores sin sueldo en un muelle inacabado en el que nunca atraca ningún barco. Estaba inacabado. Ni había nacido todavía y ya había desperdiciado mi vida. No era más que una sucesión de seres nacientes alineados como nueve botellas en una barraca de feria.

Aquella noche, al sentir el cuerpo de Manfred contra el mío, soñé que estaba abrazándola a ella y me apreté contra él.

—No pares —dijo Manfred.

Entonces me desperté, pero seguí con lo que había empezado para que él no se diera cuenta. Y él gozó conmigo mientras dormía y me habló de amor cuando se dio la vuelta y me agarró la cara y me besó.

Un mensaje de ella me despertó a la mañana siguiente. Me pasé todo aquel sábado sumido en una especie de estupor. Le agradecí a Manfred que no dijese nada de la cena de la noche anterior. A la hora del almuerzo, me trajo un sándwich de jamón y queso y patatas fritas al estudio.

—¿Quieres té frío o Coca-Cola *light* ?

—Coca-Cola *light* —contesté.

—Una Coca-Cola *light* , entonces —dijo mientras salía del estudio y cerraba la puerta tras de sí sin hacer ruido. Manfred lo sabía.

Cuando volvió, me preguntó si quería un masaje en la espalda. No, estaba bien.

—Entonces vamos al cine esta noche, te cambiará el humor.

Así que aquella noche fuimos al cine. Otra película danesa. Después dimos un paseo por la zona frente al Lincoln Center. Siempre me había gustado aquel sitio por la noche, sobre todo cuando estaba lleno de gente haciendo exactamente lo mismo que nosotros, prácticamente nada: buscar un sitio para cenar algo tarde, o tomar una copa, esperar encontrarse con algún conocido, daba igual quién. No quería irme a casa, pero sabía que si caminábamos por el barrio nos terminaríamos encontrando con ellos dos. Lo sabía, sin más. La vida funciona así. Dije que estaba cansado y nos subimos a un autobús.

Unos años antes, había deseado con desesperación ir al cine con Manfred un sábado por la noche. Si no podemos dormir juntos, pensaba, me conformaría con ir al cine un sábado por la noche. Cena, copas, cine. Quería darle la mano en el cine. Mejor todavía, quería que me viesan con él. No podría explicar por qué era tan importante para mí el deseo de que me viesan con él, pero sabía que me hacía desearlo todavía más. Ahora, al salir del cine, me aterró encontrarme con ella y su marido.

Mientras echaba un vistazo a la plaza antes de subir al autobús, planeé en mi cabeza un almuerzo tardío con ella. Luego, como ninguno de los dos sabría adónde ir, es probable que terminásemos haciendo la cosa vulgar y obvia que nunca he hecho antes en mi vida: alquilar una habitación de hotel. Ya había pensado en uno, que además estaba cerca del cine de esa noche. Sí, un almuerzo tardío, hotel y sexo. ¿Champán? Champán. ¿Antes o después? No adelantemos acontecimientos, pensé, inyectando una dosis de realismo moderador a nuestra cita imaginaria. Nos imaginé a los dos, la sota de corazones y la reina de espadas,

sentados en la cama, poniéndonos los zapatos, hablando otra vez de nuestro amor extinto.

Pero en ese momento, frente al mismo hotel con Manfred, me sentí fatal por otro motivo. Peor que estar decepcionado por cómo había resultado el día, y peor todavía que hacerle daño a Manfred, era estar decepcionado conmigo mismo, con la persona que había sido siempre y que no cambiaría nunca. Me avergoncé, porque, a pesar de morirme de deseo por ella y de acordarme de sus muslos cuando hacía años se había sentado desnuda en mi regazo en la mesa de sus padres y me había pedido que la mirase directamente a los ojos y no la soltara, vi algo sombrío y feo en mí que llevaba pidiendo toda la noche y de lo que luego me arrepentí cuando me fue concedido y envuelto con torpeza para regalo: alivio. Y con el alivio, su terrible compañera, la indiferencia, que es el impulso de abandonar antes incluso de haber empezado a alcanzar lo que ansiamos.

Su arisco «¡Nunca!» había sido un alivio. No tendría que planear nada ni poner a prueba la pasión, no necesitaría ocultar el encuentro ni dónde había estado esa tarde. El hotel, el champán, la ropa que nos volveríamos a poner, las mentiras cuando nos preguntaran y la obligación de dar explicaciones, no habría nada de eso, ¡gracias a Dios! Quizá ni siquiera quería acostarme con ella. Y ella conmigo tampoco.

Todo estaba en el pensamiento y ahí se quedaría.

Meses más tarde, fui al médico después de sentir un dolor persistente en el hombro. Estaba seguro de que era bursitis aguda provocada por un mal movimiento que había hecho jugando al tenis, pero después de dos consultas me dijeron que quizá fuera conveniente hacerme un escáner, sólo para asegurarnos, dijo el médico de ese modo apresurado e improvisado que suelen usar los médicos para eliminar la más mínima inflexión de alarma.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunté después de una pequeña pausa para demostrar que quería ir al grano.

—No hemos llegado ahí todavía —dijo.

Pero vi que, incluso antes de que me pidiera que me sentara, estaba intentando eludir el tema.

Perdí el juicio. Si tenía un tumor, antes de que terminara el año habría muerto y, si me moría, no quedaría nada, ni segunda oportunidad, ni fiestas en los años bisiestos, y toda la espera para que llegara el momento adecuado habría sido en vano. Me moriré habiendo vivido una vida equivocada. No, no vivido: esperado. Dos semanas después, el diagnóstico disipó mis miedos. Bursitis.

En parte, estaba convencido de que mi encuentro con la muerte me había enseñado una lección. Era hora de actuar.

Así que, apenas una hora después de descubrir que no me estaba muriendo, hice algo que no había hecho nunca: la llamé. Había ensayado lo que iba a decirle: almuerzo, un almuerzo tranquilo, normal, en algún restaurante sencillo, conocía un sitio, ¡no, no, para nada! Ella volvería a la oficina para las reuniones de la tarde de las que tanto se quejaba. Y, si me preguntaba por qué, le diría sin más que porque casi me había pasado algo, pero al final no, y se lo quería contar. En vez de eso, cuando contestó el teléfono en su oficina después del primer tono, sentí que la había pillado en el peor momento posible y le terminé preguntando si tenía un segundo.

—Claro —respondió—, pero estaba saliendo por la puerta para una reunión.

Cuando le dije que la llamaría en otro momento, dijo:

—No, dímelo ahora mismo.

Me gustó que deseara oírlo ya y no quisiera esperar. De ser ella, habría hecho lo mismo, pero la prisa en su voz me confundió y me olvidé del tibio discurso que había ensayado sobre nuestro almuerzo en un pequeño rincón de algún restaurante acogedor. En cambio, le dije algo totalmente diferente:

—Necesito verte ahora mismo.

De repente, supe que si encontraba resistencia u hostilidad, mentiría y le diría que acababa de salir de la consulta del médico con noticias terribles y que tenía que oírme ya.

Debió de captar algún rastro de apremio en mi voz.

—¿Dónde estás?

—Estoy caminando.

—Sí, pero ¿dónde?

—Madison.

—¿Madison y qué?

—La 63.

Le dije el nombre de una tienda que acababa de pasar.

La oí gritarle a uno de sus asistentes que le consiguiera un coche *de inmediato* .

—Quédate donde estás. No te muevas —gritó.

Sin querer, había hablado en dos registros, como si la idea de morir que dos horas antes me había hecho repasar mi vida y encontrar cráteres reseco por todos lados no se hubiese disipado todavía y espoleara la urgencia de mi llamada.

Menos de diez minutos después, se estaba bajando de un SUV negro.

—Comamos, estoy hambrienta. Pero, para que nos entendamos..., ¿qué pasa?

Entramos en Renzo & Lucia's. Nos sentaron en una de las mesas de la acera bañada por el radiante sol de primera hora de la tarde. Las dos mesas de al lado estaban vacías y la acera soleada estaba inusualmente tranquila.

—¿Por qué? —preguntó.

Supe exactamente a qué se refería.

—Porque hasta hace unas horas creía que me quedaban dos meses de vida.

—¿Y?

—Y nada. Falsa alarma. Pero me hizo pensar.

—Estoy segura de que sí —dijo, intentando añadir su dosis habitual de sarcasmo.

—Me refiero a que me hizo pensar en ti.

—¿Por qué en mí?

—No quiero parecer presuntuoso, pero no dejaba de preguntarme qué te pasaría si me moría.

No se esperaba aquello en absoluto. Le empezó a temblar la barbilla. Le relucieron los ojos.

—¿Si te mueres antes que yo?

Asentí.

—Si te mueres, no quedará nada, nada de nada. Pero eso ya lo sabes —se quedó callada—. Si no estás, sería como si de pronto me cayese encima un cero enorme.

—Pero si ni siquiera estamos nunca disponibles el uno para el otro.

—Eso no importa. Siempre estás ahí —un momento más tarde, preguntó—: ¿Y si me muriese yo?

—Si te mueres tampoco quedará nada, nada de nada.

—¿Aunque no nos veamos casi nunca?

—Tú lo has dicho, eso no importa. Ahora lo sabemos.

—Ahora lo sabemos.

Bajé la mirada para evitar sus ojos, empecé a acariciar el salero y el pimentero hexagonales y a acercarlos para que se tocaran en toda su extensión. Somos tú y yo, quise decir. Mira cómo encajamos, seguía pensando mientras observaba cómo se alineaban los biseles del salero y del pimentero de cristal a la perfección.

—Nunca he estado tan cerca de nadie como de ti —dije.

Miró el salero y el pimentero con una expresión de pena y compasión por el amor triste y desafortunado de los recipientes. Al terminar el día, o se caen y se hacen añicos o los retiran y los emparejan con otros y luego con otros y otros sin que importe si son un salero o un pimentero, porque al final no eran más que frasquitos intercambiables con agujeros en la tapa.

Volvió a mirarme en silencio.

—¿Y ahora qué?

Se la veía tan desvalida como a mí. Nos lo habíamos dicho todo y, sin embargo, no habíamos dicho nada. Quería acercarme y acariciarle la cara, pero me pareció fuera de lugar. Había dejado de confiar en mis impulsos. ¿Cómo íbamos a atrevernos a hacer el amor otra vez, pensé, si sólo hablamos de nuestro amor aludiendo de forma indirecta a la muerte? No podemos ni mirarnos a los ojos, mucho menos desnudarnos. ¿Qué nos había pasado? Años antes nos sentamos desnudos a desayunar y, a mitad del desayuno, ya la tenía dura y ella se me sentó encima y me hizo un panecillo hasta que nos corrimos los dos. Ahora no había nada natural. Si demostraba un poco de pasión o de ternura o me dejaba llevar, se reiría en mi cara.

—Quiero decirte una cosa, pero prométeme que no te vas a reír.

—Lo prometo —pero ya se estaba riendo.

—Quiero pasar un tiempo contigo lejos de todo y de todos. Vámonos a alguna parte un par de días.

¿Cuándo había decidido aquello?

En aquel momento. Lo que en realidad esperaba de nuestro champán imaginario en alguna habitación de fantasía lejos de todo el mundo era que ella se arrodillara cerca de mí desnuda y agarrase su copa de champán y la rompiera con brusquedad contra la mesita de noche y que con el trozo agarrado con decisión entre los dedos me hiciera una incisión muy despacio en el brazo izquierdo y que con la palma de la mano me restregara la sangre por la herida, la cara, el cuerpo y luego me rogase y me volviese a rogar que le hiciera lo mismo a ella. A eso habíamos llegado. Si hubo alguna vez bondad y caridad en nuestro amor, fueron la bondad y caridad de los hunos. Nos queríamos con todos los órganos menos con el corazón, por eso nos manteníamos alejados el uno del otro. Ni siquiera podía encontrar la forma de decirle cuánto la quería, el amor escaso, exiguo, calcinado que sentía por ella. Ahora, para reaccionar, tendríamos que derramar sangre. Tu sangre en mi sangre, mis fluidos, tus fluidos, tu porquería toda mía. Deja que me muerda el labio. Muere conmigo.

—Sé por qué me has llamado —dijo.

—Dímelo, porque yo todavía no lo sé y me muero por averiguarlo —no podía ser más sincero.

—Me has llamado para ver si estoy dispuesta a renunciar a todo para estar contigo. De todas formas, estoy condenada. Si decido irme contigo, me rechazarás y temerás que nunca te perdone. Pero, si digo que no, me guardarás rencor y no me perdonarás nunca. Así que, por una vez en tu vida, vas a tener que decirme qué quieres que haga, porque, por una vez, no tengo ni idea.

—Sólo pido un fin de semana —dije al final.

Nada mejor que un fin de semana. O quizá ni siquiera un fin de semana, dos días entre semana, ¿qué podría haber más modesto que un miserable lunes y un martes?

Sonrió, pareció divertirse la idea. Pero no se estaba riendo, estaba aceptando.

—¿Adónde? —No esperó a que le respondiera—. Volvamos.

Sabía a dónde se refería.

—La gente nunca vuelve.

—No somos la gente. Somos de otra especie.

Me incliné y la besé en la boca. Con las manos ahuecadas me agarró la cara y me devolvió el beso. Cuando salimos del restaurante, no podíamos soltarnos las manos y caminamos así por la avenida Madison. Ninguno dijo nada. No nos importó. Fue uno de los momentos más bonitos de mi vida.

—¿Qué le dirás a Manfred? —preguntó, pronunciando el nombre al modo alemán sin un rastro de ironía.

—Manfred es Manfred —luego lo pensé mejor y dije—: Ya lo sabe, siempre lo ha sabido. ¿Y tu marido?

—Dice que somos como niños, básicamente. Quizá tenga razón. De cualquier manera, lo superará.

Les contaríamos muy poco, algo de una charla aburrida que tenía que dar yo, un autor confinado en su casa después de un accidente cerca de Boston al que ella debía ver. Pero, si insistían, les diríamos la verdad.

La magia de aquella tarde nos dejó tanta felicidad sin haberla planeado que la llamé al día siguiente al mediodía. ¿Mismo sitio, misma hora? Claro. Nos encontramos en el mismo restaurante y pedimos exactamente el mismo almuerzo. Luego, al ver que todo terminaba igual, nos vimos al día siguiente también.

—Llevamos tres días juntos. ¿Crees que se acaba aquí? —pregunté.

—Te estás portando como un imbécil —dijo.

Me dio la mano y no me la soltó. La acompañé hasta su oficina.

—¿Se lo has dicho a Manfred? —preguntó.

—Ni hoy, ni ayer —me emocionó que quisiera saberlo—. ¿Y tú?

—No he dicho nada.

—Si quisiéramos, podríamos seguir haciendo esto lo que nos queda de vida.

—Rituales —dijo, como diciendo que sí que podríamos.

—Ritos no. Los ritos son cuando deseamos repetir lo que ya ha pasado, ensayos cuando repetimos lo que todavía tiene que ocurrir. ¿Dónde encajamos?

En ninguna parte, habría dicho. Y ella habría estado de acuerdo.

—Tiempo estelar, mi amor.

—Tiempo estelar, en efecto —dije.

Meses después, viajamos en avión, no en tren. En tren habríamos tardado cinco horas, y en esas horas podría haber pasado cualquier cosa que nos estropease el viaje. El vuelo había durado poco menos de una hora. Mientras volábamos, no hablamos del viaje ni intercambiamos más que unos cuantos comentarios casuales sobre el largo trayecto en taxi desde el aeropuerto de Boston a nuestra ciudad universitaria. No queríamos expresar ni emoción ni aprensión, por temor a decir algo malo. Dos palabras fuera de lugar, incluso discutiendo en broma, y se arruinaría el viaje; un comentario empalagoso y se extinguiría la llama diminuta que había entre los dos y que intentábamos mimar desesperados, como una vela encendida en un coche bloqueado en una autopista llena de nieve.

En el taxi me olvidé de por qué habíamos decidido volver. ¿Para huir de nuestras vidas y estar solos en una ciudad en la que no nos conocía nadie? ¿Para volver al pasado? ¿Para recuperar el otro trayecto, quizá más auténtico, de nuestras vidas, el que no habíamos tomado? A medida que nos acercábamos a la facultad, nos fuimos quedando más y más callados, los dos con miedo de perder el humor o violentar al otro, aunque también quitándole importancia a la emoción *kitsch* de cualquier regreso. Queríamos que la llegada fuese común y corriente. Ella miraba el lago, mientras yo escudriñaba las mansiones de la otra orilla que pasábamos fugaces, los dos callados y en parte ajenos a todo, como si volver después de tantos años fuese una misión absurda y poco inspirada. Para el taxista, éramos otra pareja muda de rabia procedente de Nueva York que había tenido una pelea terrible al amanecer y no veía la hora de alejarse el uno del otro. En cualquier momento, cualquiera de los dos le pediría con mucho gusto al taxista que diera la vuelta y nos llevara otra vez al aeropuerto.

Nos habíamos empeñado en llegar el lunes temprano. Queríamos estar allí justo antes de que empezaran las clases, no a mitad del día. Quizá lo que quería fuese retroceder en el tiempo y pasear por los mismos viejos callejones empedrados de camino a mi primera clase del día. Ella pretendía revivir sus propias costumbres y obsesiones, épocas que le eran queridas y que probablemente no me incluían. Tal vez yo quería que se cruzaran nuestros caminos en algún lugar significativo, por eso las primeras horas caminamos por la ciudad intentando evitar las fronteras de los recuerdos compartidos. Caminamos por el campus como si fuéramos turistas agotados por el desfase horario, sin memoria ni ansiedad. Hubo unos cuantos «¿Te acuerdas de eso?» y «Mira la monstruosidad que han puesto donde estaba antes esto y lo otro», pero fue un paseo silencioso. En un momento dado, me dio la mano y yo se la cogí. Hicimos fotos con los iPhone. De ella, más, una de los dos. Me la mandó al momento. Detrás de nosotros se alzaba el omnipresente campanario. Hasta que no vi la iglesia de Yarrow y el observatorio de Van Speer irguiéndose a lo lejos, no fui consciente de que habíamos

vuelto de verdad y de que estábamos juntos allí, que todo era real, y que por nuestra expresión en las fotos estábamos contentos.

A media tarde, cedimos. Giramos a la izquierda en el claustro y subimos la cuesta hasta que distinguimos la casa. El gran letrero verde que había en uno de los ventanales era la dura advertencia de lo que nos esperaba en casa de Ole Brit; se había convertido en un Starbucks. Era inútil discutir, pensé. Entramos, echamos un vistazo a lo que había sido el recibidor y nos asomamos a la trastienda, en la que unos estudiantes desperdigados tecleaban en sus portátiles. En aquella habitación nos habíamos sentado en la alfombra persa descolorida y habíamos bebido sidra caliente con especias. El nuevo decorado nos hizo sentir como extraños que hubiesen viajado en el tiempo y aterrizado en su casa en el siglo equivocado. La escalera que conducía a las habitaciones superiores había desaparecido. Al ver a los estudiantes sentados alrededor, a los que charlaban al lado de la puerta, a otros que entraban y salían corriendo de la tienda camino de clase, ninguno de los dos se pudo olvidar de que no éramos uno de ellos.

Pedimos dos cafés. Pagué con la aplicación del iPhone. Se quedó impresionada.

—Hay que estar al día —dije con ironía, porque sabía lo fuera de lugar que estábamos los dos en aquella casa.

—¿Te sientes mayor? —preguntó.

—No. ¿Debería?

—Yo sí —entonces se acordó de los comentarios de Ole Brit sobre Edith Wharton—. No tenía ni diez años más de los que tengo yo ahora, un poco tarde para el vino de la vida, ¿no crees?

—¿Por qué, a estas alturas no has probado el vino de la vida?

La había pillado por sorpresa.

—Estás intentando sonsacarme. ¿Por qué, no lo has probado tú?

—Quizá. O eso me gustaría pensar, pero ya no estoy seguro. De hecho, quizá no.

Me miró como si me estuviese poniendo sal en el café; con su forma habitual de admitir la misma cosa con la que me había estado pinchando, me dijo:

—Yo tampoco estoy segura de haberlo probado. Quizá sólo he tomado unos sorbos aquí y allá.

—Con *sorbos* y *quizá* no hay forma de atracarse del vino de la vida.

— Touché.

Hablamos del amor de Ethan Frome por Mattie, nos preguntamos si un amor tan casto podría existir en el mundo actual.

—Nadie está así de inhibido ahora —dije.

—¿Estás seguro?

Me estaba pinchando otra vez. La miré como si me hubiesen pescado en un embuste y susurré:

— Touché.

Cuando tiramos las tazas de papel vacías en una papelera de la calle que bajaba hasta Main Street, atardecía. Me gustaba la ciudad a la luz del crepúsculo. Llegamos a tiempo de visitar el comedor de la facultad a la hora de la cena. Los estudiantes entraban en bandadas desde la calle helada y se ponían en la fila para cenar. Nadie nos detuvo, ni siquiera se dieron cuenta de que nos habíamos puesto en la cola con los demás. Esperamos unos minutos, sólo para ver qué platos servían; en comparación con los que nos daban en nuestra época, eran alta cocina. Hasta había comida vegana, dijo ella señalando un cartel. Sin embargo, las viejas mesas de madera no habían cambiado, las sillas eran las mismas, era el mismo el olor del comedor, reconocible enseguida aun con los ojos vendados, aunque te dieran vueltas por ahí y te dejaran tirado en Mongolia. Aquel viejo olor a roña, moho y madera, y a pesar de todo encantador.

Al volver al claustro, por fin hicimos lo innombrable: miramos hacia la planta de arriba. Su ventana iluminada estaba en la tercera planta. Después de estudiar en la biblioteca por la noche, cuando dejaba a Chloe en la entrada principal de su residencia y me alejaba hacia la mía, alzaba la mirada un par de minutos más tarde para verla encender las luces.

No dijimos ni una palabra. Nos quedamos allí sin más, sin movernos. Se acordaba de todo.

—Dentro de un minuto abrirás la puerta principal, subirás los tres tramos de escalera, llamarás a mi puerta y dirás que es hora de cenar. ¿Tienes idea de cómo contaba los minutos que faltaban para que subieras? Llegué a reconocer tus pasos, hasta el humor del que estabas cuando llegabas a mi puerta.

—No lo sabía —dije.

—No sabías una mierda.

Seguimos mirando aturcidos su ventana desde el claustro desierto, preguntándonos qué habría pasado si las cosas entre nosotros hubiesen sido diferentes —¿dónde estaríamos?, ¿quiénes seríamos?—, aunque los dos nos dábamos cuenta de que nada habría salido de forma distinta, lo que nos hacía seguir mirando. Quizá mirásemos para entender por qué seguíamos mirando.

—La alegría de cerrar los libros en cuanto te escuchaba cerrar la puerta abajo. La sigo sintiendo esta noche, sobre todo ahora que hace tanto frío como entonces antes de cenar.

No había nada que decir, así que me quedé callado. Nos miramos sin más. Los dos recordábamos habernos dormido la noche que nos quedamos levantados traduciendo las últimas páginas de Orwell.

—Nos despertamos acurrucados uno contra el otro. Como dos lagartos —dijo ella.

—Como un *pretzel* humano.

—Esto es lo que me parece insoportable —dijo cuando nos dirigíamos a la salida. Aflojó el paso, como si en parte no quisiera irse todavía. Nunca antes la había visto tan pensativa y vacilante, casi abatida—. La idea de que podría haber vivido contigo todos estos años hasta este momento en este claustro y seguir sintiendo que no he avanzado ni un centímetro me desarma por completo. Daría lo que fuera por no saber que la muchacha que tenía veinte años entonces y que por la noche esperaba a que subieras terminaría teniendo que pasar por tantas estupideces solo para volver donde empezó, casi ansiosa por que le pasara todo de nuevo. Es como si una parte de mí se hubiese quedado aquí, no se hubiese ido nunca esperando a que yo volviera.

Dimos unos pasos.

—No me he casado. No soy madre. En lo que a mí respecta, sigo siendo una estudiante que traduce Orwell al griego.

Le dije que no podía estar hablando en serio. Su marido, su hija, su casa, los autores extraordinarios que había publicado y había hecho famosos, ¿no significaban nada?

—Pertenece al trayecto en el que nos topamos por casualidad cada cuatro años, a esa vida que atisbamos desde lejos y a media luz cuando todo lo demás está oscuro, la vida que casi no nos pertenece pero a la que le tenemos más apego que a nuestra sombra. Nuestra vida estelar, la tuya con la mía. Como dijo alguien en una cena, a cada uno se nos dan por lo menos nueve versiones de nuestra vida, unas las engullimos, de otras tomamos sorbitos tímidos y con otras no nos mojamos ni los labios.

Ninguno de los dos preguntó cuál era nuestra vida. No queríamos saberlo.

La teoría cuántica es más flexible, pensé. Por cada vida que vivimos, hay por lo menos otras ocho a las que no nos podemos acercar y mucho menos saber de ellas. Quizá no haya vidas verdaderas o falsas, sólo ensayos para papeles que tal vez no tengamos nunca la suerte de interpretar.

Mientras atravesábamos el claustro, vi nuestro banco. Nos quedamos mirándolo.

—Si pudiera hablar —dijo ella.

—Querías mi saliva.

Estaba a punto de fingir que se había olvidado, pero luego dijo:

—Sí, la quería.

Mi vida real se detuvo aquí.

—Lo que me recuerda —dijo después de que saliéramos del claustro y nos sentáramos a la mesa del restaurante que habíamos reservado unas horas antes—: ¿Esta noche vamos a dormir en la misma cama?

Era una forma rara de expresarlo.

—Creí que ése era el plan —dije.

—El *plan* —dijo con una pizca de ironía—. Sí, el plan, por supuesto —repitió, como si la expresión le hubiese parecido lo bastante vaga como para justificar el humor.

Estábamos en el que seguía siendo el mejor restaurante de la ciudad. Aquí traían a sus hijos estudiantes los padres que venían de visita. Una vez cené con mi padre aquí, también ella había cenado allí con los suyos.

—Algún día cenarás aquí con tu hija —dije.

Casi hizo un gesto para rechazar el comentario por su sentimentalismo.

—Sí, algún día quizá cene aquí con ella —dijo, y luego, como si no quisiera que se desvaneciera el sentimiento que había surgido, añadió—: Ese día desearía que estuviésemos los tres.

¿Por qué había dicho eso?

—Porque es la verdad.

Intenté eludir su comentario con palabras leves y espurias.

—¿No le parecería raro a ella?

—Quizá, pero a ti no y a mí desde luego tampoco.

Me había pillado con la guardia totalmente bajada. Alargué la mano y le toqué la cara. No hablamos. Con la palma de la mano le toqué los labios. Me cogió la otra mano con las suyas por encima de la mesa.

—Dos días —dije.

—Dos días.

Lo que queríamos decir, aunque ninguno de los dos lo iba a decir, era: una vida entera en dos días.

La comida no era buena, pero no nos importó. Miramos por la ventana, tomamos postre, pasamos del café, nos quedamos un rato más. Después, como noté que no había surgido ni una pizca de tensión entre nosotros, aunque tenía el temor constante de que apareciera, le sugerí que volviésemos caminando despacio al hotelito y al final entramos en un pequeño bar pintoresco que en nuestros tiempos era una charcutería. No estaba lleno. A los bebedores del lugar nunca les habían gustado los lunes por la noche. Nos sentamos al lado de una ventana que daba al lago bañado por la luna. No habíamos pedido todavía cuando cambiamos de opinión y nos fuimos. Ella quería pasear por la orilla helada del lago.

—¿Por qué no? —dije, al ver un grupo de universitarios correteando por el lago y algo más lejos a dos chicas patinando.

Le gustaría haberse traído los patines. ¿Me importaría que fuésemos andando hasta Van Speer a echar un vistazo? No, no me importaba. ¿Estaba intentando volver al pasado o retrasar el momento de quedarnos solos en la habitación?

Entonces, después de pasear por la orilla del lago y cruzar por encima del hielo, sentí una oleada de emoción al observar cómo curvaba un poco la espalda. La detuve, la abracé con fuerza y la besé. Recordé el momento en que el dueño del hotel nos había llevado hasta la habitación. No nos habíamos sentido incómodos entonces. Ahora no nos sentíamos incómodos, pero seguía temiendo que nos pudiera pasar. Habíamos venido buscando el pasado; ahora, en el lago, había sido imposible sentir más indiferencia por el pasado. Estábamos aquí y ahora.

¿Estaba contenta de haber venido?

—Mucho. Dos días —dijo, repitiendo lo que podría convertirse en una especie de mantra: un regalo de los dos para los dos—. Éste es nuestro sitio —dijo, inspeccionando el lago helado.

—¿El hielo? —pregunté, con cuidado de no hacer hincapié en el chiste.

—Todo esto somos nosotros, ya lo sabes —dijo, ignorando mi comentario.

Tenía razón. Aquello éramos nosotros. Los otros nosotros eran Nueva York. Manfred y yo vemos la televisión. Ella y su marido están haciendo lo que sea que estén haciendo, jugar al Scrabble, por lo que sé.

Aqué! era nuestro momento. Lo que habíamos hecho a lo largo de los años era ensayarlo; entonces sentimos que aquel momento llevaba esperando con no menos lealtad que el perro Argos a su dueño Odiseo. Éramos como los que vuelven a la heredad de sus ancestros dos, tres, cuatro generaciones después, meten la vieja llave en la cerradura y se encuentran con que la puerta abre, que la casa sigue siendo suya, que los muebles siguen teniendo el aroma de sus tatarabuelos. El tiempo no había desvalijado nada. Van Speer, donde habíamos trasnochado tantas veces traduciendo juntos a Orwell, se acordaba de nosotros, volvió a acogernos.

Le hablé de Ole Brit. Casi cuatro décadas después de haber estudiado en Oxford, volvió de Perú con sus dos hijos gemelos, que tenían previsto matricularse pronto en Oxford. Después de llevarlos a recorrer exhaustivamente sus antiguos dominios, por curiosidad fue con ellos a un estrecho callejón y se sorprendió al ver que seguía abierta su antigua zapatería. La habían renovado entera y el joven dependiente que él conoció ya no estaba. Cuando Brit le contó al vendedor nuevo que décadas antes encargaba ahí sus zapatos, el joven anotó su nombre y desapareció en la planta de abajo. Cinco minutos después, volvió con un par de hormas de madera en las que estaba grabado en color violeta indeleble el nombre Raúl Rubinstayn.

—Sí, las hemos guardado. El hombre que hizo estas hormas era mi abuelo. Hace tres años que nos dejó.

El anciano caballero de Perú no se pudo contener y rompió a llorar.

De camino al hotel, Chloe me dio la mano.

—Soy feliz.

Lo dijo como si para ella fuese una sorpresa total. De todas formas, yo necesitaba que me lo dijera.

Me había equivocado con nosotros. No éramos hunos. Éramos sólo dos personas a las que les había faltado confianza para pasarse de la raya o

para saber siquiera dónde estaba la raya. Nos volvimos a parar y nos besamos. Me acordé de mi vieja fantasía. La quería desnuda a mi lado, quería ver sus muslos desnudos a horcajadas sobre mí y que, mientras se inclinaba hacia mí con todo el pelo en la cara y yo estuviera dentro de ella, me sujetara los brazos con las rodillas y rompiera la copa de champán con una mano y con la otra me cortase con un fragmento de cristal.

Me imaginé la sangre manchando el hielo y los montones de nieve. Me gustó.

—Mañana no puede ser nuestro último día juntos —dijo.

—Ya, pero, después de esta noche, me da miedo lo que vayas a pensar de mí.

—¡Esperemos a ver qué dices tú de mí!

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros, los relajó y, segundos después, como si lo hubiese pensado, se encogió de hombros otra vez. Volvió a curvar la espalda y volví a emocionarme. Tendría que haber sospechado algo antes. Llevaba intranquila desde que nos habíamos alejado del lago. Ahora, mientras nos acercábamos al hotel, sentí que casi se resistía a dejar de andar. Lo que me ponía más nervioso era no estar nervioso en absoluto. Había empezado a desearla en el lago y no quería perder aquel impulso. Me gustaba la idea del trozo de cristal y de su rodilla desnuda y de que casi sonriese con sus labios malvados color hematoma mientras me hacía la incisión y yo seguía dentro de ella. ¿Se acordaría del «entre todos los hombres que he conocido, estás tú»? ¿Me pediría que hiciera un panecillo y me rogaría luego que la mirase a los ojos mientras nos corríamos juntos?

—La verdad es que estoy un poco desentrenada —dijo por fin, seguramente porque se imaginó el hilo de mis pensamientos.

Estábamos sentados en el mismo lado de la cama con la ropa puesta. Ella jugaba con el puño de la blusa que le salía por debajo de la manga de la rebeca, sin dar muestras de querer quitársela.

—¿Desentrenada cómo? —pregunté, porque no estaba seguro de haber captado lo que quería decir.

Se encogió de hombros.

—No nos acostamos. Bueno, dormimos juntos, pero en realidad no, ya sabes...

—¿Nada?

—Bueno, algo, pero tampoco —levantó la cara y me miró—. Algunas veces me olvido de lo que hace la gente o de por qué lo hace. Además, no estoy segura de poder hacerlo contigo.

No pude evitar acercarme y agarrarle la cabeza con las manos y besarla una y otra vez. Quería abrazarla y quería abrazarla desnuda, no pedía nada más. Abrazarla en la cama, besarla y volver a besarla una y otra vez hasta que o hiciéramos el amor o nos durmiésemos. No dijo nada. Luego, sin venir a cuento, dijo:

—Me siento tan tensa como una virgen y más porque eres tú.

—Si tú eres virgen, ¿qué soy yo? —dije para demostrar que tenía mis propias razones para estar nervioso.

—¿Alguien profundamente herido en su sexo? —preguntó, sabiendo que me acordaría de las palabras de las que nos reímos todos en la cena con Manfred y su marido y que de pronto adquirirían un significado más turbio.

—Me parece que todo el mundo está herido en su sexo —dije—. No se me ocurre nadie que no lo esté.

—Quizá. Pero no como yo.

Me levanté y abrí del todo las cortinas para tener mejor vista del claustro. El personal del hotel asume siempre que quieres las cortinas echadas por la noche. Me gustaba la vista. Para verla mejor, apagué las lámparas de las mesitas de noche. Todo era blancura y, más allá de la blancura, las líneas grises de las casas con tejados a dos aguas. Estaba el lago, el claustro, luego la cuesta que llegaba hasta la vieja y amada casa que habían convertido en un Starbucks, el bar en el que casi habíamos pedido dos brandis antes de irnos y, más allá, el observatorio Van Speer con su silenciosa biblioteca abierta toda la noche, cuyas luces brillaban igual que habían brillado años antes. Habíamos pasado el último invierno juntos en aquella biblioteca, salíamos hacia el observatorio minutos después de cenar y volvíamos mucho después de la medianoche y, conforme nos acercábamos a su residencia, empezábamos a vacilar, por eso aminorábamos el paso en cuanto cruzábamos el claustro y bautizamos las nueve farolas con los nombres de las musas.

Mientras miraba el claustro en calma, se me ocurrió que quizá habíamos atrasado el reloj más de la cuenta, porque parecíamos más timoratos e inexpertos el uno con el otro y con nuestros cuerpos de lo que habíamos sido entonces. ¿Nos habíamos vuelto vírgenes o éramos como los que se mueren antes de tiempo, a quienes una deidad menor les concede una segunda oportunidad, si bien con tantas condiciones que la nueva vida parece una muerte postergada?

—Creo que deberías venir a ver esto —dije.

Se puso a mi lado en la ventana. Cuando contempló la extensión del paisaje cubierto de nieve e iluminado por la luna, repitió la palabra *increíble, increíble, increíble*, no sólo porque las vistas fueran impresionantes, sino porque en aquel mundo encendido de *Ethan Frome* no había cambiado nada en más de cien años, igual que tampoco habíamos cambiado ni ella ni yo en realidad desde la última vez que habíamos estado allí.

—Abrázame —dijo—. Abrázame.

La rodeé con los brazos. Nos quedamos así, inmóviles, hasta que me puso el brazo en la cintura. Mientras la acercaba más a mí, quise sentir su piel y, sin pensarlo, empecé a desabrocharme la camisa. No me ayudó ni pareció ansiosa por desabrocharse ella la blusa.

—Siempre me ha encantado cómo hueles —fue todo lo que dijo.

Me quité la camisa y, cuando estaba a punto de ayudarla a desnudarse, dijo:

—Ayúdame a olvidarme de que estoy nerviosa. Mira, estoy temblando.

Me pidió que apagara la luz del baño y también la lamparilla nocturna. Cuando le pregunté si tomaba anticonceptivos me contó que la habían operado hacía menos de dos años y que no podía tener más hijos. No me había dicho ni una palabra. Se podría haber muerto y no me habría enterado. Empecé a hacerle el amor pensando en el hijo que nunca tendríamos. No me pidió que la mirara, no me pidió que me quedase con ella, aunque me sostuvo la cabeza como si estuviese desesperada por creerse que era verdad que estábamos haciendo el amor y esperando a que nos mirásemos a los ojos antes de dejarse llevar y deshacerse de las costumbres adquiridas con otro.

—Estoy torpe, lo sé —dijo—. Necesito un momento, amor mío.

Luego no nos entró sueño. Casi nos reímos cuando nos dimos cuenta de que no nos habíamos desnudado del todo. Mientras le quitaba la ropa para verla desnuda a la luz que entraba por la ventana, sentí que no estaba desnudando a una mujer, sino a una niña reacia a irse a la cama que no opone resistencia porque le han prometido que le contarán otro cuento.

—Hacía tanto tiempo que no me quitaba la ropa un hombre —dijo.

—Y hace mil años que no toco a una mujer.

—¿Cuándo fue la última vez? —preguntó mientras se levantaba, iba al cuarto de baño y salía atándose el albornoz.

—Claire, creo.

—¿Claire la que nunca habla? —exclamó, totalmente desconcertada—. Pero ¿por qué Claire?

—Pasó, sin más.

Me senté desnudo en la cama deshecha, recogí mi jersey del suelo y me lo volví a poner. Ella ya estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Hice lo mismo. Me encantaba que estuviésemos hablando así, medio desnudos.

—Déjame que te haga una pregunta —dijo, como si siguiera reflexionando sobre la cuestión y no hubiese formulado bien la frase.

Me emocionó, porque algo en su forma de decir «Déjame que te haga una pregunta» me advirtió de que ella sabía la respuesta muchísimo antes de hacerme la pregunta. Sentí cómo la excitación me recorría el cuerpo. Cómo me gustó aquello. Ella quería la verdad y la verdad iba acompañada de la excitación.

—A lo mejor lo de tomarnos algo en el bar no era tan mala idea —dije.

—Mira en el minibar.

Me levanté y me dirigí al minibar, en el que encontré exactamente lo que estaba buscando.

—La moqueta es dudosa —dije en cuanto volví a subirme en la cama.

—No me digas.

—Estoy seguro de que hay cosas enterradas, trocitos de uñas, migas de todas clases.

Los dos hicimos una mueca en cuanto vimos los vasos de plástico metidos unos dentro de otros, sellados uno por uno dentro de su bolsita de plástico antiséptica para compensar la mugre de la moqueta roja. Puse un dedal de *brandy* en los vasos blandos y temblorosos y luego intenté que brindásemos con ellos.

—¿Por qué no me hiciste el amor aquella noche? La noche después de volver de Van Speer y quedarnos dormidos en el sofá. ¿Había otra persona? ¿No te atraía yo? ¿No estabas enamorado?

Lo sabía.

—Te equivocas. Siempre has sido tú. Y Dios sabe cómo me atraías. Las cosas que te decía por las noches cuando estaba solo en la cama pero no tenía agallas para decírtelas en persona, las veces que se me puso

dura sólo con pensar en estar desnudos juntos, no tienes ni idea. Pero me había vuelto tan nervioso, tan indeciso que, cuanto más intimábamos, más difícil se me hacía confesar nada. Pero la verdad es —hice una pausa— que sí había algo.

Me miró socarrona.

—¿Algo?

No iba a dejarlo pasar ni a ponérmelo fácil.

—Mi cuerpo tenía dos motivaciones. Tú eras la primera, pero la misma noche que volví a Van Speer, después de que me cerraras la puerta en las narices, descubrí la segunda. Estaba fuera del baño de caballeros en la parte oscura de la biblioteca. Todo el mundo sabía lo que sucedía allí por la noche. He pasado tanto tiempo renegando de lo que deseaba que incluso ahora no soy capaz de reconocerlo sin pasar antes por la formalidad de repudiarlo. Manfred ha aprendido a vivir con eso, pero no le tengo envidia. Quería saberlo de una vez por todas antes de acudir a ti, porque no podía acudir a ti porque no sabía nada de mí.

No dijo nada, pero, antes de que me volviera a preguntar algo, decidí ir un paso más allá.

—Él era estudiante de química. De primero. Nos conocimos o más bien nos tropezamos el uno con el otro en la sección a oscuras de la planta superior de la biblioteca. Aquella noche yo estaba superexcitado, sobre todo después de haberte besado tanto rato. En parte quería volver a nuestra mesa, como si fueses a estar allí todavía y pudiésemos cerrar los libros al mismo tiempo y volver a recorrer el camino hasta tu residencia, aunque también sabía lo que estaba buscando: quería intensidad, la quería rápido y quería que fuera directa, fuerte y sucia. No tuvimos que decir ni una palabra, apenas con una mirada nos enzarzamos sin más, casi por accidente, aunque no por accidente; nos tambaleamos y nos apoyamos el uno en el otro junto a la estantería a oscuras de la biblioteca. Antes de que nos diésemos cuenta, ya habíamos empezado a quitarnos el cinturón el uno al otro. No hubo vergüenza ni culpa, pasó tan rápido que fue lo más sencillo y natural. Al contrario que nosotros, no hubo vacilación ni aplazamientos, fue sin pensar. Después sólo me preguntó si volveríamos a vernos. Yo asentí, aunque por supuesto renegué de todo en cuanto me alejé de las estanterías. Después de él, te deseé más de lo que te había deseado antes aquella misma noche. Quería contarte lo que había hecho, aunque también me sentía restituido en cierto modo, casi purgado, reivindicado. Era feliz, incluso. Después de las navidades él volvió a la zona oscura de la biblioteca y yo también. Tú y yo ya habíamos hecho las paces y trabajábamos febrilmente en la traducción. A veces te decía que iba al baño de arriba. Saber que me estabas esperando abajo despertaba en mí algo libertino y nuevo, pero sabía que acostarme contigo, como te habías acostado con tantos, no resolvería nada mío ni nada nuestro, y lo último que quería era despertarme en la misma cama que tú, sopesando

la misma pregunta que quería sepultar todas las noches en la parte oscura de la biblioteca. También sabía que, si las cosas se quedaban sin resolver entre nosotros, podía alegar que seguía intentando averiguar quién era yo y qué quería. Era como una elipse, con dos focos que compiten entre sí y ningún centro. En palabras del poeta, mi corazón estaba al este contigo, pero mi cuerpo estaba en el oeste.

Silencio.

—Ahora ya lo sabes —dije por fin.

—¿Ahora sé qué? ¿Que te gustaban los hombres? Todo el mundo lo sabía.

Esperaba una mala contestación, algo como «¡Muy bonito! Durante todas aquellas semanas, todos aquellos meses, tu corazón me pertenecía, pero tu polla era de otro». Pero Chloe era más lúcida que eso y, en definitiva, más tolerante.

—Yo era tu tapadera, eso es todo.

—No, tapadera no. Nada me hacía más feliz que bajar y encontrarte esperándome para que te acompañara a la residencia y no había nada peor que el beso fugaz de despedida que me dabas en la mejilla y que cerrases la puerta tras de ti porque no había sido capaz una vez más de detenerte metiendo el pie.

Seguía ocultando la verdad y sabía que ella lo sabía y que era lo bastante franca como para desechar mis sofismas antes de que me diera tiempo a convertirlos en otro subterfugio. Sí, en aquella época Chloe era mi pantalla, mi coartada, y pensar en ella y estar con ella era la forma segura de dejar encendido el piloto del deseo todo el día antes de que empezara a arder más tarde cada noche en la parte oscura de la biblioteca. Si no pensaba en él durante el día y prefería tenerlo bajo control en Van Speer no era para negar mi deseo, sino para matarme de hambre antes del banquete. Ella mantenía las cosas a raya. La única noche que no pudo venir conmigo a la biblioteca, no sólo subí corriendo a la planta de arriba para encontrarme con el alumno de primero, sino que menos de una hora después volví a subir corriendo a la misma esquina junto al baño, donde encontré a otro y me dio igual quién fuera.

Pero quizá la mujer pantalla era menos una fachada de lo que me permitía creer. Quizá lo había estado usando a él de pantalla y no al revés. Con él admitía cosas de menor importancia y más fáciles sobre mí para evitar enfrentarme al estado de una relación que parecía no tener rumbo y caer en picado por un desfiladero. Él no atemperaba mi deseo por ella, sino que lo avivaba y me hacía desearla más. Lo que sí hacía, sin embargo, era aliviar la urgencia.

Quizá aquel razonamiento fuese un pretexto más. Al final, y sin llegar siquiera a reconocerlo ante mí mismo, terminé sirviendo a dos amos, tal vez para no atender de verdad a ninguno de los dos.

No dije nada más.

—¿Has pensado en él cuando hemos pasado esta noche por la biblioteca Van Speer?

Tenía que preguntármelo.

—Sí —dije.

—¿Habrías subido a echar un vistazo si yo no hubiese estado contigo?

—Es probable. Claro que, si hubiese venido con él esta noche y hubiésemos pasado por Van Speer, habría pensado en ti, habría sacado el gran léxico griego y me habría sentado un rato en nuestro escritorio. Me gusta contarte la verdad. Me excita. El cuerpo nunca miente.

—Ya lo veo.

Pensé que lo que me excitaba era el recuerdo de las noches en Van Speer, pero no, fue la confesión, y el matiz tácito de indecencia que hay en toda confesión, lo que me estremeció y me excitó y me la volvió a poner dura.

—Quédate conmigo, no me sueltes —dijo.

Había empezado a nevar y volví a pensar en *Ethan Frome* y en el descenso suicida en trineo en el que los dos amantes quedan impedidos para siempre porque no habían tenido el valor de dejarlo todo e irse del sofocante pueblo rural de Starkfield. Me hizo pensar en nosotros. ¿Tendríamos el valor de cambiar algo? ¿Lo habíamos tenido entonces? ¿Lo teníamos ahora? ¿Ser un par de fugitivos durante dos insignificantes días entre semana nos ponía del lado de los valientes? ¿O nuestro amor estaba jalonado de tantas excusas que no podíamos concebir la vida sin ellas? Nunca habíamos dado el siguiente paso. Ni siquiera sabíamos cuál era el siguiente paso.

Nieve. Como siempre. La nieve silenciosa. Te cerca, te impulsa, y a medida que te elevas te decepciona porque es sólo un polvo ceniciento insignificante. ¿Era aquello una fantasía, entonces? ¿Un hombre y una mujer que se mueren por quedar aislados por la nieve y así no tener que hacer planes para el día siguiente?

—Todavía no me has contestado a la pregunta —dijo—. ¿Por qué no me hiciste el amor aquella noche?

No iba a dejarlo pasar.

—Porque me dabas miedo. Porque quería hacerte el amor pero me daba miedo que quisieras que fuese como la seda. Porque te deseaba para siempre y sabía que te habrías reído si te lo hubiera dicho. Tanto tú como yo éramos rápidos y fáciles con los hombres, y lo último que quería que me pasara contigo era que fuese rápido y fácil. Así que esperé. Luego me acostumbré a esperar. A veces, esperar era más real que lo que teníamos.

—Pero ¿eres feliz? —preguntó.

—Sí, mucho.

—Yo también. ¿El vino de la vida? —preguntó de nuevo con ironía.

—El alcohol a granel de la vida. Bueno...

—¡Exacto! —dijo, ignorando mi intento poco convincente de embellecer nuestro acto sexual.

Y luego dijo algo que no me esperaba:

—Me parece que volverás con Manfred. Es lo que deseas. Es quien eres.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo. Aunque, contigo, quién sabe. Por lo que hemos hecho esta noche y por todo lo que sentimos desde siempre, hay una cosa que sé: me deseas y sé que me quieres, como yo te quiero, pero no creo que me hayas deseado nunca con las entrañas. Deseas algo de mí, pero no sabes qué. Quizá sólo soy una idea con un cuerpo. Siempre falta algo. Tu infierno, que es también el mío, es que hasta cuando estés con Manfred querrás volver a estar conmigo. Tú y yo no amamos como hacen los demás, funcionamos a base de nada —me tocó la cara, la frente—. Te podría decir que fueras feliz por tenerlo a él, pero eso no te serviría de nada. Te podría decir que seas feliz porque tenemos dos días, pero eso tampoco servirá de nada. Estás solo, igual que estoy sola yo, y lo más cruel es que encontrarnos y decir «estemos solos por fin» no resolverá nada.

La quise más que nunca en aquel momento.

—¿Cómo me conoces tan bien?

—Porque tú y yo somos la misma persona. Todo lo que he dicho de ti es cierto para mí. Dentro de un mes, nos despertaremos y nos daremos cuenta de que esto de ahora era el vino de la vida.

Miramos el claustro y la cuesta de la colina y las farolas desperdigadas sobre sus charcos relucientes de luz sobre la nieve.

—Talía, Urania, Melpómene —dijo mientras nos sonreíamos, felices porque el dibujo de aspas del suelo del claustro no se hubiese olvidado de las huellas de nuestros antiguos pasos.

Me gustó abrazarla.

—¿Qué más piensas? —preguntó.

—Estaba pensando en que es probable que Ole Brit, después de dejar a sus dos hijos en su habitación, se quedase solo mirando por una ventana como ésta los viejos chapiteles y el claustro medieval en el hotel de Oxford, mientras intentaba entender las malas pasadas que nos juega el tiempo. Estuvo enamorado de un joven zapatero una vez, pero no tuvo el valor de seguirle la corriente a las indirectas e insinuaciones que el zapatero no dejaba de hacerle. Estuvo yendo a la zapatería durante meses, encargaba un par de zapatos detrás de otro y se encendía de pies a cabeza cuando el zapatero le tocaba el tobillo con las manos desnudas o, como pasó una vez, le sostuvo los dedos de los pies. Pero aquello no llegó a ninguna parte, aunque tampoco desapareció. Se quedó allí, sin pasado, sin futuro, como una copa de vino llena hasta el borde de la que no bebe nunca nadie. Según él, era como una deuda impagable que sigue devengando intereses, hasta que un día te das cuenta de que nunca terminarás de pagarla porque se ha comido los ahorros de toda tu vida, así que cuando durante tu última media hora en la tierra te recojas en ti mismo para juntar los pedazos, no encontrarás ni clausura ni redención, porque los pedazos se habrán esparcido por todas partes muchísimo antes de que esparzan tus cenizas. No quiero terminar como ese anciano caballero de Perú cuando volvió para darse cuenta de que todos aquellos años había llevado la vida equivocada.

—¿Cuándo te contó todo eso?

La miré y, sin vacilar, le dije:

—Cuando estuve invitado en su casa, tres años después de terminar la carrera. Fue una noche después del seminario, cuando nos quedamos solos en la casa. Los estudiantes ya se habían ido y su mujer estaba en la ciudad, nosotros estábamos en la planta de abajo bebiendo *whisky*. Acabábamos de terminar de fregar y de secar los platos. Se sentó a mi lado en el sofá y me di cuenta de que algo le molestaba, pero me resistí a adivinar lo que era. «¿Crees en el destino?», me preguntó. «¿Seguimos hablando de Wharton?», contesté, casi con descaro, para demostrar que me había dado cuenta perfectamente de su intento de disipar el silencio incómodo entre nosotros y de desbaratar lo que presentí que estábamos pensando los dos. Quizá estuviese intentando ponerlo en un aprieto. «¿Seguimos hablando de libros? ¿Es eso?». «Si quieres, podemos hablar de libros», contestó, evasivo y cordial como siempre.

»Luego, no tengo ni idea de por qué, me acerqué a él y le cogí la mano. Y como quería ponérselo fácil y porque el vino ayudaba, le dije: “Creo que deberías acostarte conmigo”. «Es una idea», dijo sorprendido,

aunque plácido como siempre. «¿Y cuándo tendría que ser esto?», preguntó dándole un giro cómico a las cosas como era típico en él.

»Pero no iba a dejar que se escapase. “Esta noche”.

»Nunca en mi vida había estado tan seguro de mí mismo ni había sido tan perentorio. “¿Estás seguro?”, preguntó.

»Intentó disuadirme otra vez. Encontré las palabras adecuadas para tranquilizarle: “Sí, esta noche. Yo me encargo de todo, te lo prometo”.

»Y como se instaló entre nosotros un silencio sepulcral, recuerdo que repetí que se lo prometía. Se acercó a mí, me agarró la cara con las dos manos y la acercó a la suya. “Llevo pensando en esto desde la primera vez que te vi, Paul”. «No lo sabía», dije.

»Aquella confesión me desconcertó más que nada de lo que le había dicho. “¿Has cambiado de idea?”, preguntó sonriendo. «Para nada», dije, más asustado de lo que había creído que estaría, porque me di cuenta de pronto de que, a pesar del sexo temerario y sin trabas que había conocido, nunca le había hecho el amor a un hombre antes y eso era lo que me estaba ofreciendo él.

»Cuando lo llevé a mi cuarto en la planta de arriba, no entró enseguida. Pensé que estaba nervioso, pero ahora creo que me estaba dando la posibilidad de que me arrepintiera. Empecé a quitarme el jersey sin encender la luz, pero él se desnudó antes que yo; me abrazó y empezó a quitarme toda la ropa que llevaba. Perdí la noción de lo que estábamos haciendo. Estaba mucho más nervioso que él. Terminó él encargándose de mí.

»A la mañana siguiente había dejado un sobre en mi sitio en la mesa del desayuno.

»“Creo que me has sido enviado. Tuyo siempre, Raúl”.

»Nadie me había dicho nunca que le había sido enviado.

»Su mujer volvió de la ciudad aquella misma tarde. En la mesa, él fue incapaz de mirarme a los ojos, pero aquella noche, antes de irnos a la cama, me pilló al subir la escalera. “Te he comprado esto”, dijo, dándome un paquetito envuelto. «Tengo una justo igual. Quería que tuvieses la misma pluma».

Aquella noche, envueltos en una gruesa colcha y apretados uno contra el otro, miramos las farolas resplandecientes que salpicaban el claustro vacío y, en aquella hora callada de la noche, las nueve parecían haber convergido delante de nuestra ventana. Entendían muchísimas cosas mías y de un modo que tal vez yo no llegase a comprender nunca. Por un momento pensé que no eran farolas, sino una colección de personalidades encendidas temblando a la intemperie, no muy diferentes

de nueve bolos con las cabezas encendidas, mis nueve vidas, mis nueve personalidades nonatas, inhabitadas, inacabadas, preguntando si las pueden invitar también o qué hacer si todavía no ha llegado su momento.

—¿Por qué hemos esperado tanto?

No sabía la respuesta.

—Quizá porque no se ha inventado todavía lo que queremos.

—Quizá porque no existe.

—Por eso me da miedo cómo terminará esto.

—Buenas noches —dijo, dándome la espalda, mientras la rodeaba entre mis brazos—. Sé una cosa, sin embargo —dijo sin darse la vuelta.

—¿Qué?

—Esto no se termina, pase lo que pase. No se termina nunca, nunca —la abracé más fuerte—. Amor estelar, amor mío, amor estelar. Quizá no viva, pero no se muere nunca. Es lo único que me llevaré conmigo y que te llevarás tú también cuando llegue el momento.

Abingdon Square

Sus correos electrónicos, cuando vuelvo la vista atrás, todavía demuestran lo frágil que era todo. Redactados con ímpetu y a la ligera, no diferían de los de otras personas, salvo por aquella palabra en exceso efusiva que irrumpía en la pantalla y me excitaba siempre. «Queridísimo». Así me llamaba, así empezaba todos los correos, así me daba las buenas noches. «Queridísimo».

Por un momento me había olvidado de la decepcionante brevedad de sus correos y lo engañoso que es a veces hablar claro. En su intento de conmoverme y decir algo auténtico e importantísimo, eludía de manera simultánea lo único que ansiaba oír yo. No era seca ni cautelosa ni informal, no era ése su estilo; tampoco había nada insulso ni aburrido en sus correos. Su estilo era atrevido, pero en lo que escribía no había ninguna insinuación de *otra cosa*, ningún subtexto, ninguna alusión, ningún lapsus freudiano que requiriese reflexión y disección, ninguna moneda dejada sobre la mesa para que subieras la apuesta de lo que podría haber sido una larga partida de póquer por correo electrónico. Quizá su tono no fuese lo bastante ansioso, desesperado o torpe. Quizá fuese de verdad de esa clase de personas despreocupadas y sin ataduras que se dejaban caer por tu vida con la misma facilidad con la que salían corriendo, sin equipaje, sin promesas, sin rencor. Y quizá la combinación normal de ansiedad e ironía que nos delata a tantos cuando conocemos a alguien estaba tan retocada que sus correos tenían ese aire animado de las cartas que escribías desde el campamento a los familiares lejanos, a los que les gustaba recibir cartas pero que rara vez las leían con la atención suficiente como para darse cuenta de que si la caligrafía era más grande de lo normal no era para que pudieran leerla a pesar de su problema de visión, sino para rellenar los espacios en blanco de lo que eran, por lo demás, partes rutinarios.

Sus correos parecían cartas, pero eran en realidad mensajes de texto ansiosos. Respetaba las mayúsculas, puntuaba con corrección quisquillosa y no usaba nunca abreviaturas y, sin embargo, todo tenía un aire inequívoco de premura reprimida, como si dijera «Podría contar más, mucho más, pero para qué aburrirte con los detalles»; la otra cara de eso era «Tengo que salir corriendo pero para ti siempre haré un hueco», todo rematado y suavizado con su provocativo «Queridísimo», para impedir que yo viera que ese algo más que esperaba tampoco iba a llegar esa vez. Porque no había nada más.

Había leído uno de sus artículos y sabía lo complicada que era su forma de pensar; me encantaba su complicada forma de pensar. Su prosa me recordaba al laberinto de callejones recónditos y aislados del barrio bohemio West Village, con sus curvas repentinas y que se te anticipan constantemente. Por correo, sin embargo, usaba el lenguaje pulido de los grandes bulevares de París bordeados de árboles, todo claridad y

transparencia, sin esquinas ocultas, sin pistas falsas, sin callejones sin salida. Siempre podía elegir atribuirle un significado excesivo a tanta claridad, pero entonces me estaría tomando mi pulso, no el de ella.

Me gustaba lo que tenía del Lower Manhattan. Me gustaba la forma en que se sentaba conmigo a tomar café y me confiaba las intrincadas pautas de su vida y luego, por impulso, cambiaba de opinión, volvía las tornas y decía que las pautas servían para contar bien las historias, pero que rara vez significan algo; no había pautas, no deberíamos buscar pautas, las pautas eran para la gente normal, no para nosotros, tú y yo somos diferentes, ¿no es verdad? Luego, como si se hubiese equivocado de calle, retrocedía y decía que su analista no estaba de acuerdo con ella. Puede que me haya calado mucho antes de que yo sea capaz de hacerlo, decía. Con respecto a mí misma, estoy completamente perdida, añadía, y soltaba ocurrencias inesperadas de autodesprecio que hacían que me gustara más cada vez que se sabotaba a sí misma, porque la hacían más vulnerable. Me encantaba la forma que tenía de decir una cosa y luego ir acercándose disimuladamente a su contraria, porque aquella manera de dar vueltas y más vueltas sin ningún disimulo prometía charlas fascinantes junto al fuego en algún rincón querido e íntimo de nuestra invención.

Dividimos el mundo en dos campos. La gente de Main Street, la avenida principal de Queens, que eran calles cuadriculadas y transversales, y nosotros, las calles peatonales y los animados pasajes del barrio de moda, el Meatpacking District. Todos los demás eran Robert Moses. Nosotros éramos Walter Benjamin. Nosotros contra ellos, pensaba yo.

Heidi era una escritora joven a la que meses antes le había rechazado un artículo sobre ópera. Sin embargo, había captado en su prosa una inflexión que era irónica y siniestra al mismo tiempo y, en mi carta de rechazo de dos páginas escrita a un solo espacio, destaqué las virtudes y carencias de su artículo. Me respondió rápidamente en un correo, diciendo que necesitaba verme enseguida. Contesté igual de rápido que no tenía la costumbre de encontrarme con nadie solo por haberle rechazado un trabajo; en cualquier caso, tenía poco que añadir a lo que ya le había escrito en mi carta. De acuerdo, gracias. Le deseé suerte. Muchas gracias. Nuestro toma y daca se terminó en menos de un minuto.

Dos meses después, volvió a escribir para decirme que una revista importante había aceptado su artículo. Había usado todas mis sugerencias. ¿La vería ahora? Sí... ¿La vería esta semana? Sí... Me invitó a café en un local de Abingdon Square, «justo enfrente del parquecito, no muy lejos de tu oficina», dijo. Nos sentamos los dos con los abrigo puestos. Había empezado a llover y al final estuvimos ahí mucho más tiempo de lo que había planeado. Hablamos casi dos horas de María Malibrán, la *mezzosoprano* decimonónica. Mientras nos despedíamos y ella estaba a punto de encender un cigarrillo, dijo que deberíamos quedar otra vez, quizá muy pronto.

Aquel «Deberíamos quedar otra vez, quizá muy pronto» se me grabó en el pensamiento mientras volvía en metro a casa aquella noche: descarado y pendenciero, aunque inequívocamente dulce. ¿Me lo estaba pidiendo, «quizá muy pronto»? ¿O era sólo una forma hábil e indirecta de decir «No hace falta esperar otros dos meses para que nos tomemos un café»? Me sentí como si me hubiesen prometido un regalo de Navidad en junio.

Intenté sustraerme a aquella oleada de júbilo recordándome a mí mismo que su «quizá muy pronto» bien podía ser uno de esos aplazamientos indefinidos que se dicen para encubrir una despedida incómoda entre quienes ya saben que probablemente no tienen motivo para volver a verse.

¿O era más complicado de lo que yo creía? ¿Había quizá una pizca de inseguridad fingida en su supuesta «otra vez»? ¿Había adivinado ya que yo diría «¡Por supuesto!» en cuanto me lo pidiera, pero quería que pensara que no estaba segura de si yo diría que sí?

En ningún momento me planteé por qué le dedicaba tanto tiempo a meditar su frase en el metro, ni por qué lo primero que hice en la oficina a la mañana siguiente fue volver a leerme su artículo o por qué aquella noche evité pensar en María Malibrán. Pero sabía que había acertado al cien por cien en cuanto a ella: una mujer que escribe así, con vehemencia y pesadumbre al mismo tiempo, tenía que ser guapísima. Sabía cómo iba a terminar aquello. Lo supe en el momento en que la vi en la cafetería.

La misma noche después de conocernos, me llegó un correo. «Queridísimo», empezaba. No «Querido». Hacía años que no me llamaban «queridísimo». Me encantó, aunque sabía que yo no era su queridísimo. La cola de hombres de su edad o pocos años mayores que tenían más derechos al título que yo seguramente sería muy larga. Todo lo que tenía que ver con ella indicaba que era muy consciente de ello. «Queridísimo» también era su forma de agradecerme que nos hubiésemos visto con tan poco tiempo de antelación, por ayudarla con el artículo, por el café, por hablar con ella sobre su siguiente artículo sobre Malibrán. «Queridísimo» por ser tan encantador. Había en su gratitud algo tan ensayado y sencillo, tan infalible, que no pude evitar pensar que muchos la habrían ayudado de la misma manera y se habrían convertido en queridísimos por haberse entregado de forma desinteresada, al principio para atraerla, luego, cuando estaban atrapados en la amistad y no podían retroceder, para pedir algo más. «Queridísimo» era su manera de exponerte los términos de tu reclutamiento, su manera de llevarte a remolque.

En su correo de aquella noche, me dijo que le hacía ilusión pensar que sólo un 0,0000 001 por ciento de la humanidad sabía quién era María Malibrán y que aun así nos hubiésemos conocido en aquel café

improbable, de todos los sitios posibles, en Abingdon Square, y con los abrigos puestos dos horas enteras, añadía.

Me encandiló. Me encantó lo de «y con los abrigos puestos dos horas enteras», añadido en el último momento. Así que ella también se había dado cuenta de aquel extraño detalle. Quizá ninguno de los dos deseaba que se nos notara que queríamos que el café durase más de quince minutos, de ahí que nos sentáramos con los abrigos puestos, sin atrevernos a alterar nada por miedo a recordarle al otro que el tiempo pasaba volando. Quizá nos los dejamos puestos para que no se nos notara que de hecho estábamos disfrutando aquello o que esperábamos que durase un poquito más, siempre que nos comportáramos como si se fuera a terminar en cualquier momento. ¿O era su manera de decirme que ambos nos habíamos dado cuenta de lo mismo y que habíamos vuelto a pedir dos veces porque seguíamos con los abrigos invernales puestos, lo que nos daba una salida posible en caso de que nos excediéramos de la hora?

«Queridísimo». Me hacía recordar al instante su manera de mirarme y de devolverme la mirada, como si no importase nada más en aquella pequeña cafetería. «Queridísimo»: su forma de decir que no ocultaba que había estado leyendo sobre mí. «Queridísimo»: la avalancha de preguntas aduladoras —en qué estaba trabajando, qué ilusiones tenía, dónde me veía en cinco años, y después qué, por qué, cómo, desde cuándo, cómo es posible—, preguntas que había dejado de hacerme y con las que ahora me machacaba con la extravagancia temeraria e inquisitiva de la juventud; se me hacía un nudo en el estómago cada vez que ella se acercaba más a la verdad, lo que me encantaba. Luego estaban su sonrisa, sus labios, su piel. Recuerdo observarle la piel de las muñecas, de las manos, que relucía a la luz del atardecer. Hasta sus dedos relucían. ¿Cuándo fue la última vez que había tomado café con una chica tan guapa que tuviera cosas que decir que me encantase oír y que pareciera igual de fascinada con lo que yo tenía que decir? La respuesta me asustó: años.

Para no dejarme engañar con tanta facilidad, me obligué a reconsiderar el «Queridísimo». Era probable que significara cero interés. Era el tipo de fórmula excesiva que no hubiese usado nunca con alguien de su edad ni, desde luego, no justo después de conocerse. Se usaba con los amigos de los padres o con los padres de un amigo cuando se convertían en casi tíos; era una expresión de cariño, no una insinuación.

A la mañana siguiente, llegó un correo de Manfred desde Alemania: «Para. Aprende a tomarte las cosas al pie de la letra. Siempre andas buscando lo que no hay». Me conocía tan bien. Era su respuesta al correo en el que me las había arreglado para expresar todas las interpretaciones retorcidas concebibles de lo que podía significar aquel «Queridísimo». Sin nadie a quien confiarme, había acudido a quien seguía siendo cercano pero estaba lo bastante lejos como para no hacer más preguntas de las que yo me moría por hacerme.

Aquella mañana le escribí a ella y le dije que podíamos vernos justo una semana después.

¿Dónde?, destelló su rápida respuesta. En el mismo sitio, dije. En el mismo sitio, a la misma hora, entonces, en Abingdon Square. Abingdon Square, repetí.

Volvió a llegar antes que yo y ya se había pedido un té y, para mí, el mismo *cappuccino* doble que me había tomado la vez anterior. Me quedé mirando la taza que me estaba esperando en mi lado de la misma mesa junto a la ventana. ¿Y si hubiese llegado tarde o hubiese tenido que cancelar?

—No lo has hecho y no lo harías.

—¿Cómo lo sabes?

—Qué alegría verte —dijo ella, levantándose para darme dos besos, descartando la broma absurda que yo había intentado hacer.

El café duró más de lo que los dos esperábamos. Fuera, sacó un cigarrillo. Era obvio que estar más de dos horas sin fumar resultaba difícil para ella. De camino hacia donde nos habíamos separado la primera vez, nos detuvieron dos individuos que iban hablando por *walkie-talkies*. Eran del equipo de rodaje de una película. Nos pidieron a todos los que estábamos en aquel lado de la acera que esperásemos y nos quedásemos callados. Me gustó el pretexto de pasar un rato más juntos en aquella especie de suspensión inducida, le daba a nuestro paseo una cualidad onírica, como si también formásemos parte de la película. Le pregunté a uno del equipo qué estaban rodando. Algo de una novela de los años cuarenta. El letrero parpadeante de un viejo hotel (el Miramar), una pareja de mediana edad discutiendo en la acera desierta, un Citroën de época aparcado en batería en el bordillo reluciente de pizarra. Cuando dieron la señal, cayó un súbito chaparrón. Todos dimos un paso atrás. Aquello pedía un aplauso, pero nadie se atrevió.

El director no estaba contento. Iban a tener que rodar la escena entera otra vez. «Gracias por su cooperación». Nos dejaron cruzar la calle y seguir nuestro camino.

—¿Quieres irte? —me preguntó.

—En realidad, no. ¿Y tú?

—No, todavía no.

Volver a observar cómo rodaban la escena era simplemente otra manera de seguir juntos un rato más. Así que nos quedamos y esperamos a que el cámara empezara a rodar de nuevo. El letrero

parpadeante del Miramar, la pareja discutiendo, el Citroën negro de época con la portezuela del pasajero abierta de golpe, todo el mundo esperando a que cayera el chaparrón en aquel escenario crepuscular que me hacía sentir que nos habíamos metido en uno de los cuadros de Greenwich Village del pintor John French Sloan. Nuestro encuentro no era superfluo, desechable. Lo que estaba pasando tenía un guion que no era tan difícil de interpretar.

Cuando nos separamos, eran casi las ocho.

—La próxima vez iremos mejor a tomar una copa —dije.

—Tienes razón. Es demasiado tarde para tomar café.

Nos despedimos con un beso, luego ella se volvió.

—¿Me das un abrazo? —dijo.

«Queridísimo», escribió. Había empezado a trabajar en su artículo sobre Malibrán. Le dije que una vez había visto un libro que llevaba mucho tiempo descatalogado con las cartas de Da Ponte a la joven Malibrán. Intentaría encontrarlo. Da Ponte, el querido libretista de Mozart, que era mucho más viejo que ella y vivía en Nueva York a principios del siglo XIX, contribuyó a lanzar la carrera operística de la joven María García. María se casó con el banquero François Eugène Malibrán, veintiocho años mayor que ella, en Nueva York. Conservó el apellido de su marido, aunque a él lo abandonó para irse a París a buscar fama. No se me pasó por alto el paralelismo. Me entusiasmó.

Nuestro tercer encuentro no fue diferente. Me estaba esperando en la misma mesa junto a la ventana con mi cappuccino doble. Así que de copas nada, pensé.

—Me gustan las repeticiones —dijo, como si me hubiese leído el pensamiento—, y sé que a ti también.

Miramos cómo empezaba a caer la nieve en Abingdon Square. Esto es un regalo, me decía a mí mismo una y otra vez. Aprende a ser agradecido y evita hacer demasiadas preguntas, aunque, en parte, no podía evitar mirar a hurtadillas lo que me esperaba al doblar la esquina.

—A lo mejor, si el tiempo cambia, podríamos ir un día a visitar la tumba de Da Ponte en Queens —dije por fin.

—Qué curioso es que el libretista de Mozart esté enterrado en Queens —dijo.

—Y en un cementerio cristiano, además —contesté—. Era judío de nacimiento, pero luego se convirtió. La familia de María García

tampoco era de origen gitano en realidad, es probable que descendiera de conversos.

Ella conocía a una mujer que aseguraba ser descendiente de conversos. Me contó la historia de una anciana católica bastante devota que conocía, que todos los años durante las fiestas judías se aseguraba de volver de cara a la pared todas las imágenes e iconos cristianos de su casa.

—¿Cuándo crees que podríamos ir?

—¿Ir adónde? —pregunté.

—¡Al cementerio! —respondió, como diciendo ¿dónde si no?

¿Podían ser tan fáciles las cosas, pensé, o me estaba perdiendo algo?

Le respondí que ya la avisaría. Quería decir que no todos éramos trabajadores independientes, pero me reprimí. Quizá a principios de la semana siguiente, pero tampoco lo dije. Tendría que mirar el calendario en el móvil y no quería que la formalidad del gesto enfriase lo que tenían de espontáneos los preparativos para hacer una excursión al barrio de Maspeth en Queens.

Pero el silencio y el tiempo que había tardado en decir «ya te avisaré» habían enfriado el ambiente. Lo que no expresamos, lo que dejamos sobreentendido, se interpuso entre nosotros. Su mirada desconcertada era la pregunta, mi silencio era la respuesta.

Cuando siguió clavándome aquellos ojos descarados e inquisitivos como si no quisiera que traslucieran toda la calidez que había en su corazón, supe que entre nosotros había palpitado un instante turbador de incomodidad y de oportunidad perdida. Tal vez deberíamos haberlo hablado enseguida y allí. Tal vez había que sacar el tema, pero ninguno dijo nada.

Cuando nos separamos, le di un beso y luego la abracé.

Se alejó pero después se dio la vuelta.

—Quiero un abrazo de verdad —dijo.

Ya nos habíamos visto en tres ocasiones y no habíamos hablado ni una sola vez ni preguntado por la vida del otro. Los nuestros eran los callejones empedrados; evitábamos las arterias principales. En Abingdon Square se seguía amontonando la nieve y me hacía desear que pasáramos horas interminables juntos en nuestra cafetería, no hacer nada salvo estar ahí sentados y esperar que ninguno de los dos intentara deshacer el hechizo. Siempre que nos quedásemos donde estábamos y siempre que siguiera nevando, nos las podríamos arreglar para vernos así la semana siguiente, y la otra, y la otra de después

también; ella y yo juntos en esa misma mesa de la esquina al lado de la ventana, con los abrigos amontonados en una tercera silla.

Ve con cuidado. No hagas nada. No estropees nada.

Dos días después decidí forzar un poco las cosas. ¿Quería salir a tomar una copa? «Queridísimo mío, me encantaría. Deja que me quite un par de cosas de encima. Te aviso».

A la mañana siguiente, temprano: «Esta noche estoy libre». «Sí, pero esta noche puede que yo no. Puedo tomar algo pero luego tengo que irme a una cena. ¿Qué tal a las seis?», contesté. «Que sea a las cinco y media, así tendremos más tiempo para estar juntos». «Bien, hay un bar al lado de Abingdon, no muy lejos de nuestra cafetería», contesté. «¿Así que ahora es nuestra?». «En la calle Bethune, ¿vale?», dije, pasando por alto su broma pero esperando que mi respuesta apresurada le indicara que no me había perdido aquella pequeña entonación en «nuestro» y que me había gustado. «Calle Bethune entonces, querido».

Rara vez había sido nadie más voluntarioso y sumiso al mismo tiempo. ¿Era una señal o es que simplemente era de las complacientes?

Cuando volvimos a vernos una semana después, pedimos dos Hendrick's.

—Lo que queda de semana no va a ser bonito para mí —dijo—. En realidad, será bastante feo.

Bueno, pensé, por fin sale algo.

Esa semana tampoco estaba siendo buena para mí. Mencioné una cena en Brooklyn y unos cócteles espantosamente aburridos, con gente más o menos.

—¿Más o menos?

Me encogí de hombros. ¿Se estaba burlando de mí?

—¿Por qué va a ser tan horrible tu semana?

—Voy a tener que cortar con mi novio.

La miré, intentando que no se me notara lo sorprendido que estaba. La mayoría suelta lo del novio para decirte que están ocupadas.

No sabía que tenía novio. ¿Tan horrible era el hombre?

—No, no es horrible. Nos hemos distanciado, eso es todo —dijo—. Lo conocí en una colonia de escritores el verano pasado, hicimos lo que

hace todo el mundo en esos sitios, pero en cuanto volvimos a la ciudad se estancó, caímos en la rutina.

—Entonces ¿no tiene arreglo? —pregunté.

¿Por qué hacía de amigo psicoanalista? ¿Y por qué la inflexión de decepción en la palabra *arreglo*, como si la noticia me doliese?

—Digamos que es sólo cosa mía. Además... —dudó.

—¿Además?

—Además, he conocido a otro.

Me quedé pensando un momento.

—Bueno, en ese caso, a lo mejor deberías romper y aclarar las cosas. ¿Lo sabe él?

—En realidad, ninguno de los dos lo sabe.

Me lanzó una mirada y se encogió de hombros con un aire confiado y medio atribulado que significaba algo así como «Ya sabes lo que pasa».

¿Por qué no le preguntaba con más insistencia? ¿Por qué me negaba a captar la indirecta? ¿Qué indirecta? ¿Por qué le dejaba soltar esa bomba y fingía que no me había dejado anonadado?

—Estoy seguro de que se arreglará todo —fue lo único que terminé diciendo.

—Lo sé. Siempre se arregla —contestó, agradecida porque hubiese sido lo bastante vago y, sin embargo, apenada porque abandonara el tema un poco antes de lo que le hubiese gustado.

A las siete me recordó que tenía que estar en una fiesta para cenar con mis amigos más o menos en Brooklyn. Se acordaba de la expresión. Eso me gustó.

Deseé poder llevarla a aquellas cenas. Los tendría a todos comiendo de su mano, mujeres incluidas. Fuera del bar, me quedé mirándola esperando que se diera cuenta de cuánto sentía que nos separásemos tan pronto aquella noche. Se acercó para besarme en ambas mejillas, como hacía siempre. Sin pensarlo, le di un beso en la frente y luego la abracé. Sentí el aguijón de la excitación. No eran sólo imaginaciones mías. Y ella me había abrazado también, fuerte.

Mientras la acompañaba a lo que se había convertido en el lugar en el que nos despedíamos de forma tácita, algo me dijo que ella tendría que haberme preguntado por la cena. Había protestado demasiado contra las cenas para que ella no hubiese hecho algún comentario como de

pasada, pero no había mostrado ningún interés ni siquiera por preguntar dónde se celebraba, quizá por la misma razón por la que yo no le había preguntado nada sobre su novio nuevo. Quizá, igual que yo, no quería parecer interesada. En Abingdon Square, todo lo que tenía que ver con el resto de nuestras vidas lo poníamos de cara a la pared. Evitábamos sin más mi vida, su vida; todo lo que no influía en la razón por la que nos seguíamos encontrando allí no lo mencionábamos nunca, lo cerrábamos con candado. En Abingdon Square llevábamos una vida alternativa, hipotética, una vida aparte entre las calles Hudson y Bleecker entre las cinco y media y las siete.

Después de despedirnos, la observé caminar hacia el centro y me quedé en la plaza un rato, pensando en lo fácil que sería no subirme al tren, mudarme a algún sitio no muy lejos, empezar una nueva vida cerca de la cafetería, llevarla al cine entre semana, buscar otras cosas que hacer y, si eso funcionaba, ver cómo se volvía famosa, más guapa, tenía hijos, hasta el día que entrase en mi estudio a decirme que nos habíamos distanciado y que habíamos caído en la rutina. La vida. No tiene remedio. Ya sabes cómo es, diría ella, y, para que lo sepas, me mudo a París. Ni siquiera eso me asustaba. La visión de aquella vida alternativa esbozada en la gran luna de vidrio de la cafetería en la que ella y yo podríamos pasar sin problema muchas más horas juntos. Cuando se volvió a mirarme después de cruzar la calle, me encantó que me descubriese allí parado viéndola alejarse. Me gustó que se hubiese girado y luego me saludara con la mano sin motivo. Me gustó la excitación repentina cuando la abracé y, por primera vez desde que nos habíamos conocido, pensé en ella desnuda. Surgió solo.

Aquel sábado por la noche, en un cine abarrotado, observé cómo una pareja joven les pedía a los que estaban sentados en nuestra fila que se corrieran un asiento. Se notaba que era su primera cita por la indecisión con la que se sentaron y luego dudaron en cómo compartir la bolsa de palomitas. Los envidié, envidié su torpeza, envidié sus preguntas y respuestas de ida y vuelta. Deseé estar con ella en ese mismo cine. Con una bolsa de palomitas. O esperando fuera en la cola con los abrigos puestos, ansiosos por que empezase nuestra película. Yo quería ver *El año pasado en Marienbad* con ella, llevarla a escuchar *El arte de la fuga*, escuchar el concierto para piano y trompeta de Shostakóvich juntos y preguntarme quién de los dos era el piano y quién la trompeta, ella o yo, trompeta y piano mientras nos sentábamos a leer los *Lais* de María de Francia los domingos tranquilos, y escucharla decir cosas que yo ignoraba de María Malibrán y luego, sin pensarlo, nos echaríamos algo encima e iríamos juntos a ver alguna película estúpida, porque una película tonta con efectos especiales superestúpidos obra maravillas con las anodinas tardes de domingo. La visión fue creciendo y empezó a extenderse a los demás rincones de mi vida: amigos nuevos, sitios nuevos, rituales nuevos, una vida nueva cuyos contornos casi podía empezar a palpar.

Hubo un momento, mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, en que le podría haber dicho algo. Lo inexpresado, lo no dicho, lo indecible, unas

cuantas palabras, y se habría esfumado todo. Pero supe, mientras la miraba abrirse camino entre la multitud, que estaba tan agradecida por mi silencio como yo lo estaba por el suyo. Una vez le pregunté qué le gustaría ser en el concierto de Shostakóvich, si el piano o la trompeta.

—El piano es atrevido y desinhibido —me dijo—, la trompeta se lamenta. ¿Cuál crees que soy yo?

Llegó de Alemania un correo corto de Manfred: «Otra vez estás al acecho. Te hace falta menos escepticismo y más valentía». La valentía, decía, proviene de lo que deseamos, por eso vamos a por ello; el escepticismo sale del precio que pagaremos, por eso fracasamos. «Lo que necesitas es pasar tiempo con ella, no en una cafetería, no en un bar o en el cine. No tiene dieciséis años. Si no funciona, te decepcionarás, pero seguirás adelante y eso será todo».

Cuando le dije que mi escepticismo no andaba mal encaminado, teniendo en cuenta que ya me había dicho que tenía a alguien esperando entre bastidores, su respuesta no podría haber sido más alentadora: «Ese alguien podrías ser tú. Y si no lo eres, sólo creer que podrías ser tú puede mover montañas. Esa mujer es real. Tú eres real».

Intenté encontrar la forma de romper a la fuerza el bloqueo que había entre nosotros, pero cuanto más consciente era de cuánto la deseaba, más se me enfangaba el pensamiento con la idea de su nuevo novio, más me irritaban sus *queridísimos* engatusadores. Todo lo que me gustaba de ella, todo lo que escribía y decía tenía un halo de aplacamiento engañoso que lanzaba para impedir que me acercara más. No había nada evidente en ella. Me volví comedido y sinuoso.

Veinticuatro horas después de las ginebras, le escribí para decirle que me habría gustado quedarme y haber cenado con ella por el barrio en vez de haber ido a aquella cena idiota. «Queridísimo, ¿tan mal lo pasaste? ¿Qué pasa con esos amigos más o menos que tan bien te caen?».

Me gustó el sarcasmo. «Ojalá te hubiese llevado conmigo, habrías animado al grupo, habrías derretido el invierno, desempolvado las viejas estanterías que seguían en su sitio después de la muerte de Duncan y eso me habría hecho tan feliz».

¿Te habría hecho feliz a ti? «Mucho, pero que muy feliz».

Quería hablarle de la cena en el comedor enmoquetado de mis amigos, desde el que se contemplaban los edificios perfilados contra el horizonte del Lower Manhattan y las vistas panorámicas del East River, en la que charlamos sobre Diego, que seguía engañando a Tamar pero había decidido quedarse con ella porque no podía imaginarse la vida sin ella, o de Mark, que había dejado a Maud por una mujer mucho más joven y aseguraba que sólo quería una última oportunidad. Si ella hubiese estado presente aquella noche, habríamos intercambiado una mirada

cómplice desde el otro lado de la mesa, y nos habríamos echado a reír, y habríamos repetido lo de «la última oportunidad» en la calle cuando regresáramos a Abingdon Square.

No éramos ni amigos ni desconocidos ni amantes, sólo titubeábamos, titubeaba yo y deseaba creer que titubeaba ella, que los dos agradecíamos el silencio del otro mientras contemplábamos cómo el atardecer se transformaba en noche en aquel parque diminuto que no estaba ni en Hudson, ni en Bleecker, ni en la Octava Avenida, sino en una tangente de las tres, lo que quizá fuésemos nosotros también, meras tangentes en la vida del otro. En una ventisca seríamos lo primero en desaparecer, no tendríamos adónde ir. Empecé a temerme que el nuestro fuera un guion sin reparto.

Dos días más tarde, después de medianoche: «Queridísimo mío, esta semana no he sido feliz ni una sola vez. Ha sido muy duro. Y lo peor no ha pasado. Quiero que pienses en mí». «¿Pensar en ti? Siempre pienso en ti. ¿Por qué crees que estoy levantado tan temprano?», le escribí a las cinco y media de la mañana siguiente.

Más tarde, ese mismo día: «Queridísimo mío, tomemos algo pronto».

Hecho. «Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte. ¿Le has dicho a él en qué situación está?», fue mi intento de avanzar. «Se lo he contado todo. No me da miedo decir la verdad». Ojalá supiera cómo decirle a la gente la verdad.

Quería que dijese algo como «Pero yo creía que decías la verdad. Rechazaste mi artículo porque no te gustó, ¿no es verdad? Siempre me has dicho la verdad». «No hablaba de esa clase de verdad». «Entonces, ¿de qué clase?», me habría preguntado y yo se lo habría dicho. Lo único que necesitaba era un comienzo.

Me imaginaba lo que me diría Manfred: «Encuentra un comienzo. Fuerza un comienzo. La vida te arroja miles de comienzos, pero tú no los ves. Tardaste dos años conmigo. No cometas el mismo error». «La verdad a veces es complicada y no siempre me gusta ser franca —dijo—, pero cuando es importante siempre digo la verdad».

Había esquivado con destreza mi pobre trampita.

Unos días después me escribió para decirme que tenía que irse a Washington D. C. por una urgencia familiar. Mientras tanto, había terminado su ensayo sobre Malibrán. «¿Cuántas palabras?». «Demasiadas». «Me encantaría leerlo». «Pero ya sabes que no lo puedo publicar contigo». «Eso lo sé. No me importa quién publique tu historia, pero sí me importa todo lo que haces, escribes, piensas, dices, comes, bebes, todo, ¿no te das cuenta?».

Eso era todo lo franco que podía ser. Si no le quedaba claro lo que quería decir, entonces era obvio que no estaba ansiosa por saberlo.

«Queridísimo, tus sentimientos me llegan a lo más hondo. Escucho todo lo que me dices. Es probable que ya lo sepas. Sólo espero ser digna de ti. Te mandaré el manuscrito en cuanto lo haya revisado por enésima vez. Tuya, leal y devota».

Manfred: «Deja de hablar de trabajo con ella. No se trata de su trabajo».

Lo que él no veía era que, aunque ella y yo nos seguíamos escribiendo, mis correos se iban volviendo cada vez más crípticos: demasiadas señales de humo y un montón de alusiones hasta un punto en que ya no sabía qué estaba insinuando; lo importante era que ella supiera que le estaba insinuando algo, que la insinuación se había convertido en mi único lenguaje, que no estaba diciendo lo que hacía falta decir.

Me fastidiaba su incapacidad de responder de forma menos sinuosa que la mía, así que no le escribí durante tres días. «Queridísimo, ¿pasa algo?».

Casi sentí el típico besito que se le da al abuelo gruñón cuando quiere aparentar que está dolido.

Manfred: «Os habéis visto demasiadas veces ya como para suponer que no lo sabe. No habría quedado contigo una segunda vez y menos todavía una tercera si no quisiera lo mismo que tú. Ninguno de los hombres que he conocido, incluido tú, pasa más de un minuto con otro hombre si no sabe que los dos quieren lo mismo. Le gustas, no le gustan los idiotas de veintitantos o treinta y tantos que tiene alrededor. En todo caso, es probable que se sienta igual de desconcertada o torpe que tú. Déjate de conversaciones con café y acuéstate con ella. Emborráchate si te hace falta y dile lo que me dijiste a mí la primera vez».

El viernes siguiente decidimos ir a cenar. Encontré un restaurante en la calle 4 Oeste y reservé para las seis y media.

—¿Tan temprano? —bromeó.

Sabía exactamente por qué sonreía y qué me estaba preguntando.

—El sitio se llena hasta los topes —expliqué.

—Hasta los topes —contestó, repitiendo mis palabras, como queriendo decir «Entendido».

Ácida y sarcástica. Al menos eso sí está claro entre nosotros, pensé. Saber que ella adivinaba mis intenciones era un afrodisiaco irresistible. Una mujer que sabe lo que estás pensando debe de pensar lo mismo que estás pensando.

Si el tiempo no cambiaba, a lo mejor volvía a nevar y la nieve ralentizaría las cosas y le daría a la cita para cenar normal y corriente cierto halo, y a nuestra noche el lustre y la magia que la nieve siempre imprime en las veladas normalmente anodinas de esa parte de la ciudad.

De camino al restaurante, al tomarme mi tiempo por la calle 4 Oeste, ya sabía que no me olvidaría nunca de aquella secuencia de calles. Primero Horatio, luego Jane, luego la 12 Oeste, luego Bethune, Bank, 11 Oeste, Perry, Charles, 10 Oeste. Los pintorescos edificios con sus pintorescas tiendecitas de lujo, la gente volviendo a casa con frío, las farolas heladas con su escasa luz lanzando destellos sobre la acera de pizarra. Me descubrí envidiando a todos los jóvenes amantes que vivían en el barrio en sus pisos diminutos, siempre recordándome «Sabes muy bien qué estás haciendo, ya sabes cómo va a acabar la noche». Amé cada minuto del camino. Manfred: «Ella sabe de qué va esto. Lo sabe y te está diciendo que lo sabe». Lo peor que podría pasar a esas alturas era que me invitase a subir a su casa después de cenar y yo le explicase que me podía quedar un rato pero no podía quedarme a dormir. No, corregí, lo peor sería volver por estas mismas calles unas horas más tarde, después de hacerle el amor y preguntarme si era más feliz de lo que había sido antes de la cena, ahora que la había dejado y estaba cruzando Charles, Perry, Bank, en orden inverso.

Entonces caí en la cuenta de que lo peor sería volver andando por aquellas mismas calles sin haber dicho nada o haber estado a punto de hablar. Lo peor sería ver que nada cambiaba. Entonces sentí la puñalada cruel de la ironía retardada al acordarme de que había ensayado mi ingeniosa frasecita de acostarme con ella pero no de quedarme a dormir. Tenía que sonar improvisado, incluso con un poco de tartamudeo, aunque fuese sólo para atenuar el desaire. Tartamudea si hace falta, decía mi Manfred interior.

Apareció con un vestido corto negro y botas de tacón, parecía mucho más alta de lo que la recordaba. Se había arreglado y enjoyado. Cuando llegó a nuestra mesa después de abrirse paso a través de la zona abarrotada del bar, le dije que estaba arrebatadora. Nos dimos dos besos en las mejillas y yo a ella uno en la frente, como siempre hacía. Todas las dudas sobre lo que éramos el uno para el otro se disiparon al instante. Aquel momento de claridad repentina en mi nueva vida incipiente me entusiasmó e hizo que desaparecieran mis inhibiciones. Qué idiota por mi parte haber sopesado siquiera tomarme mi tiempo para llegar.

Pedí dos martinis de Hendrick's.

—¿Te gusta el sitio?

—Es decadente pero muy encantador —dijo.

Se quitó el chal y vi sus brazos por primera vez; la misma piel reluciente, del mismo tono que las manos, delgados pero no delicados;

al vislumbrar sus axilas me conmoví y me dije a mí mismo que aquello no era un error, que no me lo estaba inventando, que cuando no fuera capaz de hacer ninguna insinuación sólo el recuerdo de sus axilas con ella sentada a la mesa y su mirada esfumarían mis inhibiciones.

La carta pareció confundirla. No le apetecía pedir.

—Pide por mí.

No la creí del todo, pero me encantó lo que estaba haciendo y no me pude resistir.

—Sé exactamente lo que te va a gustar.

Pareció aliviada. Soltó la carta enseguida y siguió mirándome. Me encantaba que me mirase fijamente. Le cogí la mano.

Me dejó también que eligiera el vino.

La forma en que sacaba las ostras de su concha me provocaba el deseo de que se tomara su tiempo y siguiera comiendo y no terminase nunca.

—Me estás mirando —dijo.

—Te estoy mirando —dije.

Sonrió. Le sonreí.

No hubo manera de evitar a María Malibrán, por supuesto. Le pregunté si sabía que Pauline Viardot, la hermana de María, también era cantante de ópera. Sí, sabía que la hermana de María era cantante de ópera. Pareció que ya no le interesaba. ¿Sabía que Turguénev estuvo enamorado de la hermana de María durante años? El amor de toda una vida, dijo, sí, también sabía lo de Turguénev...

—Cuéntame algo tuyo. Nunca me cuentas nada tuyo.

Era cierto. Apenas hablaba de mí.

—Todo lo que hay que decir es más o menos público.

Un momento de silencio.

—Bueno, entonces cuéntame qué llevas ahí —dijo mientras se señalaba el pecho para referirse al mío.

—¿De verdad quieres que te responda a eso ahora?

No quería que sonara melancólico o críptico. Lo que quería decir es que ya le contestaría luego, cuando nos fuésemos del restaurante y

estuviésemos de camino a su casa. Quiero que vuelvas a preguntarme qué llevo ahí cuando hayamos pasado el equipo de rodaje, que espero que estén allí esta noche y ruego que no nos dejen cruzar la calle mientras cae la lluvia falsa. Deja que los mensajeros que van con sus móviles y comen donuts nos digan que nos estemos muy muy callados, porque quiero andar y hablar y hablar y quedarme muy callado y andar hasta que lleguemos a tu puerta, donde me pedirás que suba y subiremos y abrirás la puerta y dirás «Esta es mi casa». Quiero ver dónde vives, cómo vives, qué aspecto tienes cuando te quitas la ropa. Quiero ver a tu gato saltarte encima y acurrucarse en tus brazos desnudos, quiero ver la mesa a la que te sientas a escribir y oírte contar cómo llegaste a tener las cosas que tienes, quiero saberlo todo. Eso es lo que llevo ahí dentro.

—Un restaurante quizá no sea el mejor sitio —terminé diciendo en lugar de todo eso.

La muchacha que había escrito sobre María Malibrán y que lo sabía todo sobre los criptojudíos que habían vivido siglos escondiendo su identidad tendría que haber leído con facilidad lo que le estaba diciendo en mi lengua de criptoamante. Si lo capta, te estará diciendo algo. Si lo deja correr, también te estará diciendo algo.

Manfred: «Le estás dejando una salida».

Yo: «Sí».

Manfred: «No es justo. No es justo para ti. No es justo para ella».

Me acordé de su último correo después de que le contase nuestro plan de ir a cenar esa noche. «Si te invita a su casa, ni lo dudes, que no crea jamás que la estás rechazando. Y mándale flores antes de verla esta noche. Tu problema no es que hayas malinterpretado las señales, es que sólo ves señales. Estás ciego, amigo». Sé cuándo poner en marcha las tácticas, muchísimas gracias. «No estoy muy seguro», respondió.

Pero le hice caso y le mandé flores.

En cuanto llegaron las flores, ella me escribió: «Me encantan los lirios».

Y, sin embargo, cuando nos sumimos en un momento de silencio durante la cena, qué lejos, lejísimos parecíamos estar de acostarnos. La cena empezó a parecer una concesión que le había arrancado. Había tensión incluso en nuestro silencio. Un segundo más de aquello y ella diría algo que haría desaparecer hasta la ilusión de armonía perfecta que había entre nosotros. Incluso me daba cuenta de que lo que ella estaba a punto de decir no era lo que yo quería, que sus brazos, su mano, sus dedos, que parecían rogarme que los tocara por encima de la mesa una vez más, segundos después de que ella hablase se convertirían en piedra y se llevarían el sueño y el regalo del cielo. Pero en lugar de eso optó por el silencio.

—Deberíamos pensar en visitar la tumba de Da Ponte —dije por fin.

Era mejor hablar de trabajo que no hablar.

—A lo mejor este fin de semana —dijo.

Su respuesta fue demasiado precipitada como para sonar a un sí de verdad.

—Este fin de semana lo tengo complicado.

Se quedó mirándome.

—¿Cena y cosas?

Qué agudeza y qué mente retorcida tenía.

—Cena y cosas —contesté.

Cualquier otra mujer habría desdeñado aquel «Cena y cosas» y me lo habría echado en cara. En cualquier otra, aquel silencio habría significado «No quiero causar problemas». En ella parecía diferente. Lo de «Cena y cosas» también valía para ella, por eso sentí que algo parecido a la rabia me empezaba a crecer por dentro, aunque podía ser desesperación o, peor, pena. No las podía distinguir.

Más charla sobre trabajo, pues.

—Pauline Viardot fue amiga de todos los que eran alguien: Chopin, Chaikovski, Liszt, Sand, Gounod, Berlioz, Saint-Saëns, Brahms —como no sabía qué más decir, no me pude contener—: Háblame del nuevo hombre de tu vida.

¿Parecía celoso? ¿O estaba intentando demostrar que no lo era? ¿O estaba intentando, con mucha delicadeza, volver a darle la oportunidad de que me dijera que el nuevo hombre de su vida no era nadie más que yo?

—¿El nuevo? —dijo, mientras meditaba un instante—. No quiero hablar de él todavía.

—No quiere hablar de él —repetí, intentando sonar jovial.

—No quiere.

Le había cambiado el humor. No sabía por qué. La conversación iba perdiendo pie. Ambos íbamos a tientas.

Cuando estábamos terminando de cenar, le dije que conocía un pequeño local cercano para tomar el postre y el café. Esperaba que me ofreciera ir a tomar café a su casa.

—Me parece buena idea —dijo.

Salimos. Aquél, lo supe, era el momento en el que años antes le habría puesto una mano en la mejilla y la habría besado en la acera, a la vista de los demás comensales. Me tomé mi tiempo para ponerme el abrigo mientras ella buscaba sus cigarrillos. Al final, se sacó uno del bolsillo, pero como le pareció que estaba doblado, lo desechó. Le dije que antes me fumaba dos paquetes al día.

—¿Cuánto hace que lo dejaste? —preguntó.

—No voy a contestar a eso.

—¿Por qué? ¿Porque haces trampa o porque te da miedo asegurar que de verdad lo has dejado?

—¿En serio quieres que te responda? —pregunté.

—Te lo he preguntado, ¿no? Además, te mueres por contármelo —al parecer, había recuperado su vehemencia.

Mi respuesta, después de mucho dudar, podría ensombrecer y traicionar la razón por la que le daba tantas vueltas, así que le dije la verdad.

—Lo dejé el año que naciste. ¿Te aclara eso algo?

Bajó la mirada como si estuviese tomándose su tiempo para mirarse las botas. Había encendido un cigarrillo y, o bien estaba sumida en sus pensamientos, o bien estaba inhalando por primera vez en más de dos horas.

—¿Lo echas de menos?

—¿El tabaco? ¿Seguimos hablando del tabaco?

—Creía que sí —hizo una pausa—, pero supongo que no.

—No echo de menos el tabaco, pero echo de menos quién era antes de dejarlo.

Lo dije tanto a modo de compromiso como de evasiva.

Debió de darse cuenta, gracias a mi penosa confesión, de por qué no me resultaba cómodo ser más claro.

—¿Y eso te ha molestado?

¿Hablaba del tabaco? ¿O de nosotros?

Quise gritar. Cuando estoy contigo, siento que puedo coger lo que los demás llaman mi vida y darle la vuelta para que no esté de cara a la pared. Toda mi vida está contra la pared menos cuando estoy contigo. Miro mi vida y quiero enmendar los errores y engaños, empezar una página nueva, poner todo patas arriba, dar marcha atrás al reloj. Quiero darle a mi vida un rostro verdadero, no la sosa careta que he llevado siempre. Entonces ¿por qué ahora no puedo decirte nada?

Lo único que dije fue que a nadie le gustaba ver cómo pasaba el tiempo. Era bastante abstracto y seguro, quizá demasiado abstracto y seguro para gente como ella o como Manfred.

Se lo tomó todo a la ligera.

—O sea, que mientras yo daba patadas en la barriga de mi madre, tú estabas fumando en algún café de París. ¿Es eso lo que te ha molestado, querido?

—No es sólo eso —dije—, estoy seguro de que ya lo sabes.

—Lo sé —no dijo nada más.

Hasta yo esperaba que me soltara un «queridísimo». Pero entonces me sorprendió.

—Queridísimo, no deberías odiarte de ese modo.

No contesté, no puse objeciones. Volvió a mirar al suelo y empezó a negar con la cabeza muy levemente. Al principio creí que significaba «Nunca me ha importado eso, pero no te dejas llevar y es una lástima». Luego pensé que significaba algo un poco más optimista y hasta exasperado, como: «¿Qué voy a hacer contigo, Paul?». Al final me di cuenta de que se trataba de un «No quiero hacerte daño».

—¿Qué? —pregunté.

Siguió negando en silencio. Luego me miró y sentí que casi me explotaba la tensión en las sienes.

—¿Me acompañas hasta la puerta de mi casa? —preguntó.

—Te acompaño a la puerta de tu casa.

Asumí que la idea del café y el postre quedaba descartada. Buena señal. O muy mala señal. No dije nada. Intentaba seguirle el ritmo mientras bajábamos por la calle Bleecker. ¿Por qué andaba tan rápido, a qué se

debía aquella frialdad repentina entre nosotros, por qué sentía ese temor creciente a la despedida a medida que nos acercábamos a su casa?

De repente, antes de que me diera cuenta, habíamos llegado. Se paró en la esquina, ni siquiera en la entrada de su casa. Iba a despedirse de verdad. Me dio un beso en la mejilla, le devolví el beso, se dio media vuelta para irse, pero luego se volvió y me dio un abrazo. No tuve tiempo de abrazarla ni ella me dio tiempo de llevar a cabo lo que se había convertido en mi beso ritual en la frente. La vi alejarse hacia su casa. Me pareció que estaba alicaída y sumida en sus pensamientos, abatida, casi. Esta vez no se giró a mirarme.

¿Por qué no habíamos hablado? ¿Había contravenido el consejo de Manfred y la había rechazado? ¿Había dejado pasar el momento en que debía actuar? No había habido ningún momento.

Mientras me alejaba hacia la estación de la calle Oeste, me la imaginé entrando en su piso, dejando las llaves sobre la mesa y exhalando un suspiro de alivio. Se había quitado de encima la cena, no eran ni las nueve y era libre de hacer lo que quisiera, desnudarse, quedarse en vaqueros, llamar a su novio. Sí, se acabó la cena, gracias a Dios que se ha ido, es fin de semana, salgamos y vayamos a ver alguna película tonta.

Atrevida y desinhibida, como el piano, mientras que yo, la trompeta, me lamentaba y me sentía perdido.

Después de cenar, había querido llevarla a mi pastelería favorita. En ella había conocido la felicidad una vez, o quizá no la felicidad, sino la perspectiva de la felicidad. Quería comprobar si el sitio había cambiado o si había cambiado yo o si sólo con sentarme en su compañía podía compensar los antiguos amores a los que me había acercado pero que no me había atrevido a hacer míos. Siempre me acercaba muchísimo y siempre les daba la espalda cuando llegaba el momento decisivo. Manfred y yo habíamos tomado el postre allí muchas veces, sobre todo después de ir al cine, y antes de Manfred, Maud y yo, porque hacía tanto calor en las noches de verano que entrábamos a tomarnos un refresco de limón, felices de estar juntos y de no tomar algo más fuerte. Y con Chloe, por supuesto, en aquellas tardes frías en la calle Rivington, hacía tantos años. Mi vida, mi vida real, no había pasado todavía, y todo aquello seguía siendo un ensayo.

Aquella noche, pensé mientras saboreaba las palabras de Joyce y sentía una lástima exquisita por mí mismo, había llegado el momento de partir hacia el oeste. Entonces recordé las palabras de San Agustín: «*Sero te amavi!*». Tarde te he amado.

Así que allí estaba yo, volviendo por las mismas calles, justo como me había temido unas horas antes, acordándome ahora con una risita cruel de que había llegado al extremo de ensayar una frase de despedida.

Reconocí aquel camino de vuelta a casa, no era la primera vez que caminaba así. Me recordaba a mi infancia, una noche en la que, después de desear con desesperación que me desnudaran y me abrazaran desnudo unos brazos de hombre, me habían dicho que me fuera a casa, que me portase bien y me fuera a casa, mientras yo pensaba que aquella era mi casa, que tú eras mi casa, que eras tú con quien quería crecer, tú con quien quería hacerme mayor. «Quiero vivir contigo» es lo que tendría que haber dicho hacía años. Es lo que tendría que haber dicho también esta noche.

En cuanto entré en mi estudio, abrí el correo y empecé a teclear algo muy corto: «Tomaremos postre otro día». Acababa de pulsar «Enviar» cuando llegó el correo de ella: «Queridísimo, me he olvidado de darte las gracias por la conversación maravillosa, la buena comida, la velada de verdad encantadora». Pocos segundos más tarde, otro correo de ella: «Me encantaría».

Estaba pensando en mí.

No, sólo se esforzaba por decir algo amable. No, estaba pensando en mí. Ella quería que siguiéramos en contacto y que no se rompiera el hechizo de la velada. Quizá intentaba sonsacarme algo, conseguir que dijese aquellas palabras extra que había intentado sacarle yo con persuasión y que le reprochaba muchas veces por no haberlas dicho o me culpaba a mí por no ayudarla a que las dijera. Quizá estuviese abriéndome de nuevo la puerta que pensé que se había cerrado cuando nos despedimos.

Así que me arriesgué con algo trivial. «Vamos a tomar café mañana».

No contestó.

El lunes respondió. Había estado todo el sábado y el domingo fuera con sus amigos. «Y el domingo por la noche, queridísimo, fue demasiado horroroso como para contártelo. Pero tomemos café pronto».

El lunes por la noche no me pude resistir. Escribí lo que me pareció un correo con varias capas sobre María Malibrán y su hermana. «Resulta que Casanova conoció a Da Ponte en Venecia y parece ser que él también, como el padre de María, tenía raíces gitanas. María. ¿Crees que Casanova podría ser también...?». Luego, como si se me hubiese ocurrido justo en aquel momento, escribí: «Deberíamos ir a cenar otra vez. Me gustó mucho estar contigo. Pero no quiero agobiarte. Dejo el asunto en tus manos». «No me agobias en absoluto», contestó por fin.

En los días que siguieron no supe cómo conectar con ella sin sonar desesperado ni quejica. Al hablar del amor desesperado de Turguénev por Pauline, la hermana de María, al fin me dejé llevar: «Lo entiendo perfectamente, estoy en la misma situación». No tenía nada que perder y, como todo el que sabe que ya ha perdido, disparé mi última salva; no me quedaba munición, no había refuerzos ni agua en la cantimplora de

calabaza. Los torpes balbuceos de mi frase eran como el disparo de mi último cartucho.

El silencio que siguió era más que una falta de respuesta, más cruel que una reprimenda con guante de seda. Ella había perdido el interés y yo la había perdido a ella.

Esperaría medio día más, quizá un día entero o dos, pero una semana era demasiado. Tendría que esforzarme mucho para no hundirme. Nunca había dejado que mis sentimientos por ella penetraran muy hondo (eso estaba bien), aunque me gustaba de verdad, me gustaba mucho. Me gustó el día que me pidió el café. Me gustó cuando le mandé la carta de rechazo de dos hojas a un solo espacio. Me gustaba el brillo de su piel, me gustaba hasta el eczema bajo el codo derecho que me enseñó aquella noche en el restaurante después de quitarse el chal y me advirtiera admirando cada centímetro de su cuerpo.

—¿Ves esto? —dijo, señalándose el codo—. Es nuevo. ¿Crees que podría ser cáncer? Siempre he tenido la piel sana.

—Lo sé —dije. Ella sabía que yo lo sabía, que todos los hombres lo sabían—. Es probable que sea un eczema. Es sólo piel seca. ¿Tienes dermatólogo?

—No —respondió como diciendo «¿Por qué habría de tener dermatólogo a mi edad?».

—¿Quieres que te recomiende uno?

—No. No me gustan los médicos.

—¿Quieres que vaya contigo?

—A lo mejor. No. Sí.

—A lo mejor. No. ¿Sí? —pregunté.

—Sí —contestó.

No había nada que deseara más en aquel preciso momento que estrecharla entre mis brazos o acercarme y darle la mano y decirle: «Ponte el abrigo, te llevo al dermatólogo. Es un... amigo más o menos, te verá si se lo pido». En cuanto lo hubiese dicho y, una vez en la calle, cambiaría de planes, tomaría las riendas y le diría: «Mejor vamos a tu casa».

Abrí la ventana del estudio y dejé que entrara el aire fresco. «Mejor vamos a tu casa». Las palabras sin decir resonaban como una promesa de éxtasis que casi había pronunciado y siguieron retumbando todo el

día como un buen sueño mucho después de habernos despertado y tomado café.

Me gustó sentir el aire fresco. Unas noches antes, había contemplado la misma calle, la misma vista, las mismas luces de los vecinos de mi edificio, y me había preguntado si cuando me hubiese mudado a mi nueva vida echaría de menos aquella calle. Me acordé de la pareja joven que había visto en el cine un mes antes; ni siquiera podían comer palomitas juntos. Sin embargo, irían al teatro juntos, tendrían hijos, pasarían juntos los domingos lluviosos, escucharían a Shostakóvich y aguantarían la respiración cuando el piano atrevido y la trompeta conmovedora se cantaran el uno al otro los dolores antiguos y las esperanzas renacidas. Luego saldrían a comer a algún restaurante del barrio y después perderían el tiempo en una de esas librerías enormes en las que la gente termina comprando libros incluso aunque no haya ido con esa intención, igual que yo le había comprado a ella un libro un sábado por la noche después de ir al cine, no muy seguro de si lo estaba comprando para ella o para mí, aunque casi seguro de que la pondría contenta.

—Necesito un abrazo —había dicho.

Qué lejos parecía ahora Abingdon Square, como si la plaza y ella y el restaurante y María Malibrán y el falso chaparrón a la luz parpadeante del cartel del hotel Miramar pertenecieran a otra vida, a una vida no vivida, una vida que sabía que me había dado la espalda, una vida clavada en la pared.

Sobreviviría sin problemas, por supuesto, y acabaría por serme indiferente y pronto aprendería a sofocar cualquier arrebató de nostalgia. Porque del dolor, igual que del amor, de la calentura, del deseo de tender la mano y tocar otra mano al otro lado de la mesa, es bastante fácil librarse. Habría, claro, más correos con más «queridísimos» —eso lo sabía— y me daría un vuelco el corazón y contendría el aliento cada vez que su nombre apareciese en mi pantalla, lo que significaba que seguiría siendo vulnerable, lo que significaba que todavía podría sentir aquellas cosas, lo que era bueno..., incluso el hecho de perder y sufrir era bueno.

Lo triste era saber que probablemente ella era el último recordatorio de que quizá no tendría otra oportunidad. Podíamos seguir en contacto, quedar a tomar café, pero el sueño había desaparecido, la mano sobre la mesa había desaparecido, Abingdon Square había desaparecido. Lo supe porque, por primera vez, después de cerrar la ventana y apagar el ordenador, entré en el salón y le dije a mi mujer que iban a publicar un ensayo brillante sobre una diva del siglo XIX llamada María Malibrán. ¿Había oído hablar de ella?

No, no había oído hablar de ella.

—Pero es obvio que te mueres por contármelo —dijo Claire.

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a la Corporation of Yaddo y a la Academia Americana de Roma por su hospitalidad amable, generosa y siempre inspiradora. También quiero darle las gracias a mi agente, Lynn Nesbit, que me abrió el mundo, y a mi editor, Jonathan Galassi, por lo inestimable que es un editor que también es un amigo.



André Aciman (Alejandría, 2 de enero de 1951). Es un escritor estadounidense nacido en Egipto en el seno de una familia sefardí. Pasó parte de la adolescencia en Italia hasta que sus padres se trasladaron a Nueva York en 1968. Formado en la universidad de Harvard, ha sido profesor de Literatura Comparada y de Escritura Creativa en el Bard College y en las universidades de Princeton y Nueva York. En cuanto a su labor creativa, es muy conocido como ensayista y estudioso de la obra de Marcel Proust. En 1996 publicó *Out of Egypt*, un libro de memorias sobre su infancia y adolescencia en Egipto que mereció el prestigioso Whiting Award. Posteriormente publicó en 2001 la recopilación de ensayos *False Papers: Essays on Exile and Memory* y participó como coautor y editor en las obras *The Proust Project* y *Letters of Transit. Llámame por tu nombre* (Alfaguara, 2008), su primera novela, ganó el Lambda Literary Award, fue considerada mejor libro del año por *Publishers Weekly* y *The Washington Post*, entre otros, y ha sido llevada al cine con éxito por Luca Guadagnino. *Variaciones Enigma* es su última novela hasta el momento.

